330.9
V 145

Problemas Económicos de Chile

por

Francisco Valdés Vergara

De la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.
Ex-Ministro de Hacienda. Ex-Superintendente de Aduanas.

BANCO CENTRAL DE CHILE
BIBLIOTECA
SANTIAGO

VALPARAISO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFÍA UNIVERSO
VALPARAÍSO - SANTIAGO.

—

1913

Problemas Económicos de Chile

El Circulante y el Cambio

El Circulante y el Cambio

I

Veinte años ha escribíamos en la prensa diaria y por ello hubimos de tomar parte no pequeña en el debate tan prolongado como ardiente a que dió lugar el proyecto de ley de Conversión Metálica.

Nuestra actitud en aquella campaña, que afectaba los intereses más vitales del país, fué desde el primer día neta y clara, porque teníamos la convicción profunda, la certidumbre, diremos más bien, de que era error monumental, estupenda insensatez—perdónese el vocablo en mérito de la verdad—el pretender que por simple acto de voluntad de las personas que ejercían el gobierno, por mandato imperativo de una ley o de un decreto, se corrigiese en un día, como por encanto, una situación económica, nacida de múltiples causas en años anteriores, que había desnivelado nuestro cambio internacional hasta depreciar el billete de curso forzoso en más de 60%, y que nos tenía, por

tanto, bajo el peso de un saldo abrumador en el balance de las obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros.

No éramos entonces, ni lo somos hoy sostenedores del régimen de papel moneda de curso forzoso. Deseábamos con sinceridad la liquidación de ese régimen transitorio, impuesto por la fuerza de las circunstancias en días de peligro nacional. De ello habíamos dado prueba reciente con hechos que no admitían contradicción.

Por iniciativa de nuestra parte y por nuestra actitud bien acentuada en el Congreso, se había dictado la ley de 2 de febrero de 1892 que ordenaba retirar de la circulación e incinerar hasta veinte millones de pesos en billetes fiscales a fin de restablecer el orden de cosas que en materia de circulante fiduciario existía al estallar la guerra civil en enero de 1891.

Apenas promulgada esta ley, habíamos dictado un decreto que mandaba incinerar billetes por valor de $ 9.500,000 y efectivamente esta incineración se realizaba. Esto era el acto previo, indispensable, para entrar con paso firme en el camino que podía llevarnos a la verdadera y definitiva liquidación del curso forzoso.

Se restringía con ello la circulación fiduciaria a lo estrictamente necesario para mantener la actividad de las transacciones normales en nuestro mercado y así se prevenía la creación de nuevos intereses que, nacidos al amparo de la abundancia del papel moneda, fuesen más tarde argumento poderoso para alejar su liquidación o para pedir nuevas emisiones.

Al propio tiempo se imponía al Poder Ejecutivo la obligación imperiosa de formar los presupuestos de gastos fiscales con espíritu de severa economía, puesto que con los recursos ordinarios, sin otra ayuda que el aumento gradual de la renta del salitre, tenía que hacer frente a la vez a la amortización del papel moneda y a las necesidades y obligaciones del Estado.

La restriccion del circulante de curso forzoso y la estricta economía en la administración fiscal habían de traer también una consecuencia de suma importancia para la solución del problema pendiente: la moderación en los gastos de los habitantes en general, la diminución de los consumos individuales y, por lo mismo, un mejoramiento efectivo en el balance de nuestras obligaciones recíprocas con los mercados del exterior.

Estos preparativos de liquidación del curso forzoso, iniciados por la ley de febrero de 1892 y por el decreto que comenzó a cumplirla, fueron anulados muy poco tiempo después, en la primera crisis ministerial, porque el nuevo Ministro de Hacienda dió oidos a los que ya hablaban de escasez de papel moneda y propuso y llevó a cabo el reemplazo de los 9.500,000 pesos en billetes incinerados por otra suma igual en valores que se llamaron Vales de Tesorería y que circularon como papel moneda.

Así quedaron las cosas hasta que en 1892—después de un ensayo abortado de cambiar los billetes por pesos de plata de 25 gramos—surgió el proyecto de ir a la Conversión Metálica en oro, a fecha fija y al tipo de 24 peniques por peso, sin otra precaución previa que la de reunir, por medio de empréstitos, de venta de bienes nacionales y de las entradas ordinarias, la cantidad de oro suficiente para rescatar la emisión fiscal de billetes y destruír éstos por el fuego.

Claro es que este procedimiento era un error y no podía conducirnos sino a una liquidación engañosa del régimen de curso forzoso. Que el Gobierno podía juntar el oro necesario para el rescate

e incineración de los billetes nadie lo ponía en duda. Pero ¿bastaba eso para restablecer a firme la circulación metálica?

Nó, por cierto; pues se corría el riesgo, nó remoto e incierto sino inmediato y positivo, de la exportación de las monedas de oro por escasez de letras de cambio para satisfacer la demanda legítima de nuestro mercado y eso, una vez producido, importaría la suspensión de pagos de los Bancos y su clausura, o sea la falencia general en el país, y no habría poder humano capaz de impedir que se volviese al curso forzoso de billetes fiscales a fin de salir de semejante situación que ni una semana habría podido prolongarse sin perturbar el orden público.

Olvidaron entonces los gobernantes y lo olvidan ahora muchos también, que *conversión metálica* y *circulación metálica* son dos cosas distintas y que nó siempre la una se hermana con la otra.

La *conversión metálica* consiste en canjear los billetes de curso forzoso por el valor en oro que la ley les asigne, en cancelar una deuda que antes no era exigible, y esto no requiere sino un requisito: que el Estado deu-

dor se provea de fondos en tiempo oportuno y que efectivamente pague, retire de la circulación los billetes pagados y los destruya.

La *circulación metálica*, lejos de ser un hecho simple, que queda consumado una sola vez, es un hecho complejo de duración indefinida, sujeto a la influencia de muchas causas de distinta índole y de diverso origen, que pueden ayudarlo o perturbarlo o destruirlo.

La *circulación metálica* consiste en conservar de un modo estable en el país la moneda de oro que ha reemplazado al papel moneda, y esto en la cantidad necesaria para que no se dificulte ni paralice el movimiento de los negocios, para que todos los habitantes puedan hacer las transacciones diarias, comprar, vender, arrendar bienes o servicios, cumplir, en una palabra, las funciones propias de la vida en una sociedad civilizada.

En 1892 y 1893 la ley llamada de conversión metálica nada proveyó para asegurar el mantenimiento de la circulación metálica. Y, como el estado del cambio sobre Londres era demostración evidente de que la demanda de letras en varios años sucesivos había sido superior a la oferta, nadie que

tuviera mediana experiencia en las operaciones de Banco y en las comerciales, podía ignorar que el régimen metálico nacía en mal momento y condenado a morir por falta de vigor para quedar con vida.

A pesar de todo, la conversión se hizo en 1895, reduciendo el tipo de 24 a 18 peniques por peso, y nadie debió extrañarse de que sucediese lo que tenía que suceder, lo que estaba previsto: la caida en una nueva inconversión, después de lentos y dolorosos sacrificios que causaron muchas ruinas, que llevaron la desolación a innumerables hogares, que liquidaron desastrosamente fortunas sólidas y negocios prósperos, que enriquecieron a unos con el empobrecimiento de otros, que sembraron nuevos gérmenes de discordia e indisciplina en nuestro organismo político y social.

Aleccionados por aquella triste experiencia, guardamos silencio y formamos el propósito de abstenernos en lo sucesivo de toda participación en debates relacionados con el mismo problema. Pensábamos que era estéril cualquier esfuerzo que tuviese por objeto hacer triunfar los verdaderos principios económicos sobre las opiniones e impresio-

nes dominantes en las esferas oficiales.

El Presidente de la República, los Ministros, la mayoría parlamentaria habían cerrado voluntariamente los ojos para no ver el mal que causaban con su errado sistema de conversión, ni las consecuencias fatales que traería la liquidación violenta de todos los valores. Se decía que aquello era prueba de gran carácter y, en realidad, sólo era falta de estudio, tenacidad inconsciente, algo así como «la energía del vapor que mueve a la locomotora», dijimos entonces, y la lleva al precipicio, si el mecánico que la dirige no sabe lo que hace.

Cuando de este modo se gobierna, cuando la opinión pública se adormece y se entrega sumisa a voluntades ciegas, a voluntades caprichosas, y mansamente ayuda al sacrificio de sí misma, ¿a qué conduce el decir verdades que ni los de arriba, ni los de abajo quieren escuchar? ¿para qué ir en vano contra la corriente? ¿para qué dar pretexto a que se murmure, se juzgue con malevolencia y se atribuya a ruindades y miserias lo que sinceramente nace de convicciones honradas?

Habríamos perseverado en nuestro propósito de silencio, robustecido por

el hecho de que nada nos obliga a escribir, si la Dirección de *El Mercurio* no nos hubiera manifestado, en forma muy delicada, su deseo de dar a conocer al país el juicio que sobre la actualidad económica tienen algunas personas con práctica en los negocios y en la administración fiscal. Este diario merece, por su imparcialidad y por su celo patriótico, el respeto de todos. No hemos podido darle una respuesta negativa y así se explica que, al cabo de tantos años, volvamos a escribir sobre el circulante y sobre el cambio, problemas difíciles en todo caso y tanto más graves cuanto más se les ha complicado, con repetidos desaciertos.

II

No hay ni puede haber regla que fije la cantidad de circulante metálico o fiduciario que un pueblo necesita para el movimiento general de los negocios, para las transacciones diarias del comercio menudo y para el pago de sueldos, jornales y otros servicios.

Puede en esto compararse el circulante con las líneas férreas, porque éstas, del mismo modo que aquel existen para estimular el trabajo y darle la mayor fecundidad posible, para facilitar el cambio de los productos y poner en contacto inmediato las dos necesidades: la de comprar y la de vender; para perfeccionar y fortalecer de día en día los vínculos positivos, los vínculos materiales, diremos, que establecen la estrecha solidaridad de todos los habitantes en la lucha por la vida, que forman verdaderamente el cuerpo de la sociedad humana, cuya alma está más arriba, en la comunión de las inteligencias que estudian y dirigen, de los nobles sentimientos y de las virtudes que ponen freno al egoísmo individual.

El primer fundamento de las sociedades está en eso que llamamos el cuerpo material de ellas, pues será imposible que los hombres se congreguen por centenares de miles y por millones en grandes centros, llámense naciones o ciudades, si no existe entre todos ellos, para hacerlos vivir apoyados los unos en los otros, un organismo complejo y simple al mismo tiempo, como el cuerpo humano, en el cual cada miembro

tenga función propia y la desempeñe con puntual regularidad.

El circulante monetario y las vías de comunición funcionan en este organismo de las sociedades así como las venas y las arterias en nuestro cuerpo. Si faltasen y no fuesen reemplazados por algo que prestase análogo servicio, hasta las sociedades más próperas caerían en decadencia y con pasos contados llegarían a dispersarse o se reducirían a pequeñas y miserables agrupaciones.

De ahí nace la necesidad de que los poderes públicos atiendan con prolija solicitud a cuanto se relaciona con el buen funcionamiento de esos agentes indispensables de la circulación de valores, de productos y de personas. De ahí nacen también el vivísimo interés con que la opinión pública se preocupa de estos asuntos y el ardor con que los discute.

Volvamos a la comparación que insinuábamos entre el circulante monetario y las líneas férreas. A nadie se le ocurriría establecer regla fija sobre el número de trenes de carga y de pasajeros que deben correr por cada línea, ni sobre el número y clase de los coches que cada tren debe arrastrar. Lo uno y lo otro

ha de corresponder a la plena satisfacción de las necesidades para las cuales la línea férrea ha sido construída, y eso lo indica, sin lugar a dudas, la experiencia del tráfico. Por consiguiente, cada ferrocarril tiene reglas propias, exclusivamente suyas, sobre la intensidad de su tráfico, y estas reglas no son fijas, por el contrario, son variables como el viento, porque los pasajeros viajan y los productos y mercaderías son transportados, no de un modo uniforme todos los días del año, sino irregularmente, según las necesidades y costumbres de cada cual y según los cambios de estaciones que determinan también cambios de producciones y de consumos.

No otra cosa sucede con el circulante monetario cuya cantidad depende en cada pueblo de numerosas circunstancias que varían constantemente y que nadie—ni Presidente o Rey, ni Ministro, ni Banco, por poderoso que sea—puede encadenar o someter al mandato de su voluntad.

Lo normal es que un pueblo tenga circulante metálico o sea monedas de oro o plata que son, no sólo medida de los valores e instrumento para el cambio

de éstos, sino también mercadería con valor propio en todos los mercados del mundo y susceptibles por tanto de ser compradas y vendidas, importadas o exportadas en igual condición que cualquiera de los productos sobre los cuales opera el comercio universal.

No hay nación alguna con régimen metálico que pueda decir con fijeza a cuánto asciende su circulante. Los cálculos aproximados que a este respecto se hacen no pueden ser creídos sino por acto de fe. Se comprende que así sea, porque lo único cierto es la cifra de acuñación año tras año en cada Casa de Moneda. Esta cifra nada dice, pues el oro y la plata acuñada viajan más que los hombres y pasan las fronteras sin pasaportes y jamás, en ninguna parte, se podrá hacer el inventario de las monedas que los habitantes tienen en un tiempo dado.

Sólo en los pueblos que viven bajo el régimen de curso forzoso puede saberse de un modo preciso el monto de su circulante, salvo que la emisión de los billetes se haya hecho sin llevar cuenta de ellos. Hacemos la salvedad porque el papel moneda no en todas partes ha sido manejado con la misma severa rectitud que en Chile.

Bastará recordar que en 1880 la expedición naval al norte del Perú, mandada por el entonces Capitán de Navío don Patricio Lynch, capturó en uno de los vapores de la carrera, que venía de Panamá, varios cajones consignados al enemigo y encontró en ellos seis o siete millones de soles en billetes peruanos que venían, desde la fábrica de New York, con todas las firmas y sellos impresos, listos para entrar sin más trámite en circulación, y que, en realidad entraron a circular. ¿Cuál era el monto de las emisiones de curso forzoso en el Perú? Nadie lo sabía. porque hubo billetes emitidos sin cuenta ni registro en la oficina emisora.

Bueno es tomar nota del hecho por el significado que tiene en la ulterior repudiación del papel moneda por el comercio y el pueblo del Perú, ¡Quién habia de responder por esos billetes, emitidos arbitrariamente y sin contarlos, y en un país totalmente liquidado en el orden financiero por el desastre de la guerra!

En Chile bien sabemos qué cantidad de billete hay en circulación y cuánto es su valor nominal. Las emisiones de esta segunda época de curso forzoso

fueron iniciadas en agosto de 1898 con 50.000,000 de pesos, para poner término al régimen de moratoria impuesto por la ley cuando la exportación y ocultación de la moneda de oro trajo como consecuencia fatal la clausura de los Bancos.

Emisiones posteriores, autorizadas todas con la razon o con el pretexto de ser escaso el circulante, han hecho subir a 150.000,000 de pesos el valor total de los billetes que circulan bajo la exclusiva responsabilidad del Estado. Posteriormente volvió a tratarse de nuevas emisiones, solicitadas y defendidas también en nombre de intereses generales dañados o comprimidos en su desarrollo por falta de un circulante cuya cuantía correspondiese a las verdaderas necesidades del comercio y de las industrias nacionales.

Se hizo un argumento especial en este caso diciendo que los Bancos necesitaban autorización para depositar oro en arcas fiscales y sacar billetes con esta garantía a fin de robustecer sus cajas, que se habían debilitado sensiblemente. Eso era más que necesario, era apremiante, pues de no hacerlo resultarían consecuencias graves que

presto traerían mayores emisiones no garantidas. Se reformó entonces la ley que había creado la Caja de Emisión para emitir billetes con garantía de oro a 18 peniques y los Bancos fueron autorizados para hacer dicha operación al tipo de 12 peniques.

En uso de esta facultad desde el 12 de febrero de 1912 hasta hoy día, el Banco de Chile, el Banco Alemán Transatlántico y el Banco Anglo Sud-Americano Ldo., han hecho depósitos en arcas fiscales por valor de £ 1.535,000 y han puesto en circulación $ 30.700,000 en billetes de curso forzoso. Por tanto el total de papel moneda circulante en esta fecha asciende a 180.700,000 pesos.

Vuelve a repetirse, sin embargo, el mismo fenómeno que ya varias veces ha hecho aumentar el circulante de curso forzoso. Se afirma que hay escasez de billetes, que los Bancos pierden gradualmente sus cajas, que las operaciones de crédito se paralizan por este motivo y que tal situación exige otra vez, con apremio, que se arbitre algún recurso de efecto inmediato para aumentar el circulante.

Salta a la vista el peligro de dar oidos a estas afirmaciones sin un estudio

tranquilo que permita comprobarlas en caso de ser verdaderas, o rectificarlas, si son erradas o engañosas. Un año más tarde se repetiría idéntica situación. Y volvería a repetirse otro año después. ¿No nos conduciría eso a extremos lamentables, al abuso sin medida del papel moneda, a repudiar nuestro crédito nacional? Y téngase presente que los billetes sacados de la Caja de Emisión, con depósitos de oro, son un alivio hoy y una amenaza para mañana, pues si hay crisis en alguno de los grandes mercados del mundo o si hay una guerra entre las grandes potencias europeas o entre Estados Unidos y Japón, el oro será retirado de esa Caja, los billetes correspondientes serán destruídos y sentiremos entonces una repentina restricción del circulante con la perturbación consiguiente en todos los negocios. ¿Cuál será en ese caso la situación del país si desde luego se procede a hacer nuevas emisiones de billetes sin motivo justificado? Establecer este precedente sería abrir camino a emisiones ilimitadas en el evento que contemplamos.

III

El circulante tiene este nombre porque su función es estar siempre en movimiento, pasar de mano en mano de un modo continuo, entrar en todos los bolsillos y en todas las cajas para volver a salir sin retardo, correr como los ríos que nuncan dejan de ir a vaciarse en el mar, ser un errante y fujitivo que sirve y auxilia a cuantos encuentra en su carrera.

El circulante tiene aparente reposo en las cajas de los Bancos que son el punto de partida y el punto de llegada de su movimiento tan activo. Es aparente y no real ese reposo, porque el circulante guardado en las cajas de los Bancos, lejos de permanecer inactivo, hace allí su trabajo más útil y más fecundo, permitiendo que dichas instituciones tengan vida y reciban depósitos y concedan créditos y sean los intermediarios que ponen en relación a los que tienen capitales disponibles para los cuales necesitan colocación con renta segura, y los que necesitan y buscan capitales ajenos, para emplearlos,

mediante el pago del legítimo interés, en el desarrollo de sus propios negocios o industrias.

Además el circulante que los Bancos guardan en sus cajas anda en movimiento por todas partes, sin salir a la calle, y presta servicios valiosísimos, representado por los cheques, por las letras de cambio, por los simples certificados de depósito y memorandums de abonos en cuentas corrientes y por otros papeles que son órdenes de pago giradas contra valores efectivos y que hacen pasar de unas personas a otras grandes cantidades sin que las partes interesadas tengan la molestia de llevar y traer las monedas metálicas o los billetes correspondientes.

Hay, pues, un mecanismo económico de orden natural, creado por el instinto y por las necesidades humanas, que funciona de un modo automático, sin intervención de leyes escritas ni de funcionarios gubernativos, para dar regularidad al movimiento del circulante, para hacer fáciles y rápidos los cambios de productos servicios y valores, para reemplazar en la inmensa mayoría de las transacciones el uso material de las monedas o de los billetes por el de documentos que los representan, para

reducir, en una palabra, a extrema sencillez, con empleo de poco circulante, el conjunto de las innumerables operaciones comerciales que diariamente necesita practicar todo pueblo desde la modesta provisión del pan y la leche, hasta los grandes negocios de comerciantes y banqueros.

Chile goza a este respecto de ventajas muy valiosas. Tiene una organización bancaria establecida con ramificaciones en todas las ciudades de regular importancia. El uso de la cuenta corriente se ha generalizado entre nosotros de tal modo que el cheque interviene en los pagos más que los billetes, no sólo cuando se trata de negocios gruesos, sino también cuando se cancela facturas por mercaderías para el consumo doméstico, cuentas por servicios profesionales y otros documentos análogos.

La forma de nuestro territorio y la facilidad de comunicaciones por mar y por ferrocarril, son circunstancias propicias para que las operaciones comerciales se efectúen en plazos breves y para que los billetes circulen sin retardos ocasionados por las distancias o por tropiezos en los viajes.

Todavía más, la industria que por sí sola forma el 50% de nuestra producción total—la del salitre—está concentrada en una zona pequeña y bien servida por los Bancos y ocupa por esto escasa cantidad de circulante. La renta fiscal se recauda principalmente en los puertos y es pagada por medio de depósitos que los contribuyentes hacen en la cuenta corriente de la Tesorería Fiscal con el Banco de Chile. Así se mueven al año más de 150.000,000 de pesos, casi sin intervención de billetes. Los mismos contribuyentes, para pagar al Fisco en esa forma, venden letras de cambio, salitre o mercaderías importadas, y ellos también reciben estos valores, que suman centenares de millones en cada año, por medio de giros contra los Bancos, sin que pasen materialmente los billetes por sus manos. Todo lo que precede es vulgar, está al alcance de todo el mundo, debe verlo y comprenderlo cualquiera que transita por la calle, pues no exige ni un momento de meditación.

Gracias a la existencia de los Bancos y a las oficinas con que éstos sirven al público en todo el país, la mayor parte de las operaciones del comercio y de

las Tesorerías Fiscales se hacen, no por medio de billetes, sino por medio de cheques y otros documentos bancarios, y esto significa que el problema del circulante ha de ser estudiado y resuelto con un criterio que no se deje perturbar por dificultades pasajeras de la Bolsa, que no se alarme por bajas de valores resultantes de especulaciones exageradas o mal dirigidas y que ponga resistencia a la demanda periódicamente repetida de nuevas emisiones de papel moneda.

La situación que dejamos diseñada impone también a los Bancos deberes muy delicados: deberes de prudencia para no contribuír a que aumenten las alarmas del público; deberes de unión entre ellos, de armonía en sus procedimientos, para evitar que lo que cada Banco haga por espíritu de hostilidad o de defensa, ya para atraerse depósitos, ya para recoger billetes y aumentar su caja, produzca resultados opuestos a los perseguidos y les lleve a todos a un conflicto agudo por ocultacion momentánea del circulante.

Los Bancos, quiéranlo ellos o no lo quieran, constituyen una sola entidad en nuestra vida económica, son todos como un Banco único que tiene en cada

mercado o centro comercial un número vario de oficinas. Esto se refiere a la Caja, al fondo en moneda legal que ellos necesitan mantener para prestar el servicio de intermediarios entre los que cobran y los que pagan y para que los cheques y letras giradas contra ellos circulen sin el menor tropiezo por la absoluta confianza del público en que serán cubiertos a su presentación.

No hablamos, al decir esto, de un deber moral de los Bancos que a voluntad de ellos pueda ser cumplido o desatendido. Hablamos de una obligación estricta, porque en el hecho la discordia entre los Bancos, la hostilidad entre unos y otros para formar sus respectivas cajas, trae consecuencias perjudiciales a todos y da origen a que se atribuya a escasez de circulante de curso forzoso una serie de fenómenos que de esa hostilidad se derivan.

En efecto, la competencia de los Bancos para atraerse depósitos les induce a pagar intereses subidos y les pone en la necesidad de alzar también los intereses sobre avances. De ahí nace la baja de bonos y otros valores de inversión segura, baja que a su turno tienta

a algunos dueños de depósitos bancarios para retirarlos e invertirlos en aquellos valores. Y así se forma un círculo de causas y efectos que extravía a la opinión pública, que provoca alarmas y que, al fin de cuentas, llega a persuadir a las gentes de que hay escasez de circulante y de que se necesita hacer nuevas emisiones de billetes.

En pueblo con régimen de circulación metálica no es fácil conseguir que los Bancos se entiendan para marchar unidos en la inteligencia de que todas sus cajas forman, como el agua en vasos comunicantes, un solo cuerpo, una caja común. La moneda metálica pasa de un país a otro del mismo modo que las mercaderías y productos cambiados por el comercio internacional y, por tanto, cuando disminuye la caja en un Banco, no es seguro que aumente la de otro Banco y es muy posible que haya diminución en las de todos. Esa circunstancia pone a cada establecimiento bancario en perpetua defensa, lo que dificulta la armonía.

No sucede así en el régimen de curso forzoso que nosotros tenemos. El billete fiscal de Chile no es exportado sino por accidente y en pequeñas cantidades,

porque carece de valor más allá de nuestras fronteras. En consecuencia estamos dotados de una suma fija de circulante que permanece estable y no puede disminuír de un modo invisible y repentino. Cuando los billetes disminuyen en una caja forzosamente tienen que aumentar en otra. Esto no necesita ser demostrado; es evidente y basta exponerlo. Luego, los Bancos operan sobre un circulante que, siendo muy variable como valor en oro, no es movedizo, sino, por el contrario, muy fijo en cuanto a cantidad.

¿Qué se opone entonces a que haya armonía entre ellos, a que pacten convenios para entenderse recíprocamente, sin alarmar al público, cuando hay alteraciones sensibles en sus cajas? ¿Acaso no saben que el circulante permanece el mismo y que bajando unas cajas otras tienen que subir? Nos anticipamos a reconocer que, aun en este régimen de curso forzoso, todas las cajas bancarias pueden disminuír al mismo tiempo y parece que el fenómeno se ha observado hace un año y se observa hoy también entre nosotros. Pero esto, en vez de destruír nuestro argumento, lo fortalece y lo hace más demostrativo,

porque ello proviene justamente de la falta de armonía bancaria y del hecho de haberse lanzado al público la noticia de que los Bancos notan en sus cajas la escasez de circulante.

Tal noticia produce alarma justificada en el público, especialmente en el comercio, por el riesgo de que sus créditos sean suspendidos, y entonces los billetes no van en corriente continua a los Bancos, como sucede en tiempos normales, sino que se quedan en las cajas particulares hasta que cesa toda alarma. En esos momentos los Bancos no son, como deben ser, cajeros de todos, sino que cada cual es su propio cajero, y así disminuyen las cajas bancarias en la proporción en que aumentan las cajas particulares. En presencia de tales hechos un observador superficial puede creer que hay escasez de circulante y que es inevitable una nueva emisión de billetes. Pero un observador que vaya más al fondo de las cosas dirá que el circulante está momentáneamente desviado de su camino, que se ha ocultado por una falsa alarma y que volverá presto a su oficio natural porque saldrán de su error los que en sus cajas lo retienen.

IV

Entramos ahora en el examen del hecho que constituye el núcleo o el eje de esta cuestión económica tan estérilmente debatida durante largos años: ¿el circulante de curso forzoso que tenemos—$ 180.700,000—es suficiente o es escaso para las necesidades que está llamado a satisfacer?

Lo primero que muchos hacen, al tratar de este punto, es establecer relación entre el número de pobladores del país y la cuantía del circulante. En la realidad esto tiene una importancia muy limitada, nada o poco enseña, es más bien asunto de curiosidad que de instrucción y experiencia para establecer un juicio bien formado.

De dos pueblos con igual número de habitantes, al uno le sobrará circulante con diez millones de pesos y al otro le faltará con cien millones, si el primero vive en aislamiento y poca actividad y si el segundo mantiene relaciones comerciales con todos los pueblos y hace una vida intensamente laboriosa. De dos pueblos con igual población, semejantes

en actividad para el trabajo y el comercio, vinculados del mismo modo al resto del mundo, necesitará mucho circulante aquel que se encuentre diseminado en un territorio muy extenso, con dificultades o lentitudes en el tráfico de personas y mercaderías, y vivirá tranquilo con poco circulante aquel que ocupe un territorio reducido y tenga comunicación inmediata, muy rápida, entre todos sus centros de producción y consumo. De dos pueblos iguales en todo, en población, en territorio, en actividad comercial e industrial, en vías de comunicación, usará menos circulante aquel que tenga una organización bancaria más perfecta y que, por este motivo, pueda dar preferencia, en la mayoría de los negocios, al empleo de los cheques, las letras de cambio y los abonos en cuenta corriente para el pago y el cobro de las obligaciones en general.

Cuando existía la esclavitud, no contaban los esclavos entre el número de habitantes que necesitaban monedas para el uso diario: eran ellos un rebaño que trabajaba y comía, nada más. Pero la esclavitud, suprimida como institución legal, existe siempre en el hecho, en los países de civilización retardada, porque

cada hombre es esclavo de su pobreza, de su incapacidad, de su falta de previsión, de la indisciplina de su carácter y de sus costumbres, de sus vicios. ¿Acaso no son esclavos, en este sentido, los simples jornaleros o peones que entre nosotros viven al día, consumiendo siempre anticipado el salario que ganan con el esfuerzo de sus músculos?

En nuestra población total hay una cifra bien crecida, un tanto por ciento difícil de estimar, pero bastante alto, de hombres que no usan circulante, que jamás lo tienen en el bolsillo ni en la vivienda, porque el sábado, cuando reciben su salario, tienen que entregarlo en el acto en pago de consumos ya hechos. Agréguese a esto que los niños en la infancia y la población escolar no usan circulante, que no lo usan tampoco las mujeres en su inmensa mayoría.

Haciendo todas estas reducciones, resulta que entre nosotros talvez no llega a 25 % de la población el número de personas que realmente emplean y detienen en sus manos alguna cantidad de circulante. Se encuentran en este caso los artesanos, los campesinos que trabajan con cierta independencia, los que tienen pequeñas industrias y nego-

cios, es decir todos los que no son simples empleados o jornaleros y, sobre ellos, los que son, más en grande, agricultores, mineros, industriales, comerciantes y banqueros. Finalmente usan circulante, en la medida regular de sus necesidades domésticas, las cabezas de familia para atender al gasto mensual.

Imposible sería determinar con mediana aproximación el término medio por persona que, en un momento dado, detienen en sus manos aquellos que en realidad usan el circulante. En su gran mayoría son individuos de escasos recursos y, por tanto, no pueden darse el lujo de guardar billetes sin necesidad. Esos no ocupan el circulante sino en cantidades ínfimas. Al otro extremo están, en número pequeñísimo, respecto de la masa total, los ricos para quienes no hay dificultad ni gravamen en llenar sus carteras de billetes, y que así las llevan, porque la vida dispendiosa que hacen demanda continuos gastos de prodigalidad.

Ahora bien, si los pocos ricos dispendiosos llevan en sus bolsillos quinientos pesos en billetes, los millares de pobres, con trabajo independiente, apenas llevan veinte o treinta pesos. El término medio entre estas dos extremidades se acerca

muchísimo a la segunda, que representa el gran número, y no sería aventurado afirmar que cincuenta pesos es el máximum que por cabeza pueden tener en sus bolsillos o en sus casas todos los que usan circulante. Llega a parecernos excesivo este máximum; lo indicamos, sin embargo, para que no pueda creerse que acomodamos la demostración a lo que convenga para sostener una tesis.

El censo de población levantado el año 1907 da a nuestro país 3.200,000 habitantes. Supongamos que la población sea de 4.000,000, porque el censo es defectuoso. El 25% que usa circulante, a razón de 50 pesos por cabeza, necesita 50.000,000 de pesos. Queda entonces, sobre la cifra actual de billetes en circulación, la cantidad de 130.700,000 pesos para la formación de las cajas de los Bancos, de las Tesorerías Fiscales, de los Ferrocarriles, de las Cajas de Ahorros, de todos los negocios y de todas las industrias que están obligadas a retener billetes para su propio movimiento.

Adviértase que, desde las Tesorerías Fiscales hasta la última industria obligada a formar caja, todas esas empresas tienen también cuentas corrientes en los Bancos para depositar en ellos sus entradas, que

a las cajas de éstos llevan la mayor parte de los billetes que reciben y que, así, la gran caja del circulante es la caja bancaria. La Empresa de los Ferrocarriles del Estado, que cobra en billetes todos los pasajes y los fletes, ocupa hoy mucho circulante y obliga también a ocuparlo a cuantos tienen necesidad de valerse de ella para el transporte de productos y mercaderías. Esto explica en gran parte el hecho de que hoy se necesite mucho mayor cantidad de billetes que hace ocho o doce años. Pero la cifra del circulante actual basta y sobra para esta necesidad, puesto que es también varias veces mayor que en aquellos años. ¿Quién podrá decir con razón y probar con hechos evidentes que 130.700,000 pesos en billetes de curso forzoso, después de descontados 50.000,000 que andan de mano en mano, sean escasos para formar las cajas de los Bancos, cuya existencia es abundante cuando llega a 60.000,000, y para alimentar las de todas las empresas que necesitan cajas propias?

Ya escuchamos la respuesta que algunos darán a esta pregunta. Dirán que el hecho evidente es que los Bancos estuvieron hace un año y vuelven a estar hoy débiles de caja. Pues bien, a nuestro jui-

cio, esa es una debilidad más ficticia que real, una cosa transitoria, nacida de causa que pasa por sí sola y que ya habría pasado hoy, como pasó hace un año, a no haber sido agravada por alarmas sin fundamento, que han movido al comercio en general a retener en caja propia, retirada de la circulación, una cantidad de billetes muy superior a la que requiere la actividad ordinaria de sus negocios.

De un modo constante, al fin y al principio de cada mes, los Bancos sufren un fuerte retiro de circulante, por razón de los giros que todos hacen, comenzando por el Fisco, para el pago de sueldos y para la provisión en cada casa de los fondos con que se atiende a los gastos de la familia. Los Bancos no se alarman por el retiro de este circulante, que vuelve pronto a sus cajas, conducido por los múltiples caminos del comercio menudo y del comercio mayor que reciben el pago de las mercaderías vendidas para el consumo de los habitantes con los mismos billetes retirados de los Bancos. No hay en esto nada que sea extraordinario ni que dé motivo para estudios e investigaciones sobre el circulante.

Lo que ocurre en cada mes se acentúa o se multiplica varias veces al fin y al

principio de cada año. Entonces los agricultores tienen que sacar circulante de las cajas de los Bancos para pagar los peones y atender a todos los gastos en el período de cosechas. Entonces también las familias salen a veranear y en todas las ciudades, en las del centro especialmente, se produce una activa emigración, que obliga a cada familia a proveerse de fondos para dos meses y en mayor cantidad que de costumbre, pues el gasto mensual aumenta y el pasaje de ferrocarril debe pagarse al contado.

Las dos causas anotadas hacen salir de las cajas de los Bancos varios millones de pesos, que vuelven lentamente, en dos o tres meses, aumentados por lo general con las ganancias que la venta de las cosechas produce a los agricultores. Todo esto es fijo, tiene que suceder, está previsto, es como el flujo y reflujo del océano en la normalidad de las mareas. ¿Por qué se alarman los Bancos al ver que sus cajas disminuyen en diciembre, enero y febrero? ¿Ignoran acaso que han de aumentar necesariamente en marzo y abril? ¿No saben que los billetes salidos de sus cajas tienen que recorrer un camino más largo que en los otros meses para volver a ellas?

Otra sería la situación si, en vez de billetes, hubiese monedas de oro, porque éstas pueden, en parte, tomar el camino de la exportacción, pueden también ser atesoradas en cajas particulares para no volver a salir de ellas, y los Bancos nunca tendrían la seguridad de que regresara a sus cajas todo lo que de ellas se hubiera retirado. Pero este peligro no existe en el billete de curso forzoso, cuya cantidad permanece inalterable, y es un contrasentido que los Bancos, sin pensar en ello, sin medir las consecuencias de lo que hacen, se asusten unos a otros con esta baja transitoria de sus cajas y declaren que hay escasez de circulante.

El alarma de los Bancos trasciende inmediatamente al público y da origen a un hecho muy conocido por la frecuencia con que se repite. Lo normal es que los Bancos sean cajeros de todo el mundo. Diariamente, cuando se acerca la hora de cerrar los Bancos, acuden a ellos los depedientes de comercio a depositar en cuenta corriente los fondos recibidos en los negocios a que sirven. Pero, luego que hay alarma en los Bancos por la diminución de sus cajas, el comercio teme ser perturbado en el uso de sus créditos y, para no correr el riesgo de encontrarse sin fondos

efectivos y sin facultad de girar cheques, manda cada día a los Bancos los documentos recibidos en pago, pero conserva en sus cajas los billetes. En otros términos, cada comerciante tiene que ser cajero de sí mismo, y los Bancos dejan de ser cajeros de todo el mundo. Por poco tiempo que se prolongue esto, los Bancos pueden llegar a encontrarse con sus cajas exhaustas.

No se diga que hay escasez de circulante cuando los billetes quedan guardados en muchas cajas de comercio, en vez de ir a concentrarse en pocas cajas de Banco. Lo que entonces hay es uso defectuoso, uso irregular del circulante, y los mismos Bancos tienen su parte de responsabilidad en ello. Les faltó calma y previsión al ver disminuír sus cajas, se alarmaron sin fundamento, contagiaron al comercio con su alarma y, al fin de cuentas, se encontraron en dificultades verdaderas, pero no irremediables, puesto que los billetes, volvieron poco a poco a ellos, a medida que todos fueron perdiendo el miedo a un peligro imaginario.

Volvemos a indicar, con este motivo, que algo falta a nuestra organización bancaria para que funcione con perfección. Es necesario que eso se corrija a fin

de evitar que en ciertos momentos se haga uso irregular del circulante y que, por un accidente pasajero, se avance más en el mal camino de las emisiones sucesivas de papel moneda incondicional.

V

Antes de la guerra civil de 1891, veintitrés años ha, teníamos escasamente treinta y cinco millones de circulante de curso forzoso entre billetes fiscales y billetes bancarios.

El cambio sobre Londres fluctuaba entonces alrededor de 25 peniques. Los Bancos cargaban 6 por ciento por avances en cuenta corriente según contrato, más 1/4 por ciento semestral de comisión sobre el crédito estipulado. Los bonos de la Caja de Crédito Hipotecario del 6 por ciento se cotizaban a la par. La situación económica era sólida y tranquila. Todos trabajaban sin inquietudes por escasez de circulante. Lo único que se consideraba malo, funesto, peligroso para el porvenir era el tipo del cambio, demasiado bajo según el criterio de esa época,

y sujeto, del mismo modo que hoy, a continuas oscilaciones por la oferta y demanda de letras en un mercado que saldaba con papel inconvertible sus obligaciones y sus créditos con los mercados extranjeros.

No se conocía en aquel tiempo esta frase que hoy anda en tantas bocas y que para muchos es el saludo obligado de cada día: Escasez de circulante! Por el contrario, se temía a la abundancia de circulante. En años anteriores al Gobierno había recibido depósitos de billetes en la Casa de Moneda para tenerlos allí retirados de la circulación y abonaba hasta cinco por ciento de interés anual. Los Bancos aprovechaban esto para aliviar sus cajas, que nunca eran muy abundantes, y ponían billetes a interés en manos del Fisco, en vez de guardarlos ociosos e improductivos. Tal régimen fué suspendido por el Presidente Balmaceda que promulgó la ley de 1887 con el objeto de reducir el circulante, de acumular barras de plata y de preparar así la liquidación prudente del curso forzoso.

Parece fábula referir estas cosas en los tiempos actuales, de cambio a diez peniques, de intereses al diez por ciento.

de depreciación de los bonos del ocho por ciento de la Caja Hipotecaria y de 180.700,000 pesos de circulante inconvertible. Algunos, que tienen mala memoria, y muchos que entonces eran niños o no habían nacido, pensarán seguramente que aquello jamás sucedió. Acaso dirán que el país era entonces muy pequeño, en tanto que ahora es grande y necesita que todo corresponda a la medida de su crecimiento.

Más pequeño que hoy era entonces el país, pero su pequeñez iba acompañada de virtudes públicas y privadas que moralmente le hacían más grande que hoy y le inspiraban más respeto de sí mismo. En su pequeñez el país no era pigmeo y bien lo había probado escribiendo para la historia nacional, con la pujanza de sus ciudadanos y con la inteligencia, el carácter, la probidad y el patriotismo desinteresado de sus gobernantes, páginas de gloria dignas de las que anunciaron su nacimiento a la vida de las naciones.

Cierto, el país ha crecido, tiene más población que antes, su trabajo industrial es más intenso y más fecundo, sus capitales acumulados son mayores, sus ferrocarriles se han multiplicado en longitud

y en tráfico, sus Bancos son más numerosos y más fuertes. Pero, junto con lo bueno ha crecido también mucho que no lo es, principiando por la prodigalidad fiscal que da mal ejemplo y ejerce acción perturbadora del buen sentido, de la prudencia, de la previsión, del orden y de la economía en la vida social.

Más que el país en población y fuerzas productoras, ha crecido el Presupuesto de gastos fiscales, grande habilitador de consumos improductivos que hacen bajar el cambio y alimentador vigoroso de apetitos y ambiciones que tienen en extraviada agitación la política militante.

En 1874 un diplomático británico, residente en Santiago, Mr. Horace Rumbold, escribía a su Gobierno, diciendo: «Chile es una nación sobria, práctica, laboriosa, bien ordenada, prudentemente gobernada, que forma gran contraste con los otros estados del mismo origen y de instituciones semejantes que hay en el continente americano. Chile debe los beneficios de que goza a las tradiciones implantadas en su administración por los fundadores de la República; a la parte preponderante que la clase educada y acomodada toma en la dirección de los

negocios públicos; a la feliz extinción del militarismo; al cultivo esmerado de los instintos conservadores innatos en él; a la ausencia casi completa de esas fuentes accidentales de riqueza que la Providencia ha prodigado en tanta abundancia en algunas naciones vecinas; a la necesidad, por consiguiente, de recurrir a un gran trabajo, rápidamente recompensado por un suelo generoso; a la constancia y a la aptitud para el trabajo de su población, y sobre todo, quizás, a la negligencia de sus antiguos señores, que le obligó, cuando hubo sacudido el yugo, a crearlo todo por sí mismo, apelando a los esfuerzos excepcionales de la nación. Todo esto puede resumirse en dos palabras: ¡trabajo y cordura!»

¿Nos reconocemos hoy en estas pinceladas que hacen pensar en un pueblo formado en escuela espartana o dirigido por el espíritu que guió a Roma en los días de Cincinato? Pequeña era entonces nuestra patria; pero sus virtudes eran grandes!

Interrumpamos esta disgresión, que nos aparta del objetivo, para volver al examen del problema actual del circulante. El argumento del progreso del país y de su crecimiento en todos senti-

dos se formula siempre en apoyo de la tesis de que el circulante de curso forzoso se hace escaso si permanece estacionario. Alguna verdad hay en que al presente se necesita más circulante que hace varios años porque ha aumentado el número de personas y de negocios que lo usan; pero este aumento de circulante ya se ha hecho repetidas veces, pasando desde 50 millones de pesos emitidos en agosto de 1898 hasta 180.700,000 en 1913 o sea creciendo en 15 años en la proporción de 2 1/2 por uno. El circulante ha aumentado tanto como los negocios generales del país, si no más, y esto no puede seguir de un modo indefinido.

La misma cantidad de monedas sirve para el movimiento de uno o de muchos millones cuando se opera por medio de los Bancos que tienen, entre otras razones de existencia, esta de facilitar el movimiento de valores sin el uso directo del circulante metálico o de papel inconvertible.

Citaremos el caso de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. En 1905 su capital era de 1.625,000 pesos. Hoy tiene £ 1.800,000 de capital y distribuye en dividendos anualmente más de 6.000,000 de pesos. La caja de la

Sociedad en Valparaíso, Santiago y Punta Arenas no es hoy más grande que en 1905. Rara vez estas tres cajas exceden de 10,000 pesos. Hacen sus pagos por medio de cheques y letras de cambio, que es el sistema empleado por todos los grandes negocios e industrias, y así, aunque haya crecimiento y grande en la empresa, no implica ello la necesidad de un aumento proporcionado en la cantidad de circulante que necesita para su propio servicio y para el pago de sus obligaciones.

Vamos a citar casos que tienen todavía mayor poder demostrativo. El crecimiento de los negocios se ve bien marcado en las operaciones de cambio o sea en el giro de letras sobre Londres sobre los productos exportados y en la compra de letras para pagar las mercaderías importadas. Podría creerse, a primera vista, que el haberse triplicado las operaciones de cambio es causa que contribuye a la escasez del circulante. Pero no hay tal cosa. La compra y venta de letras de cambio se hace totalmente por medio de los Bancos sin uso alguno de circulante.

Al liquidarse en Valparaíso la mala de 25 de febrero del año en curso el Banco de Chile recibió de su clientela depósitos por valor de 38.364,241 pesos y pagó

cheques por valor de 38.603,010 pesos. El movimiento total de caja en esa mala ascendió, pues, en números redondos, a 77.000,000 de pesos. ¿Y cuál fué el movimiento efectivo de billetes recibidos y pagados por la misma caja? Llegó apenas a 889,000 pesos. ¡Montaña inmensa de negocios y pequeño granito de circulante para realizarlos!

En el Banco Español de Chile, oficina de Valparaíso, el día 11 del mes de abril, elegido al acaso, hubo entradas de caja por valor de 8.482,236 pesos y lo que efectivamente se recibió en billetes fué sólo 106,283 pesos. Lo mismo se observa en todos los Bancos. Así, estos ejemplos no son hechos aislados, sino hechos constantes en la liquidación de los negocios de cada día.

Aquí aparece nuevamente, con toda su eficacia, la función tan importante que los Bancos desempeñan en el comercio como intermediarios para poner en contacto a compradores y vendedores, a los que ofrecen y a los que buscan capitales, y para hacerlo de un modo que permite realizar las operaciones más cuantiosas, pasar centenares de millones de unas manos a otras, sin que ninguna haya tenido necesidad de tocar siquiera el circulante.

Por eso insistimos nosotros en sostener que hoy se necesita, nó nuevas emisiones de billetes de curso forzoso, sino mejor régimen bancario: armonía entre los Bancos, unidad en el manejo de sus cajas, comprensión clara de parte de ellos de que, con el actual circulante, que no disminuye ni puede ser exportado, no hay riesgo de que se produzca la ausencia de numerario tan peligrosa en el régimen metálico. El Banco que vea disminuír su caja debe pensar que las cajas de los otros Bancos aumentan y que, si procede de acuerdo con ellos, en leal armonía, empleando todos procedimientos francos y sencillos, no llega a producirse dificultad alguna ni se necesita alarmar al público hablándole de escasez de circulante.

En la época que recordábamos al comenzar este capítulo, antes de la guerra civil de 1891, lo que más contribuía a mantener los intereses bajos y la tranquilidad en los negocios con poco circulante era la armonía bancaria. Había dos Bancos grandes constituídos por sociedades anónimas: el Banco Nacional de Chile y el Banco de Valparaíso. Entre ellos existía un acuerdo permanente para mantener igual en uno y otro la tasa de

intereses, así sobre depósitos, como sobre avances en cuentas corrientes, préstamos y descuentos. Estaban ligados también por un convenio sobre saldos de canje que hacía de las dos cajas una sola. Ni siquiera se cargaban intereses sobre los saldos deudores, lo que no era obstáculo para que el Banco alcanzado en el canje se pusiese pronto en situación de arreglar su cuenta.

Ese régimen sería hoy bastante difícil, acaso imposible, porque son muchos los Bancos y existen otras causas opuestas a una armonía tan completa. Pero algo eficaz puede hacerse en ese sentido y los mismos Bancos son los más interesados en ello, puesto que su negocio consiste en el tranquilo desarrollo de las operaciones comerciales y de ningún modo les conviene vivir en continua incertidumbre sobre el circulante. El país y los Bancos tendrán mucho que ganar de todo esfuerzo que se dirija a establecer armonía entre esas instituciones y uniformidad en los procedimientos para formar sus cajas; conseguir esto será más eficaz que el aumento de las emisiones de papel moneda para que el comercio y las industrias no sean perturbadas por escasez u ocultación del circulante.

VI

Los balances de los Bancos en 31 de diciembre de 1911 manifestaban la existencia en todos ellos de depósitos por valor total de 549.534,000 pesos. Un año más tarde, en 31 de diciembre de 1912, los mismos balances manifestaban que los depósitos se habían reducido a 481.589,000 pesos. Diminución en un año: 68.945,000 pesos.

No ha faltado quien relacione este hecho con el problema del circulante para insinuar que talvez la insuficiencia de las emisiones de billetes de curso forzoso, al debilitar las cajas de los Bancos, lleva alguna inquietud al ánimo de los depositantes y les induce al retiro de sus capitales.

La sospecha de que tal cosa suceda se desvanece tan pronto como se hace un examen tranquilo del asunto. Los balances bancarios que acusan fuerte diminución en los depósitos hacen ver que los préstamos, descuentos y avances en cuenta corriente disminuyeron, con poca diferencia, en la misma proporción. Sumaban en 31 de diciembre de 1911

un total de 697.588,000 pesos y bajaron a 624.460,000 pesos en 31 de diciembre de 1912. Diminución en el año: 73.128,000 pesos.

El depositante que retira capitales de un Banco, lo hace ya para saldar pérdidas en sus negocios, ya para transladarlos a otro Banco, ya para invertirlos en compra de bienes raíces, de bonos, acciones o de letras de cambio, ya para darlos en mutuo a particulares o para aportarlos a cualquiera empresa o negocio. El retiro suele hacerse también para guardar en caja propia las monedas metálicas o los billetes, y esto ocurre en los días de desconfianza y de pánico, cuando hay falta efectiva de circulante y se teme que los Bancos, por debilidad de sus cajas, no puedan atender al pago inmediato de las obligaciones que pesan sobre ellos.

El caso que ahora contemplamos no es de esta última especie. Por mucho que se hable de escasez de circulante no ha llegado esto a inspirar desconfianzas en el pago inmediato de los depósitos bancarios. No hay retiro de depósitos motivado por debilidad de las cajas de los Bancos. Basta para afirmarlo el hecho de que en 31 de diciembre de 1911 la caja total de todos los Bancos ascendía a 47.754,865 pesos

en billetes de curso forzoso y moneda divisionaria de plata, y de que, un año después, en 31 de diciembre de 1912, la caja total, en igual circulante, era de 55.358,927 pesos. Hubo, pues, aumento de 7.604,062 pesos en las cajas, al propio tiempo que había diminución de 68.945,000 pesos en los depósitos.

Ya hemos tenido oportunidad de decir que en el régimen del curso forzoso la cantidad de circulante permanece inalterable, mientras no haya amortizaciones ni nuevas emisiones, porque los billetes no pueden ser exportados como lo son las monedas metálicas. Por consiguiente, haya aumento o retiro de depósitos, haya buenas o malas cosechas agrícolas, suba o baje el tipo del cambio, ganen o pierdan los que especulan en la Bolsa, factores todos que traen o significan enriquecimiento o empobrecimiento de las gentes, el circulante no varía, los billetes son iguales en cantidad y las cajas de los Bancos quedan insensibles a aquellos movimientos de los negocios.

La diminución de los depósitos bancarios durante el año 1912 nada tiene que ver con la abundacia o con la escasez del circulante que hoy poseemos. No hay que traer ese hecho a la discusión del

problema, porque no ayuda a ilustrarlo y resolverlo, sino que lo obscurece con argumentos estériles e incomprensibles aún para los mismos que los formulan. Decimos que son incomprensibles porque, cuando se argumenta en el vacío, con hechos mal presentados o vistos al revés, se anda a ciegas, se aporta al debate confusión en vez de claridad y nadie se comprende a sí mismo si funda su juicio viendo blanco lo que es negro.

Lo más singular es que en esta diminución de depósitos manifestada por los balances de los Bancos no hay verdaderos depósitos disminuídos sino en una cifra muy inferior a los 68.945,000 pesos que anotamos al comienzo del presente capítulo. Leyendo los balances con conocimiento de la contabilidad bancaria, presto se descubre que, en el fondo de eso, no hay retiro de depósito, sino nueva distribución de algunas de las operaciones ordinarias de los Bancos entre las cuentas del Libro Mayor.

En enero de 1912 se promulgó la ley que grava con impuesto anual de dos por mil (2‰) el término medio de depósitos que los Bancos tengan en cada semestre. Hasta el 31 de diciembre de 1911 los Bancos cargaron a las cuentas de

depósitos los documentos que por saldos de canje o por cualquiera otra causa tenían los unos contra los otros. A las mismas cuentas cargaban los vales a la vista emitidos por un día a lo más para liquidar quincenalmente las malas de letras de cambio y las de acciones. Hacían bien los Bancos al proceder así, pues tales documentos eran créditos contra ellos en manos del público o de otro Banco. Era natural también que les moviese el deseo de mostrar balances con grandes depósitos.

Pero, una vez promulgada la ley del impuesto, tuvieron que modificar el procedimiento para no pagar 2‰ sobre vales y otros documentos emitidos por pocas horas, sólo para dar facilidades a la liquidación de las malas quincenales y de los saldos de canje. Dichos documentos son créditos, pero no depósitos en el concepto de la ley, y necesario fué que se abriese para ellos una nueva cuenta en el Mayor. Esto es lo que hace aparecer en los balances de 31 de diciembre de 1912 una diminución tan fuerte de depósitos.

Lo que dejamos expuesto se comprenderá mucho mejor explicándolo con el último balance semestral del Banco de

Chile a la vista. Ese balance anota al Debe, después de la cuenta depósitos, dos cuentas que antes se confundían con ella, a saber:

Vales a la vista bancarios.	$	1.247,208
Varios acreedores.....		15.643,002
	$	16.890,210

Al Haber anota el mismo balance, de igual modo que un año antes, una cuenta titulada CHEQUES Y VALORES DISPONIBLES EN OTROS BANCOS con saldo de 21.019,744 pesos. El título de la cuenta indica que este saldo corresponde a valores que los demás Bancos adeudan al Banco de Chile, es decir a saldos de canje u otros alcances que los demás Bancos llamaban antes depósitos y que ahora, por la ley del impuesto, tienen que cargar a nuevas cuentas. Tenemos así por un lado 16.890,210 pesos que antes eran depósitos y ahora no lo son en el Banco de Chile y, por el otro lado, 21.019,744 pesos que eran depósitos en los demás Bancos y que ya no lo son. Total: 37.909,954 de diminución nominal en los depósitos.

Si pudiéramos hacer igual análisis en todos los balances bancarios, especialmente en los de los Bancos que operan como sucursales de instituciones cuyo centro está en Londres, Berlín o Hamburgo, llevaríamos mucho más adelante la demostración y acaso podríamos llegar al resultado de que en verdad hubo en Chile aumento, no diminución de depósitos, durante el año 1912. Porque debe considerarse que los balances de las oficinas de Bancos extranjeros en Chile presentan cifras que pertenecen en parte a operaciones realizadas o pendientes aquí y en parte a negocios con las plazas europeas. El balance del Banco de Chile expresa claramente que tiene depósitos en Londres por valor de 11.845,143 pesos oro de 18 peniques y que entre sus Avances y documentos en cartera figuran 19.328,860 pesos de 18 peniques en Chile y en Londres. Todas estas cifras las engloba el balance general y así tiene que ser, porque este documento no puede dejar olvidado ni siquiera un centavo; pero esto es causa de error para todo aquel que quiera leer los balances bancarios como se lee el periódico cada mañana, de corrido, sin meditar sobre el significado de las cifras,

sin consultar sobre lo que ignora y sin tener idea de lo que es la contabilidad.

Sucede en las sociedades anónimas que muchos accionistas, y a veces también algún director, no saben leer el balance. Esto a nadie ofende, porque no se nace sabiéndolo todo, y entender la contabilidad por partida doble, comprender ese ingenioso sistema que hace de cada cuenta una persona distinta y que establece negocios de cuenta a cuenta y que iguala siempre los totales del Debe y del Haber, no es cosa de adivinanza, sino de estudio y de práctica. En estas cosas sabe más el último empleado de un Banco o de una casa de comercio, que el diputado, el senador y el Ministro, llamados a legislar sobre los Bancos, cuando ellos carecen, lo que es frecuente, de conocimientos comerciales y de nociones de contabilidad.

La fuga de depósitos bancarios, que para unos era síntoma de escasez de ciculante y para otros pérdida de capitales, resulta ser nada más que un arreglo de cuentas necesario para que los balances de los Bancos indiquen de un modo exacto la suma afecta al impuesto creado por la ley de enero de 1912.

Otro error análogo a éste hemos observado en escritos que se refieren a los depósitos cada día mayores de las Cajas de Ahorros. Se ha dicho que el aumento de los ahorros contribuye también a la escasez de circulante.

Tuviera fundamento esta observación, si las Cajas de Ahorro guardaran los fondos que reciben para dejarlos improductivos. Mas, sucede lo contrario, pues esas instituciones que abonan intereses sobre sus depósitos, necesitan ganar intereses sobre los fondos ajenos que se encargan de administrar y para esto los invierten en bonos de la Caja de Crédito Hipotecario. Entendemos que, mientras hacen la inversión, depositan los fondos en cuenta corriente en el Banco de Chile para girar sobre ellos en el momento oportuno.

Las Cajas de Ahorros, cuyos depósitos exceden a la fecha de 67 millones de pesos, contribuyen acaso con más eficacia que las escuelas a la cultura del pueblo. Ellas estimulan al obrero, al empleado doméstico, al pobre en general, a mejorar sus costumbres, a imponerse privaciones, a resistir a los atractivos del vicio, con el espíritu previsor de hacer reservas en los días de buena salud y de

trabajo seguro, a fin de no encontrarse en la miseria en los días de enfermedad y de vejez.

La práctica constante del ahorro es una fuerza poderosa para crear y conservar capitales Los capitales acumulados en Francia por el ahorro popular forman el cimiento más sólido de la gran riqueza de esa nación. En diversas circunstancias ha encontrado ella en la laboriosidad y en la previsión de su pueblo recursos abundantes para salir triunfante de pruebas excesivamente duras para su vida internacional o para su organismo económico.

La creación de capitales por medio del ahorro contribuye también, entre nosotros, a mejorar las condiciones económicas de la República. Si alguien no lo comprende a primera vista, imagínese que las Cajas fuesen liquidadas y que, para devolver al pueblo los depósitos, se procediese a la venta de los bonos en que están invertidos. La operación tendría influencia adversa sobre todos los negocios, haciendo bajar los bonos y subir, por tanto, los intereses. Eso importaría destruír capitales salvados por el pueblo, para su propio bien, del vicio y del derroche, y entregados con

garantía a los agricultores para aumentar su poder de producción.

No conocemos en detalle lo que sucede con las cuentas comerciales abiertas en las Cajas de Ahorro. Ellas pueden ser causa de que las Cajas ocupen más circulante del que corresponde a su carácter especial de fomentadoras de la economía y el ahorro en nuestro pueblo. Si así fuese, fácil sería remediarlo, sin suprimir las cuentas comerciales; bastaría, en efecto, que se ordenase depositar todos los fondos en un Banco y hacer los pagos, sin usar billetes, con cheques girados por las Cajas.

VII

Todo lo que el circulante de curso forzoso tiene de fijo, en cuanto a cantidad, si no hay amortizaciones ni nuevas emisiones, lo tiene de variable, en cuanto a valor, en el mercado del cambio internacional.

Por modesta que sea nuestra condición respecto de las potencias poderosas, ocupamos sitio no despreciable en el comercio universal, somos

un eslabón en la cadena que ata los negocios todos del mundo. Sin nosotros, algo le faltaría, para su perfecto funcionamiento, al engranaje complicado e inmenso en virtud del cual todos los pueblos concurren a satisfacer las necesidades de cada uno, y cada individuo, donde quiera que trabaje y produzca, está a servicio de todos los hombres que habitan la tierra.

En el mercado del mundo no hay más que una medida de los valores para establecer la igualdad de las dos partes en los cambios y para pagar al contado las diferencias que resulten en éstos. Bien sabido es que el oro, amonedado o en barra, tiene exclusivamente este carácter universal de medida de los valores y de valor efectivo también para substituirse a cualquier producto, a cualquiera obligación, y conceder o extinguir cualquier crédito.

Nosotros tenemos que cobrar oro al resto del mundo por los servicios que le prestamos y por los productos que le vendemos. Al mismo tiempo tenemos que pagar oro al resto del mundo por los servicios que de él recibimos, por los productos que le compramos, por los capitales e intereses que

le adeudamos y por los gastos de vida y placeres de nuestros compatriotas que viajan o que residen en el extranjero. Pero, en nuestra propia casa, lo que circula no es oro, sino billete de curso forzoso, simple promesa de pago en una fecha indeterminada, papel desprovisto de toda garantía inmediata que le dé valor real y fijo. De ello resulta que, para traer a Chile lo que nos corresponde cobrar en el extrajero, y para mandar al extranjero el valor de las mercaderías importadas y de todas nuestras obligaciones, hay necesidad de vender y de comprar en todo tiempo letras de cambio pagaderas en Londres en libras esterlinas, valor fijo, y negociadas aquí por medio de billetes que carecen de valor propio.

Es inevitable entonces que el precio de las letras de cambio sobre Londres, expresado en billetes de curso forzoso, esté sujeto a oscilaciones continuas, a alzas y bajas motivadas por la ley natural de la oferta y la demanda. Hasta los niños saben que, cuando hay mucha abundancia de alguna cosa que se vende, el precio de ella baja, porque el vendedor tiene que buscar al comprador, necesita ofrecerle su

producto, halagarle con ventajosas condiciones, y el comprador se retrae y aguarda hasta que la baja del precio le tienta a hacer el negocio. Por la inversa, cuando una cosa necesaria escasea, el comprador anda tras el vendedor, le solicita, le ofrece ventajas y sube poco a poco sus ofertas de precio hasta que el otro se siente tentado a vender. Ni más ni menos sucede con las letras de cambio y no hay para qué buscar otras explicaciones a un hecho de origen tan sencillo como las constantes oscilaciones en nuestro mercado del tipo de cambio sobre Londres. Y no se crea que el tipo del cambio oscila solamente en los mercados donde impera el régimen de curso forzoso. Oscila también en los mercados que viven en régimen metálico, con la única diferencia de que, en estos últimos, las oscilaciones son de amplitud limitada, mientras que en aquellos teóricamente no tienen límites.

La amplitud de las oscilaciones del cambio en el régimen metálico depende de dos circunstancias precisas: del costo efectivo de translación de numerario del uno al otro de los mercados de que se trate y del grado de urgencia que el comprador o el vendedor de

letras de cambio tenga de realizar su operación. Vamos a aclarar esta explicación con ejemplos, no supuestos, sino verdaderos, que se realizan en la vecindad y que se realizaron no ha mucho tiempo en nuestro país.

En el mercado de Buenos Aires rige desde antiguo la práctica de liquidar las operaciones de cambio pagando las letras con oro. La par es 48 peniques por peso. El costo aproximado de transladar oro de Londres a Buenos Aires o vice-versa es 3/8 de penique, de modo que 48 peniques transladados de Londres a Buenos Aires valen, por la adición de los gastos de transporte, 48 3/8 y, transladados de Buenos Aires a Londres, producen, por la substracción de aquellos gastos, 47 5/8. Esta es la teoría que se confirma por la práctica cada vez que el comprador o el vendedor de letras en Buenos Aires no está oprimido por la urgencia de realizar su negocio y puede aguardar los veinte días de navegación entre los dos mercados.

Pero, si está apremiado por circunstancias que no admiten esperas, si necesita vender o comprar hoy mismo, no mañana, las letras de cambio, le es forzoso

someterse al tipo que rija en ese momento en el mercado, aunque le sea desfavorable y le perjudique.

En la época de cosechas agrícolas y de esquilas, hay en Buenos Aires grande abundancia de letras giradas sobre exportaciones de cereales y de lanas, sin que disminuya la de letras giradas sobre exportaciones de carne. Los vendedores quedan entonces a merced de los compradores y, apremiados por las circunstancias, tienen que entregar sus letras a tipos que hemos visto llegar a 49 1/2 peniques. Nuestra última información oficial de Buenos Aires, correspondiente al mes de febrero de 1913, indica 48 31/32 como tipo de cambio sobre Londres. Se ve, pues, que 48 peniques, más 3/8 por gastos de translación, valen en Buenos Aires casi 49 hoy día y llegan a valer 49 1/2 en otros momentos. Es decir el oro vale más en Buenos Aires que en Londres y traerlo es negocio para los banqueros que lo traen, en efecto, en grande abundancia.

Los balances bancarios y el de la Caja de Conversión, correspondientes a 28 de febrero del presente año, manifiestan una existencia en Buenos

Aires de 61.670,000 libras esterlinas en oro amonedado. La circulación efectiva es de billetes de curso forzoso, al tipo fijo de 44 centavos oro por peso, y asciende hoy a 826.481,537 pesos. Hay además 13.561,639 en moneda divisionaria de niquel y cobre.

Tenemos un ejemplo análogo al anterior, pero en sentido inverso, en nuestro propio país. La conversión metálica realizada en el mes de junio del año 1895 estableció un circulante de oro con valor de 18 peniques por peso. Descontando los gastos de translación de estas monedas, su valor en Londres, a la vista, era 17 5/8. El tipo del cambio en Valparaíso, por letras a 90 días vista, fluctuaba, según la oferta y la demanda, entre 17 5/8 y 17 1/4, inclinándose decididamente hacia éste último tipo y más abajo aún en junio de 1898.

El oro valía más en Londres que en Valparaíso; era negocio positivo embarcar oro en Valparaíso para tener 17 5/8 a la vista en Londres y girar letras a 90 d/v., a 17 1/4. ¿Qué más se necesitaba para que el oro acuñado dejase de circular, se encerrase en las cajas comerciales y tomase presto el camino de regreso a Londres, de donde habían

venido, traídas por el Gobierno, las pastas para nuestra Casa de Moneda? ¿Para qué compran los comerciantes salitre, cobre y otros productos de exportación? Para venderlos con ganancia grande o pequeña en otros mercados. Pues bien, para lo mismo, para ganarse la diferencia en el precio y en los intereses, habían de adquirir el oro circulante en Chile, pagando 17¼ por peso en letras a 90 días vista, y de remesarlo a Londres, donde lo vendían recibiendo 17 5/8 neto a la vista. Eso produjo el fracaso de la conversión metálica y trajo el restablecimiento del curso forzoso en 1898.

VIII

Volvamos a considerar las fluctuaciones del cambio en nuestro mercado con régimen de curso forzoso que carece de fijeza en el valor. No hay quien determine el máximum y el mínimum de las oscilaciones en este caso. Recordamos que en 1890, desempeñando la gerencia del extinguido Banco de Valparaíso, fué a consultarnos el jefe de la casa Grace y Cía, recién llegado de

New York, con grande alarma por qué el cambio, que una extraordinaria oferta de letras durante siete u ocho meses había hecho llegar a 29 7/8, descendía nuevamente, en pocos días, a 25¾ peniques, término medio de aquellos años. Nuestra respuesta fué que no se sorprendiese de eso, pues era normal y se explicaba fácilmente y, como él encontrase muy bajo el tipo de 25 peniques, porque lo comparaba con 29⅞, le aconsejamos que lo comparase con 20 peniques y que así lo encontraría bastante alto. No pensábamos entonces que el tipo de 20 peniques llegaría a ser, antes de cuatro años, un sueño o una ilusión irrealizable, y que 10 peniques sería el máximum de las aspiraciones en época no remota. Pero nada de lo que ha sucedido y de lo que aún puede suceder nos toma de sorpresa, porque la experiencia enseña que no hay límites para las oscilaciones del cambio en el régimen de billetes de curso forzoso incondicional.

No quiere esto decir que tal régimen de curso forzoso lleva fatalmente a la liquidación en cero de los billetes. Todo lo contrario; las oscilaciones, así como caen, así también suben, cuando, por

causas imprevistas o por actos inteligentes, estudiados y previsores de los gobernantes, se modifica en favor del país el balance de las obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros y la oferta de letras de cambio se hace superior a la demanda.

Citaremos la experiencia tan elocuente de nuestro país después del restablecimiento del curso forzoso en 1898. Pudo creerse que la nueva caida en la inconversión nos llevaba en derechura a tipos ínfimos de cambio. Hubo verdadero pánico con este motivo, el mercado fué oprimido por la demanda de letras y el cambio bajó hasta 11 7/8, en enero de 1899. Pero ahí se detuvo y en seguida osciló en sentido inverso, mejoró paulatinamente y en septiembre de 1900 llegó a 17 3/8, tipo superior al que hubo en algunos días del efímero régimen metálico. ¿Qué había pasado? Una cosa muy simple. El país, angustiado durante los tres años de liquidación violenta a que le sometió la conversión forzada a 18 peniques, vivió en la estrechez, se impuso privaciones, disminuyó sus consumos. Coincidió con esto un aumento en la exportación del salitre. El Gobierno, por su parte, puso moderación también en los

gastos ordinarios de la República. Surgió de todo eso una situación favorable de cambio con oferta de letras superior a la demanda y, por cierto, no se necesitaba más para tener, en pleno régimen de curso forzoso, tipo de cambio mejor qne en la época de la conversión. El tipo del cambio se mueve automáticamente, y refleja el estado de las obligaciones de un pueblo con los demás mercados con tanta exactitud como el termómetro marca la temperatura y el barómetro la presión atmosférica.

El curso forzoso se desvía y marcha hacia su completa desvalorización, si el Gobierno que lo establece no adopta un plan financiero prudente y sostenido con firmeza, para evitar todo exceso, toda prodigalidad en los gastos nacionales, y poner la potencia económica del país a servicio del propósito invariable de preparar por medios normales, no por artificios, el restablecimiento de los pagos en metálico o, al menos, de fortalecer el mercado de cambios para que la demanda de letras no sea constantemente mayor que la oferta.

¿Qué puede esperarse, sino daños, del curso forzoso, cuando se le deja abandonado a sí mismo, como fuerza

ciega que se mueve sin saber por qué lo hace y a dónde va? ¿Qué beneficios prestarían los ferrocarriles, si el tráfico de trenes careciese de dirección superior, de sistema fijo, de unidad y estabilidad y quedase entregado al arbitrario querer de conductores y maquinistas? El trastorno que semejante desorden introduciría en el movimiento de los negocios, el daño que causaría a productores y consumidores, no cedería en gravedad al desorden que introduce en las operaciones comerciales y al daño que causa a capitales, rentas y salarios este vaivén perpetuo, con tendencias siempre a la baja, en el valor del circulante de curso forzoso dejado en abandono por el Gobierno que debe dirigirlo y hasta explotado, como fuente proveedora de recursos por el premio del oro percibido en las Aduanas, para alimentar la prodigalidad de los presupuestos fiscales.

No hay cosa mas útil para el bienestar humano, para dar intensidad al trabajo, para producir riquezas en abundancia, que la corriente eléctrica, generadora de luz, de fuerza, de movimiento. Pero la electricidad ha de ser domesticada para que sirva a estos fines, ha

de ser sometida a dirección y disciplina, porque si se la deja en abandono, ciega como es y tan potente, sólo causará ruinas. Esto es el curso forzoso del papel moneda: necesario muchas veces, utilísimo, fecundo en bienes; pero peligroso al mismo tiempo y destructor como el fuego, como la corriente eléctrica, si no hay voluntad inteligente que le fije rumbos y le contenga dentro de límites prudentes.

Aun los hombres de criterio más estricto en la correcta inversión de los caudales públicos y más severos para condenar el régimen de curso forzoso, olvidan en el ejercicio del gobierno que, para salir del papel moneda o para poner atajo a los daños que causa, lo primero de todo es moderarlo, disciplinarlo, ponerle camisa de fuerza, como al insano que hace el mal sin saberlo. Y nada de esto se cumple, si previamente no se establece de un modo firme el espíritu de economía en la administración pública, si no se administra la hacienda fiscal con la cordura que cada hombre de buen juicio aplica al cuidado y administración de su fortuna privada.

El malogrado Presidente don Pedro Montt, a quien recordamos con respeto

por sus virtudes personales, declaró, al iniciar su período constitucional, que no se sentiría digno del cargo, si no hacía cumplir la ley que ordenaba repetir en 1910 la conversión metálica exactamente en las mismas condiciones que en 1895. Estaba con sinceridad en el errror de creer que sería bueno, justo y patriótico practicar otra experiencia en aquel sentido. Pero, aunque era esa su voluntad, sus actos fueron contrarios a ella. Autorizó una nueva emisión de $ 30.000,000, y exageró, fuera de toda medida, los presupuestos fiscales, para realizar en cinco años un plan de obras públicas demasiado extenso y hecho precipitadamente con poco estudio.

Pretendió el Presidente Montt hacer al mismo tiempo dos cosas que se excluyen: liquidar el curso forzoso, obra de prudencia y de economía; gastar sin medida en cuanto él estimaba conveniente para el progreso material del país, obra de escasa cordura y de mucha prodigalidad. El resultado no se hizo esperar, de eso surgió mayor perturbación en el circulante y en el cambio.

IX

Hemos recordado que en 1898, en régimen metálico con monedas de oro de valor de 18 peniques, el cambio por letras a 90 días estuvo a 17 1/4 y a menos de 17 para entregas a plazo lo que manifiesta que había entonces escasez de letras sobre Londres o sea demanda superior a la oferta.

Hemos recordado también que en 1900, en nuevo régimen de curso forzoso, después de haber descendido el cambio hasta 11 7/8, volvió a subir a 17 3/8, lo que basta para afirmar que entonces había abundancia de letras de cambio, o sea oferta superior a la demanda. Hemos dado la explicación de este hecho diciendo que el país, angustiado por la pobreza en que le tuvo la conversión metálica hecha por la fuerza, había limitado considerablemente sus consumos y que, al propio tiempo, había aumentado la exportación de salitre.

Lo que hemos dicho no son palabras vanas, pronunciadas al acaso, para dar fuerza a nuestra argumentación. Estas palabras expresan hechos ver-

daderos, pueden ser confirmadas con cifras que no engañan. En el balance de las obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros, la más importante de las partidas al Debe es la que anota el valor de las mercaderías importadas y la más importante de las partidas al Haber la que anota el valor de los productos exportados. Hágase cuanta rectificación se quiera a estas cifras, siempre queda en pie la relación que existe entre las unas y las otras y nadie pretenderá ni que las importaciones, nuestros consumos, no deben ser pagadas, ni que las exportaciones, al ser vendidas, no dan fondos para girar sobre ellas.

En 1895, 1896 y 1897—tres años de régimen metálico impuesto por violencia—las importaciones representaron en conjunto $ 441.044,000, oro de 18 peniques, lo que da un término medio por año de $ 147.000,000. En los mismos tres años las exportaciones representaron en conjunto 445.268,000 pesos oro de 18 peniques, lo que da un término medio por año de $ 148.400,000.

¿Se necesita más para saber que en ese período había escasez de letras de cambio? Considérese que, al pago de las importaciones, había que agregar

el de intereses y amortización de la deuda pública en Londres, el de gastos fiscales y de gastos particulares en el extranjero, las ganancias de empresas y negocios extranjeros en Chile y demás partidas de cargo al Debe de nuestro balance internacional.

¿Había en aquel tiempo algo de importancia que agregar al Haber de ese balance sobre el valor de las exportaciones? Talvez no, porque el régimen metálico, obra de artificio, había hecho emigrar capitales del país en vez de provocar la venida de capitales nuevos. El primer paso de la conversión en 1895 había sido la entrega directa por el Ministro de Hacienda a varios comerciantes y banqueros, de letras de cambio giradas por el Fisco sobre Londres, en pago de billetes que los interesados presentaban al canje por oro. El acta de nacimiento de la conversión era así el anuncio de su muerte en breve plazo, pues preparaba crisis moneteria por restricción del circulante y facilitaba las mismas letras del Fisco para ayudar a la fuga de capitales chilenos y extranjeros que con tiempo se ponían a salvo del seguro desastre.

Teníamos, pues, saldo adverso en el balance de nuestras obligaciones con los mercados extranjeros, esto se traducía en demanda de letras de cambio superior a la oferta y ello, a su turno, nos condenaba a la baja del cambio y a la exportación del metálico. ¿A quién pudo sorprender aquello, que era inevitable, que con mediana inteligencia debió preverse? Si alguien fué sorprendido, no dió prueba de haber pensado, de haber estudiado, de haber comprendido el problema, aunque era tan sencillo como sumar y restar.

Analicemos ahora las cifras de importaciones y exportaciones en los tres años siguientes—1898, 1899 y 1900.—Las importaciones representaron en conjunto 342.024,000 pesos de 18 peniques, lo que da un término medio por año de $ 114.000,000. $ 33.000,000 menos en cada año que en el trienio anterior. Ya se siente en esta cifra la estrechez, la privación, la miseria que las angustias de la crisis por la conversión forzada hacía sufrir a todos y en especial al pueblo, por la falta de trabajo y penuria de los jornales.

Por el otro lado, por el Haber del balance de nuestras obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros,

las exportaciones, aumentadas por el mayor consumo de salitre en Europa, representaban en esos tres años—1898, 1899 y 1900—un conjunto de 503.149,000 pesos, lo que da un término medio por año de 167.700,000 pesos: $ 19.300,000 pesos más que en el trienio precedente. Los $ 33.000,000 por año de diminución en el valor de mercaderías importadas y los $ 19.300,000 por año de aumento en el valor de las exportaciones formaban 52.300,000 pesos de 18 peniques de mejoramiento anual en nuestras cuentas internacionales o sea casi 4.000,000 de libras esterlinas. Multiplicado esto por tres, tenemos 12.000,000 de libras esterlinas de auxilio efectivo para nuestro mercado. ¿Alguien pudo sorprenderse de que esto mejorase el cambio y elevase su tipo, en pleno curso forzoso, a 17 3/8? Los sorprendidos no pudieron ser sino los mismos que se sorprendieron cuando la escasez de letras hizo bajar el cambio y expulsó del mercado la moneda metálica y puso en evidencia el error y la responsabilidad ante el país de aquellos que le sacrificaron realizando, contra las advertencias del buen sentido y de la rectitud administrativa, una conversión metálica por la violencia.

Con posterioridad al año 1900 el cambio experimentó las fluctuaciones correspondientes a los factores comerciales que producen oferta y demanda de letras. Hasta el terremoto de Agosto de 1906, que marca época en nuestra historia, por el cataclismo físico y por su influencia sobre nuestra vida económica, el tipo máximo fué 17 3/16 en enero de 1901 y el mínimo 14 5/32 en enero de 1906. En esos seis años el valor total de las importaciones ascendió a 1,050.545,000 pesos de 18 peniques, 175.000,000 por año, y las exportaciones sumaron a 1,345.000,000 de pesos, del mismo valor, 224.000,000 por año. Este exceso medio de 49.000,000 de pesos oro por año, igual a 3.680,000 libras esterlinas, bastante grande al parecer, no bastaba, sin embargo, para compensar las otras partidas de pago en el extranjero juntamente con el valor de las importaciones. Prueba de ello es el tipo de cambio, indicador cierto de que la oferta de letras no era suficiente para satisfacer la demanda.

La acción del terremoto sobre nuestro estado económico se hizo sentir con toda gravedad cuando llegó el momento de pagar las importaciones

extraordinarias, que fueron hechas para reemplazar mercaderías destruídas y para reedificar las ciudades arruinadas. En 1907 las importaciones sumaron 293.681,000 pesos de 18 peniques, y las exportaciones 274.455,000 pesos. A este violento desequilibrio vino a unirse la crisis de Estados Unidos, que repercutió en Europa e hizo subir a 7 por ciento el descuento del Banco de Inglaterra. Los comerciantes de Chile y algunos Bancos extranjeros se vieron en la necesidad urgente de remesar fondos a Londres, circunstancia gravísima en aquellos días para nuestro mercado. El daño fué tan intenso y prolongado que, en junio de 1908, el tipo del cambio bajó a 8 1/16. Pocas veces se ha visto con tanta claridad como entonces que, en el régimen del curso forzoso, tal cual existe entre nosotros, las fluctuaciones del cambio no tienen más límites que los de la oferta y la demanda de letras y que esta última, estimulada por el pánico en los días de peligro, puede llevarlas hasta el extremo de que el billete pierda todo valor.

El exceso del mal trajo pronto alivio. Los tres años siguientes—1908, 1909 y 1910— importaron en todo 826.831,000

pesos de 18 peniques, 275.500,000 por año, y exportaron 942.791,000 pesos, 314.200,000 por año. Las fluctuaciones del cambio tuvieron amplitud entre 12 7/8, enero de 1909 y 10 5/16, noviembre de 1910.

En 1911 volvió a presentarse el caso de 1907 con importaciones en exceso de las exportaciones. Mientras éstas llegaron a 348.990,000 pesos de 18 peniques, aquellas no subieron sino a 330.621,000 pesos. Diferencia en contra del país: 18.369,000 pesos, o sea 1.370,000 libras esterlinas. El efecto sobre el cambio fué: mayor demanda de letras y baja del tipo hasta 9 5/8, en agosto de 1912.

En el año 1912 las importaciones ascendieron a 334.454,000 pesos de 18 peniques, y las exportaciones a 383 228,000 pesos. Diferencia a favor de las últimas: 48.774,000 pesos, igual a 3.659,000 libras esterlinas. El cambio permanece en las vecindades de 10 peniques, indicando que este exceso de exportaciones no alcanza a cubrir los pagos que nuestro mercado tiene que hacer en el exterior, a más del precio de las importaciones.

X

Piensan algunos que estas cuestiones de cambio sobre Londres y las causas que producen sus alzas y bajas, son complicadas, obscuras, difíciles de entender. Nada, sin embargo, es más sencillo, cuando se abre bien los ojos y se mira con atención. Un pueblo no es otra cosa que una familia grande, formada por la agrupación de muchas familias. La economía doméstica, la humilde economía casera de cada hogar, no se diferencia de la economía pública de la nación. Las dos son exactamente iguales en el fondo, en la substancia, en el objetivo y en el método; sólo difieren en las proporciones y número de los factores que intervienen en las cuentas. Vamos a tratar de explicar esto en pocas palabras.

La familia, sea pobre, sea rica y poderosa, constituye un centro de producción y de consumos. La familia, sin llevar libros de contabilidad, tiene cuentas en activo movimiento, hace operaciones de cambio, efectúa, por decirlo así, importaciones y exportaciones.

Importa todo lo que consume: alimentos, combustibles, alumbrado, vestidos, muebles, etc. Paga estas importaciones y paga, además, en el exterior, el alquiler de la casa, los impuestos, los sueldos de la servidumbre, el colegio de los niños, las cuentas de médicos, los intereses y, a su tiempo, el capital de sus deudas, los teatros, paseos, viajes, etc., etc. Exporta, para atender a todo eso, los productos que fabrica o que cosecha en su chacra, viña o hacienda, y dispone además, en el exterior, de lo que tiene que recibir por sueldos, por rentas de arriendos e intereses de bonos o de acciones, por capitales que tenía prestados, por herencias y también, en los casos de pobreza, por limosnas en dinero o auxilios en especies.

Si la familia vende productos y recibe valores más abundantes que los productos comprados y los valores pagados, tiene entonces saldo al Haber en el balance de sus obligaciones recíprocas con el exterior, posee dinero sobrante, se encuentra con el cambio a su favor y puede darse el gusto de guardar en su casa y de mostrarlas, monedas de oro, joyas y otros objetos suntuarios.

Por la inversa, si la familia, ya por estado permanente de pobreza, ya por malas cosechas, por enfermedades, por muerte de su jefe, por falta o agotamiento de ahorros anteriores o por cualquiera otra causa, carece de valores suficientes para pagar los artículos de consumo que ha importado en su casa y el alquiler de ésta y sus demás obligaciones en el exterior, entonces tiene que reducir al mínimum la satisfacción de sus necesidades, tiene que vender o empeñar lo más valioso que posea, pierde su oro, si alguna vez lo tuvo, y sus joyas, está oprimida por el cambio adverso y, al fin vivirá de trampas, no acudiendo nadie en su auxilio, pues nadie vive sin comer. Si esa familia en la desesperación pudiese emitir billetes de curso forzoso los emitiría para que circulasen con cualquier descuento; pero ni este recurso le queda, pues en el exterior nada valen y nadie acepta billetes que no se convierten en oro a su presentación.

¿Hay algo más evidente, más fácil de comprender, que la situación de esas dos familias, la una en la abundancia, con oro disponible a su voluntad, y la otra en la indigencia, endeudada hasta por el

pan y el agua, y condenada a desprenderse, no sólo del oro que pudo tener en días mejores, sino también hasta de la cama y la camisa de cada uno de sus miembros?

De igual evidencia y de comprensión no más difícil es lo que sucede a la grande y numerosa familia llamada Nación. Cuando ésta puede pagar las mercaderías importadas y todas sus obligaciones en el exterior y queda con sobrante a sus órdenes, todo le es próspero y risueño, el cambio le es favorable y le trae monedas en abundancia para que tenga sólida circulación metálica. Cuando, por la inversa, la Nación no alcanza con sus recursos normales a pagar los consumos importados y el conjunto de sus demás obligaciones en el exterior, el cambio le es desfavorable, la oprime, la despoja de su oro y se lo lleva muy lejos, por la misma razón que la máquina de coser, la cama y la camisa del pobre se van lejos también de su familia, cuando a ésta le falta el pan.

Pero la Nación en pobreza tiene el recurso de emitir billetes de curso forzoso, hace uso de este expediente, y el

papel moneda, así puesto en circulación, se deprecia en tanto cuanto corresponde al desnivel entre los dos lados de la cuenta de las obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros. Esta depreciación tenderá a disminuír a medida que se corrija este desnivel y desaparecerá una vez que las obligaciones recíprocas queden saldadas y que haya cambio favorable. Se hará crónica y aumentará en el caso contrario, es decir, si nada se hace para nivelar las obligaciones recíprocas con el exterior y si los consumos de la Nación, lejos de ser reducidos, van siempre en aumento.

Este es el caso especialísimo en que nosotros nos encontramos. Vivimos en un régimen de curso forzoso indisciplinado, o sea, sin propósitos firmes para moderarlo y contenerlo dentro de las necesidades reales que debe satisfacer y por eso hemos pasado sin sentirlo, como si estuviéramos adormecidos, de los 50.000,000 en billetes emitidos en agosto de 1898 a los 180.700,000 pesos que hoy forman el total de las emisiones. Al propio tiempo han crecido en forma extraordinaria, nó paso a paso, como crece la población, sino a grandes saltos, los

consumos generales del país representados por mercaderías importadas.

¿Qué más se requería para acentuar la baja del cambio producida ya por tantas otras causas? El aumento de las emisiones de papel moneda por una parte y el aumento de los consumos importados por la otra, se han hecho sentir en el mercado en forma de mayor demanda de letras de cambio. Las exportaciones no han crecido con igual fuerza que las importaciones, no han contribuído a que se ofrezcan letras en proporción a la mayor demanda. La consecuencia de esto es el tipo bajo de cambio que pudo ser más desfavorable aún si la Caja de Crédito Hipotecario no hubiera hecho la colocación de bonos en París y si el Gobierno no hubiera girado sobre fondos provenientes de empréstitos.

Estos giros extraordinarios auxiliaron momentáneamente el mercado de cambios, hicieron subir el tipo en ciertos días hasta 14 peniques; pero, una vez agotado tal recurso, se produjo otra vez la baja a 10 peniques.

XI

Véase a continuación el valor de las importaciones en los últimos quince años:

	PESOS ORO DE 18d.
1898.....	$ 103.960,000
1899.....	107.665,000
1900.....	130.399,000
1901.....	144.105,000
1902.....	137.113,000
1903.....	148.241,000
1904.....	164.793,000
1905.....	218.596,000
1906.....	237.697,000
1907.....	293.681,000
1908.....	267.264,000
1909.....	262.082,000
1910.....	297.485,000
1911.....	348.990,000
1912.....	334.454,000

Las exportaciones en el mismo período fueron las siguientes:

	PESOS ORO DE 18d.
1898.....	$ 170.103,000
1899.....	164.035,000
1900.....	169.011,000
1901.....	176.513,000
1902.....	191.550,000
1903.....	203.245,000
1904.....	224.690,000
1905.....	265.209,000
1906.....	283.802,000
1907.....	274.455,000
1908.....	319.149,000
1909.....	306.429,000
1910.....	317.213,000
1911.....	330.621,000
1912.....	383.227,000

Las cifras de los dos cuadros que preceden indican que entre 1898 y 1906, año del terremoto, las importaciones sumaron 1,392.569,000 pesos oro de 18d. y las exportaciones 1,848.158,000 pesos, En los nueve años el término medio anual fué 154.000,000 de importaciones y 205.000,000 de exportaciones. Saldo anual a favor de las últimas: 51.000,000 de pesos, o sea £ 3.820,000.

En los seis años siguientes, entre 1907 y 1912, las importaciones sumaron 1,803.956,000 y las exportaciones 1,931.000,000. Término medio anual: 300.600,000 de importaciones y 322.000,000 de exportaciones. Diferencia a favor de las últimas: $ 21.400,000, o sea £ 1.600,000. Inferior en 29.600,000, o sea £ 2.220,000 por año al término medio del período precedente. Las importaciones aumentaron, según se demuestra, en proporción mayor que las exportaciones.

Conviene analizar cómo han aumentado las importaciones para darse cuenta de si ello es transitorio o permanente. Entre las importaciones de 1905 y las de 1911, año de la última Estadística Comercial publicada, hubo aumento de 130.394,000 pesos oro de 18d. Aumento de 60 % en los consumos de

un año! Esto se observa en toda la línea de consumos personales de primera necesidad y de consumos industriales: animales vivos, substancias alimenticias, tejidos de algodón y de lana, papeles y cartones, hierro y acero, carbón y petróleo, cemento, maquinarias de toda especie. Aumentaron también los consumos suntuarios: vinos y licores, perfumería, artículos para el amoblado y servicios domésticos.

Los mayores consumos personales son alimentados por los aumentos del presupuesto fiscal y de los sueldos y jornales en las casas de comercio, en las fábricas, en la agricultura en todas las faenas. Los mayores consumos industriales corresponden a las obras públicas del Estado, al desarrollo de la producción del salitre, al progreso de la agricultura y de varias industrias fabriles y al gran movimiento de edificación en todas las ciudades con materiales importados. Se trata de consumos que tienen carácter permanente o de larga duración y hay que contar con que ellos seguirán produciendo iguales efectos en lo futuro.

La mejoría del cambio no vendrá entonces por diminución de los consumos o sea porque baje la demanda de letras

sobre Londres en nuestro mercado. Las expectativas del cambio, con tal antecedente, no son favorables y sería perder tiempo y hacer daño inútil el buscar combinaciones o artificios ingeniosos para mejorarlo sin que venga a la plaza una abundancia de letras efectivas por causas estables como las que provocan la fuerte demanda.

Las cifras anotadas en las páginas anteriores indican con toda claridad que estamos, desde hace años, en la condición de deudores de los mercados extranjeros. El saldo deudor que no se paga al liquidar las operaciones de un año, se asienta como primera partida en la cuenta del año siguiente y, si en éste no se gasta menos o no se produce más o no se vende algo del patrimonio nacional, lo adeudado sigue creciendo y, de año en año, por la sucesiva acumulación de esos saldos deudores, se llega a la falencia, que no otra cosa es un billete de curso forzoso depreciado hasta ser una inmundicia sin valor, un papel sucio en comparación del cual parecen objetos de lujo los papeles echados a la basura.

El oro del Fondo de Conversión que se ha formado para rescatar algún día

los billetes de nuestras emisiones fiscales da a éstos, por ahora, una garantía nominal y hace creer que no se repetirá entre nosotros lo que sucedió en Francia con los billetes de la época revolucionaria, los famosos *asignados*, y en el Perú con los billetes que circulaban cuando se produjo el desastre total de la guerra del Pacífico. Podría pensarse también que ni siquiera hay riesgo de que nuestros billetes caigan hasta donde han caído, en los último tiempos, los de Colombia y el Paraguay.

Pero, en verdad, no estamos exentos de esos peligros. Los armadores del soberbio TITANIC creían que el barco era tan sólido como un continente, que ningún escollo y ninguna tempestad podían ponerle en peligro, pues, en el peor de los casos, quedaría a flote para reparar sus averías. Se sabe lo que pasó. Jamás olvidará el mundo esa tragedia, confusión del orgullo humano y gloria también de la raza por la serenidad heroica, por la abnegación sublime de los pasajeros y de los tripulantes!

Nó; no seamos ciegos por orgullo nacional, no nos engañemos en la confianza de que tenemos oro y salitre para siempre y para quedar a flote aunque

choquemos con escollos y aunque nos azoten las tormentas. Al paso que vamos aumentando los consumos y las emisiones de papel moneda y la deuda externa de la nación, puede venir sobre nosotros, de improviso o gradualmente, una situación gravísima que haga perder al billete gran parte del poco valor que ya tiene y que desvíe de su destino las reservas de oro acumuladas para garantirlo nominalmente.

No hay necesidad ni de sucesos extraordinarios para que el billete sea depreciado hasta lo que hoy se considera inverosímil. La demanda urgente de trescientas o quinientas mil libras esterlinas en cualquier tiempo en que haya escasez de letras para completar esa suma, puede alterar el tipo del cambio en un penique o más. Y en ese peligro estamos hoy por el saldo deudor de nuestras obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros y en ese peligro seguiremos viviendo en tanto no arreglemos nuestras cuentas para atender con recursos propios a todas las necesidades nacionales y particulares.

XII

El oro acumulado en el Fondo de Conversión no impide, ni detiene la depreciación de los billetes de curso forzoso, cuando los tenedores de éstos necesitan con urgencia, sin retardo de un solo día, comprar letras de cambio sobre Londres. Valgan las letras ocho, cuatro, dos peniques por peso, los urgidos por la necesidad de comprarlas tienen que someterse a lo irremediable y nada vale para ellos que el Gobierno emisor de los billetes tenga muchos bienes y guarde oro, mientras no les sea posible obtener que parte de este oro se les entregue a la simple presentación de los billetes. ¿Y qué falta entre nosotros para que haya una demanda general de letras hasta agotar la oferta y precipitar la caida del cambio a tipos en que nadie ha pensado? Las observaciones que siguen harán meditar en la amenaza de este peligro.

Los factores visibles que producen oferta y demanda de letras de cambio son las exportaciones, sobre cuyo producto de venta se gira, y las importaciones,

cuyo precio debe pagarse en plazos convenidos por las partes contratantes. Pero hay otros factores más o menos disimulados, invisibles muchas veces, que producen también oferta y demanda de letras y que alteran substancialmente las cifras del comercio internacional anotadas por la estadística de las aduanas. Procedamos a hacer el análisis de estos factores invisibles, de su modo de intervenir en las operaciones de cambio y de su influencia real en la oferta y la demanda de letras, en el alza y la baja del valor de ellas.

El Reino Unido de Gran Bretaña presenta el mejor campo para estudiar esta cuestión y adquirir experiencia. Los factores visibles del cambio internacional en aquel reino, tomando en cuenta las reexportaciones y el movimiento de entrada y salida de metálico, fueron en 1912 como sigue: Importaciones, £ 744.896,514. Exportaciones, £ 623.867,608. Diferencia en contra de las exportaciones: £ 121.028,906.

Los factores invisibles son incontables. Nadie puede reducirlos a medidas de número y de valor. Baste recordar que en Londres tiene cetro de reyes

una dinastía de banqueros cuyos súbditos son, en el mundo de las finanzas, las naciones todas de la tierra.

Londres es el centro de liquidación de miles de millones de libras esterlinas en letras giradas desde todas las plazas comerciales sobre todas las materias primas y todos los productos manufacturados que circulan por océanos y por continentes pasando de pueblo a pueblo, desde los más remotos hasta los que están en la vecindad, para poner cada cosa donde hay necesidad de ella y donde es pagada a mejor precio. La simple comisión de giro sobre estas sumas fabulosas hace ganar a los banqueros de Londres fuertes cantidades de libras esterlinas que son ignoradas por la Aduana.

La flota comercial británica impera en los mares con más potencia efectiva que su flota militar. La antigua Roma dominaba al mundo entonces conocido con la disciplina y el empuje de sus legiones y se enriquecía con los despojos de los vencidos, con las rapiñas de sus procónsules. El imperio británico domina al mundo actual con su poder civilizador y se enriquece con un tráfico comercial honrado. En fletes recibe cada año mucho más

que en comisiones por giros de letras de cambio sobre Londres.

Los capitales británicos invertidos en el mundo exceden hoy de 3,500.000,000 libras esterlinas. Esta cifra es dada por la Sociedad Real de Estadísticas de Londres y comprende sólo los valores cotizados en la Bolsa. Debe agregarse a ella el capital inglés puesto en giro en el exterior por los Bancos y por las casas de comercio, lo que hace subir al menos a *cuatro mil millones de libras esterlinas* el total de las inversiones británicas fuera del Reino Unido. Al 5 por ciento anual esto produce 200.000,000 de libras esterlinas.

¿Para qué contar más? El mercado de Londres es un grande y poderoso centro de atracción hacia el cual convergen, en armónico concierto, los mercados todos del mundo para saldar allí, con oro en mano, los negocios que se realizan momento a momento en la redondez de la tierra.

Apartemos la mirada del coloso británico para fijarla en nuestro diminuto mercado, su humilde satélite. Ya hemos visto que los factores visibles del cambio presentan, en los seis años de 1907 a 1912, un exceso de exportaciones sobre impor-

taciones, que asciende a £ 1.600,000 por término medio anual. Consideremos ahora los factores invisibles. Los que traen valores al Haber de la cuenta son casi nulos: utilidades de dos o tres empresas mineras en Bolivia, giros de los diplomáticos residentes en Santiago para sus gastos de vida, capitales traídos por inmigrantes y lo que, de modo irregular o por excepción, suele transladarse de Europa para inversiones en Chile. Hubo momento en que esto último representó valores de importancia. Hoy es más recuerdo que realidad.

Por el otro lado, los factores invisibles que pesan sobre el Debe de la cuenta son poderosos, constantes, y tienden siempre a crecer. En primer término están el servicio de la deuda externa de la nación, que ya asciende a £ 1.594,955, suma igual casi al exceso de las exportaciones sobre las importaciones en los últimos años, y las garantías que el Estado paga sobre capitales extranjeros invertidos en los Altos Hornos de Corral, en el Ferrocarril Transandino y en otros, cuya cuantía es de varios cientos de miles de libras esterlinas.

Bastan estas dos partidas para dejarnos desequilibrados en nuestros cambios con

los mercados extranjeros. Y quedan algunas otras no inferiores a ellas, según vamos a ver.

La Caja de Crédito Hipotecario tiene colocados en Francia 100.000,000 de francos en bonos del 5% y ha emitido también £ 650,000 en obligaciones del mismo tipo. El servicio de estos bonos en Europa exige una remesa anual de cerca de 300,000 libras esterlinas.

La Compañía Inglesa del Ferrocarril de Antofagasta percibió en 1912, por entradas brutas del tráfico y del servicio de agua potable, £ 1.588,258 y tuvo un total de gastos de explotación de £ 836,819, lo que da por utilidad líquida que se remesa a Londres, £ 751,639. La mayor parte de esta utilidad la paga Bolivia. Estimando en 25% lo que corresponde a Chile, tenemos £ 187,859, con cargo a nuestra cuenta de cambios con los mercados extranjeros. La Compañía de ferrocarriles de Tarapacá tuvo en 1911 una ganancia de £ 505,869, que gravita exclusivamente sobre el mercado chileno. Estímese por estas dos cifras conocidas, lo que ganan al año y remesan al exterior los siguientes negocios extranjeros: Empresas industriales, Casas de comercio de importación y exportación, Bancos,

Compañías de seguros, Cable, Tranvías. Será corto calcular que anualmente salen del país £ 2.000,000 por todos estos capítulos.

Falta todavía otro factor invisible que obra activamente contra el cambio en nuestro país y que merece párrafo aparte. Hasta hace pocos años, nuestra sociedad era sobria en el vivir, modesta en sus aspiraciones. Sin ser refractaria al progreso que cambia sin cesar las condiciones de la existencia y hace mayores y más complejas las necesidades humanas, nuestra sociedad conservaba el sello impreso en sus sentimientos y en sus costumbres por la sencilla, noble y austera tradición de sus antepasados. Se vivía más para la familia que para las fiestas, los teatros y demás atractivos de afuera. La economía era fundamento sólido del hogar y, junto con ella, imperaban la cordura y la previsión y algunas virtudes que van desapareciendo a la luz y al ruido de la actual vida mundana.

Ir a Europa en aquellos días no alcanzaba a ser una aspiración, era un sueño de esos que muy pocos pueden ver realizado. No se diga que así era porque los viajes se hacían con más lentitud y dificultades que al presente. Esta-

mos hablando de época en que ya había navegación a vapor. No existía entonces la aspiración febril, el deseo loco de irse a Europa, porque la moderación, la prudencia y la economía hablaban más alto en cada hogar que la vanidad y que la sed de fiestas y de placeres. Confesemos la verdad, ese viaje, que hoy es para todos el ideal más deseado, no obedece, sino por excepción rarísima, a una necesidad cierta, a un pensamiento serio de trabajo y de estudio. Se va allá por curiosidad, por lo más frívolo que hay en la vida, y no se gana allá civilización y cultura, sino que generalmente se pierde, a costa de mucho dinero, bastante de patriotismo y algo más de rectitud de sentimientos y de limpieza de costumbres. ¡Cuántos han perdido allá el amor a la patria hasta el extremo de renegarla, de maldecirla, de sentirse desgraciados si tienen que regresar a ella! ¡Y cuántos más, hombres y mujeres, al venirse, nos traen, a título de civilización, novedades que perturban nuestra vida social y que empañan el cristal purísimo de las sencillas costumbres de otros días!

Y todo esto al precio de millones de pesos que salen del país, que son subs-

traídos a la masa de sus capitales, que afectan el cambio y dañan a todos, para que sus dueños, olvidados de la patria y despreciándola, hagan en las grandes capitales vida ostentosa al modo de los INDIANOS que iban a Madrid, durante la colonia, a hacer brillar las riquezas acumuladas en América y de los NABADS que en Londres derrochaban los tesoros mal adquiridos en la India.

Ese germen malsano del lujo sin medida trasciende por contagio a la vida social aquí mismo, en nuestro país. La suntuosidad va dejando de ser extravío de excepción para hacerse demencia general. Si alguien tiene la fantasía de ofrecer en sus salones una fiesta babilónica, nadie siente ya en lo interior de su alma la voz del deber, el mandato de la cordura que exige resistir a la tentación. El padre más austero, la madre más piadosa, la que más hace vida espiritual, no saben apartar a sus hijas de eso en que todo se sacrifica a una vanidad perniciosa. Todos aplauden, todos contribuyen al brillo oriental de la fiesta. Todos creen que fuera deshonor para la familia el no exhibirse en aquel escenario. La juventud masculina, olvidada de los atributos varoniles, compite con la frivolidad

femenina en sedas y encajes, en perfumes y joyas, en afeites también!

El lujo exagerado, el sacrificio de todas las virtudes sólidas a la fantástica imaginación de los que inventan e introducen en nuestra sociedad hábitos dispendiosos, de los que relajan la disciplina de la vida en el hogar con el atractivo de perpetuas fiestas en la calle, traen junto con sus malas consecuencias morales, sus malas consecuencias económicas, porque arruinan a algunas familias y aumentan los gastos por pagar en el extranjero. Baile de esos hubo que costó e hizo gastar 150,000 libras esterlinas!

Hace apenas veinte años no se tomaba en cuenta para los movimientos del cambio lo que gastaban los chilenos en Europa. Era poco más que nada. Al presente, hay familias, varias, que gastan medio millón de francos por año a lo menos y, si esto se estudia a fondo en las cuentas de los Bancos que giran las letras o remesan los fondos por cable, se verá que el total excede de 25.000,000 de francos o sea de £ 1.000,000.

¿Dónde vamos ya en la cuenta de los factores invisibles que obran en contra de nuestro país en el movimiento de los cambios con los mercados extranjeros?

Hemos completado más de £ 5.000,000 y parece que todavía nos quedamos cortos, pues no hemos considerado los capitales extranjeros y también chilenos que huyen en busca de inversiones en mercados donde estén más seguros que entre nosotros. Deliberadamente nada hemos dicho de los gastos fijos del Gobierno en Europa porque esto talvez se compensa con los derechos que cobran los Consulados.

Lo único que puede salvarnos de una caida más violenta del cambio, si continúa perturbado por estos factores, es el aumento gradual del consumo de salitre en Europa y Estados Unidos. Pero esto mismo lleva en sí un peligro, porque aumenta la renta del Gobierno y mueve a éste a mayor prodigalidad. ¡Lástima que no podamos tener verdadero Gobierno, es decir, ese poder estable y vigoroso que cada nación necesita para que su porvenir no dependa de la marcha ciega de los acontecimientos sino de la dirección dada a éstos por hombres de inteligencia clara, de voluntad firme, de profundo espíritu previsor!

Después de Portales talvez no hemos tenido más que un Presidente dotado de esa amplitud de facultades para pene-

trar en lo futuro y fabricar los cimientos de nuestra prosperidad. Ese ilustre mandatario fué don Federico Errázuriz, el que mandó construír los blindados *Cochrane* y *Blanco*, el que con claridad de juicio, como profeta, resistió en lo posible al voto acumulativo, a este insidioso veneno que ha corroído las entrañas de los partidos y nos tiene hoy desquiciados, en la impotencia, lamentando lo bueno que antes poseíamos y no haciendo nada para reemplazarlo.

Nuestros mejores Presidentes, exceptuando el que acabamos de nombrar, llenos de virtudes, animados de intenso patriotismo, se contentaron con un molde muy estrecho para nuestra nacionalidad. Nada hicieron para que el país, al crecer, tuviese vestiduras más amplias, horizontes más extensos, elementos más robustos de vida. La fundación de Punta Arenas, que debió ser base de la ocupación efectiva de la Patagonia, quedó convertida en pobre rodaje de nuestro régimen penitenciario. Cuarenta años más tarde el estanco del salitre de Tarapacá, adquirido por las armas junto con el dominio de la provincia, fué deshecho en hora desgraciada para que algunos inteligentes británicos se llevasen a Londres, al

menos, cien millones de libras esterlinas que debieron quedar en el patrimonio nacional de Chile.

El estanco peruano del salitre quemó las manos del Gobierno de Chile cual si fuese una brasa de fuego. Qué error tan inmenso y tan irremediable! Adviértase que ni una libra esterlina vino de Londres para dar actividad a la industria salitrera. Esto se hizo con capital chileno prestado por el Banco de Valparaíso a ingleses honrados y enérgicos que tuvieron más iniciativa que nuestros nacionales. Años más tarde esos ingleses llevaron a Londres los títulos de sus negocios en marcha y allá los colocaron valorizados en su justo precio.

En días de penuria para los especuladores pasó frente a la Bolsa de Santiago cierto personaje de notable figura y de andar ceremonioso. Un corredor dijo: Qué buen negocio sería comprar a este señor por lo que vale y venderlo por lo que parece! Esto pasó, a la inversa, con las salitreras de Tarapacá una vez que el Gobierno de Chile deshizo el estanco peruano. Algunos ingleses, habilitados con capital chileno, compraron esas salitreras por lo que entonces *parecían* y después las vendieron en

Londres por lo que *valían*. Conocemos el caso de un chileno emprendedor e industrioso—único en aquellos días en Tarapacá—que compró el estacamento de Lagunas en cien mil pesos, si el recuerdo no nos engaña, el año 1882. En 1889 lo vendió a North—el nabad del salitre en Londres—en 110,000 libras esterlinas. North, a su turno, formó sociedades en Londres para explotar ese estacamento y lo vendió dividido, en lotes, en más de £ 800,000. ¡Cómo no lamentarse de la corta vista de aquellos buenos gobernantes de 1880 a 1882 que tuvieron en sus manos el engrandecimiento de Chile, por la formación de inmensos capitales con un poco de energía y de sacrificios, y que lo dejaron pasar sin darse cuenta de ello!

XIII

Hemos tratado de exponer con cuanta claridad es posible las verdaderas teorías del circulante y del cambio, a fin de ayudar a que la opinión pública tenga rumbos definidos, orientación fija

en estas materias de tanto interés para la Nación y para cada habitante en sus negocios y en su hogar doméstico.

Hemos tratado también de presentar con exactitud, comprobada del modo más escrupuloso, los hechos que en Chile constituyen estos problemas del circulante y del cambio, a fin de rectificar errores y desvanecer prejuicios infundados que inducen, a unos a pedir emisiones indefinidas de papel moneda incondicional, y a otros a reclamar como medida salvadora el reemplazo violento del curso forzoso por un régimen de oro sin billetes de ninguna especie, extremos ambos que significan ruina, o por la depreciación del circulante de papel, hasta el punto de que nada valga, o por la escasez del circulante de oro, hasta el punto de que suba la tasa de intereses y baje el valor de los bienes raíces, de los bonos y acciones, a límites hoy increíbles.

Vamos a establecer ahora las consecuencias que se derivan de estos antecedentes,—es decir, de las teorías y de los hechos— a fin de diseñar lo que podría ser un programa práctico para poner remedio a los males de la situación actual y para mantener un régimen que, sin restringir el circulante más allá de

lo que permiten la actividad de los negocios y el número de habitantes del país, le dé valor estable, con garantía eficaz de duración, y, por este medio, ponga término a lo incierto en que hoy vivimos, no sabiendo nadie cuánto tiene, ni cuánto debe, ni cuánto valen su trabajo y sus ahorros, ni si mañana su renta o su salario bastará para la mediana satisfacción de sus necesidades y las de su familia.

El país necesita para crecer y para cumplir su misión histórica,—pues cada pueblo algo digno tiene que hacer en el movimiento progresivo de la humanidad,—el país necesita, decimos, salud robusta, energías infatigables, visión clara del porvenir, disciplina en la unidad de todas las voluntades, mano firme y experta en el timón. Si todo esto le falta o si no lo tiene sino a medias, es imposible que marche al paso de las naciones prósperas para ser cada día un poco más de lo que era el día anterior, es imposible también que se mantenga sin retroceder, pues todo organismo entra en el período de decadencia, tan pronto como llega al máximum de su esfuerzo y queda detenido.

Siempre la nación,—conjunto de hombres,—estará sujeta en todo y por todo

a las leyes que rigen la vida de los hombres. Las enfermedades, los vicios, las culpas y delitos, el derroche, la ociosidad, la falta de previsión, la ausencia de ahorros, son otras tantas causas de retroceso y de fracaso para los hombres. ¿Quiénes surgen contra todos los obstáculos? ¿quiénes triunfan y hacen méritos y conquistan glorias? Los sanos, los fuertes en voluntad, los constantes en disciplina, los fieles cumplidores del deber, los de alma levantada, los de espíritu noble que miran siempre hacia arriba y hacia adelante!

Este es el caso de la Nación. Ella, como cualquiera de los hombres que la forman, debe ser sana, robusta, honrada y digna, ir siempre adelante por los caminos de la justicia, respetarse a sí misma para ser a su turno respetada, corregirse de sus vicios y enmendar sus actos cuando éstos se aparten de lo recto, perseverar con disciplinada firmeza en propósitos que afiancen su porvenir a costa de sacrificios en el presente.

Con esta idea sobre lo que el país necesita, vamos a indicar en sus líneas generales lo que podría dar estabilidad a nuestro organismo económico, y vigorizar, por tanto, algunos elementos que

son esenciales en la vida nacional para el progreso interno, para el bienestar de los habitantes, y también, acaso mucho más, para cumplir los deberes internacionales y velar con eficacia por los derechos que les son correlativos.

La plenitud del vigor moral y físico del hombre, no es obra artificial fabricada mediante combinaciones y arbitrios. En lo moral el hombre vale según el grado de su obediencia a los preceptos del Decálogo. En lo físico vale según la salud que tuvo al nacer, más el grado de su obediencia a los preceptos de la higiene. La Nación no es robusta moral y físicamente de otro modo. Esto se aplica a todos los ramos de la actividad nacional, sin exceptuar por cierto los hechos del orden económico.

Hasta el exceso ha sufrido el país por culpa de aquellos que, con artificios legales ideados *ad hoc* y con específicos importados como los de las farmacias, han querido darle un circulante de oro y un tipo fijo de cambio. La solución de estos problemas ha de buscarse en la realidad de las cosas, en el conocimiento y respeto de las leyes naturales que determinan siempre consecuencias

fatales de los actos humanos libremente ejecutados, en la experiencia de otros pueblos que han pasado por idénticas dificultades y han encontrado el camino seguro para vencerlas y quedar defendidos contra ellas.

Varios son los pueblos que han vivido y que viven bien con el papel moneda. Pocos, muy escasos, son los que se dejan estar indefinidamente en ese régimen de un modo incondicional tal como existe en Chile. Aquí se pretendió suprimir ese régimen por la violencia. El intento no era racional, no se ajustaba al orden natural de las cosas y fracasó después de hacer inmensos daños. En otros pueblos se ha procedido como el buen sentido ordena, con estudio reposado, con conocimiento de la realidad, no por capricho u obstinación inconsciente, y el buen éxito alcanzado prueba que eso fué obra inteligente, obra de hombres de Estado con capacidad bastante para comprender lo que tenían entre manos y con severa conciencia para no mirar como cosa liviana la responsabilidad echada sobre sus hombros al asumir el ejercicio del mando supremo.

XIV

Tenemos muy cerca el ejemplo de la República Argentina. Por causas análogas a las que entre nosotros han depreciado el circulante de curso forzoso, se produjo allá más de una vez igual fenómeno con intensidad que todavía no hemos visto aquí. Durante la primera administración del general Roca se recogió el antiguo billete, que valía ya cuatro centavos por peso, canjeándolo por una emisión nueva que circuló algún tiempo a la par del oro, 48 peniques, favorecida por circunstancias transitorias. Esta emisión fué depreciada en años posteriores hasta valer menos de 9 peniques en 1890 y 1891.

Hoy la República Argentina tiene abundantísima circulación de papel moneda—826.481,537 pesos,—y desde hace 14 años el billete vale, sin la menor alteración, 44 centavos oro de 48 peniques por peso o sea más de 21 peniques. El billete posee valor fijo y este valor no se altera, aunque la emisión aumenta todos los años, porque la Caja de Conversión lo paga en cualquier momento, a

quien quiera que lo presente, al precio que la ley ordena.

El ejemplo del Brasil también deja experiencia provechosa. Allí se entró por camino semejante al de la República Argentina, pero nó igual, pues se creó un billete nuevo, no confundible con el de las emisiones incondicionales del Estado, un billete emitido por la Caja de Conversión con garantía de oro y pagadero a tipo fijo en cualquier momento en que sea presentado. Se creó además, con varios millones de libras esterlinas adquiridas en Londres por medio de empréstitos de los Estados cafeteros, una oficina especial para operar sobre el cambio ofreciendo y comprando letras, según los movimientos del mercado, a fin de dar estabilidad al tipo de 15 peniques y hacer iguales en la práctica las dos series de billetes. Así se ha mantenido firmeza en el valor del circulante y en el cambio, después de haber pasado algún tiempo con los billetes a menos de 9 peniques por peso.

Más interesante nos parece, más digno de estudio en nuestro país, el procedimiento que el Gobierno de la India británica ha puesto en práctica para dar estabilidad en su valor al circulante de papel

moneda. El caso no es reciente. Lo conocemos desde 1908 por minuciosa información publicada en «The Economist», de Londres, número correspondiente al 6 de junio de ese año.

« Naturalmente, dice el diario cita-
« do, el Gobierno de la India está inte-
« resadísimo en mantener el tipo del
« cambio, no sólo a causa de las gran-
« des remesas que tienen que enviar
« a Londres sino también indirecta-
« mente, porque un cambio expuesto
« a fluctuaciones e incertidumbres tien-
« de a limitar la entrada en la India
« de los capitales que tanto necesita
« para su desarrollo comercial y eco-
« nómico».

Esta observación parece escrita para nosotros, puede aplicarse a Chile con tanta razón como a la India; por tanto, el modo de proceder que allá se ha adoptado para atender a la necesidad de un circulante suficiente y evitar las oscilaciones del cambio, nos ofrece una experiencia de importancia excepcional.

El año 1893 funcionó en la India una comisión encargada de estudiar todo lo relativo al circulante, a la moneda corriente. En el párrafo 60 de su informe esta

comisión recomendó que la utilidad obtenida por la Casa de Moneda en la acuñación de rupias de plata no se abonara a ingresos fiscales, ni se considerara como parte integrante de los saldos disponibles del Gobierno de la India, sino que se guardara como reserva especial en oro, enteramente aparte de las rentas ordinarias en papel moneda o de los saldos de caja de las tesorerías. El objeto de esta insinuación fué dar forma práctica al pensamiento expresado en el párrafo 59 sobre la conveniencia de tener un fondo en oro destinado a la constante nivelación del cambio, a fin de remesarlo al extranjero por medio de letras cuando bajase el precio de éstas y de girar sobre él cuando el precio de las letras subiese.

Se creó, en efecto, el año 1901 un fondo para los fines indicados, disponiéndose que las utilidades de la acuñación de pastas de plata fuesen remitidas a Londres e invertidas en valores de toda seguridad. Algunas de las Cámaras de Comercio de la India, al discutirse este asunto, indicaron que la reserva en oro debía quedar localizada en el país, en vez de ser remitida a Londres para su inversión en valores británicos. El Gobierno de la

India respondió a esto que perder los intereses de la reserva era retardar su incremento y que no era verosímil que se produjese simultáneamente un desnivel del cambio, que obligase a hacer uso de ella, y una baja de valores en Londres, que dejase pérdida al liquidar parte de las inversiones. Estimó también el Gobierno que el desnivel del cambio, por escasez de letras, se remedia mejor girando sobre Londres, según las costumbres comerciales, que vendiendo oro en la India. Declaró, además, que cuidaría de tener siempre a la mano en las tesorerías del país cierta existencia de oro perteneciente a la reserva del papel moneda.

A fines de marzo de 1908 este fondo, reserva del papel moneda y nivelador del cambio en la India, estaba representado en Londres por £ 14.019,616, invertidas en títulos de primera clase con valor nominal de £ 14.829,599.17 y por £ 322,000 a la vista. En esa época se produjo en la India, por merma en el margen entre importaciones y exportaciones, un desnivel en el cambio y el Gobierno lo corrigió mediante giros sobre Londres, mientras hubo escasez de letras, de £ 500,000 semanales al cambio de 1 chelín 3 31/32 peniques por rupia, tipo

que señala el límite para la exportación del oro acuñado. En vista de esta experiencia, «The Economist» aconsejaba que el Gobierno de la India disminuyese la parte del fondo invertido en valores y mantuviese de tres a cinco millones de libras esterlinas en oro a la vista. Agregaremos que el Gobierno de la India ha formado también un fondo de 60 millones de rupias de plata, que conserva en el mismo país, para hacer frente a las alteraciones del circulante de ese metal.

El 9 de julio de 1907 el secretario de Estado para la India anunció en el Parlamento que, desde esa fecha y hasta que el fondo nivelador del cambio subiese a £ 20.000,000, la mitad de las utilidades de la acuñación, junto con los intereses del fondo mismo, se aplicaría a incrementarlo, y que se utilizaría la otra mitad en forma de capitales para fomento de los ferrocarriles en la India.

Lo que precede hace la impresión de ser el informe presentado a los accionistas de una grande empresa bancaria, comercial o industrial, por los administradores encargados de dirigirla. Todo eso demuestra pericia, previsión, método y constancia en el manejo de los intereses financieros de la India. Así debe

conducirse siempre el Gobierno en todos los pueblos, porque la recaudación y la inversión de las rentas y la cautela de los intereses generales de cada sociedad humana exigen, al menos, la capacidad y la contracción que un administrador no inepto pone a servicio de los intereses privados, cuya gerencia se le confía.

XV

Si un país tiene la desgracia de que el Ministerio de Hacienda se adjudique por sorteo a uno de sus partidos políticos y de que, en el seno de ese partido, se señale también a la suerte la persona que ha de servirlo, ¿cómo puede esperarse que algo se haga con estudio, con espíritu de previsión y con mediano acierto? Llegan así al Ministerio de Hacienda personas muy honorables, dignas de la mayor estimación; pero que nada saben del circulante, que no sospechan ni la teoría del cambio, que nunca han ejercido una administración financiera y, ¿cómo se ha de exigir o esperar de ellas que dominen por adivinación tales problemas y que fijen rumbos y abran horizontes al

país para que tenga prosperidad presente e indefinida? Ese lastimoso abandono del Ministerio de Hacienda levanta barrera más alta y más sólida que todas las que oponen los intereses creados al amparo de la depreciación del papel moneda contra cualquier esfuerzo en el sentido de someter a reglas y condiciones el curso forzoso, de moderarlo y de evitar que a la larga comprometa hasta la seguridad externa de la nación.

Puesto que la nación no es otra cosa que una familia grande formada por la reunión de muchas familias bajo una sola bandera y una sola ley, indicado está lo que debe hacer para arreglar sus cuentas, cuando éstas se descomponen, o sea, cuando sus consumos y sus deudas exigibles son mayores que sus recursos, y se encuentra por ello sometida a un régimen de curso forzoso incondicional, con circulante cuyo valor sube y baja a toda hora, según la oferta y la demanda de letras de cambio.

Lo que corresponde en este caso es sumar y restar con mucho cuidado, medir bien las salidas y las entradas, darse cuenta cabal de todo aquello que sea eficaz para disminuír las unas y aumentar las otras y, una vez que la

situación se ha definido, que se sabe dónde reside el mal, aplicarle remedio con método y perseverancia. En Chile estamos oprimidos por insuficiencia de los recursos normales de la nación para pagar en el exterior las mercaderías importadas, el servicio de la deuda pública, los gastos de los chilenos que viajan o residen a firme lejos de la patria, los intereses de capitales extranjeros invertidos en valores chilenos, las ganancias de empresas industriales, casas de comercio y Bancos extranjeros que operan en el país y los capitales que se alejan de nosotros. Necesitamos entonces que el Gobierno nacional, comprendiendo que ahí y no en otra parte está el origen del mal, encamine todos sus esfuerzos en la administración de la hacienda pública, a disminuír la demanda de letras de cambio y a aumentar la oferta. Para lo primero debe reducir los gastos del Presupuesto, que directa o indirectamente significan pagos en el extranjero, a lo que sea de absoluta necesidad para la vida de la nación y moderar también, con energía, los gastos interiores que en mucha parte habilitan para consumir a gente que no trabaja y no produce. Para lo segundo debe ofrecer ayudas

eficaces y estímulos positivos a todo aquello que tienda a aumentar la producción y particularmente a nacionalizar la industria salitrera, de modo que las ganancias de ésta queden en el país en vez de formar una de las partidas más gruesas al Debe de nuestra cuenta con los mercados extranjeros.

En una palabra, se necesita la adopción de un plan financiero que no esté sujeto a modificaciones cada año y que lleve conjuntamente el sello de estas tres cualidades: cordura, previsión, economía. Se necesita en el Gobierno de la República el mismo pensamiento, la misma voluntad, los mismos actos que tiene y ejecuta, por estricto deber, el buen padre de familia para el bienestar de los suyos.

En el año 1912 ocurrió entre nosotros algo que sería muy singular en la administración financiera de cualquier país. El Ministerio de Hacienda presentó al Congreso un presupuesto de gastos que la Comisión Mixta de Senadores y Diputados, con espíritu superior a los intereses pequeños de los partidos, estudió prolijamente y redujo en varios millones. El criterio que en este caso tuvo la Comisión Mixta es el que debe dominar en cada

uno de los departamentos del Poder Ejecutivo. La iniciativa parlamentaria, que de ordinario en todas partes aumenta los gastos, los disminuyó en Chile al discutir el presupuesto vigente. Esto ha hecho a la Comisión Mixta acreedora a los aplausos del país y marca el sendero por donde el Ministerio de Hacienda debe seguir si quiere poner orden en la finanzas y llegar a la estabilidad del circulante y del cambio.

XVI

No cabe reforma de sistema monetario en un país que vive en el régimen del curso forzoso y que necesita mantenerlo, porque, si lo suprime canjeando los billetes por oro, produce la escasez efectiva de circulante, la suspensión del crédito bancario y lo que es la resultante fatal de ello: un estado general de liquidación en el que todo se ofrece en venta y nada puede comprarse, situación que conduce nuevamente al papel moneda.

El Gobierno de la India, el de la República Argentina y el del Brasil no

piensan en suprimir el papel moneda, pues saben que, caso de hacerlo, provocan crisis monetaria perturbadora de todos los intereses. Mantienen ese circulante, pero no en forma incondicional, sino dándole valor fijo, mediante el canje por oro amonedado o por letras sobre Londres a un tipo invariable. En la República Argentina y el Brasil se autoriza el aumento de las emisiones siempre que se haga depósito del valor correspondiente en oro.

Tener billetes de curso forzoso que hoy valgan tantos peniques y que veinte o treinta años más tarde conserven el mismo valor, sin haber sufrido alteraciones durante el intervalo, eso es tener circulante de oro y nada más se necesita para dar fijeza a las transacciones y solidez a los capitales.

El sistema adoptado para conseguir esto en la República Argentina no parece práctico en Chile, pues allá la Caja de Conversión funciona alimentada por los saldos que anualmente dejan a favor del país las grandes exportaciones de cereales, de lanas, cueros, carnes y otros productos de la ganadería. Entre 31 de diciembre de 1911 e igual fecha de 1912 la existencia de oro en la Caja de

Conversión de Buenos Aires aumentó en £ 6.765,381 y la emisión de billetes de curso forzoso en $ 70.021,693. Tampoco parece práctico en nuestro país el sistema brasilero fundado en un plan de valorización del café y de empréstitos de algunos de los Estados federales.

Lo que se hace en la India corresponde mejor a nuestra situación y a nuestros recursos. Si viniese a dirigir la hacienda pública de Chile alguno de los funcionarios británicos que la dirigen en aquel país, vería desde el primer instante que la renta del salitre, con su gradual aumento, da aquí tanta facilidad, como allá el derecho de acuñación de pastas de plata, para constituír, sin sacrificios, una reserva de oro niveladora del cambio. Y, si a dicho funcionario se le dejara en libertad de proceder como su experiencia, su buen juicio y su probidad le indicaran, presto nos demostraría con hechos que no es tarea superior a lo humano el despojar al papel moneda de lo incondicional, que hace tan variable su valor, y el mantenerlo a un tipo fijo. El encontraría la obra a medio hacer, puesto que Chile tiene bastante oro acumulado en Europa como Fondo de Conversión; lo

demás lo prepararía y realizaría en un plazo mucho más breve de lo que nosotros pudiéramos imaginar al presente.

Lo que hiciera a este respecto un funcionario traído de la India, podría hacerlo también, siempre que hubiera plan con propósitos firmes en el manejo de la hacienda pública, una institución que se creara especialmente para estos fines: 1.º, para hacerse cargo de la emisión fiscal de billetes, de su garantía en oro y de las reservas que a ésta se agregaran; 2.º, para desempeñar la función niveladora del cambio, vendiendo letras cuando éstas escasearan y comprándolas cuando abundaran, a fin de que el precio no variase ni en alza ni en baja con relación al tipo señalado al billete; y 3.º, para emitir más billetes, con depósito de su valor en oro, si el país necesitase mayor cantidad de circulante.

Esta institución podría ser exclusivamente del Estado, con carácter análogo al de la Caja de Crédito Hipotecario, o constituirse como sociedad anónima, con capital pagado por accionistas para el giro bancario, y con una sección independiente, bajo la vigilancia directa del Estado, para atender al servicio del circulante pagadero al tipo que la ley señale

y para ejercer la acción niveladora del cambio en la forma que practica el Gobierno de la India. La indicada institución sería también la caja central de todos los Bancos y, por medio de ella, se llegaría a la liquidación de los saldos de canje, sin perturbar el mercado ni introducir alarma en el comercio, cada vez que algunas cajas bancarias fuesen debilitadas por causas pasajeras o por alteraciones más durables en los depósitos o en los avances de los respectivos establecimientos.

Acaso sea motivo de extrañeza para algunos que nada digamos sobre el arancel de Aduanas. A primera vista puede parecer conveniente el aumento de los derechos de importación para que disminuyan los consumos que dan origen a la más fuerte demanda de letras de cambio. Con más reflexión, luego se ve que no debe echarse mano de este recurso, porque ya los derechos son subidos y, aumentarlos todavía, sería ofrecer estímulo poderoso al contrabando. Las tentaciones para internar mercaderías clandestinamente o para cometer fraudes dentro de la mismas aduanas, crecen en proporción a la cuantía del impuesto. Ha de evitarse, pues, que sea

éste excesivo, porque, si lo fuere, habrá mucho que ganar en no pagarlo, y la gran ganancia impulsa a correr los grandes riesgos.

Por otra parte, en el aumento de los consumos corresponde una cuota considerable al mejoramiento de la vida del pueblo. El lujo de los ricos, que viven suntuosamente, poco significa en el total de las importaciones despachadas por las Aduanas, al lado de la mejor vida de los obreros y sus familias, de los humildes en general, pues aquellos son una ínfima minoría y éstos forman la masa de la población.

Deplorable es que los recursos del país no alcancen por ahora a cubrir todo lo que debe pagarse en los mercados extranjeros; pero no se eche en olvido que desde 1906, época en que se inició el alza de jornales, los obreros y sus familias consumen más azúcar, más tejidos de algodón, tienen mayores necesidades, han mejorado en bienestar y civilización.

Sería imprudente,—injusto también, —encarecer la vida del pobre alzando los derechos de Aduana. Sería, además, de dudoso resultado para el cambio, porque el hacer más caros los artículos de

consumo necesario, traería nueva alza de jornales y las importaciones no disminuirían. Antes de recargar el impuesto de los que en Chile trabajan y contribuyen al progreso del país, debería pensarse en alguna contribución especial sobre las rentas y los capitales que extraen los chilenos residentes a firme en el extranjero. Ellos viven allá consumiendo en comodidades y placeres una parte de la savia generosa del árbol de la patria. Justo sería que pagasen un tributo. No se nos oculta que la idea es irrealizable; la indicamos sólo en contraposición a la de aumentar los derechos de Aduana sobre los consumos populares.

La solución de nuestros problemas del circulante y del cambio no podrá encontrarse sino en el buen gobierno y en el salitre, piedra angular éste de nuestro edificio económico. El salitre es nuestra fortaleza, porque esa industria da la renta pública, las letras al mercado de cambio, la prosperidad a la agricultura. El salitre es también nuestra flaqueza, porque, si llegáramos a perderlo,—y puede perderse por otra causa que por el agotamiento o por la competencia del nitrato artificial,—caeríamos como nación y como sociedad en la indigencia.

Aprovechemos, pues, el salitre, médula de nuestros huesos, para consolidar la situación económica. Destinemos a este fin el aumento gradual de la renta que produce su exportación; demos el mismo empleo al precio de venta de terrenos salitreros; reservemos estos terrenos para sociedades de chilenos y de extranjeros, residentes unos y otros en el país. Si esto se hace y se adopta un plan invariable en la administración de la hacienda pública, nuestro Gobierno dejará de ser pródigo, nuestro papel moneda tendrá valor fijo y será usado como oro en el cobro y el pago de las obligaciones así fiscales como particulares, nuestros capitales se multiplicarán y todos viviremos contentos en una patria feliz, como pasajeros a bordo de un barco que flota en aguas mansas y profundas y navega con tiempo propicio hacia el océano del porvenir. Esta debiera ser hoy la suprema aspiración de los chilenos!

Valparaiso, mayo de 1913.

Cantidad y uso del circulante

CARTA DEL SENADOR POR VALPARAÍSO DON ANGEL GUARELLO.

Valparaíso, 1.º de mayo de 1913.

Señor D. Francisco Valdés Vergara

Presente.

Mi estimado señor y amigo:

No le extrañe que yo, como todo el mundo, lea y devore su interesante estudio económico motivado por la encuesta de «El Mercurio.» ¡Se lee con tanto placer lo que se escribe con frase fluída y amena, con convicción profunda en lo que se expresa y, con mayor razón, cuando el autor tiene desde largos años atrás conquistados los laureles del magisterio!

Pueden las ideas ser controvertidas; pueden las opiniones no conformarse con las de otros criterios; pero ello no aminora en un ápice la satisfacción que se experimenta cuando el hombre de estudio y de espíritu público entra de lleno al debate y a la enseñanza.

Perdóneme, las líneas anteriores que no he podido excusarlas, y paso al obje-

to que me ha permitido consignarlas.

En el artículo de hoy se evidencian dos hechos que desde tiempo atrás me habían llamado la atención y cuya comprobación me preocupó. Es esta comprobación la que deseo comunicarle.

Respecto al primer hecho: cantidad o uso del circulante, me pareció que lo práctico era estudiar el número de piezas en circulación de cada tipo de billetes, y al efecto, el 14 de octubre de 1912 pedí a la Oficina y Caja de Emisión un Estado de los billetes en circulación, y se me dió el siguiente que original obra en mi poder:

		VALOR	PIEZAS
De $	1	6.437,603	6.437,603
De	2	4.413,126	2.206,563
De	5	26.693,975	5.338,793
De	10	38.021,120	3.802,112
De	20	15.187,540	759,377
De	50	17.209,400	344,188
De	100	40,457,000	404,570
De	500	9.721,000	19,442
De	1,000	8.841,000	8,841
		166.981,764	19.321,489

Inoficioso me parece agregar que su cálculo, contenido en el artículo de hoy, no puede tener mejor comproba-

ción. Exagérese todo lo que se quiera el uso y retención por el público de los billetes de 1, 2, 5 y 10 pesos; pero los billetes de 20, 50, 100, 500 y 1,000 pesos tienen para él un uso muy restringido.

El segundo hecho es público y notorio. Cuando los bancos restringieron los créditos, o más bien, cuando los Bancos destruyeron los créditos, los comerciantes, industriales, contratistas, etc., tuvieron que reservarse los billetes a fin de no correr el riesgo de un grave entorpecimiento en sus negocios. Más aún, propietarios que estaban construyendo hicieron igual cosa, y sé de uno de éstos que prudentemente atesoró cien mil pesos. ¿Qué no harían aquellos otros?

Y cuente que no tomo nota de aquel período de la entrega de 55.000,000 en billetes que un Banco estaba obligado a efectuar en pago del precio de los bonos fiscales que se enajenaron!

Preséntole nuevamente mis excusas y reciba los saludos de su affmo. y S. S.

ANGEL GUARELLO.

La observación del Sr. Guarello es muy oportuna y muy justa. El público en general no necesita los billetes de

tipo superior a diez pesos y, por tanto, no los usa sino por rara excepción, cuando los recibe en pago, y entonces procede sin retardo a cambiarlos por billetes de tipo menor para atender con estos a sus obligaciones y sus necesidades.

Entre los tipos de 1 y de 10 pesos, según el cuadro oficial que nos presenta el Sr. Guarello, había en circulación, en octubre de 1912, 75.565,824 pesos. Esto corresponde a lo que hemos manifestado en las páginas 31 y siguientes.

Si andaban ocupados en la circulación de mano a mano 50.000,000 de pesos, conforme a nuestro cálculo, los otros 25.565,824 pesos estaban sirviendo para la entrada y salida diaria de las cajas de los Bancos, de los Ferrocarriles, de las Cajas de Ahorros y de todos los negocios e industrias.

Los billetes de tipos superiores, entre 20 y 1,000 pesos, sumaban un total de 91.415,940 pesos y estaban reservados de hecho para permanecer más a firme en las cajas de los Bancos y de las empresas que necesitan acumular fondos, puesto que el público no se sirve de ellos sino en escala muy limitada y por breve tiempo.

Las emisiones posteriores, que han aumentado el circulante a 180.700,000 pesos con billetes sacados por los Bancos mediante depósitos de oro, se han hecho en su mayor parte en los tipos mayores que no son usados por el público. Hay en la actualidad más de cien millones de pesos en billetes de esos tipos. ¿Dónde están si el público no los usa y si los Bancos no consiguen retenerlos en sus cajas?

No se diga que prestan sus servicios en las cajas de negocios o de establecimientos industriales que necesitan muchos billetes para el pago de sus empleados y operarios. Los empleados reciben sus sueldos casi siempre por medio de cheques. Los operarios reciben sus jornales por medio de billetes de tipo menor, único que les sirve para atender a sus necesidades. No está ahí, por consiguiente, el secreto de la ocultación de los billetes de tipos mayores.

Todo esto hace comprender que los Bancos, con la imprudencia de hablar tanto de la debilidad de sus cajas, sin que sean débiles en realidad, han alarmado al público hasta el extremo y que, al presente, hay fuertes sumas de billetes retenidos y ociosos en innumerables cajas

particulares y comerciales por el temor infundado de una clausura bancaria. Para poner remedio a esto se requiere alejar del público todo motivo de alarma, inspirándole más confianza en la administración de los Bancos. Parece increíble que en un país con circulante de curso forzoso, con circulante que aumenta por emisiones sucesivas de billetes y que no puede disminuír por la exportación, parece increíble que los Bancos no tengan un acuerdo permanente para formar sus cajas. Ahí está, en nuestro sentir, la causa primera y más persistente de todo lo irregular que estamos viendo en materia de circulante.

Amortización de Papel Moneda en 1892

Amortización de papel moneda

27 de enero de 1892 (1)

La Cámara de Diputados dió ayer su aprobación al proyecto de ley que autoriza el retiro de las emisiones dictatoriales y su pago con vales provisorios del Tesoro, pidiendo propuestas de préstamo, para dar preferencia a los que ofrezcan la suma pedida a más bajo interés.

Retirados de la circulación estos billetes, disminuído el circulante, llegará en cuatro o cinco meses más el momento de trazar un plan definitivo para la vuelta al régimen metálico. En ese plan naturalmente se contemplará la situación de las emisiones fiscales y bancarias, para que cuando el Estado pueda cambiar sus billetes estén los Bancos obligados a hacer, por su parte, igual operación.

Para procurar la conversión es indispensable que tratemos de tener un cambio que acerque nuestro papel al valor del peso plata y que las entradas y gastos públicos puedan

---

(1) De *El Heraldo* de Valparaíso, diario en que se publicaron otros escritos que reproduce este libro.

no sólo balancearse sino dejar el sobrante necesario para el pago de la deuda del papel moneda.

Cumple, en consecuencia, a cuantos tienen interés en que volvamos a una situación monetaria estable, estudiar todas aquellas medidas que puedan facilitar una considerable diminución en los gastos públicos y preparar el ánimo de los contribuyentes a hacer los sacrificios necesarios para poder estirpar el cáncer del papel moneda.

Publicamos en seguida el discurso del Ministro de Hacienda en la Cámara de Diputados.

El señor VALDÉS VERGARA, (Ministro de Hacienda).—Pocas veces, señor Presidente, se presentará al estudio y resolución del Congreso un asunto administrativo de mayor importancia que el que se refiere al valor que tienen y a la condición en que deben quedar los billetes emitidos en 1891 por el gobierno dictatorial.

Nadie puede excusar, nadie puede atenuar siquiera la culpa de los que perturbaron la tranquilidad de la República y atentaron contra sus instituciones. Desgraciadamente eso no fué la obra de un solo día. Por muchas causas, que no sería oportuno recordar en este momento, la dictadura tuvo una existencia bastante larga para ejecutar una serie de actos cuyas consecuencias no se puede suprimir. Cayó ese

régimen para no levantarse jamás, al menos así lo espera nuestro patriotismo; pero quedaron en pie los hechos consumados durante su existencia y los poderes constitucionales restablecidos se han visto en la necesidad de considerarlos en el valor real que les corresponde.

Entre estos hechos figura en primera línea la emisión ilegal de billetes del Estado. No hacía un mes que había principiado la guerra civil, cuando la dictadura se sintió amenazada de escasez de recursos para mantener su organización militar.

El sobrante acumulado en arcas fiscales fué, en el mes de enero de 1891, el arma mas poderosa que tuvo el Presidente para imponerse al país; pocos meses antes esos mismos fondos le habían servido para resistir al Congreso cuando éste le negaba la ley de contribuciones. Agotados esos recursos especiales la dictadura encontró su salvación en el curso forzoso del papel moneda.

Considere la honorable Cámara cuál habría sido la situación del dictador, privado de la renta que produce el salitre, obligado a tener de veinte a treinta mil hombres sobre las armas y sin resorte alguno que tocar para proveerse de fondos!

La dictadura fué favorecida en esos momentos por el curso forzoso y por la existencia de billetes nuevos en la Casa de Moneda para reemplazar los que se destruyen por el uso. Así pesó duramente sobre el país la culpa o el

error de haber olvidado, en los días de prosperidad, el pago de la deuda del papel moneda para destinar todas las rentas al aumento exagerado de los gastos públicos.

La Delegación del Congreso, luego que tuvo conocimiemto de las emisiones dictatoriales, se apresuró a declarar que éstas no comprometían a la nación ni debían ser aceptadas como circulante. La Delegación era entonces, como lo fué la Junta Gubernativa organizada en el mes de abril, un gobierno de hecho; sus actos y declaraciones no podían producir resultado sino en el territorio sujeto al dominio de sus armas.

La dictadura en el sur era otro gobierno de hecho en análogas condiciones. Sus mandatos eran impuestos por la violencia, porque la Constitución estaba suspendida y no había tribunales que pudiesen amparar a los ciudadanos en sus derechos.

El sólo anuncio de las emisiones dictatoriales produjo la ocultación de los billetes emitidos con arreglo a la ley. Todos temían que aquellos fuesen más tarde repudiados y por tal razón se anticiparon a esconder en sus cajas los billetes antiguos. De ahí vino una extraordinaria escasez de moneda corriente que ayudó de la manera más eficaz a la circulación de los billetes de 1891. Por otra parte, estos billetes eran recibidos, desde Antofagasta hasta Chiloé, en todas las oficinas fiscales en pago de los impuestos y de cualquier obligación a favor del fisco; por tanto no había sino un

remedio para evitar su circulación y éste consistía en la caida inmediata del régimen dictatorial, lo que no pudo conseguirse sino después de ocho meses de grandes sacrificios.

La Junta de Gobierno, después del triunfo, se encontró con este hecho consumado: el circulante legal estaba oculto en gran parte y el ilegal servía para todas las transacciones. Su propósito fué dar pleno vigor al decreto expedido en Iquique en el mes de mayo; pero esto ofrecía en la práctica el gravísimo inconveniente de producir un desastre financiero, no sólo porque el billete legal se ocultaría tanto más cuanto mayor fuese su diferencia con el billete dictatorial, sino también porque este último, con el simple transcurso del tiempo, se había extendido por todo el país creando derechos e intereses legítimos que era necesario contemplar.

Por consideraciones de prudencia y equidad, se aplazó la solución del problema para que el Congreso Nacional la dictase en el momento oportuno. Así han quedado las cosas hasta el día de hoy. Los billetes legales y los dictatoriales están confundidos en todos los negocios, las oficinas fiscales cobran y pagan indistintamente con los unos y con los otros. No se ha declarado el reconocimiento expreso de las emisiones de la dictadura; pero en la práctica el reconocimiento existe y tiene tanto valor como si emanase de un acto legislativo porque el Congreso Nacional con su silencio ha autorizado y sigue autorizando la circulación.

Resuelta de hecho la cuestión del reconocimiento de los billetes de 1891, se hace necesario dar solución legislativa al segundo problema declarando si estos billetes quedan convertidos en circulante permanente o si se retiran de la circulación en una fecha próxima.

Hace más de doce años que nos encontramos sujetos al régimen del curso forzoso del papel moneda. Las primeras emisiones fueron hechas para atender a los gastos urgentes de una guerra internacional que nos sorprendió desarmados y sin recursos. Sólo en virtud de esta suprema necesidad se acudió al arbitrio del papel moneda, cuyos peligros eran bien conocidos de nuestros gobernantes. Por eso se procuró limitar las emisiones a lo absolutamente necesario y se adoptó una serie de medidas especiales para que en ningún caso hubiese exceso de circulante. El Presidente de la República fué autorizado para recibir depósitos abonando hasta 5 por ciento de interés anual por la suma de papel moneda que excediese de 16 millones de pesos.

Si se hubieran cumplido los propósitos que entonces dominaban en el Congreso y en el Ejecutivo, el curso forzoso habría terminado, sin dificultad alguna, en 1883. Hubo en esa época recursos abundantes para el pago del papel moneda y la operación pudo realizarse en las condiciones más ventajosas porque el cambio sobre Londres llegó a 36 peniques, de suerte que el peso de papel circulaba casi a la par con el peso de plata.

¿Por qué no se hizo la conversión en esas circunstancias tan favorables? por qué no se pagó esa deuda, que era fruto de la guerra, una vez que la victoria puso en nuestras manos los recursos necesarios? Esta no es historia antigua, señor Presidente. Todos los que nos encontramos en esta sala hemos sido testigos de ello y sabemos que se conservó el régimen del curso forzoso porque así convenía a una política que con justicia ha sido llamada de omnipotencia presidencial. El aumento en las rentas fué destinado a aumentar con poca prudencia los gastos ordinarios y a emprender con poco estudio la ejecución de grandes obras públicas. La antigua modestia de nuestros presupuestos se avenía mal con la vanidad de mandatarios que buscaban en el poder sus satisfacciones personales antes que el buen servicio de la nación.

Las consecuencias de esta conducta no se hicieron aguardar. Desapareció la confianza en los propósitos del Gobierno porque se vió que, lejos de preparar el restablecimiento de la circulación metálica, acomodaba su modo de vivir considerando como permanente el curso forzoso. La confianza o desconfianza en los propósitos del Gobierno se hace sentir en las fluctuaciones del cambio sobre Londres. Es cierto que no aumenta la exportación de productos nacionales ni disminuye la importación de mercaderías extranjeras por la opinión que el comercio se forme sobre los propósitos oficiales; pero hay otro factor de mucha impor-

tancia que depende casi exclusivamente del plan que se siga en la administración de la hacienda pública. Me refiero al crédito de Chile en los mercados europeos que sirven de centro a nuestras operaciones comerciales.

De ordinario se cree que la cotización de los bonos chilenos en Londres y Hamburgo es el indicador exacto del estado de nuestro crédito. Esta creencia induce con facilidad en error. Hasta hace poco nuestros bonos tuvieron las más altas cotizaciones, porque jamás se ha suspendido el servicio de nuestra deuda externa y porque en Europa se consideraba a Chile, por excepción en la América española, como un país libre de revoluciones. Pero otra cosa es el crédito comercial que se concede en los mercados europeos a los negocios radicados en Chile.

Cada vez que se ha creído que el Gobierno hará el retiro del papel-moneda, los comerciantes de Chile han encontrado facilidades en Europa para obtener fondos destinados al pago de las mercaderías que necesitan traer. Al mismo tiempo se han girado sumas crecidas para invertirlas en acciones, bonos u otros valores. Esta importación de capitales o sea este aumento de nuestro crédito comercial en el exterior, ha producido necesariamente una mejoría en el cambio.

Por la inversa, la desconfianza en los propósitos oficiales ha ocasionado siempre una violenta restricción de crédito en Europa y,

de consiguiente, la necesidad para los comerciantes de Chile, de hacer fuertes remesas en letras de cambio a fin de saldar sus cuentas y pagar sus mercaderías. Esta exportación de capitales produce, como es natural, la baja del cambio.

Hoy, señor Presidente, nos encontramos en un momento decisivo a este respecto. Se trata de saber si los poderes públicos perseveran en el propósito de llegar al retiro del papel moneda o si se apartan de este camino dejando en circulación los billetes de 1891.

Recuerde la honorable Cámara que después de la guerra con el Perú y Bolivia quedó el país con una emisión de 28.000,000, de los cuales sólo circulaban 16.000,000, y que el Fisco tenía recursos en abundancia para la amortización del papel. Si el billete dictatorial quedase circulando, tendríamos ahora 40.000,000 de emisión fiscal y además una deuda flotante de 15.000,000.

Los obstáculos que en los años anteriores se han opuesto a la liquidación del curso forzoso autorizan para afirmar que la conservación del circulante de la dictadura nos alejaría por un tiempo indefinido del retiro del papel moneda, operación que con arreglo a la ley de 14 de marzo de 1887 debe quedar terminada en un plazo casi fijo por la acumulación de la reserva metálica.

La opinión del Gobierno está expresada en el mensaje con que se remitió el proyecto que se discute. El Gobierno pide el pronto retiro de

los billetes de 1891, porque sólo de este modo podrá administrar la hacienda pública y hacer efectiva su promesa de preparar el restablecimiento de la circulación metálica.

El proyecto de la Comisión mixta de Hacienda acepta el retiro de esas obligaciones e indica para realizarlo un procedimiento definitivo en vez del procedimiento provisorio que el Gobierno había propuesto.

El Gobierno estimaba prudente aplazar hasta las próximas sesiones ordinarias del Congreso el plan definitivo, porque así habría tiempo para estudiar el negocio con la tranquilidad y las informaciones necesarias a fin de darle la solución más conveniente a los intereses generales del país. Guiado por este pensamiento, proponía el reemplazo de los billetes de 1891 por vales del tesoro, cuyo plazo no excediera de un año y pedía que la operación se hiciera por medio de propuestas públicas, para poner esos vales al alcance de todos y hacer el retiro de los billetes sin violencia.

La Comisión mixta de Hacienda ha preferido establecer desde luego el procedimiento definitivo, y al efecto propone la emisión de vales del tesoro canjeables por bonos de la deuda interna del 6%, imponiendo a los Bancos la obligación de recibir para este exclusivo objeto los billetes de 1891.

Creo, señor Presidente, que hay poderosas razones para aconsejar que por ahora sólo se acuerde el retiro de las emisiones ilegales y

que, en consecuencia, se adopte el procedimiento indicado por el Presidente de la República; pero no hay dificultad de parte del Gobierno para aceptar el proyecto de la Comisión u otro que estime más conveniente la honorable Cámara, porque lo esencial en este negocio es que desaparezcan de la circulación los billetes ilegales que perturban los negocios y ofrecen el grave peligro de perpetuar en Chile el régimen del curso forzoso.

Cualquier procedimiento que nos lleve a restablecer la circulación que teníamos antes de la dictadura es bueno y aceptable a juicio del Gobierno, pues, aun cuando tenga defectos y ofrezca inconvenientes, estos serán muy pequeños en comparación del inmenso daño que se haría al país dejando en circulación permanente los billetes ilegales. En la Comisión de Hacienda todas las opiniones estuvieron de acuerdo sobre la necesidad imperiosa de hacer, sin demora, el retiro de aquellos billetes, y por eso sus miembros, cediendo cada cual en las cuestiones de detalle, llegaron a redactar el proyecto de que se ha dado cuenta.

Me asiste la confianza de que igual acuerdo habrá de producirse entre todos los honorables diputados respecto de la cuestión de fondo. Por mi parte aceptaré sin resistencia lo que encuentre mejor acogida en esta Cámara, porque tengo mucha más confianza en la capacidad y el patriotismo de los honorables diputados que en mi propio juicio.

LEY PROMULGADA

CON FECHA 2 DE FEBRERO DE 1892 EN EL NÚMERO 4142 DEL «DIARIO OFICIAL.»

Por cuanto el Congreso Nacional ha aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY:

ARTÍCULO 1.º

El día 31 de diciembre del presente año quedarán excluídos de la circulación los billetes al portador que el Gobierno Dictatorial ordenó emitir en 1.º de febrero, 10 y 15 de junio y 18 de agosto de 1891.

ART. 2.º

El día 30 de junio del presente año quedará excluída de la circulación la moneda divisionaria de plata con ley de dos décimos de fino y la de cinco décimos de fino con 20 por ciento menos de peso que el expresado Gobierno mandó acuñar el 1.º de febrero, 5 de mayo y 22 de julio de 1891.

ART. 3.º

Se autoriza por el término de un año al Presidente de la República para contratar préstamos hasta por la suma de veintiún

millones de pesos ($ 21.000,000) con el exclusivo objeto de cancelar las emisiones dictatoriales y la moneda divisionaria a que se refieren los artículos anteriores.

ART. 4.º

Se pedirán propuestas públicas para la contratación de estos préstamos y se emitirán vales cuyo plazo no exceda de un año, con interés máximo de 5 por ciento anual, pagadero por trimestres vencidos.

Serán preferidas las propuestas que ofrezcan hacer estos préstamos a menor interés y a prorrata en igualdad de circunstancias. No se admitirán propuestas a menos de noventa días y por sumas menores de mil pesos.

ART. 5.º

Las sumas que ingresen en arcas fiscales a título de indemnización o pago de los billetes dictatoriales con motivo de las gestiones judiciales contra los responsables de la emisión de esos billetes, se aplicarán a amortización extraordinaria de los vales o bonos que se emitan en conformidad a esta ley o a las que se dicten posteriormente.

Y por cuanto, oído el Consejo de Estado, he tenido a bien aprobarlo y sancionarlo; por tanto, ordeno se promulgue y lleve a efecto como ley de la República.—Santiago, 2 de febrero de 1892.

JORGE MONTT.

Francisco Valdés Vergara.

Antes de la Conversión metálica

Capítulos del libro que con el título «La Situación Económica y Financiera de Chile» publicamos en 1894.

El Presidente D. Jorge Montt echa sobre sí, en la presente situación económica, una responsabilidad muy grave.

Hay síntomas inequívocos de próxima crisis comercial, ocasionada por la restricción violenta del circulante. Sería muy fácil conjurar la crisis reformando el procedimiento que se ha adoptado para pasar del papel moneda a la circulación metálica. Sin embargo, él prefiere desafiar el peligro, pues piensa que todas las desgracias son mejores que la prolongación del curso forzoso y que su dignidad de gobernante le obliga a mantener la ley tal como ha sido dictada.

El no ve sino la riqueza del Fisco y cree que esto basta para decretar que el país tenga circulante metálico. Así, aun cuando la experiencia diaria manifiesta que la ley no da resultados satisfactorios, que el país no recupera su crédito, que sus capitales y su producción ordinaria no aumentan, él tiene confianza absoluta en que la firmeza de su voluntad será superior a la fuerza de los acontecimientos y los dominará por completo. Resultados de este error serán la liquidación ruinosa de todos los negocios, la miseria para innumerables familias, la falta de trabajo para el pueblo.

¡Ojalá que esta predicción no se cumpla! Para nosotros, que vemos el porvenir tan obscuro, sería la más grata satisfacción reconocer y confesar nuestro error. Pero, si infortunadamente la crisis se produce, trayendo nuevos males sobre este país tan maltratado por la desgracia en los últimos años, estas páginas servirán para dar testimonio de la responsabilidad que corresponde al actual Gobierno por su falta de previsión.

VALPARAÍSO, *julio de* 1894.

La Exportación del Oro

SUMARIO.—Opiniones contra hechos.—Estos son superiores a la voluntad o al deseo.—Corrientes comerciales que transportan las riquezas y los capitales.—Inglaterra, banquero del mundo.—Obligaciones internacionales recíprocas.—Lo que Chile debe en el exterior.—Recursos de Chile para pagar esas deudas.—Cuentas saldadas con el exterior.—Existencia de un saldo favorable o adverso.—Importación y exportación de metálico.— Oferta y demanda de letras de cambio.—Cómo el oro viaja entre Estados Unidos y Europa.—Lo que significa en Chile el cambio a 12 peniques con una unidad monetaria de 24 peniques.—El tipo del cambio es resultado inevitable de los negocios con el exterior.—Error de atribuír el tipo del cambio a la especulación.—El crédito de Chile dañado por los acontecimientos de 1891.—Alza ineficaz de intereses para sostener el oro.—Baja de valores.—Situación de la Caja de Crédito Hipotecario y de los Bancos.—Los agentes de la circulación no pueden ser suprimidos sin ocasionar trastornos.—Influencia de la crisis que se prepara sobre la política chilena.

I

La base fundamental de todas las observaciones que hemos formulado contra la conversión a fecha fija consiste en el peligro de que, por la exportación de la moneda metálica, el país se quede sin circulante y se vea en la necesidad de restablecer el curso forzoso.

Si este peligro no existiera, nada tendríamos que decir contra la ley de conversión. Los otros defectos que en ella encontramos, con ser muy graves, como la alteración de todo nuestro sistema monetario y la fijación caprichosa del tipo de 24 peniques, tendrían, a nuestro juicio, muy poca importancia comparados con la gran ventaja de suprimir el régimen corruptor del papel moneda.

Los autores y sostenedores de la ley afirman que no hay peligro alguno de que la moneda metálica pueda ser exportada. Pero la simple afirmitiva no es una razón. En cierto orden de fenómenos es posible afirmar o negar, sin dar pruebas ni razones, porque se trata de hechos comprobados. Así, se afirma que la tierra es redonda, que el oro vale más que la plata; se niega que el sol gire alrededor de la tierra, que cinco pesos de plata sean el equivalente de una libra esterlina. Pero nadie puede afirmar ni negar que lloverá en Valparaíso el 1.º de julio de 1896; nadie puede afirmar ni negar que el oro será exportado después de esa misma fecha. Puede ser que llueva o que no llueva, puede ser que el oro se exporte o que no se exporte; ello depende de causas ajenas a la voluntad del hombre y, por consiguiente, no es seguro, pero es posible, que llueva y que el oro sea exportado.

A un marino no se le ocurriría pretender que el Congreso dicte una ley para evitar que en Valparaíso el viento norte produzca temporales. A un agricultor tampoco se le ocurriría

pretender que se dicte una ley para que llueva en tiempo de sequía. Menos pretendería un médico que por medio de una ley se prohibiese la propagación de la viruela, enfermedad que anualmente mata en Chile cinco mil personas por término medio. Hace dos años se intentó impedir la embriaguez por medio de una ley; la ley quedó en desuso y la embriaguez ha seguido en aumento.

Sin embargo, hay marinos, agricultores, médicos, comerciantes, industriales, es decir numerosas personas de toda condición y rango, que opinan no necesitarse otra cosa que una ley del Congreso de Chile para pasar de la situación económica tan difícil en que vivimos a otra situación de prosperidad y riqueza con circulación de monedas de oro.

II

La moneda metálica es transportada de unos pueblos a otros como cualquiera mercadería. Las corrientes comerciales se producen y son dirigidas por causas naturales que la voluntad humana no puede suprimir. Así como corren las aguas por los ríos y por los cauces artificiales en virtud de la ley de gravitación, así también todos los productos—salitre, oro, plata, cobre, tejidos, lana, algodón, harina, trigo—cambian constantemente de lugar, circulan por el mundo entero, al amparo de la

libertad comercial, llevados de unos mercados a otros por la ley económica de la oferta y la demanda.

El oro está viniendo hoy a Chile porque el Gobierno remesa a sus banqueros en Londres las letras que recibe en pago de los derechos de exportación del salitre, de los derechos de internación y de la venta de salitreras, y les ordena cobrar su valor y remitir una parte a Valparaíso en libras esterlinas. ¿Quién puede asegurar, quién puede garantir al país que ese mismo oro no será exportado, después que se haga la conversión, por las personas que quieran transladar sus capitales a Europa o por las que necesitan hacer pagos en el exterior por mercaderías importadas, por créditos vencidos o por otras causas? Nosotros indicamos el peligro de la exportación del oro y creemos que el Presidente de la República comete una falta grave no tomando en cuenta este peligro; los autores y defensores de la ley de conversión, afirman que el oro no será exportado y con esta afirmativa dejan su conciencia en paz, porque saben que más tarde, si los hechos contradicen sus palabras de hoy, si el oro es exportado y el país se queda sin circulante, ni el Gobierno ni el pueblo tendrá el recurso de hacerles a ellos responsables del engaño.

Cuando un individuo gasta menos que lo que gana o lo que produce con su trabajo, necesariamente tiene un sobrante, es decir, un capital disponible. Si después gasta más

que lo que gana o produce, necesariamente tiene un déficit, es decir, una deuda que tarde o temprano ha de pagar. En el primer caso, el individuo tiene monedas de oro o plata o cualquiera de los innumerables bienes que con estas monedas puede comprar. En el segundo caso, habrá perdido sus monedas de oro o plata o los bienes que había comprado con ellas y todavía quedará debiendo alguna suma para pagarla con las monedas que obtenga con su trabajo futuro.

El mismo fenómeno se produce en un pueblo que tiene relaciones comerciales con los demás pueblos, es decir, que forma parte del mercado universal. Exceptuando a las tribus aún no civilizadas del Africa y otros pueblos salvajes, todas las naciones de la tierra están ligadas estrechamente por corrientes comerciales que establecen entre ellas relaciones inevitables de recíproca dependencia. Estas corrientes comerciales llevan las riquezas de unas naciones a otras según la oferta y la demanda; toman las producciones especiales de cada pueblo y las llevan a los mercados que las necesitan y las pagan; forman de este modo obligaciones recíprocas de deudas y créditos que necesariamente tienen que saldarse con el tiempo. Así sucede que unos pueblos son deudores, que otros son acreedores y que otros no deben ni tienen créditos exijibles, porque sus obligaciones recíprocas con los demás pueblos están saldadas.

A este propósito dice Goschen: «Se discute a veces sobre el estado de los cambios extranjeros y ante todo se traba la discusión sobre el valor de dinero (o sea el tipo del interés) en los diversos países, sobre el monto del numerario en cada uno de ellos o sobre la situación relativa de su circulante fiduciario. Estos son puntos que tienen, sin duda, una grande importancia y que obran sobre el precio de los cambios, pero que, sin embargo, están subordinados a la cuestión del equilibrio de las obligaciones recíprocas. Las obligaciones recíprocas son el elemento fundamental del precio del cambio.

«Se incurre a menudo en el error de creer que las deudas internacionales provienen simplemente de una importación de productos, y de considerar la balanza del comercio como una simple cuestión de importación y exportación, como un simple indicio de exceso de la una sobre la otra. Es preciso examinar más de cerca las transacciones efectuadas entre dos países, antes de formarse una idea de la situación de sus deudas recíprocas.

«Estudiando esta situación, se descubrirá que ella no proviene tanto de los cambios respectivos de productos, como de la relación entre la totalidad de los gastos hechos por cada nación en las otras, sea para pagar materias primas o mercaderías, sea para la compra de acciones y fondos públicos, sea para el abono de utilidades, comisiones o cualesquiera otras ganancias como éstas, sea para cubrir

los gastos de los residentes en el exterior y de los viajeros, en una palabra, todos los pagos y todas las promesas de pago que se hacen en cada país. La idea de cada deuda en sí misma debe ser perdida de vista; lo único que debemos considerar es el total de las obligaciones contraídas pues todas producen efectos idénticos cualquiera que sea su origen.»

La observación de Goschen se presenta con extraordinaria claridad al espíritu aplicándola a la situación del Reino Unido de la Gran Bretaña en sus relaciones comerciales con el mundo entero. Inglaterra, Escocia e Irlanda importan todos los años, en materias primas y otras mercaderías, un valor mucho más considerable que el de sus exportaciones. Sin embargo, aquella nación tiene oro en abundancia, lo que es un signo inequívoco de que el saldo de las obligaciones recíprocas con el exterior le es favorable.

En efecto, aquella nación tiene la flota comercial más poderosa del mundo, sus compañías de seguros se extienden por todas partes, su gran riqueza acumulada en varios siglos le permite ser, por decirlo así, el banquero entre las naciones, abrir crédito a todos los Gobiernos, a todos los industriales, a todos los comerciantes dispersos en el globo. Por consiguiente, las mercaderías y materias primas que recibe del exterior sirven, no sólo para pagar los artículos que ella exporta, sino también los millones que cobran en fletes sus arma-

dores, en primas sus aseguradores, en comisiones e intereses sus banqueros, en amortización e intereses los tenedores de los bonos que en la bolsa de Londres han colocado todas las naciones, los dividendos que distribuyen las numerosas compañías de ferrocarriles, de minas, de salitres, de telégrafos esparcidos en todo el mundo.

Las exportaciones británicas son muy inferiores a las importaciones; pero los valores que aquella nación tiene que recibir por los grandes créditos que posee contra los demás pueblos son tan cuantiosos, que el exceso de las importaciones, por grande que sea, no alcanza a cubrirlos. Por esto la Gran Bretaña, importando más que lo que exporta, tiene, sin embargo, un saldo a su favor en el balance de sus obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros y no pierde su circulante metálico.

III

Con estos antecedentes vamos a tratar de formarnos una idea de lo que son las obligaciones recíprocas de Chile con los mercados extranjeros, a fin de apreciar las probabilidades que hay en favor o en contra de la exportación del oro que el Gobierno se propone acuñar en cambio de los billetes de curso forzoso.

Chile tiene que pagar todos los años en el exterior las siguientes partidas:

1.ª El saldo que pueda existir en su contra por negocios o transacciones anteriores;

2.ª El servicio de intereses y amortización de los empréstitos contratados por la República en Londres y Berlín;

3.ª Los intereses de los capitales invertidos en Chile por personas que viven en el exterior; los gastos de los chilenos que están viajando; los sueldos de las Legaciones y de todos los empleados del Gobierno fuera del país;

4.ª Los capitales nacionales y extranjeros que se retiran del país para darles inversión en otra parte;

5.ª Las utilidades de todas las casas de comercio extranjeras que tienen agencias en Chile, las de las compañías salitreras inglesas y alemanas, las de los ferrocarriles de Tarapacá, etc., etc.

6.ª El precio de las mercaderías importadas.

Para pagar las partidas anteriores Chile puede disponer de tres fuentes de recursos, que son:

1.ª El saldo que puede existir a su favor por negocios o transacciones anteriores;

2.ª Sus exportaciones: salitre, oro, plata, cobre, manganeso, trigo, lana;

3.ª Los capitales que personas residentes en el exterior trasladen a Chile para ser invertidos aquí; los créditos que nuestros comerciantes tengan en los mercados extranjeros;

los gastos de las Legaciones acreditadas en Chile y de los viajeros que visiten el país; los empréstitos que contrate la República en el exterior.

La cuenta corriente de Chile con los mercados extranjeros recibe en cada año a su cargo el valor, reducido a libras esterlinas, de las seis partidas que representan los pagos que debe hacer en el exterior, y recibe a su abono, también en libras esterlinas, el producto neto de las tres partidas de que puede disponer para hacer frente a aquellos pagos.

La liquidación de esta cuenta corriente, en cualquier momento en que pudiera hacerse, tendría que dar uno de estos resultados:

O igualdad entre las sumas cargadas y las sumas abonadas;

O exceso de los abonos sobre los cargos;

O exceso de los cargos sobre los abonos.

En el primer caso, la cuenta está saldada: Chile no es deudor ni es acreedor. En el segundo caso Chile tiene un saldo a su favor, es acreedor de los mercados extranjeros. En el tercer caso Chile tiene un saldo en su contra, es deudor de los mercados extranjeros.

Estos resultados de la liquidación pueden alterarse de un día a otro, con la rapidez de las órdenes telegráficas, por una de las partidas que figura al mismo tiempo en los dos lados de la cuenta: la traslación de capitales. Puede suceder que una liquidación hecha hoy arroje un saldo de 200,000 libras, por ejemplo, en contra de Chile y que mañana, por una nego-

ciación como las que ha hecho la Compañía Huanchaca, por un empréstito como el de la Municipalidad de Valparaíso o por cualquiera otra causa, se ordene a un Banco en Chile girar contra otro Banco en Londres sobre 300,000 libras depositadas allí para ese objeto. Puede suceder también lo contrario, es decir, que una o varias personas residentes en el exterior ordenen, por cable o por correo, que se realicen los valores que tienen en Chile y se les remese el producto en letras sobre Londres.

Es una obra imposible establecer con seguridad el valor efectivo de los pagos que Chile debe hacer en Europa y de los recursos efectivos de que dispone para este objeto. Hay partidas de cargo y de abono que escapan a toda investigación; hay otras que pueden estimarse aproximadamente; pero no hay ninguna que pueda reducirse a cifras exactas. Las importaciones y las exportaciones, por ejemplo, no son indicadas por la estadística aduanera de un modo satisfactorio. En primer lugar, los avalúos no corresponden a los precios reales de compra y venta en los mercados extranjeros; en segundo lugar, los fraudes y contrabandos no los apunta la estadística; en tercer lugar, la organización de este servicio público es muy defectuoso en Chile y no puede ser corregido por la sola voluntad de los empleados, por buenos y competentes que sean.

Por consiguiente, no hay medio seguro de hacer comercialmente la liquidación de la

cuenta corriente de Chile con los mercados extranjeros; para ello sería necesario que todo el comercio se hiciese por una sola mano, o bien que se restableciese el régimen comercial que la España tuvo en sus colonias de América, volviendo más de tres siglos atrás, a la época de la Casa de Contratación de Sevilla y del mercado de Puertobello.

Nosotros hemos procurado reunir algunos datos comerciales privados para apreciar el valor probable de las principales partidas de la cuenta de Chile con el exterior; pero preferimos no hacer uso de ellos, porque estamos convencidos de que todos los cálculos en esta materia necesitan rectificaciones de imposible comprobación y que, fundar juicio sobre tales datos, es exponerse imprudentemente a afirmar y sostener el error.

Pero no hay necesidad de cifras para comprender que a un país no le es indiferente tener sus cuentas saldadas con los mercados extranjeros, ser deudor, o ser acreedor de ellos. Cada una de estas tres situaciones produce en los negocios de un pueblo resultados diversos que nadie puede evitar. El país que debe tiene obligación de pagar; el país que es acreedor tiene el derecho de cobrar; el país que no debe, ni es acreedor, vive tranquilo y feliz con sus propios recursos.

IV

Veamos los efectos que cada una de estas tres situaciones produce en el circulante de un país: primero, cuando tiene régimen metálico, y en seguida, cuando tiene régimen de papel moneda de curso forzoso. Apliquemos el ejemplo a Chile, que es lo que a todos nos interesa.

Si Chile tiene circulante metálico, es decir, oro o plata amonedada, y sus cuentas con los mercados extranjeros están saldadas, el circulante se mantiene sin alteración alguna en el justo medio en que no hay escasez ni abundancia. Nadie pensará en exportar monedas, puesto que las letras giradas sobre los fondos disponibles en el exterior bastan para satisfacer la demanda de los que necesitan remesar fondos para hacer sus pagos. Nadie pensará tampoco en traer oro o plata del exterior, perdiendo los gastos de flete y seguro y los intereses, puesto que más le conviene vender aquí sus letras a la par, que mandarlas a Londres para que le devuelvan su valor en libras esterlinas. La tranquilidad del circulante, en este caso, puede compararse a la del agua en un estanque que está lleno y que recibe por la cañería que lo alimenta exactamente la misma cantidad de agua que sale por la cañería de desagüe.

Si el saldo de las obligaciones recíprocas con el exterior es favorable a Chile, es decir, si hay fondos a su disposición en los mercados extranjeros, puede suceder o que esos fondos se inviertan en colocaciones productivas en aquellos mercados por cuenta y provecho de sus dueños de Chile, o que sean traídos a este país en forma de monedas, de pastas metálicas, o de mercaderías de cualquiera especie. En este caso, lejos de haber peligro de escasez de circulante, hay marcada tendencia a su abundancia. Se puede decir que entonces sucede lo mismo que en un estanque lleno de agua, que tiene para alimentarse una cañería más gruesa que la de su desagüe.

Si, por la inversa, el saldo de las obligaciones recíprocas con el exterior es adverso a Chile, es decir, si este país queda debiendo en los mercados extranjeros, puede suceder o que los acreedores ordenen invertir aquí, por su cuenta y riesgo, aquel saldo o que ordenen que se les remese. La inversión de esos saldos en Chile dejará tranquilo el circulante como si el país tuviese sus cuentas saldadas; su remesa a los mercados extranjeros será una amenaza para el circulante, porque los fondos que el país ha tenido a su disposición en el extranjero no han bastado para pagar todo lo que debe, y si le cobran el saldo es claro que tiene que mandar lo único que sirve en este caso: el oro o la plata amonedada. Así puede decirse que esta situación corresponde a la del estanque que tiene su cañería de desagüe más poderosa

que la de su alimentación; el agua disminuirá por este desequilibrio lo mismo que disminuye el circulante por la exportación que nace del desequilibrio de las obligaciones recíprocas.

Si esta situación desfavorable se prolonga, si en vez de aumentar los productos exportados y de disminuír los pagos en el exterior, estos crecen y aquellos permanecen estacionarios o disminuyen, la exportación del oro y la plata amonedados se hace en grande escala y el circulante metálico escasea cada día más hasta desaparecer por completo. Un ejemplo de esta situación la tenemos en Chile durante los años que precedieron a 1878. La base de las exportaciones de Chile la formaron durante muchos años el cobre y la plata. Este último metal tuvo dos épocas de esplendor: la de Chañarcillo y la de Caracoles. Cuando Chile perdió su rango en el mundo como primer productor de cobre, cuando el mineral de Caracoles se agotó como se había agotado el de Chañarcillo, se encontró el país privado de gran parte de sus retornos al exterior y con una sociedad que se había acostumbrado, en días de prosperidad, a una existencia más dispendiosa. Entonces se exportó primero el oro amonedado y después la plata, hasta que vino, como consecuencia dolorosa, pero inevitable, el curso forzoso de los billetes bancarios.

Veamos ahora como pasan las cosas en Chile bajo el régimen del papel moneda. Estando las cuentas saldadas en los mercados

extranjeros, resulta que las letras que se ofrecen en Chile son iguales a las que se piden para hacer pagos en aquellos mercados. La oferta y la demanda están equilibradas; luego ningún vendedor de letras puede ser exigente al fijar su precio, porque se expone a que otros vendedores coloquen sus letras antes que él y en condiciones más ventajosas; ningún comprador puede pretender tampoco mejor precio que el que permite la situación real del mercado, porque se expone a que otros compradores tomen letras antes que él y en mejores condiciones. Así, por la ley natural de la oferta y la demanda, por la fuerza propia de los acontecimientos, el tipo del cambio se nivela y se mantiene próximo a la par de la moneda que representa el billete de curso forzoso.

Si Chile tiene saldo a su favor en los mercados extranjeros entonces la oferta de letras es mayor que la demanda. El cambio sube hasta la par de la moneda metálica representada por el billete y no puede subir más, porque los vendedores de letras, en vez de aceptar una pérdida exagerada en la venta de ellas, pedirán oro o plata al extranjero y pagarán aquí en metálico. Así vuelve el circulante por su cauce natural y, entonces, lo único que se necesita para asegurar esta circulación, es quitar a los billetes el privilegio del curso forzoso y restablecer la obligación de hacer todos los pagos en verdadera moneda.

Si, por la inversa, Chile tiene un saldo en contra en los mercados extranjeros, si las letras

sobre Londres ofrecidas en nuestro mercado son inferiores a la demanda de ellas, entonces el cambio se depreciará en proporción a este desequilibrio.—Apenas se nota que la oferta de letras disminuye, los que necesitan remesar fondos al exterior en fechas fijas se apresuran a comprarlas; el ejemplo de éstos es seguido por los demás y así se acentúa una demanda que en ciertos casos llega a convertirse en verdadero pánico. Hace poco más de un mes pudo observarse este fenómeno en Valparaíso. Por diversas circunstancias, que no hay para qué recordar en este momento, hubo de improviso una demanda extraordinaria, el tipo bajó de 12 a 10 peniques y llegó un momento en que nadie giraba a ningún tipo.

A esta situación corresponden las siguientes indicaciones de Goschen: «Si sucede en Rusia, como es a menudo el caso, que hay personas endeudadas a favor de extranjeros y obligadas a remesar moneda inglesa a sus acreedores en una fecha dada, a cualquier precio que sea, no hay límite para el precio que pueda pedirse a estos deudores; en otros términos, no hay límites para las variaciones del cambio. Parece que el valor relativo del rublo-papel y del metálico no es ya uno de los elementos de la cuestión. Solamente la oferta y la demanda determinan el precio y, si el monto de las exportaciones de este país no iguala al monto de sus importaciones, este es el caso más general, si la demanda de las letras de cambio necesarias para pagar las importaciones excede

por consecuencia a la cantidad de letras que pueden girarse sobre las exportaciones, el balance o saldo deudor del país de que hablamos no puede ser arreglado sino al precio de un enorme sacrificio. Este saldo probablemente no será pagado siquiera, a no ser que se paralicen o que disminuyan las importaciones o que se contrate un empréstito público en el extranjero. Y todavía esto es sólo un expediente para ganar tiempo, sólo un recurso para aplazar el pago del saldo debido.»

De todo lo que precede se derivan las siguientes conclusiones:

1.º Cuando la cuenta corriente de Chile con los mercados extranjeros está saldada, cuando Chile no es deudor ni acreedor, el circulante, en el régimen metálico, estará tranquilo y, en el régimen del curso forzoso, se cotizará muy próximo a la par.

2.º Cuando Chile tiene saldo a su favor, es decir, cuando es acreedor de los mercados extranjeros, hay probabilidades, así en el régimen metálico como en el del papel moneda, de que haya importación de monedas o pastas de oro o plata.

3.º Cuando el saldo es adverso, es decir, cuando Chile queda debiendo a los mercados extranjeros, entonces se exporta la moneda si hay régimen metálico, y se deprecia el papel moneda si hay curso forzoso.

V

Estos fenómenos se producen espontáneamente, por la acción irresistible de las leyes naturales que rigen en el orden económico con la misma rigurosa exactitud que en el orden astronómico o en el orden físico. La moneda metálica sale de un país o viene a él por la fuerza ciega de los acontecimientos, por más que la voluntad del hombre se oponga a ello o que su inteligencia no lo comprenda. Las corrientes comerciales que llevan y traen las monedas metálicas, son producidas por las deudas y los créditos de los diversos pueblos, así como las corrientes marítimas y las corrientes atmosféricas tienen su origen en el enfriamiento de los polos y en el calor de los trópicos. Para que estas últimas corrientes cambiasen de dirección sería menester que cambiase antes la posición astronómica respectiva del sol y la tierra; para que las corrientes comerciales que llevan y traen el oro y la plata amonedada, se muevan en sentido inverso del que siguen en un momento dado, es menester también que se cambie antes la posición comercial recíproca de los pueblos. Para ello es necesario que los pueblos pobres aumenten su riqueza, que los pueblos ricos pierdan parte de la suya, que los pueblos deudores dejen de serlo, que los pueblos acreedores hayan

cobrado sus créditos y no tengan más que cobrar.

En estos mismos días están llegando noticias de una poderosa corriente comercial que saca el oro amonedado de los Estados Unidos para llevarlo a Europa. Entre los telegramas comunicados en los últimos días por el cable, vía Galveston, encontramos los dos que siguen:

NUEVA YORK, 23 *de junio.*—Durante esta semana, desde este puerto y el de Boston, se embarcaron para Europa SIETE MILLONES SETECIENTOS CINCUENTA MIL DOLLARS EN ORO.

NUEVA YORK, 30 *de junio.*—El vapor que sale hoy para Europa llevará al viejo continente UN MILLÓN DOSCIENTOS CINCUENTA MIL DOLLARS ORO AMERICANO.

Es un hecho fuera de toda discusión que los Estados Unidos constituyen una nación inmensamente rica, que tienen en su vasto territorio climas y condiciones geológicas favorables a todas las producciones, que sus industrias son tan variadas como poderosas, que su población crece en proporciones jamás observadas en otro pueblo de la tierra, que no tienen papel moneda de curso forzoso. ¿Por qué, entonces, se exporta su moneda de oro en dirección a los mercados europeos? ¿Será por capricho o expeculación de algunos capitalistas? ¿Será por mandato de la autoridad? ¿Será por causas sobrenaturales que la inteligencia humana no alcanza a descubrir? ¿O será simplemente porque aquel pueblo tiene hoy día que hacer

pagos en Europa y que necesita para ello, no sólo sus productos ordinarios de exportación, sino también una parte de su moneda metálica?

Cada cual puede aceptar la explicación que le parezca más razonable; por nuestra parte creemos que la moneda de oro sale de aquel país por las mismas causas que ha llegado a él en otras ocasiones, es decir, por el movimiento natural de los negocios, por la obligación que los deudores tienen de pagar sus deudas, por el derecho que los acreedores tienen de cobrar sus créditos.

«En 1861, dice Goschen, se produjo una fuerte corriente de numerario en el sentido de Europa hacia los Estados Unidos y entonces se expusieron diversas teorías para explicar la causa de este fenómeno; pero, es extraño que pasara un largo espacio de tiempo antes que la mayoría del público comprendiera que esta corriente de numerario era simplemente la consecuencia de los compromisos anteriores. Se había indicado otra causa que parecía explicar suficientemente la exportación de numerario, y esta explicación tenía por base los desórdenes políticos que aumentaban en Estados Unidos y que, envolviendo a los americanos en una especie de pánico, podían tentar a capitalistas ingleses a hacer especulaciones sobre los valores de aquel país; entretanto la causa esencial, que debió reconocerse desde un principio, era el estado mismo de los compromisos internacionales.

...«La causa dominante que producía esta corriente de numerario hacia la América, era el aumento considerable de las exportaciones americanas en trigo y harina, después de una cosecha de algodón que no tenía precedente. Independientemente de la crisis política, la Europa tenía que pagar a la América un saldo en metálico y este era el punto cardinal, que no debía perderse de vista, para conocer si las exportaciones de numerario continuarían o nó. Al principio de las exportaciones de numerario se insistió con tanta unanimidad sobre este razón—«que se trataba de una simple especulación»—se gritó de tal modo contra la locura de los que enviaban un metálico que les sería devuelto probablemente por el mismo vapor, que se cometió la falta de mirar sólo las existencias de oro en Nueva York, las especulaciones sobre los valores americanos y las operaciones de los capitalistas, en vez de contemplar este hecho evidente,—que era fácil discernir por una observación atenta,—que la Inglaterra y la Europa pagaban únicamente los productos que habían importado de América.»

En 1862 y 1863 se produjo entre Estados Unidos y Europa una situación inversa: el oro salió de Nueva York, como sale hoy, exportado para el viejo mundo. Goschen dice con este motivo: «El estado extraordinario de los cambios americanos en ese período difícilmente se puede explicar con sencillez; pero ofrece un tema de estudio muy instructivo

haciendo notar, unas veces por su presencia armónica, otras por su antagonismo, los diversos elementos del valor del cambio. La depreciación del circulante, por la emisión de los *greenbacks*, ejerció en verdad una influencia tan preponderante que es difícil descubrir la acción de otros elementos. Sin embargo, estos otros elementos no pueden ser completamente anulados mientras no se suspendan los negocios internacionales.» En seguida Goschen señala la acción de los siguientes elementos que contribuyeron, junto con la emisión de los *greenbacks*, a deprimir el cambio en los Estados Unidos y producir la corriente de oro exportado hacia la Europa: 1.º, los capitales trasladados a Londres por americanos que deseaban ponerlos al abrigo de los riesgos de la grave situación creada por la guerra civil y las emisiones de papel moneda; 2.º, los fondos remesados para pagar los artículos extraordinarios de guerra y las mercaderías de importación ordinaria compradas en Europa; 3.º, la falta de letras de cambio giradas desde Nueva York sobre exportación de algodón por causa de bloqueo; 4.º, la falta también de letras giradas sobre exportación de trigo por causa de abundantes cosechas en Europa.

Así como las importaciones de oro en 1861 y las exportaciones en 1862 y 1863, fueron producidas por causas comerciales bien determinadas para pagar en América o en Europa las deudas contraídas o para trasladar capitales, así también la exportación de oro que

hoy se hace en Nueva York obedece a causas que no tienen nada de artificial, ni de sobrenatural. El oro se va a Europa porque los Estados Unidos deben a aquellos mercados y tienen que pagar sus deudas. Dejar a un lado esta explicación sencilla y razonable, para inventar explicaciones arbitrarias, vale tanto como desconocer que la luz de odos los dias nos viene del sol para hacer investigaciones especiales a fin de descubrir su origen o para decir que ella nos viene de un foco artificial.

VI

En vista de las informaciones y antecedentes que preceden llega el caso de plantear esta cuestión:

¿Qué significa en Chile un cambio de 12 peniques, siendo la unidad monetaría de 24 peniques, habiendo en circulación sólo 29.459,364 pesos en billetes fiscales de curso forzoso, estando fijado para el 1.º de julio de 1896 el canje de los billetes por oro y teniendo el Gobierno recursos sobrados para efectuar el canje y voluntad inquebrantable de verificarlo?

Si la emisión fiscal de Chile fuera excesiva, es decir, si se hubiera abusado del papel moneda emitiendo más billetes que los necesarios para el movimiento de los negocios, podría

decirse que el cambio ha bajado en razón de la abundancia del circulante de curso forzoso. Pero no es este el caso. El circulante legal no es exagerado: hay 29.000,000 de pesos para un país que tiene 3.000,000 de habitantes desparramados en una superficie más grande que la de Italia donde hay 30.000,000 de habitantes. No siendo exagerado el circulante, su cantidad no ejerce una influencia decisiva sobre el tipo del cambio. La experiencia confirma esta observación. En 1890 había 20.000,000 de circulante legal y el término medio del cambio fué de 24 peniques. En 1891 aumentó la emisión en otros 20.000,000 y, a pesar de ello y de la guerra civil, el término medio del cambio no bajó de 18 peniques. En febrero de 1892 se hizo una amortización extraordinaria de 9.500,000 pesos y el cambio, lejos de mejorar, bajó de 22, tipo de noviembre de 1891, a 18 peniques para seguir gradualmente, sin haber aumentado las emisiones, hasta el tipo actual de 12 peniques.

Aquí, como sucedía en Inglaterra en 1861 al ver que el oro se iba a los Estados Unidos, se dice: el cambio está a 12 peniques por la acción de los especuladores; este tipo de cambio es artificial; la balanza del comercio es favorable a Chile y no hay motivo alguno, fuera de la especulación, para que el cambio no se acerque a 24 peniques. Esto se viene repitiendo desde el año 1892, cuando el cambio era de 18 peniques al dictarse la ley de conversión; pero la situación lejos de mejorar, ha empeorado

llegando en momentos de pánico el tipo a 10 peniques.

El tipo de cambio en el régimen del curso forzoso es determinado solamente, como dice Goschen, por la oferta y la demanda. Cuando la oferta es mayor que la demanda, el cambio mejora; cuando la demanda es mayor que la oferta, el cambio desmojora. Esta es una simple cuestión de buen sentido; hasta los que no tienen práctica alguna en los negocios saben que el precio de todas las cosas sube o baja según su abundancia o su escasez.

El hecho de que el cambio haya bajado desde 22 peniques, tipo del mes de noviembre de 1891, hasta 12 peniques, tipo corriente hoy día, significa que, desde entonces, ha habido más demanda que oferta. Si la demanda hubiera sido igual a la oferta, el cambio se habría mantenido, con fluctuaciones más o menos pasajeras, cerca del tipo de aquella fecha. Si la oferta hubiera sido mayor que la demanda, el tipo se habría acercado a la par, esto es a 24. Fuera de estos términos no es posible estudiar la cuestión, ni encontrar explicaciones que satisfagan, porque toda operación comercial con el exterior tiene forzosamente que traducirse en giros o en remesas de letras de cambio, en oferta o en demanda.

¿La especulación ha mantenido y mantiene desde hace dos años y medio una demanda que ha llevado el cambio desde 22 hasta 12 peniques? Ello es absolutamente imposible,

porque las letras compradas por la especulación tienen que ser vendidas en un plazo que nunca puede prolongarse mucho, y el cambio, que desmejora cuando la especulación compra, vuelve a mejorar cuando la especulación vende, de tal modo que su término medio en un período largo, seis meses o un año, por ejemplo, corresponde a la realidad de las transacciones legítimas hechas con el exterior. Las fluctuaciones del cambio pueden ser más numerosas y más intensas por la acción de los especuladores; pero el término medio tiene que corresponder siempre a la realidad de los giros y de las remesas de letras.

Recuérdese lo que pasó en París con el ruidoso sindicato del cobre en 1888 y 1889. Un grupo de atrevidos especuladores, contando con el apoyo de institución tan poderosa como el *Comptoir d'Escompte*, acaparó toda la producción de aquel metal y pretendió imponer su precio en el mercado. En efecto, el precio subió de 38 libras a 100 libras por tonelada, hasta que la magnitud de la especulación, que estimulaba en todo el mundo a producir más cobre, fué superior a las fuerzas de los que la practicaban y produjo por su solo peso un fracaso colosal.

Pues bien: una especulación en Chile capaz de hacer bajar el cambio en dos años y medio de 22 a 12 peniques y de mantener con firmeza este último tipo, necesitaría capitales parecidos a los que se pusieron en actividad por el sindicato del cobre. La casa de Baring Bros & Co.

sucumbió en Londres al peso de una negociación en valores argentinos que, para la responsabilidad y el crédito de aquella firma, no representaba una cifra relativamente superior a la que para un negociante de Chile exigiría esta especulación gigantesca que se supone en Valparaíso. Difícil sería encontrar una fortuna tan sólida para comprometerse en tan grande aventura. Y todavía se supone una especulación de esta magnitud para bajar el cambio a 12 peniques cuando está decretada la conversión a 24 en un plazo de dos años y cuando se sabe que el Gobierno tiene asegurado el oro para hacerla. Si el cambio ha de mejorar en Chile hasta 24 peniques ¿quién será tan insensato que compre y acapare letras a los tipos actuales para venderlas después con pérdida de 50%? La especulación, en tales condiciones, sólo puede hacerse en sentido inverso, esto es, vendiendo letras hoy a 12 peniques para comprarlas más tarde a 24. Si hay especulación será para ganar 100 por ciento, nó para perder 50 por ciento, y su influencia en el mercado será favorable, porque aumentará la oferta de letras en vez de aumentar la demanda.

La demanda de letras, que ha hecho bajar el cambio hasta el tipo actual se explica, sin necesidad de imaginarse una especulación absurda por su objeto e imposible por su magnitud, por causas naturales que toda persona discreta descubre con una observación tranquila de los acontecimientos ocurridos en los últimos años.

La producción de cobre, plata, oro, trigo, etc., no ha sufrido, después de 1891, alteraciones tan graves que basten para producir un desmejoramiento tan intenso en el tipo del cambio. Tampoco está la causa en la exportación del salitre, que en el presente año alcanzará a la cifra más alta de que hay memoria y que seguirá todavía en aumento. Junto con este aumento del salitre, hemos tenido el empréstito nacional de 1.800,000 libras en 1893 y el municipal de 200,000 libras para el agua de Valparaíso en 1894. Parece que tampoco está la causa en las importaciones ordinarias del país, es decir, en los consumos de artículos extranjeros que hacen todos los habitantes, porque se nota en las aduanas diminución de las existencias y paralización en las llegadas. Pero, aceptando, sin más exámen, que las importaciones disminuyen y las exportaciones aumentan, debemos tomar en consideración los crecidos gastos fiscales en el extranjero por compras de armas y buques, y también como un factor de la más alta importancia para el cambio, la influencia de la revolución de 1891 en los mercados con los cuales Chile tiene obligaciones recíprocas.

VII

Por el simple hecho de haberse interrumpido el orden público en este país, tan reputado por la prudencia de sus Gobiernos y por los hábitos tranquilos y laboriosos de sus habitantes, se desniveló radicalmente la base sobre la cual descansaban las transacciones comerciales de Chile con el exterior. Se suspendió la traslación de capitales extranjeros para buscar colocación segura y provechosa en Chile; al propio tiempo se produjo la desconfianza de los capitales que ya estaban invertidos desde épocas anteriores. Esta doble circunstancia—la interrupción de la corriente que antes traía capitales a Chile y la emigración de los capitales anteriormente traídos—se ha hecho sentir con más fuerza todavía después de la guerra civil, a causa de las conspiraciones y motines, de las riñas entre los partidos que hicieron la revolución, de los cambios frecuentes de gabinetes, de la penosa esterilidad en que se consume la administración actual, nacida como una promesa de paz y regeneración entre las ruinas de aquel año fatal.

No hay medida para calcular el valor que en libras esterlinas corresponde a esta influencia perturbadora de la anarquía política y administrativa en que por desgracia nos hallamos envueltos. Pero la baja persistente del cambio,

los 10 peniques de diferencia que hay entre el tipo del mes de noviembre de 1891 y el tipo corriente hoy día, es un indicio claro de que aquel valor excede en mucho a cuanto pudiéramos calcular. Es extraño que, teniendo a la vista un hecho evidente como el que dejamos indicado, se ponga tanto afán en buscar explicaciones antojadizas y se pretenda que el tipo actual del cambio es un hecho artificial producido por el capricho de los unos o por las expeculaciones de los otros. Siendo el tipo del cambio, en el régimen del papel moneda, el resultado inevitable de la oferta y la demanda de letras giradas sobre el exterior, sus indicaciones son tan seguras para expresar el saldo de las obligaciones internacionales recíprocas, como lo son las del termómetro para expresar la temperatura y las del barómetro para expresar la presión atmosférica. Estos son hechos científicos que existen aun cuando no se crea en ellos. Negarlos no es destruirlos; es sólo condenarse voluntariamente o por ignorancia a incurrir en error. La oferta de letras indica que hay fondos sobre los cuales puede girarse; la demanda de letras indica que hay obligaciones por pagar; luego, basta observar si la oferta es mayor o menor que la demanda para saber, sin más informes, si el saldo de las obligaciones recíprocas en el exterior es favorable o adverso al país.

Juzgando la situación de Chile con este criterio, puede afirmarse que la baja del cambio es motivada por haber más demanda

que oferta de letras y que esto, a su turno, es motivado porque el saldo de las obligaciones internacionales recíprocas es adverso a Chile y le deja en condición de deudor. La conversión metálica, en la forma ordenada por la ley, se hará retirando el papel moneda y dando en canje 29.459,364, de pesos oro de 24 peniques o sea 2.945,936 libras esterlinas. A más de las exportaciones, es decir, de los recursos ordinarios de cada año, el comercio de Chile tendrá entonces estas 2.900,000 libras como valor que puede remitir en oro al extranjero junto con las letras de cambio. Si se prolonga hasta esa fecha el actual estado comercial, si continúa esta demanda de letras superior a la oferta, el oro se irá de Chile como se va de todas partes cuando, llegado el momento de pagar las deudas contraídas, los valores que se ofrecen para este objeto son insuficientes. Se irá el oro como se va hoy de Estados Unidos, como volvió a irse de Italia después que lo llevó el Ministro Magliani por medio de empréstitos para hacer la conversión, como se fué de Chile hasta producir la inconvertibilidad de 1878, como se ha ido de España, de Austria, de Rusia, del Brasil y de todos los países que, sin la exportación del metálico, no alcanzan a pagar lo que deben.

Para que el metálico no se fuese de Chile sería menester que algún nuevo recurso nos diese fondos para reemplazar los que hemos perdido por la perturbación del crédito en el exterior y por la decadencia de los minerales de plata y

cobre. Por desgracia, lejos de tener motivos para esperar estos nuevos recursos, estamos amenazados de perder por completo la exportación de trigos, que en algunos años ha representado 1.200,000 libras en letras ofrecidas al mercado. Debe tenerse presente, además, que la ocultación de billetes fiscales para aprovecharse de la conversión, es signo muy expresivo de la intención que muchos tienen de poner a salvo sus capitales tan pronto como, por el favor de la ley, consigan las monedas de 24 peniques a la par.

Conocemos personas que, por haber dejado sus capitales en Chile con cambio de 26 y 27 peniques, tienen perdido ya, al cambio de 12, más del 50 %, sin contar lo que han sufrido por la baja de los bonos hipotecarios. Ninguna de estas personas olvidará su dolorosa experiencia de los años trascurridos entre 1890 y 1894. Una vez que su buena suerte les permita disminuír la pérdida que hoy tienen y recuperar sus capitales a 24 peniques, no serán tan inocentes que dejen sus capitales en Chile para que corran nuevos riesgos. Esas personas serán las primeras que ordenen facturar y encajonar monedas de oro para llevar sus capitales a mercados más seguros, donde no corran peligro de revoluciones, de papel moneda, ni de malos gobiernos.

VIII

Se pretende que el oro no será exportado porque, subiendo los intereses en Chile, se quedarán aquí los capitales con el aliciente de una inversión provechosa. El recurso no debe de ser muy eficaz puesto que no ha dado resultado ni en Austria, ni en Italia, ni en España, que están a un paso de los grandes mercados del oro: Londres, París y Berlín. Más difícil será que dé resultados en Chile, el país más lejano de Europa.

El tipo del interés guarda siempre relación con los riesgos que corre el capital. A riesgo pequeño corresponde interés pequeño; a riesgo grande corresponde subido interés. Bien saben esto los capitalistas, cuando prefieren invertir sus fondos en consolidados ingleses del 3 por ciento o depositarlos en el Banco de Inglaterra al 2 por ciento, antes que darles colocación en el Perú al 18 por ciento o en Italia o en España. Los intereses subirán, por cierto, en Chile a medida que el oro sea exportado, porque esa ha de ser la primera consecuencia de la escasez de circulante; pero el alza de intereses, sin traernos capitales del extranjero, producirá efectos desastrosos en los negocios de Chile y arruinará a todos, con excepción de los grandes capitalistas, cuyo número es, como se sabe, muy reducido.

Hace apenas dos meses el cable anunció que el tipo del descuento en Lima era de 18 por ciento. Supóngase que esto mismo sucede en Chile y allá hemos de llegar una vez que la conversión a fecha fija se efectúe y que el oro sea exportado. El interés al 18 por ciento significa que 1,000 pesos producen al año 180 pesos, o bien que se necesitan tres mil pesos en bonos hipotecarios del 6 por ciento para tener la renta que corresponde a un capital de mil pesos. En época anterior a 1891 los bonos de la Caja de Crédito Hipotecario de Chile del 6 por ciento se cotizaban cerca de la par; esta cotización fué en noviembre de 1892 de 94¾ y es hoy de 89½; cuando lleguemos al día en que el interés suba a 18 por ciento, los mismos bonos habrán de cotizarse a menos de 50 por ciento y si no bajan a 33 por ciento será sólo por la expectativa de la amortización por sorteo a la par. Y en la misma proporción que los bonos bajarán las propiedades raíces así urbanas como rurales, que les sirven de garantía ante la Caja Hipotecaria, lo cual quebrantará la sólida base en que siempre ha descansado este antiguo establecimiento de crédito.

No hay en el mundo institución de crédito que haya sido administrada con más prudencia que la Caja de Crédito Hipotecario de Chile. La ley le ha impuesto la obligación de no prestar más del 50% del valor de la propiedad hipotecada y sus administradores han sido bien severos en la aplicación de este precepto. Cuando el tipo corriente del interés suba a

18 por ciento, bajarán en proporción los bonos emitidos por la Caja y las propiedades que les sirven de garantía; esta baja de los valores pondrá a muchos en la imposibilidad de hacer el servicio regular de sus deudas a largo plazo; las ejecuciones contra ellos y la venta en remate de sus propiedades, abatirán más todavía los precios; y finalmente la Caja Hipotecaria se encontrará en el conflicto de pagar el servicio semestral de todos sus bonos sin obtener el pago regular de los dividendos sobre sus créditos. De nada le habrá servido a ese establecimiento la prudencia de su administración en tan largos años, porquela baja violenta de los valores puede colocarle en la imposibilidad de cumplir sus compromisos. Su fondo de reserva, que alcanza a $ 2.750,000, es muy pequeño para su responsabilidad en este caso.

Los actuales tenedores de bonos, los actuales dueños de propiedades raíces sufrirán de este modo una pérdida de capital muy superior a las ventajas que les ofrecen, sin garantía alguna, los autores de la conversión a fecha fija. Y si se considera que en bonos están invertidos los modestos capitales de miles de familias que viven de una renta fija, los fondos de los establecimientos de beneficencia, las economías acumuladas por el pueblo en la Caja de Ahorros de Santiago, se comprenderá, sin mayor esfuerzo, que la depreciación de esos valores en 40 por ciento o más, llevará el hambre a innumerables hogares.

Los Bancos también se encontrarán en una situación análoga a la de la Caja de Crédito Hipotecario. Según los balances de 31 de mayo de 1894 los Bancos de emisión, exceptuando los Bancos Edwards y Matte, tienen en caja $ 15.500,000; son acreedores del público por $ 125.500,000; poseen bonos y propiedades raíces por $ 16.300,000. En cambio son deudores, por sus emisiones y sus depósitos, de 114.675,000 pesos. En consecuencia los Bancos de emisión deben 114.675,000 pesos y tienen créditos y existencias por $ 157.300,000, lo que da un saldo a favor de ellos por $42.625,000. suma que corresponde a sus capitales y reservas. En estas condiciones, a los Bancos les conviene la circulación metálica, si esta queda establecida con firmeza, porque cobran sus créditos en buena moneda, pagan sus deudas del mismo modo y aseguran un valor efectivo en metálico a sus 42.625,000 pesos de capital y reservas, que en el curso forzoso están expuestos a no valer nada. Pero, si la conversión violenta arruína en general a los deudores, si los industriales, comerciantes y propietarios de Chile están condenados a perder rápidamente el 50 por ciento de sus valores, muy pocos pagarán sus deudas y los acreedores, que son los Bancos y los depositantes, quedarán arruinados sin remedio. La conversión violenta sólo favorece a los grandes capitalistas que no prestan dinero sino que lo invierten en propiedades. Las casas, haciendas y bonos que ellos poseen hoy serán deprecia-

dos también como las de todos los habitantes de Chile; pero ellos podrán comprar otros cuando se produzca la ruina general y así lograrán formarse un término medio conveniente. La experiencia de las crisis anteriores enseña que este es el procedimiento habitual, no sólo en Chile sino también en todos los pueblos.

El alza inevitable de intereses, a más de la consecuencia indicada, producirá otra de igual gravedad. Por la escasez de circulante, por la depreciación de los valores y por la suspensión absoluta del crédito, tres hechos inseparables de los intereses subidos, habrán de suspenderse en las ciudades y en los campos la mayor parte de los negocios hoy establecidos, que dan trabajo al pueblo y ocupación a numerosos empleados. Tendremos en este país despoblado, que busca la inmigración como elemento necesario para su progreso, al pueblo sin trabajo por la paralización de los negocios y a miles de empleados particulares cesantes por la reducción del comercio.

Se cree halagar al pueblo con la idea de recibir sus jornales en oro y de comprar a bajo precio el azúcar, los tejidos, y todos los artículos que él consume; pero se olvida que el pueblo necesita que haya trabajo para ganar sus jornales y que, cuando no encuentra ocupación, sufre hambre, por muy baratos que sean los alimentos, porque carece de recursos para comprarlos. El hambre del pueblo es más peligroso que el anarquismo

y la dinamita para la tranquilidad social. La masa del pueblo no lee ni escucha razonamientos; lo único que necesita, lo único que pide es trabajar para vivir, porque cada día gana su sustento con el esfuerzo de sus brazos. Condenarle a no tener trabajo por la perturbación de los negocios en la crisis que se está preparando, será obligarle a buscar por cualquier medio la satisfacción de sus necesidades. Por este camino se llega fatalmente a extremos dolorosos que más tarde producen actos de violencias y represiones sangrientas.

Pobre pueblo! siempre ha sido explotado por los poderosos que juran sacrificarse en su servicio. Un capitalista que escribe en EL MERCURIO se atreve todavía a asegurar que todos los hombres del pueblo dirán: «*¡viva la ley de conversión que beneficios tan uniformes y tan generales produce! ganen enhorabuena los ricos; ganen millones, si es posible, con tal de que para nosotros terminen de una vez los días de apuro, de aflicciones y de miserias. ¿Qué tenemos que ver nosotros con que los capitalistas dupliquen sus capitales? Mejor que mejor! Cuando llueve todos se mojan.*»

Pobre pueblo! los días de apuro, de aflicciones y de miserias son para él los días en que no encuentra trabajo porque entonces sufre hambre. ¿Qué habrá ganado el pueblo con que en Chile haya un cambio de 24 peniques si falta circulante para las transacciones diarias y para el movimiento de los

negocios? En ese caso no habrá trabajo para él; en vez de ganar sus jornales de hoy al tipo de 12 peniques, estará condenado a la ociosidad y a sus consecuencias obligadas: la miseria, la violencia para no morir de hambre, el empleo de la fuerza armada para contenerle y fusilarle. ¡Triste expectativa para un pueblo que hace sólo cinco años, en 1889, tenía trabajo abundante, con cambio a 26½ peniques.

La facilidad y la rapidez de la circulación desempeñan en la vida de la sociedad una función tan esencial como la circulación de la sangre en la vida de los individuos. Los caminos, la navegación, los ferrocarriles, los telégrafos, los Bancos, los cheques, las letras de cambio y los bonos son en todo el mundo los agentes principales de la circulación, los que comunican a los pueblos y a los individuos, los que ponen en relación al productor con el consumidor, los que sirven de intermediarios entre el que ofrece y el que busca capitales.

Pero sobre esos agentes de la circulación está el circulante por excelencia, la moneda metálica o fiduciaria que sirve para efectuar todos los cambios, que es indispensable para todas las transacciones, desde las más insignificantes que hace el obrero alquilando su trabajo diario o el proveedor que vende leche, carne y legumbres en el mercado, hasta las más considerables que se hacen sobre toda clase de valores en el comercio general de un país.

Suprímase en Chile cualquiera de los agentes de la circulación y en el acto se verá un trastorno local o general según el carácter del agente suprimido. La suspensión del servicio del ferrocarril entre Valparaíso y Santiago traería muy graves consecuencias sobre este puerto, que recibe todos sus alimentos de los pueblos y campos que atraviesa la línea. La suspensión del servicio del cable con Europa perturbaría profundamente los negocios con el exterior, especialmente los de exportación. La supresión de la letra de cambio, obligaría a cada persona que necesita remesar fondos al exterior a comprar algunas barras de cobre, algunos quintales de salitre o algunos hectólitros de trigo para remesarlos directamente a sus acreedores. La supresión de los Bancos, y de los bonos obligaría a los que tienen capitales disponibles y a los que necesitan tomarlos en préstamo a entenderse directamente, y ello daría por resultado, no sólo pérdida de tiempo y molestias de toda clase para el uno y el otro, sino también mayores riesgos para el acreedor y mayores gravámenes para el deudor. Por último, la supresión del circulante propiamente tal, es decir, de la moneda metálica o del papel moneda, suspendería todos los negocios y dejaría al pueblo en la miseria. En esta situación un médico, por ejemplo, no tendría como cobrar su honorario, ni un comerciante podría comprar o vender mercaderías, ni las familias podrían comprar sus provisiones en el mercado.

No hay ejemplo, por esto, de que un hombre de Estado haya pretendido jamás exponer al pueblo que gobierna al peligro de encontrarse privado de circulante. Sólo en Chile se presenta hoy un fenómeno tan extraordinario.

IX

Parece increíble que el Presidente de la República contemple sin inquietud el cuadro amenazador que se diseña en un porvenir tan próximo; y, sin embargo, es cierto que está tranquilo, porque cree que ha resuelto el problema del curso forzoso y la circulación metálica sólo con decretar fecha fi a y tipo fijo para convertir el billete en oro. En vano la experiencia de cerca de dos años enseña que semejante combinación es ruina para el país y provecho para muy pocos. Nada se mira, nada se escucha; se marcha hasta el fin con la misma tranquila energía de una locomotora sin maquinista que va a estrellarse contra el obstáculo que obstruye su camino. Muy semejante a esta energía inconsciente del vapor que mueve a la locomotora, es la que nos lleva a estrellarnos con la dificultad de conservar el circulante metálico en nuestro actual estado de pobreza interior y de descrédito exterior.

Supongamos que la operación pueda hacerse por el sólo hecho de haberla decretado,

aceptemos que Chile puede pasar del papel al tipo de 12 peniques al oro al tipo de 24 sin trastorno grave, y que pueda conservar para el movimiento de sus negocios el circulante metálico. El Presidente de la República habrá hecho en este caso una obra buena que le conquistará la gratitud del país.

Pero observemos el reverso de la medalla, consideremos el caso, demasiado probable por desgracia, de que el circulante metálico sea exportado. Entónces será forzoso restablecer el régimen del papel moneda; pero el ensayo frustrado de conversión se habrá hecho imponiendo al país una crisis tan violenta como innecesaria, regalando a unos pocos el provecho del canje de los billetes por oro, aumentando las deudas de la República y destruyendo toda esperanza de reacción favorable en lo futuro. El Presidente de la República, en vez de conquistarse gratitud, será en este caso condenado por la opinión pública y su nombre quedará para siempre ligado a una negociación que nadie osará defender más tarde, cuando los hechos confirmen que ella ha sido no sólo imprudente, sino también contraria a la rectitud y a la justicia.

Basta una sola probabilidad de que esto suceda para que el gobernante que dirige la operación no duerma tranquilo bajo el peso de su enorme responsabilidad. Los consejeros privados, que no son responsables de sus opiniones, que no tienen que rendir cuenta de sus actos, pueden retirarse a sus casas

cuando se desencadene la tempestad y lavarse las manos diciendo que no son ellos los culpables de la situación; pero el Jefe del Estado no puede hacer como ellos y por eso no debe someterse a sus consejos, sin consultar a toda hora los intereses generales del país y sin tomar en cuenta la oposición que puede haber entre estos intereses y los de aquellos consejeros.

Esto nos sugiere una observación de carácter político que tiene bastante gravedad en la situación presente. No hay un molde que sirva para aplicarlo a los Gobiernos y para declarar que ellos son buenos o son malos; en otros términos, no hay Gobierno absolutamente bueno, ni absolutamente malo. Los Gobiernos en todas partes tienen una bondad o una maldad relativas y son juzgados por la comparación de los unos con los otros.

Si después de 1891 la situación política, administrativa y financiera de Chile hubiera sido tranquila y acertada, si el crédito en el exterior hubiera mejorado, si los negocios en el interior hubieran prosperado, si el cambio sobre Londres hubiera vuelto a los tipos que rigieron en las dos administraciones anteriores, hoy habría una sola voz en toda la República para justificar la revolución, para condenar al Gobierno que fué derribado por ella y para enaltecer al Gobierno que le ha reemplazado.

Pero la fatalidad de culpas anteriores ha querido que no se cumpla ninguna de aquellas

condiciones. Doloroso es confesarlo, pero es lo cierto que, con las mejores intenciones de servir al país, de impulsar su progreso, de purificar su política, los hombres que hicieron la revolución y los que fuímos servidores de ella, hemos causado a Chile daños mayores que los bienes prometidos. Nunca pudo aplicarse con más verdad que a la presente situación de Chile aquella frase tan amarga de Bolívar al contemplar, en su agonía, el desquiciamiento político de la República de Colombia: «Los que hemos luchado por la independencia americana hemos arado en el mar.» Sí, en el mar hemos arado también los que servimos de buena fe a la revolución de 1891. Estérilmente fueron sacrificados los chilenos muertos durante la guerra civil.

Falta ahora en el Palacio de la Moneda la voluntad imperiosa que todo pretendía avasallarlo y que llegó a imaginarse no necesitar del Congreso para ejercer el gobierno; pero en cambio hoy tenemos, en el órden político, al Ejecutivo anulado ante un Congreso anarquizado por las fracciones de los antiguos partidos, y, en el orden administrativo, el predominio de un grupo privilegiado de personas, la influencia disimulada de intereses egoístas que están habituados a absorber cuanto les rodea.

Continuando por este camino y agregando a las desgracias presentes las que vendrán con la crisis que tenemos a la vista, hemos de observar muy pronto que la mayoría del pueblo prefiere el Gobierno de 1890 sobre el Gobierno

actual, no porque aquel fuera bueno, sino porque éste no es mejor. Con frecuencia enseña la historia que los vencidos se sobreponen a los vencedores, siempre que éstos no saben hacer uso de su triunfo en servicio de la justicia y de los derechos e intereses generales del pueblo. En nuestro sentir, la revolución de 1891 fué justa; pero sus resultados han sido malos hasta hoy y la historia, para juzgarla, atenderá más a estas malas consecuencias que a la justicia de su origen.

Ya escuchamos las voces de protesta que estas sinceras palabras habrán de arrancar a todos los que, por espíritu de partido, viven contentos en la intriga política y no tienen reposo para mirar atrás y medir el plano inclinado por donde vamos rodando al abismo. Ellos se sienten hoy en el mejor de los mundos sin considerar la diferencia inmensa que hay, bajo el punto de vista de la probidad pública y privada, de la política, de la administración, del crédito y la riqueza, entre la época presente y los tiempos en que gobernaron don José Joaquín Pérez, don Federico Errázuriz y don Aníbal Pinto.

La guerra del Pacífico, que nos dió una riqueza fiscal improvisada, nos dió también robustos gérmenes de corrupción. La guerra civil ha sido una consecuencia nacida directamente de aquella riqueza y de su acción corruptura. Los políticos pueden negar estas cosas y acaso no las comprenden porque viven dominados sólo por las agitaciones de la

lucha cuotidiana; pero los hombres sanos, que ven a la patria antes que a los partidos, que recuerdan el pasado y lo comparan con el presente, esos encontrarán, estamos ciertos de ello, que nuestras palabras son la fiel expresión de la verdad.

En estos días hemos tenido oportunidad de leer una carta escrita en Iquique por una persona que allí reside desde la ocupación militar, en 1879, y en ella encontramos las siguientes palabras: «Llegamos a Tarapacá hace quince años con cambio de 36½ peniques y dimos nueva vida a la industria salitrera; hoy día tenemos un cambio de 12 peniques y somos aquí extranjeros porque hemos dejado salir de nuestras manos las propiedades salitreras que se formaron con nuestros capitales. Y, sin embargo, tenemos la necedad de llamarnos : «los ingleses de Sud-América.»

Hay en estas sencillas palabras un gran fondo de verdad que ofrecemos a la meditación de nuestros políticos y nuestros gobernantes. Desde la guerra del Pacífico vamos marchando por la misma pendiente que arrastró al Perú a su situación actual; la cuantiosa renta que el Estado recibe por la exportación del salitre produce aquí los mismos efectos que la renta fiscal del guano produjo en el Perú: adormece al Gobierno y a la sociedad en general con la apariencia engañosa de una riqueza inagotable y nos condena a caer de golpe, por cualquiera circunstancia adversa, como cayó el Perú, en verdadero estado de miseria.

Las fluctuaciones del Cambio

SUMARIO.—Lo que dice Goschen.—Leyes que rigen las fluctuaciones del cambio.—Letras de cambio entre países con circulante de oro. —Límites del alza y la baja del cambio.—Países con circulante de papel moneda.—Es imposible estimar el valor en oro a la par de los billetes inconvertibles —¿Cuánto vale un rublo o un florín? — Oferta y demanda de letras de cambio.— Su precio depende de la competencia entre vendedores y compradores.—La situación de Chile a la luz de las enseñanzas de Goschen.—Inutilidad de estas enseñanzas para los Ministros de Hacienda de Chile.—El cambio a la par, según declaración del Ministro en 1893.—Experiencias peligrosas.

I

Más de una vez hemos invocado la autoridad de Goschen en apoyo de nuestras observaciones sobre el papel moneda y la conversión metálica a fecha fija. (1) Antes de citar a este autor hemos tenido el cuidado de volver a estudiar su libro con todo reposo. De consiguiente, estamos seguros de haberlo citado con la más escrupulosa fidelidad y de no merecer el reproche de mala fe o de ignorancia que nos han dirigido los que escriben en defensa de la ley de conversión.

Uno de estos escritores afirma categóricamente que «donde quiera que se abra» el libro de Goschen, se ve que este autor sostiene lo

(1) THÉORIE DES CHANGES ETRANGERS par G. J. GOSCHEN, Chancelier de l' Echiquier. Traduction et introduction par M. LEON SAY, membre de l' Institut, ancien Ministre des Finances. Troisième édition.—PARIS. —Libraire Guillaumin y Cie.—1892.

contrario de lo que nosotros sostenemos y, como si esto no fuera bastante, califica de «truncas y escarmenadas» nuestras citas. Queremos suponer que este reproche, tan agresivo en la forma como injusto en el fondo, es hecho, sin embargo, con la sana intención de decir una cosa que se cree verdadera. Siendo así, nos limitaremos a recordar esta juiciosa reflexión de Littré: «Siempre que a hombres sinceros e ilustrados, les es imposible convencerse recíprocamente sobre una cuestión cualquiera, puede asegurarse que es defectuoso el método empleado o que el asunto debatido es inaccesible a la razón.»

Puesto que se trata simplemente de comprender lo que dice Goschen en un libro escrito con extraordinaria claridad, es indudable que el asunto, en este caso, no es inaccesible a la razón. Entonces lo único que se necesita, para demostrar que nosotros hemos dado a ese libro la inteligencia debida, es presentar un resumen compendioso, pero completo, del capítulo destinado a investigar los elementos que determinan las fluctuaciones del cambio.

Goschen examina, en el capítulo IV de su obra, los diversos elementos que hacen variar el precio de las letras de cambio giradas sobre el extranjero y declara que la acción de esos elementos «está sometida a leyes generales bien definidas que pueden ser analizadas científicamente.» Se ocupa, en primer lugar,

de las relaciones entre países con circulación metálica y establece las siguientes reglas:

Cuando se trata de letras giradas *a la vista*, el cambio puede subir o bajar dentro de los límites muy reducidos que corresponden a los gastos de transporte de las monedas metálicas de un mercado a otro.

Cuando se trata de letras giradas *a días vista*, que es la forma más frecuente de los giros, intervienen para fijar su precio, junto con los gastos de transporte de las monedas, otros dos elementos que son: 1.º, el interés que corresponde al valor de la letra hasta su vencimiento; 2.º, la solvencia del girador y del girado hasta el efectivo pago de la letra.

«De suerte, agrega Goschen, que el estado del crédito en los dos países y la tasa del interés en el país sobre el cual se ha girado la letra, llegan a ser elementos determinantes del tipo del cambio.» Tomados en cuenta todos estos elementos, Goschen estima que el máximum de las fluctuaciones del cambio, en alza o en baja con relación a la par, será un diez por ciento y esto en los casos más raros.

En seguida trata de los países que tienen circulante depreciado, los cuales se dividen en dos categorías: los que tienen numerario al mismo tiempo que papel inconvertible, como ha sido el caso de la República Argentina; y los que tienen papel inconvertible, con exclusión del numerario, como es el caso de Chile En la República Argentina hay oro amonedado que sirve para pagar los derechos de aduana;

allí se cotiza el premio del oro, y esta cotización da la medida de la depreciación del papel. En Chile no hay más oro que las muy pequeñas cantidades que tienen los cambistas. Todos los negocios que se tratan en oro, por ejemplo, las ventas de salitre, que suben de 60 millones de pesos de 24 peniques, se hacen en letras de cambio giradas sobre Londres a 90 días vista; la cotización de las letras, no del oro porque no lo tenemos, da la medida de la depreciación de nuestro circulante.

«La base de las operaciones en letras de cambio, dice Goschen, es el pago de una suma de dinero en un país con el propósito de recibir el equivalente de esta suma en otro país. La compra de una letra girada sobre Francia no es otra cosa que el pago de cierto número de libras esterlinas hecho a un comerciante que tiene relaciones de negocios con Francia, a fin de obtener en cambio la cesión de un valor igual sobre un comerciante francés. Hasta aquí, cuanto hemos dicho se aplica a todos los países. Los principios que hemos estudiado existirían y estarían constantemente en acción, aun cuando se hubiese adoptado universalmente un agente único de la circulación, haciendo así innecesarios los cálculos que se hacen obscuros por la reducción de francos a florines o de dollars a rublos.

«Ahora tenemos que contar con este otro hecho: que, si se da una cantidad en Londres en cambio de la misma cantidad en Viena o en San Petersburgo, es sumamente difícil determinar

lo que puede llamarse el valor a la par. Cuando hay circulante de oro en los dos países, el cálculo es comparativamente fácil, aun cuando el problema se complica si existe una abundante circulación de papel junto con la de oro. Entre dos países, uno con oro y otro con plata, la comparación se hace aún más complicada, y si, en uno o en el otro de los dos países, existe una circulación de papel ilimitada o inconvertible, hay que desesperar de obtener resultados dignos de alguna confianza.

«Habiendo dado 100 libras esterlinas en Londres ¿cuál es el valor de estas 100 libras en Viena? ¿cuáles son las leyes que gobiernan el cambio en este caso? Si queremos aplicar experimentalmente los principios que rigen entre dos mercados con circulación de oro, nos parece que estos principios se desvanecen.

«Supuesto que el gobierno austriaco deprecia el circulante por las emisiones de papel moneda habrá que concluír que el valor del oro en Austria debe ir constantemente en aumento y que 100 soberanos ingleses valdrán tantos más florines de papel austriaco, cuanto más depreciado esté el billete de curso forzoso. Los que compren una letra sobre Viena exigirán, por esta circunstancia, un cambio correspondiente; los que tengan que vender letras sobre Viena, es decir, aquellos a quienes se debe cierta suma de florines en Austria, tendrán que echar en la balanza tantos más florines a fin de decidir

a los compradores a darles oro en cambio de un artículo depreciado: si no se abona esta prima al comprador que quiere hacer una remesa, este comprador tendrá más ventaja mandando el oro mismo. Puesto que un viajero inglés en Austria podría, en tales circunstancias, obtener quince florines en vez de diez en cambio de un soberano, los vendedores que dan soberanos por florines en el mercado de Londres reclaman un precio que les sea igualmente favorable. Hay pues, una influencia que obra sobre las fluctuaciones aparentes de los cambios extranjeros con mucho más poder que todas las otras de que ya hemos hablado. El interés del dinero, un exceso de las deudas sobre los créditos, un pánico, la distancia, etc., hacen variar los cambios, pero en una proporción insignificante; una variación de 10 por ciento, debida a todas estas circunstancias combinadas, es considerada como cosa muy extraordinaria y sólo se observa en los más raros casos. Pero luego que aparece un circulante depreciado como elemento de aquellas fluctuaciones, se puede llegar, como lo hemos visto, por ejemplo, en el cambio sobre Viena, a diferencias de 50 por ciento. Así los cambios rusos se encuentran constantemente en estado violento de fluctuación a causa de la enorme cantidad de papel que circula y que es en realidad inconvertible.

. . . . . .

«Si sucede en Rusia, como es a menudo el caso, que hay personas endeudadas a favor

de extranjeros y obligadas a remesar moneda inglesa a sus acreedores en una fecha dada, a cualquier precio, no hay límite para el precio que puede pedirse a estos deudores; en otros términos, no hay límites para las variaciones del cambio. Parece que el valor relativo del rublo-papel y del metálico no es ya uno de los elementos de la cuestión. Solamente la oferta y la demanda de letras determinan el precio y, si el monto de las exportaciones de este país no iguala al monto de sus importaciones, este es el caso más general, si la demanda de las letras de cambio necesarias para pagar las importaciones excede por consecuencia a la cantidad de letras que pueden girarse sobre las exportaciones, el balance o saldo deudor del país de que hablamos no puede ser arreglado sino al precio de un enorme sacrificio. Este saldo probablemente no será pagado siquiera, a no ser que se paralicen o que disminuyan las importaciones o que se contrate un empréstito público en el extranjero. Y todavía esto es sólo un expediente para ganar tiempo, sólo un recurso para aplazar el pago del saldo debido.

. . . . . .

«Hemos sido conducidos a estas reflecciones prematuras sobre los resultados de un exceso de emisión de papel moneda, por el examen que hemos hecho de la situación de ciertos deudores comprometidos respecto de países extranjeros y que se encuentran en la imposibilidad de remesar numerario, sea

por la ausencia de éste, sea por causa de obstáculos legales. Hemos visto que estos deudores están por completo a merced de aquellos que tienen letras por vender sobre el exterior. *En este caso la variación del precio de los cambios depende enteramente de la oferta y la demanda de letras. Si la demanda es mayor que la oferta, no hay en teoría ningún límite para el alza del precio de las letras».*

En resumen, Goschen juzga que en países con papel moneda inconvertible, este circulante se deprecia o se aprecia alternativamente según el estado de las obligaciones recíprocas con el exterior, y que el tipo del cambio, es decir, el precio de las letras que se giran sobre esos países o desde esos países sobre otros mercados, depende de esas mismas variaciones en el valor del circulante, y son, en último término, el resultado natural de la oferta y la demanda. «No hay límite que pueda señalarse a estas fluctuaciones cuando la demanda es mayor que la oferta.» Bien saben esto los comerciantes de Valparaíso, aun sin estudiar a Goschen, puesto que, desde que hay papel moneda en Chile, ellos han visto que el tipo del cambio sube y baja sin cesar. Aquí como en Rusia el precio de las letras sobre Londres nunca puede ser fijado de antemano porque depende en cada momento de la relación que exista entre la demanda de los que necesitan remesar fondos al exterior y la oferta de los que necesitan girar sobre productos exportados o sobre créditos.

II

La situación de Chile es muy interesante contemplada a la luz de las observaciones de Goschen. Aquí no tenemos emisiones ilimitadas de papel moneda: sólo hay 29.459,364 pesos, para una poblacion de tres millones de habitantes dispersos en la enorme superficie de 776,000 kilómetros cuadrados, y para un total de negocios de importación que en 1893 ha sido superior a doscientos millones de pesos de 24 peniques. Tampoco puede decirse que el papel moneda de Chile no representa un valor efectivo en metálico; lejos de eso, el papel representa oro a razón de 24 peniques por peso, hay fecha fija y muy próxima para su conversión, y el Gobierno tiene fondos de sobra para pagarlo. A pesar de todo esto, el cambio está a 12 peniques. Ello basta para afirmar que las deudas del país en el exterior son mayores que los recursos con que hoy cuenta para satisfacerlas y que, si el Fisco es rico, por la renta del salitre, el país es pobre porque con sus producciones no alcanza a pagar lo que debe.

Hay pagos aplazados por hacer y esto oprime el mercado tanto o más que si estuviéramos haciendo importaciones dobles de las que en realidad hacemos. La estadística oficial y la privada manifiestan que las importaciones tienden a ser menores que las exportacio-

nes; pero las traslaciones obligadas de fondos para servicios del Estado en Europa, para remesar utilidades de negocios que pertenecen a personas radicadas en el exterior, para saldar cuentas atrasadas, etc., suman valores muy considerables puesto que el cambio, no obstante la promesa y la seguridad de pago a 24 peniques, se mantiene todavía a 12 peniques. Este es el caso de decir con Goschen: el simple hecho de la depreciación del circulante es motivo bastante para afirmar que nuestras deudas son mayores que nuestros recursos en el exterior. Si así no fuera, si con nuestros recursos hubiéramos pagado nuestras deudas y tuviéramos todavía créditos a cargo de los mercados extranjeros, nos encontraríamos en situación de cobrar estos créditos en metálico y la depreciación actual del cambio sería absolutamente imposible.

Cuando hay créditos por cobrar, el circulante se aprecia, como ha sucedido muchas veces en Chile desde 1879 hasta 1890. Cuando hay deudas por pagar, el circulante se deprecia, lo que también se ha observado repetidas veces en Chile después de 1879 y muy especialmente después de la guerra civil de 1891. Este es un fenómeno natural, tan fácil de comprender como la caida de una piedra o la ascensión de un globo por la diferencia de densidad entre estos cuerpos y el aire atmosférico.

Lo expuesto demuestra cuán temeraria ha sido la afirmación de que «donde quiera que

se abra» el libro de Goschen se encuentra una enseñanza opuesta a lo que nosotros sostenemos. No es extraño, sin embargo, que así escriban los periodistas de profesión; es natural que ellos crean que pueden interpretar el libro de Goschen al revés y al derecho, así como interpretan la Constitución de Chile, hoy en un sentido y mañana en el sentido opuesto, según conviene en cada momento al partido a quien sirven. Lo que sorprende es que los mismos Ministros de Estado, que tienen a su cargo la administración de las finanzas de la República y que deben proceder siempre con estudio y cordura, sean los primeros en despreciar la enseñanza de los hombres de ciencia como Goschen y pretendan que las leyes que hacen triunfar en los Congresos son más poderosas que las leyes naturales que rigen en la vida social. Este ejemplo es contagioso y extravía a los periodistas que reciben de sus partidos la singular misión de ilustrar a la opinión pública, escribiendo diariamente sobre todas las cosas conocidas y por conocer.

Para comprobar lo que decimos respecto de nuestros gobernantes, vamos a citar sólo dos ejemplos de declaraciones ministeriales de fecha muy reciente. En la Memoria de Hacienda presentada al Congreso en 1893, dando cuenta de los negocios del año anterior y en especial de la ley de conversión, el Ministro señor Mac-Iver, dice textualmente así:

«El exceso de las importaciones sobre las exportaciones, siendo real, podría producir una

alza en los descuentos o, lo que es lo mismo, en el interés del dinero. Sería posible aún, que en países lejanos, sin crédito ni relaciones comerciales, originara una crisis monetaria; más no encarecería las letras en proporciones que excedieran, entre Valparaíso y Londres, por ejemplo, de más de un diez por ciento.

«*En* 1892, *a pesar de las indicaciones desfavorables de la estadística, el verdadero cambio, entre las plazas que se acaban de nombrar, fué el de la par. Por cien libras esterlinas se compraba en Valparaíso una letra de cien libras esterlinas sobre Londres; y con diez cóndores se habría obtenido un giro equivalente en libras a cien pesos de cuarenta y cuatro peniques.*»

Se ve, pues, que a juicio del Ministro de Hacienda, el cambio entre Valparaíso y Londres no debe estimarse en billetes fiscales de Chile, que constituyen nuestro único circulante, sino en moneda inglesa que no existe en el país. A fines de diciembre de 1892 el tipo del cambio en Valparaíso era de $17\frac{3}{4}$ peniques, de modo que cada libra esterlina valía $ 13.25. Hoy el cambio es de 12 peniques, de modo que cada libra vale 20 pesos. Pero el Ministro de Hacienda, sin tomar en cuenta la depreciación del papel, declara que el cambio estaba y está a la par, porque cien libras esterlinas pueden convertirse en Valparaíso en una letra de cambio sobre Londres por igual valor.

¿Y en qué país del mundo, preguntamos nosotros, no se cambian a la par o muy cerca

de la par las libras esterlinas acuñadas por las libras esterlinas giradas en letras de cambio cuyo pago es seguro por la solvencia del girador y del girado? Entonces, según el Ministro de Hacienda de Chile, el cambio está a la par o cerca de la par en todas partes, así en Río Janeiro como Viena y San Petersburgo, así en Valparaíso como en París o en Buenos Aires, y Goschen ha hecho una simpleza dedicando tantas páginas de su libro a examinar los elementos que determinan las fluctuaciones del cambio en los países que tienen circulante de papel inconvertible.

Casi en los mismos días en que se publicaba aquella Memoria el nuevo Ministro de Hacienda, don Alejandro Vial, fué interrogado en la Cámara de Senadores sobre la conducta que observaría el Gobierno en vista de la depreciación de la plata. En sesión de 24 julio, el senador don Guillermo Matta, dijo lo siguiente: «Y sobre la cuestión plata ¿cuál será la actitud que tomará el Gobierno? Es una cuestión que está en tabla en el mundo entero y Chile, país productor de plata, debe tomar la parte que le corresponde en ese gran debate.»

El Ministro de Hacienda contestó: «el Gobierno se preocupa sériamente de las consecuencias que para Chile trae la situación actual del mercado de la plata; por el momento la misión del Gobierno es estudiar seriamente esta grave cuestión, pero no encuentra qué medidas podría adoptar.» Pocos días después pidió la palabra y dijo: «Puedo decir al señor senador

de Atacama que hoy mismo se ha ocupado el Gabinete de esta cuestión y que un representante de Chile concurrirá a ese Congreso (la Conferencia bimetalista de Bruselas) con todo el contingente de su esfuerzo y voluntad en defensa de nuestros intereses.»

Y ese mismo Gabinete, que en julio de 1893 se ocupaba en estudiar la cuestión de la plata y estimaba preciso mandar un representante a defender el bimetalismo en la Conferencia de Bruselas, acababa de sancionar, dos meses antes, la ley reformada de conversión, que repudia la plata en Chile y establece el talón único del oro. La discusión del Senado puso en claro este hecho singular: que los gobernantes no comprendían el verdadero alcance de la ley de conversión, que habían desmonetizado la plata sin darse cuenta de ello y que, en consecuencia, sus actos no se recomendaban por la meditación y el estudio. (1) Por fortuna, la Conferencia de Bruselas no volvió a reunirse y el país se libró del bochorno de mandar un representante encargado de defender la plata en nombre de un Gobierno que acaba de decidirse en favor del monometalismo y que se manifiesta resuelto a pasar del papel inconvertible al oro, reservando a la plata sólo el carácter de moneda divisionaria.

Para gobernantes que así proceden, nada significa la depreciación actual del circulante

(1) Al fin de este capítulo, página 222, se encontrará otra prueba de que ni el Ministro de Hacienda ni los Senadores se daban cuenta de lo que hacían al establecer el régimen metálico con padrón de oro y con moneda de ley igual a la libra esterlina.

en Chile, ni hay objeto en estudiar las causas y resultados de este fenómeno. Ellos declaran que la depreciación del papel moneda es artificial, y que el cambio entre Valparaíso y Londres está a la par, cuando el oro tiene 100% de premio. ¿Qué razón, qué argumento, qué experiencia podrá abrirles el entendimiento?

En este desprecio por el estudio, en esta falta de preparación, en esta tenacidad para no ver los hechos más notorios, está el nervio de la energía invencible que se ha puesto al servicio de la conversión a fecha fija. Si nuestros gobernantes quisieran comprender lo que significa un cambio de 12 peniques para un país cuya unidad monetaria es de 24 peniques, seguramente no se atreverían a hacer la peligrosa experiencia de suprimir en un sólo día los 55.300,000 pesos de papel moneda que hoy tenemos en circulación, para reemplazarlos por monedas de oro que, en su carácter de mercadería, pueden ser exportadas. Si midieran los daños que puede traer la tentativa de pasar de un circulante a otro sin transciciones, artificialmente, por mandato de una ley que suprime de golpe todos los billetes en un día fijo, ellos no podrían decidirse a hacer la experiencia con la sangre fría que al presente manifiestan.

Las experiencias pueden hacerse en los laboratorios, sobre cuerpos sin vida, o en las sociedades, sobre cuestiones que no comprometen su existencia, ni su tranquilidad, ni su

progreso. ¿Qué se diría de un gobernante que, para probar la solidez de las construcciones en una ciudad, no encontrase mejor medio que hacer un terremoto artificial por medio de la dinamita? ¿Y qué se pensaría de otro gobernante que, con el buen propósito de hacer a una población el gran servicio de librarla de una agua potable de mala calidad, cometiese la imprudencia de destruír de golpe la cañería que le asegura una provisión diaria de diez mil metros cúbicos, y la reemplazase por otra, que está calculada para darle igual cantidad de agua buena, pero que corre el riesgo de perder su provisión y de quedar reducida sólo a dos o tres mil metros cúbicos?

No menos grave que hacer un terremoto artificial, no menos peligroso que reducir a dos mil metros cúbicos la provisión de agua de una ciudad que necesita diez mil, es la experiencia que el Gobierno de Chile se propone hacer en el año de gracia de 1896. Si el país necesita hoy un circulante de 55.300,000 pesos en papel moneda, como lo reconocen y declaran el mismo Presidente y sus Ministros, de ello resulta que hay imprudencia manifiesta en ordenar la destrucción violenta de ese circulante para reemplazarlo por otro que, por el hecho de ser una mercadería de exportación, puede reducirse muy pronto a cinco millones o menos. El trastorno que esta restricción del circulante habrá de producir en todos los negocios será de consecuencias tan graves como la falta del agua o del alimento en cualquier

pueblo. Sólo los gobernantes que no han meditado sobre las consecuencias probables de sus actos, pueden echar sobre sus hombros una responsabilidad tan grande.

En el Senado [1]

31 de enero de 1895.

La sesión del Senado terminó ayer con al escena cómica que sigue:

El señor Varela.—Hago indicación para que la moneda de veinte pesos, aquí llamada *Cóndor*, se denomine *Huemul*, o de cualquiera otra manera, a fin de evitar que se confunda con el antiguo *Cóndor* legítimo, que hoy circula en gran número de países.

El señor Sanfuentes (*Enrique S.*)—Considero, como el señor senador de Antofagasta, que el nombre de *Cóndor*, con que se la denomina en el artículo 10 del proyecto, puede dar lugar a confusiones con el antiguo *Cóndor* legitímo.

—Después de algunas observaciones de varios señores senadores se procedió a votar si se reabría el debate para cambiar la denominación de *Cóndor* por la de *Huemul* u otro.

---

(1) Véase la nota de la página 219.

Resultó la afirmativa por 21 votos contra 2 que fueron los de los señores Gandarillas y Ross.

Se suscita un debate sobre la denominación que debe darse a la moneda llamada *Cóndor*, proponiéndose por los señores senadores diversos nombres.

El señor Walker Martínez (*Carlos*).—*Huemul* es muy feo.

Varios señores senadores.—Podría ponérsele *Aguila*.

El señor Matta (*Guillermo*).—¿No convendría dejarse de pájaros y de cuadrúpedos y ponerle el nombre de alguno de los padres de la patria, O'Higgins, por ejemplo?

El señor Recabarren.—Podría decirse: un *Caupolicán*.

El señor Walker Martínez (*Carlos*).—Es muy largo.

El señor Fernández (*Manuel Salustio*).—(Ministro de Hacienda.)—Y *Araucano*?

El señor Sanfuentes (E. S.)—No podemos dar ese nombre a una moneda feble, a una ficha.

El señor Recabarren.—Si la moneda no fuera tan desmedrada yo le pondría *Chile*.

—Cerrado el debate, se consultó al Senado si se cambiaba el nombre de *Cóndor* por otro y resultó la afirmativa por trece votos contra diez.

El señor Torcornal.—¿No sería mejor ponerle el nombre del descubridor de América, sin el cual no estaríamos aquí legislando? ¿Por qué no llamarla *Colón*?

—Votada esta última indicación, para que a la moneda de veinte pesos se la denomine *Colón*, fué aprobada por 12 votos contra 11. (1)

Para la mejor inteligencia de la escena que precede, conviene observar que las monedas de oro establecidas por la ley de conversión son de mejor calidad, de metal más fino que las antiguas monedas de oro establecidas por la ley de 1851.

En efecto, el antiguo *Cóndor* tenía 900 milésimos de oro fino con 100 milésimos de aleación. Las nuevas monedas de oro tendrán 916 milésimos de oro fino con 84 milésimos de aleación o sea la ley de la moneda esterlina. Por consiguiente el antiguo *Cóndor* es en realidad más feble, más desmedrado que las nuevas monedas de oro.

También observaremos que el criterio histórico de los señores senadores estaba ayer algo perturbado. Creyeron que el nombre de *Araucano* merecía más que una moneda de oro de la ley de conversión; pero encontraron que *Colón* quedaba bien pagado con esta moneda. Y se aprobó este nombre, en homenaje de gratitud al descubridor de América!

(1)—La Cámara de Diputados rechazó este cambio de nombre. La moneda de 20 pesos, disco de oro con ley de 916 milésimos de fino y valor igual a 1½ libra esterlina, se llama *Cóndor*

Responsabilidad del Presidente de la República

SUMARIO.—Horror del Presidente al papel moneda.—Ejemplo del Presidente Pinto y de sus Ministros D. Vicente Reyes y D. Augusto Matte.—En él debe inspirarse el Presidente actual.—Malas influencias que lo dominan.—Juicio de la Historia.

I

El actual Presidente de la República tiene horror al papel moneda. Su más firme propósito consiste en restablecer la circulación metálica. El daría por bien empleados los sacrificios, los desengaños, las amarguras que le cuesta el ejercicio del poder, si, al volver a su hogar, tuviera la satisfacción de decir que ha suprimido el curso forzoso y devuelto al país el régimen normal perdido desde hace 16 años.

Nosotros conocimos a otro Presidente que tuvo, por lo menos, el mismo horror que el Presidente actual al papel moneda. El sabía que el curso forzoso es un germen de corrupción y de injusticias; él estaba seguro de que su establecimiento en la República sería un peligro gravísimo para el porvenir. Ese Presidente tenía Ministros que, como él, condenaban el papel moneda y le miraban con repugnancia invencible.

CO CENTRAL
(8)

Sin embargo, llegó un momento, en julio de 1878, en que ese Presidente, don AníbalPinto y sus Ministros, entre los cuales estaban don Vicente Reyes y don Augusto Matte, no vacilaron en proponer y sancionar la ley que estableció el curzo forzoso en Chile, porque las circunstancias les obligaron a hacer frente a un mal inmediato que exigía pronto remedio. Por causas comerciales bien conocidas, que en diversas épocas se han hecho sentir en casi todos los pueblos, Chile perdió sucesivamente sus monedas de oro y plata, que fueron remesadas al exterior como mercaderías para suplir el déficit de sus exportaciones. La falta de circulante impuso aquí, como en todas partes, la necesidad de apelar al curso forzoso, puesto que «la moneda es para el hombre la cosa más necesaria después del aire y del agua.»

¿Podrá levantarse alguna voz para censurar al Presidente Pinto y a sus Ministros porque establecieron en Chile el curso forzoso? Nó, porque habría en ello tanta injusticia como en culparles de la baja del precio del cobre, del agotamiento de las minas de Caracoles y de las otras causas que empobrecieron al país, ocasionaron la exportación de la moneda e impusieron, como un mal doloroso, pero inevitable, el régimen del papel moneda.

En ese espejo puede mirarse hoy el Presidente de la República. Su deber le obliga a perseverar en el propósito de restablecer la circulación metálica, pero este deber no es

absoluto, ni incondicional. Está limitado por otros deberes que exigen su atención preferente. Si el papel moneda no fuese otra cosa que una deuda del Estado, justo sería proceder a su pago tan pronto como lo permitiesen los recursos fiscales. Pero, como es, al mismo tiempo que una deuda, el único circulante que tiene el país, hay necesidad de aguardar, para su retiro, a que sea posible retener el circulante metálico.

El restablecimiento de la circulación metálica no puede reducirse a la operación mecánica de pagar en fecha fija una moneda de oro por cada billete; lo más importante, lo esencial es que la moneda metálica, en vez de ser exportada como mercadería, quede circulando en el país. Mientras no se cumpla este último requisito, no podrá quedar liquidado el régimen del curso forzoso. Dos son las condiciones indispensables para restablecer la circulación metálica: voluntad y recursos del Gobierno para pagar los billetes; situación comercial favorable para que no haya necesidad de exportar la moneda. Cada una de estas condiciones nada vale separada de la otra. Son como las dos hojas de una tijera, que no cortan sino cuando están unidas.

En 1882 hubo situación favorable porque el cambio estuvo muy próximo al valor del peso de plata de 25 gramos; pero esta condición fué anulada por falta de voluntad en el Gobierno para suprimir el curso forzoso. En

1888 y 1889 volvió a presentarse una situación comercial favorable; pero otra vez fué anulada por falta de voluntad en el Gobierno. Hoy se produce un fenómeno inverso. Hay firme voluntad en el Gobierno y recursos seguros para cumplirla; pero la situación comercial es tan desfavorable que el billete vale 12 peniques habiéndose fijado el valor de la moneda de oro, que debe reemplazarlo, en 24 peniques. Por consiguiente, si las cosas continúan como hoy, veremos la voluntad del Gobierno anulada por la falta de una situación comercial favorable.

II

¿Qué podrá decir el Presidente de la República en descargo de su responsabilidad si, después de efectuado el canje de los billetes por monedas de oro, éstas salen del país en pago de nuestras deudas y volvemos al curso forzoso? Dirá que ha sido víctima de involuntario error? dirá que sus buenas intenciones le extraviaron? dirá que nadie pudo prever la exportación del metálico? Esto que hoy escribimos dará testimonio de lo contrario ante el tribunal de la historia.

Los hechos, los inexorables hechos han demostrado en año y medio que la ley de conversión no corresponde al fin con que fué dictada. Luego, hay necesidad de reformar-

la, de ponerla en armonía con las leyes naturales que rigen en el orden económico. Por desgracia, al amparo de la ley de conversión se han creado intereses grandes y poderosos que luchan a brazo partido para sostener su base comercial, la fecha fija, contra los resultados de la experiencia y contra los intereses permanentes del país. Muchas personas han realizado negocios especiales o han liquidado sus negocios anteriores para acomodarlos a la nueva situación, según la cual el Estado pagará 24 peniques por cada peso papel. Todo el interes, todo el anhelo de ellas consiste en que el 1.º julio de 1896 se les pague oro por los billetes que presenten al canje.

La influencia de estas personas es tan considerable que han conseguido hacer escuchar su voz antes que el clamor general de la opinión pública y ya pregonan, con la satisfacción de los victoriosos, que no habrá poder humano capaz de doblegar la férrera voluntad del Presidente de la República. Pero no se contentan con esto: quieren ser vencedores y además humillar a los que no piensan como ellos, a los que han tenido el atrevimiento de creer y decir que la conversión no podrá hacerse por medios artificiales.

Al que abre la boca para formular una observación, la mejor intencionada que sea, tratan de cerrársela con la amenza de exhibirle ante el público como un hombre corrompido, que defiende el papel moneda porque vive del fraude y el engaño. Ellos y los que sirven a

sus órdenes son los honrados, los patriotas, los virtuosos, que sacrifican sus intereses personales para que se suprima el curso forzoso; los que no están con ellos, esos son los bribones, los inmorales, los egoístas que con su maldad empañan el buen nombre de la patria y entorpecen la acción bienhechora de sus actuales gobernantes.

La táctica es tan antigua como conocida. Pruébalo la escena aquella del *Hijo de la Parroquia* en que Dickens, que no era un ignorante del corazón humano, exhibe a dos rateros sorprendidos al robar el pañuelo a un transeúnte en las calles de Londres. El robado grita: ¡al ladron! ¡al ladrón! Los ladrones se ponen a correr dando el mismo grito y señalando con el dedo a un infeliz e inocente niño que se encuentra en el grupo. «El grito de ¡al ladrón! ¡al ladrón! parece ser una palabra mágica: el tendero salta sobre su mostrador; el carnicero deja su tajo; el panadero, su canasto; la lechera, su cántaro; el mozo de cordel, su carga; el escolar, su juego y el niño su pelota. Todos se lanzan en confuso desorden gritando, atropellando a los transeúntes, azusando a los perros y promoviendo una espantosa algarabía. En calles, plazas y paseos resuena el mismo grito ¡al ladron! ¡al ladron! cien veces repetidos y el tumulto aumenta a cada instante. El hombre tiene siempre deseo de perseguir a alguien!»

Así, los defensores a todo trance de la conversión a fecha fija, los que tienen sus

negocios arreglados para ganar la diferencia entre el cambio actual y los 24 peniques, gritan en plazas y calles y también en el Palacio de la Moneda: al ladrón! al ladrón! al papelero! al inmoral! al que quiere enriquecerse con el papel moneda! Y muchos repiten los mismos gritos, con malicia o sin ella, porque la influencia del dinero es grande y porque, como dice Dickens, al hombre le gusta perseguir a alguien!

Hay personas que hacen esto sin malicia, porque sufren un error de concepto. Los que ejercen una profesión, los que son empleados, los que tienen una entrada fija, desean naturalmente que sus honorarios, sus sueldos, sus rentas les sean pagadas en oro, no en papel depreciado. Ello es muy justo; pero hacer la conversión a fecha fija, aun cuando el oro se exporte en seguida, no es asegurar los pagos en oro porque fatalmente, si se va el circulante, se restablece el curso forzoso. La conversión artificial a fecha fija favorece con seguridad a los que están preparados para canjear billetes y retirar sus capitales; pero dejará burlados a los que se queden trabajando en el país para ganar un honorario profesional o un sueldo o para vivir de una renta.

Dos años faltan para la completa ejecución de la ley de conversión. Dos años pasan rápidamente, como bien lo sabe el Presidente de la República, quien ha visto pasar estérilmente la mitad de su período. Los hechos darán entonces la razón a aquellos que la

tienen: a los autores de la ley o a los que indican sus defectos y señalan los males que está produciendo. Si sucede lo primero, nosotros y los que piensan como nosotros, nos apresuraremos a reconocer nuestro error y a agradecer el bien que, contra nuestra voluntad, nos habrá hecho el actual Gobierno. Pero, si sucede lo segundo, si se cumplen los pronósticos de desgracias y ruinas ¿qué satisfacción podrá dar el Presidente de la República, D. Jorge Montt, al país y a su propia conciencia? Fué, por ventura, desgracias y ruinas lo que prometió al pueblo de Chile después del sangriento sacrificio de 1891? ¡Qué porvenir tan obscuro y qué responsabilidad tan inmensa ante la historia, que no oye a amigos ni enemigos, que juzga a los gobernantes por sus actos, no por sus intenciones!

Fracaso de la Conversión Metálica

Conversión efímera

La ley de conversión reformada se promulgó el 11 de febrero de 1895 con las firmas del Presidente Don Jorge Montt y del Ministro de Hacienda Don Manuel Salustio Fernández.

Las disposiciones fundamentales de dicha ley fueron las siguientes:

Art. 1.º—Desde el 1.º de junio de 1895 el Estado pagará sus billetes a los que lo soliciten en las monedas metálicas establecidas por esta ley. Estos billetes serán incinerados mensualmente.

Art. 2.º—Desde el 31 de diciembre de 1897 quedará desmonetizado el papel moneda del Estado (1).

. . . . . .

Art. 4.º—Todo el producto de enagenación de las salitreras del Estado se destinará exclusivamente a la adquisición y acuñación de moneda metálica.

Art. 5.º—Se autoriza el Presidente de la República para descontar o negociar adelantos en el extranjero sobre la parte de precio insoluta proveniente de la venta de salitreras.

---

(1) Esta redacción del Art. 2.º la fijó una ley posterior dictada el 22 de diciembre de 1897.

Art. 6.º—Los Bancos garantizarán el valor total de su emisión con depósitos, en la Casa de Moneda, de oro, billetes fiscales, bonos del Estado, bonos municipales a cargo del Estado, vales de Tesorería, bonos de Bancos exclusivamente hipotecarios.....

Art. 7.º—El billete bancario garantido será admitido en arcas fiscales en pago de las contribuciones, créditos y servicios públicos hasta el 31 de diciembre de 1897.

.....

Art. 10.º—Habrá tres clases de monedas de oro, denominadas cóndor, doblón y escudo, con la ley de once duodécimos de fino.

El cóndor tendrá el peso de 11 gramos 98.207 de gramo.

El doblón tendrá el peso de 5 gramos 99.103 de gramo.

El escudo tendrá el peso de 2 gramos 99.551 de gramo.

.....

Art. 12.º—El cóndor valdrá veinte pesos.

El doblón diez pesos.

El escudo cinco pesos.

.....

Art. 16.º—La unidad monetaria será la vigésima parte de un cóndor o la décima parte de un doblón o la quinta parte de un escudo, que se denominará peso; y con él se solucionarán todas las obligaciones, salvo lo dispuesto

en la ley de 10 de septiembre de 1892 y en el Art. 2.º de esta ley.

Art. 17.º—Nadie está obligado a recibir más de cincuenta pesos en moneda de plata.

. . . . . .

Art. 20.º—Las libras esterlinas legítimamente selladas en Inglaterra y Australia tendrán curso legal en Chile. Su valor será de trece pesos y un tercio de peso.

Al promulgarse esta ley estaban vigentes otras de 26 de noviembre de 1892 y 31 de mayo de 1893 que ordenaban establecer el régimen de oro con monedas cuya unidad era el peso de 24 peniques. Con arreglo a esas leyes las libras esterlinas valían en Chile diez pesos. Se hizo, pues, la reforma de ellas para rebajar la unidad monetaria de Chile de 24 peniques a 18 peniques. El 28 de mayo de 1895 se promulgó otra ley autorizando un empréstito por valor de £ 2.000,000 y tomando a cargo del Estado el pago en oro de los billetes emitidos por los Bancos.

Desde 1.º de enero de 1893, aunque la unidad monetaria era un peso oro de 24 peniques y había fecha fija—julio de 1896—para convertir cada peso de papel moneda en un peso de oro, el tipo de cambio por letras sobre Londres, a 90 días vista, había sido en Chile muy inferior a 24 peniques, hasta descender en algunos días a 10 peniques. Era, pues, evidente que había escasez de letras de cambio

o sea una oferta inferior a la demanda, y que esto, lejos de ser accidental o pasajero, tenía los caracteres de un hecho estable con tendencia a agravarse.

Esa demanda de letras, cada vez más grande que la oferta, indicaba que el balance de nuestras obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros nos era desfavorable, que si hubiéramos tenido circulante metálico éste se habría exportado y que, por tanto, debía corregirse previamente la mala situación comercial del país para establecer de un modo práctico y honrado la circulación del oro.

Los gobernantes y los legisladores cerraron los ojos, no quisieron ver ese hecho inconciliable con el régimen metálico, anticiparon la fecha de la conversión, que estaba fijada para el 1.º de junio de 1896, ordenando hacerla en junio de 1895, y rebajaron la unidad monetaria de 24 a 18 peniques por peso.

La última cotización del cambio sobre Londres en 1894 había sido, el 31 de diciembre, $13\frac{3}{4}$. Luego que se vió próxima la promulgación de la nueva ley de los 18 peniques pagaderos en menos de 6 meses, el tipo mejoró como sigue:

1895		
Enero	10.....	14 1/8
,,	19.....	14 3/8
Febrero	2.....	14 15/16
,,	16.....	16 3/16

Marzo	2.....	16 5/8
,,	16.....	16 3/8
,,	30.....	16 11/16
Abril	10.....	16 11/16
Mayo	11.....	16 7/8
,,	25.....	17 1/4

El día 1.º de junio se principió a pagar en las Tesorerías fiscales 18 peniques oro acuñado por cada peso papel, cesando así el régimen de curso forzoso desprovisto de toda garantía de pago inmediato. Desde ese día cada persona que en Chile necesitaba comprar una letra sobre Lóndres la pagaba con oro o con billetes convertibles en oro a su presentación. En otros términos, para tener en Londres una libra esterlina entregaba en Chile su equivalente justo en oro o sea $ 13.33, si el cambio era de 18 peniques, o $ 13.61¾ si el cambio, por los gastos de translación de la moneda a Londres, era 17 5/8.

El cambio sobre Londres, después de restablecido el régimen metálico, fué inferior a 17 5/8, salvo los seis primeros meses de 1897 durante les cuales se mantuvo firme en este tipo. Por consiguiente todo comprador de letras perdía en Chile una parte del oro que entregaba en pago de ellas. Cuando el cambio era 17½ la pérdida con relación a 17 5/8 era de $ 970 en diez mil libras esterlinas; la pérdida subía a $ 1,950 cuando el cambio era 17 3/8 y a $ 2,960 cuando era 17¼. En el orden natural de las cosas estaba que algunos comerciantes

procurasen evitar esta pérdida exportando las monedas de oro, y que otros las exportasen a fin de ganarse la diferencia girando letras sobre Londres a tipos de cambio inferiores a 17 5/8.

A continuación damos un estado de los tipos de cambio sobre Londres que rigieron en Valparaíso desde junio de 1895, fecha inicial de la conversión, hasta julio de 1898, fecha de su fracaso. Para formar dicho estado tomamos los datos de la acreditada revista comercial de los señores Jackson Hnos., que anota las fluctuaciones del cambio en cada quincena. Estos datos son más exactos que los del Banco de Chile porque expresan los tipos comerciales o sea los tipos efectivos de compra y venta de letras en el mercado. El Banco de Chile estuvo empeñado en ayudar al mantenimiento de la circulación metálica y de ordinario fijó un tipo oficial de cambio más favorable que el tipo real del mercado. Pero ese tipo era puramente nominal, servía a veces para liquidar letras de la clientela del Banco y nunca se mantenía a firme con el objeto de satisfacer la demanda comercial. En la revista de los Señores Jackson Hnos., consta que con frecuencia el cambio verdadero, el de las letras realmente vendidas y compradas, era inferior al del Banco.

Examínese con atención el estado que sigue, porque él demuestra mejor que todas las palabras la verdad sobre lo artificial que fué la Conversión metálica realizada en 1895.

1895	1896	1897	1898
	Enero.. 4 - 17 9/16	Enero.. 2 - 17 5/8	Enero 15 - 17 11/16
	18 - 17 9/16	19 - 17 5/8	29 - 17 19/32
	Febr.... 1° - 17 17/32	30 - 17 5/8	Febr... 1° - 17 19/32
	15 - 17 17/32	Febr... 13 - 17 5/8	26 - 17 19/32
	M arzo. 14 - 17 5/8	Marzo. 13 - 17 5/8	Marzo 12 - 17 5/8
	28 - 17 5/8	27 - 17 5/8	26 - 17 17/32
	Abril... 11 - 17 1/8	Abril.. 10 - 17 5/8	Abril. 5 - 17 3/8(2)
	25 - 17 1/4(1)	24 - 17 5/8	23 - 17 3/8
	Mayo... 9 - 17 5/16	Mayo... 8 - 17 5/8	Mayo. 7 - 17 7/16
	23 - 17 3/8	22 - 17 5/8	21 - 17 13/32
Junio.. 8 - 17 3/4	Junio.. 6 - 17 5/16	Junio.. 5 - 17 5/8	Junio 4 - 17 1/4(3)
22 - 17 9/16	20 - 17 1/2	19 - 17 5/8	18 - 17 1/16
Julio.. 6 - 17	Julio. 4 - 17 3/8	Julio... 3 - 17 5/8	Julio.. 2 - 17 (4
20 - 17 1/8	18 - 17 1/2	17 - 17 17/32	16 - 16 7
		31 - 17 15/32	
Agosto. 3 - 17 1/4	Agosto 1° - 17 3/8	Agosto 14 - 17 1/2	
17 - 17 3/8	29 - 17 7/16	28 - 17 9/16	
31 - 17 1/4			
Setbre.. 14 - 17 3/8	Stbre.. 12 - 17 1/2	Setbre. 11 - 17 9/16	
28 - 17 3/8	26 - 17 1/2	25 - 17 19/32	
Octbre. 12 - 17 3/8	Octbre. 10 - 17 1/2	Octbre. 9 - 17 19/32	
26 - 17 5/16	24 - 17 1/2	23 - 17 5/8	
Novbre. 9 - 17 7/16	Novbre. 7 17 9/16	Novbre. 6 - 17 11/16	
23 - 17 3/8	21 - 17 19/32	20 - 17 11/16	
Diebre. 7 - 17 3/8	Diebre. 5 - 17 1/2	Diebre. 4 - 17 11/16	
21 - 17 1/2	19 - 17 1/2	18 - 17 11/16	
		31 - 17 23/32	

(1) Ventas a 17 y 16 1/2 para entregar hasta setiembre.
(2) Ventas a 17 para julio.
(3) Ventas a 16 15/16 para diciembre.
(4) Bajó hasta 16 7/8 en la quincena.

El cuadro que precede pone en evidencia lo fatal que era el fracaso de la conversión metálica. El tipo de cambio, en los días más favorables, durante los seis primeros meses de 1897, llegó a 17 5/8, es decir, al límite de la exportación del oro amonedado. La mayor parte del tiempo fué inferior a aquel límite y, por tanto, la moneda de oro hubo de emigrar hacia mercados donde valía más que en el nuestro. En 1898, desde el mes de abril, ya se efectuaban en Valparaíso operaciones de cambio, para futura entrega, a 17 peniques y aún a tipo inferior. El peso oro que, puesto en Londres, valía 17 5/8, en Valparaíso se cambiaba por letras a 90 días vista a 17 peniques y a 16 7/8.

Era preciso ser ciego de veras o ciego voluntario para no ver en esas cotizaciones del cambio que las monedas de oro no podían permanecer más tiempo en Chile. Fatalmente ese circulante metálico tenía que salir. Los comerciantes habían de remesarlo para recibir en Londres su justo precio en vez de emplearlo aquí con pérdida en la compra de letras. Además, como ya se ha dicho, era negocio exportar oro y girar letras sobre su valor para ganar la diferencia.

Eso no podía durar indefinidamente. Llegó un día en que los Bancos perdieron sus cajas y el oro amonedado desapareció de la circulación. Así se produjo, en julio de 1898, el estado de cosas que dan a conocer las páginas siguientes escritas y publicadas en aquellos días

durante los cuales los habitantes de Chile vivieron en inquietudes y zozobras, sin tener un signo de cambio para las transacciones diarias y sin saber cuándo ni en qué condiciones habrían de restablecerse los trabajos, los negocios, la normalidad de la existencia.

Clausura de los Bancos

7 de julio, 1898.

El pánico comercial y bursátil que se desencadenó en la tarde de ayer en Santiago, acaba de tener su repercusión desastrosa en toda la República.

Lo que hoy sucede es el resultado de un estado de cosas económico y financiero, llegado a un grado tal de tensión, que la ruptura y el estallido eran inevitables.

En la noche de ayer, en los clubs, en los teatros, en todas partes, el tema palpitante de las conversaciones era el pánico comercial de Santiago, ruidosamente repercutido en Valparaíso. Muchos recibieron sólo hoy al amanecer la ingrata sorpresa. En la pizarra anunciadora de los diarios leíase los siguientes documentos:

«Núm. 1,532.—Santiago, 6 de julio de 1898.—Vistas las solicitudes que preceden, he acordado y decreto:

Las oficinas y sucursales de los Bancos nacionales y extranjeros, de la Caja de Crédito Hipotecario y de las Cajas Nacionales de Ahorros, podrán mantenerse cerradas al público hasta el lunes 11 del presente mes inclusive.

Tómese razón, comuníquese y publíquese. —ERRÁZURIZ.—*Rafael Sotomayor*».

«Núm. 1,533.—Santiago, 6 de julio de 1898.—Habiéndose autorizado por decreto de esta fecha la clausura de las oficinas y sucursales de los Bancos, en muchas de las cuales mantienen depositadas las Tesorerías fiscales las sumas destinadas a la satisfacción de las necesidades públicas,

He acordado y decreto:

Las Tesorerías fiscales, la Casa de Moneda, la Intendencia General del Ejército, las Comisarías de Guerra y Marina y demás oficinas públicas pagadoras, suspenderán toda operación concerniente al servicio público hasta el lunes 11 del presente mes inclusive.

Tómese razón, comuníquese y publíquese.— ERRÁZURIZ.—*Rafael Sotomayor*».

Gravísimo Conflicto

7 de julio de 1898.

La crisis económica acaba de llegar al estado agudo, al momento gravísimo en que la moneda circulante pierde el carácter de tal para servir sólo como mercadería de exportación destinada al pago de las obligaciones comerciales en el exterior.

La moneda de oro acuñada en virtud de la ley de 11 de febrero de 1895 tiene un valor real de 18 peniques por peso. Su remesa a Londres, deduciendo gastos de comisión, flete y seguro, produce a la vista en libras esterlinas 17⅝ peniques; si en Valparaíso no hay vendedores de letras de cambio sobre Londres a un tipo equivalente al valor exportable de esa moneda, por la fuerza de las cosas tiene que producirse, primero la ocultación del circulante metálico y, en seguida, su exportación.

Es público y notorio que desde hace dos meses las letras de cambio sobre Londres se han vendido en Valparaíso a 17¾, 17¼, 17 y 17 peniques; que al propio tiempo se han realizado fuertes operaciones en letras entregables hasta fines del año a 16 15/16 y a 16½; que la demanda de letras no ha cesado a pesar de haberse ofrecido al público, por medio de los Bancos, las letras de cambio que el Gobierno recibió como producto líquido del último

empréstito de 500,000 libras esterlinas; y finalmente, que no hay esperanza alguna, mientras subsista la anarquía política en el interior y mientras nos amenace la guerra en el exterior, de que el país restablezca sus fuerzas productoras, recupere su crédito y entre nuevamente en un período de prosperidad.

En condiciones económicas tan desfavorables ha tenido que producirse lo que estaba previsto: la moneda de oro vale más como mercadería de exportación que como signo de cambio en los negocios internos y es buscada por los que necesitan remitir fondos al extranjero para evitar la compra de letras a precios que les son gravosos. Junto con esta demanda de oro, motivada por la necesidad de hacer pagos en el exterior, se hace sentir, con fuerza irresistible, la acción del pánico que en los depositantes produce el temor de que los Bancos no les devuelvan sus fondos en metálico, sino en papel inconvertible.

Bajo la doble influencia de estos factores la moneda de oro ha desaparecido de las cajas bancarias y el Gobierno, por la suprema ley de la necesidad, ha decretado la clausura hasta el 12 del presente de las instituciones de crédito en toda la República. Nada podría decirse para ponderar la gravedad de la situación. Tampoco sería prudente discutir, por ahora, los orígenes del mal, ni establecer responsabilidades, ni hacer odiosas inculpa-

ciones. Ante un conflicto que compromete los más sagrados intereses del país y que amenaza con el hambre a casi la totalidad de los pobladores de la República, el deber ordena unir todos los esfuerzos para buscar con calma y con estudio medidas que solucionen la dificultad o que, a lo menos, la disminuyan atenuando sus desastrosas consecuencias.

Al Poder Ejecutivo y al Congreso Nacional corresponde proceder sin demora a arbitrar los recursos y dictar las leyes que la situación requiere. La clausura de los Bancos, que ha paralizado de golpe la actividad productora, que ha dejado a millares de personas sin trabajo y sin medios de subsistencia, no puede prolongarse un día más de los decretados. El orden público peligraría si, por desgracia, llegara el martes próximo y los Bancos no abrieran sus puertas con caja bien provista para atender a las exigencias del público.

Las fronteras que separan a los partidos políticos deben borrarse momentáneamente a fin de que todos los hombres de rectas intenciones, de generoso patriotismo contribuyan a la obra salvadora de la paz, la honra y la prosperidad de la República. El país espera que sus gobernantes y sus legisladores, olvidando las miserias de la política, se muestren a la altura de sus deberes y tengan capacidad bastante para conjurar esta crisis. No hacién-

dolo así, dejarían en abandono el poder público y entregarían al acaso el desarrollo de tan gravísimo conflicto.

Actualidad Económica

8 de julio, 1898.

Los gobernantes y los banqueros no tienen por el momento más que una preocupación: poner término inmediato a la crisis monetaria y abrir nuevamente las instituciones de crédito antes que su clausura ocasione males irremediables.

Hay un hecho que se impone con los caracteres de la evidencia. La situación en que nos encontramos no es imputable a los Bancos, no tiene su origen en expeculaciones o en malos negocios de éstos, no es motivada porque ellos hayan perdido su capital en malas inversiones. Lejos de eso, los Bancos, son las primeras víctimas de la crisis, porque ésta les hace perder en un día todos los sacrificios hechos en más de cuatro años para afianzar el régimen metálico y les coloca, sin defensa alguna, ante las exigencias imperiosas de los depositantes y de los tenedores de billetes que, movidos por el pánico, se precipitan a cobrar sus créditos en oro.

Para que no haya duda a este respecto bastará hacer presente que los Bancos Alemanes, cuya situación es muy sólida porque no adeudan billetes al público y porque tienen un fuerte capital en Europa, han sufrido del mismo modo que los Bancos chilenos el asalto de los depositantes que en elllos tienen fondos exigibles a vista. Las innumerables personas que se han precipitado a cobrar en todos los Bancos sus depósitos obran así, no porque crean que dichos establecimientos han perdido sus capitales y están en quiebra, sino porque temen que la persistente demanda de letras de cambio a 17 peniques y aun a tipos más bajos, produzca la desaparición absoluta del circulante metálico y que venga entonces el restablecimiento del papel moneda en condiciones mil veces más desfavorables que hace veinte años.

Conviene dejar este hecho bien establecido y darle toda la importancia que le corresponde, para no admitir ni por un momento la idea, que algunos propagan, de que los Bancos pueden tener en este caso intereses opuestos a los del país. Las instituciones de crédito son simples intermediarios para facilitar la circulación de los capitales, prestando servicios igualmente valiosos a los que tienen recursos disponibles y a los que necesitan tomar dinero en préstamo para sus negocios industriales o comerciales. Por tanto, nadie se encuentra más interesado que los mismos Bancos en la prosperidad nacional y sería una insensatez

creer que dichos establecimientos conspirasen en la dificultad presente contra las soluciones que sean necesarias para salvar al país de la ruína que le amenaza.

Los banqueros son, en este caso, los cooperadores indispensables del Gobierno en la obra tan ardua como urgente de aplicar eficaz remedio al conflicto agudo que acaba de producirse. «La moneda, se ha dicho, es para el hombre la cosa más necesaria después del aire y del agua». En verdad, ningún pueblo puede vivir sin circulante, porque, si este falta, se paralizan todas las transacciones, desde las más insignificantes que hace el obrero alquilando su trabajo diario o el proveedor vendiendo leche, carne o legumbres, hasta las más considerables que se efectúan sobre toda clase de valores en el comercio general del país y en sus cambios con los mercados extranjeros. Hoy por hoy en Chile nos encontramos privados de circulante, los Bancos están cerrados, los negocios y las industrias suspenden sus operaciones, los obreros van quedando sin trabajo, y esto no puede prolongarse por ocho días sin traer un desastre cuyas consecuencias escapan a toda previsión.

Los esfuerzos del Gobierno y de los banqueros se dirigen con laudable empeño a mantener el régimen del circulante metálico. Es natural que así lo hagan, porque a ello están obligados por el más imperioso deber. La moneda de oro ha sido desde 1895 la base

legal de todas las transacciones. Centenares de millones de pesos han pasado de mano a mano, estimándose el valor recíproco de los servicios y de los valores cambiados en pesos de 18 peniques. Si esta unidad monetaria desaparece vuelve a producirse una expoliación tan injusta, tan odiosa, tan perturbadora de todos los derechos como las que anteriormente se produjeron con la imposición y con la liquidación del curso forzoso.

Además no sería posible resignarse a dar por perdidos y para siempre los grandes sacrificios hechos por la nación para tener un circulante metálico. El abandono de la moneda de oro significaría, por parte del Estado, la confesión de que sus gobernantes cometieron una falta imperdonable vendiendo sus propiedades salitreras y agotando el crédito en el exterior para reunir varios millones de libras esterlinas y arrojarlas pródigamente al campo de la expeculación y la usura. Hay, pues, fuertes razones de justicia y de probidad que imponen a los poderes públicos el deber de buscar ante todo los recursos que salven la crisis conservando el circulante metálico.

Se anuncia que en el Senado la comisión de hacienda ha prestado aprobación unánime a un proyecto de ley que tiene por objeto «contratar dentro del país préstamos en vales del Tesoro o en cuenta corriente hasta por la cantidad de veinte millones de pesos, que serán pagados con sus intereses en moneda de oro

a razón de 18 peniques por peso. Estas obligaciones podrían emitirse en libras esterlinas y ser pagadas en Chile o Londres a opción del tenedor; sus intereses no excederían de 8% anual. Para cobrar las obligaciones en Londres se daría aviso anticipado de tres meses a la Dirección del Tesoro.»

¿Corresponde este proyecto a las necesidades de la situación? ¿tendrá él la virtud de proveer a los Bancos del oro amonedado que es indispensable para atender a las exigencias del público? ¿será éste el camino más seguro para evitar el riesgo del restablecimiento del curso forzoso? Faltan antecedentes claros y precisos para pronunciarse sobre estos puntos con acierto; pero surgen, a primera vista, algunas observaciones que hacen temer de la medida propuesta en el Senado consecuencias contrarias a las que se buscan.

Ante todo hay que reconocer la imposibilidad absoluta de que el empréstito tenga los caracteres efectivos de una operación de crédito interno, es decir, de un préstamo hecho al Estado por capitalistas radicados en Chile y con monedas de oro chileno. Para realizar el empréstito habría que valerse de banqueros europeos emitiendo las obligaciones en libras esterlinas y a plazos que no pueden ser largos. En el supuesto de que se obtuvieran así los fondos, resultaría que el Gobierno de Chile recibía en letras sobre Londres la suma de un millón cuatrocientas mil libras esterlinas y que vendía estas mismas letras al público,

por medio de los Bancos, para satisfacer la demanda que ha hecho ocultar el oro amonedado. Al mismo tiempo resultaría que el Gobierno quedaba obligado a restituir, en un plazo de seis meses o un año, exactamente la misma suma de un millón cuatrocientas mil libras, con sus intereses, más las quinientas mil libras que acaba de contratar con el Banco de Tarapacá.

La espectativa de esta demanda segura de letras en un plazo tan próximo podría tener el efecto de anular las ventajas actuales de la contratación del empréstito. El público alarmado e impaciente, víctima del pánico que le agita desde hace algunos días, comprendería que sólo se ha logrado aplazar por unos meses el conflicto y esto, lejos de devolverle la tranquilidad, le haría insistir con más empeño en el propósito de ocultar la moneda de oro. Es necesario que los poderes públicos tomen muy en cuenta el peligro de adoptar medidas incompletas, de arbitrar recursos provisorios, de apuntalar el régimen metálico sin darle base duradera. Entrar por este camino, viendo la dificultad de hoy y cerrando los ojos ante la dificultad de mañana, sería agravar la situación en vez de corregirla. Por consiguiente, es de esperar que nada se acuerde en definitiva sino después de oír las informaciones de los banqueros, de consultar a todos los hombres capaces de apreciar el problema y de tener un plan fijo que pueda desarrollarse sin nuevos tropiezos.

En pleno desconcierto

9 *de julio*, 1898.

Extraviados por las informaciones contradictorias que se recibían de Santiago, hicimos ayer algunas observaciones sobre el nuevo empréstito de veinte millones de pesos, en la creencia de que esta operación se proyectaba para procurarse recursos que permitieran conjurar la crisis monetaria que tiene al país privado de circulante.

Estábamos en un error. El Senado de la República no sentía en aquel momento la inmensa gravedad de la clausura de los Bancos, de la suspensión de todos los pagos, de la paralización de todos los trabajos, de esta amenaza de hambre para el pueblo, que de un momento a otro puede convertirse en peligro para la conservación del orden público. En cualquiera otro pueblo de la tierra la repentina clausura de los Bancos habría provocado, sin tardanza, una agitación precursora de trastornos sociales o políticos; aquí, por fortuna, hay más calma, más resignación, más indolencia, y todo se acepta con paciente tranquilidad musulmana. Ha contribuido con mucho a esta indiferencia del pueblo en la crisis actual, el hecho de que nuestros obreros, nuestros artesanos, es decir, la inmensa mayoría de los habitantes, no tienen ahorros capitalizados

y viven cada día del sudor de su frente. No teniendo nada que cobrar a los Bancos, no sienten el mal que la clausura de éstos les causa sino cuando llega el día del pago semanal y no reciben el salario que les es debido. Llegado este caso, no hay mansedumbre que valga, porque a todo puede someterse el pueblo menos a trabajar sin ser pagado o a vivir sin trabajar o sea sin comer.

Por consiguiente, la solución de la crisis monetaria no admite espera. El Senado y la Cámara de Diputados se encuentran en el deber de consagrar su atención a este asunto con preferencia a cualquiera otro. Hasta el peligro de la guerra cede en urgencia a este conflicto interno que, prolongándose un par de días más, puede llevarnos a los más lamentables excesos, con mengua de la dignidad nacional y con pérdida completa de las energías y de los recursos que necesitamos para hacer frente al conflicto exterior. Si queremos defender nuestros derechos en la cuestión de límites y manifestar que somos capaces de todo sacrificio con tal objeto, principiemos por poner orden en nuestra casa, por demostrar que sabemos gobernarnos, por atender con oportunidad y con prudencia a las necesidades más imperiosas de la vida nacional. ¿Qué se dirá de nosotros en el extranjero, si nos ven ocupados en hacer aprestos de guerra con los vecinos, al propio tiempo que dejamos derrumbarse sobre nuestras cabezas la casa que habitamos?

La actitud del Senado, en circunstancias tan graves, no corresponde, por cierto, a los deberes y responsabilidades que pesan sobre tan alta corporación. El reproche alcanza también, con igual justicia, al Ministerio, que se ha presentado a esa Cámara a pedir empréstitos por centenares de millones de pesos para gastos de guerra, en los precisos momentos en que los Bancos se clausuran porque en sus cajas no hay monedas de oro para servir a las necesidades más urgentes de la vida diaria. La defensa nacional, en horas de peligro para la patria, es la más suprema de las necesidades. Pero así como un ejército no puede avanzar contra el enemigo cuando la falta de alimentos ha agotado las fuerzas de sus soldados, así también una nación se encuentra en la impotencia de provocar o de aceptar la guerra cuando, teniendo armamentos por valor de trescientos o más millones de pesos, sus pobladores carecen, sin embargo, de dinero para comprar pan y para adquirir una camisa.

Por doloroso que sea decirlo, esta es la triste situación en que hoy nos encontramos por la falta de circulante, que ha obligado a los Bancos a cerrar sus puertas. Entretanto el Ministerio y el Senado, en perfecto y unánime acuerdo, aplazan la consideración del problema económico y despachan sobre tabla un proyecto de empréstito *¡interno!* por veinte millones de pesos para la defensa nacional, declarando todavía que se ha discuti-

do y queda en estudio otro proyecto gubernativo por diez millones de libras esterlinas o ciento cuarenta millones de pesos para el mismo fin.

Santo y bueno que se alleguen todos los recursos indispensables para ir a la guerra, si es imposible mantener la paz; pero ¿acaso no comprenden los Ministros y los senadores que un país con sus Bancos clausurados, que un país dejado en abandono cuando el circulante desaparece y el pueblo queda sin trabajo, golpeará en vano a las puertas de todos los banqueros de Europa en demanda de nuevos empréstitos? ignoran acaso los Ministros y senadores que el cable ha hecho saber al mundo entero, así como se anuncian los cataclismos y las derrotas, que esta República de Chile, antes tan acreditada, tan prudente, tan próspera por el trabajo y tan feliz por el orden, se encuentra hoy profundamente perturbada por la pobreza y la anarquía?

Ah! los Ministros y los senadores, absortos en la meditación de los graves problemas internacionales que tienen entre manos, han sido sorprendidos por un suceso que ellos no previeron, cuya magnitud no saben apreciar, cuyas consecuencias no han medido, y aplazan la consideración de este incómodo incidente, que les parece nimio y pasajero, a fin de despachar el proyecto de empréstito *interno* que debe producir veinte millones de pesos de oro en circunstancias en que nadie en Chile

tiene recursos disponibles, en que el obrero no puede recibir, por falta de circulante, ni la moneda metálica que se le adeuda por su trabajo para comprar pan.

Mucho tememos que las declaraciones hechas en el Senado a este respecto sean un obstáculo insuperable para encontrar recursos que devuelvan al país el circulante perdido y que, al propio tiempo, le permitan atender a las nuevas necesidades de la defensa nacional. La apelación al crédito para fines militares puede significar, en estos momentos, el desahucio de todos los proyectos que en seguida se combinen para mantener el régimen metálico. Lo más probable es que de ello resulte la imposibilidad de realizar los dos fines propuestos y que así nos quedemos sin fondos para la guerra y sin fondos para proveer al país de monedas.

Ultimas noticias

9 *de julio, de* 1898.

Nuestro corresponsal en Santiago nos comunica por telégrafo lo que sigue:

«Reina absoluta anarquía de opiniones sobre el problema económico. Nadie propone medidas practicables. Ayer se insinuó la idea de liquidar el Banco de Chile. Tal propósito ha

sido rechazado porque se comprende que esto traería el desastre total. Otros han propuesto emisión de papel moneda, debiendo liquidarse las obligaciones pendientes a la fecha al tipo de la moneda de oro. Se cree que el Ministro de Hacienda patrocina este proyecto. Todas son palabras; hasta hoy nada se ha resuelto.»

Esta información revela que nos encontramos, al fin de tres días de clausura de los Bancos, en el mismo conflicto que dió lugar a tan extraordinaria medida. El hecho reviste gravedad suma, porque la simple prolongación de tal orden de cosas importa confesar que no hay plan alguno para dominar la dificultad, que no hay cabezas pensadoras en el Ejecutivo ni en el Congreso, y que estamos en peligro de que se acuerden soluciones inconsultas, más dañinas que el mismo mal, bajo el apremio de las circunstancias.

Desde luego parece increíble que se haya lanzado a la discusión la idea de liquidar el Banco de Chile, porque ningún hombre de negocios, ningún hombre de Estado puede ignorar que a ese establecimiento se encuentra vinculada la fortuna de todos los habitantes de la República. La liquidación del Banco, cuando no hay circulante, es decir, cuando nadie puede vender ni la más productiva propiedad porque no hay quien pueda comprarla, valdría tanto como decretar el despojo de todos los bienes por la depreciación absoluta de los valores.

Para liquidar el Banco habría que exigir el pago de todos los créditos que posee esta institución; es evidente que el cobro sería ineficaz, que no llevaría al Banco ninguna cantidad en metálico y que, por tanto, tampoco podrían ser pagados los créditos de que el establecimiento es deudor. En consecuencia, se produciría, como hecho fatal, el derrumbe de los establecimientos hipotecarios, sin excepción de la antigua Caja y entonces el desastre definitivo nadie podría detenerlo.

No menos peligrosa es la otra indicación de emitir billetes de curso forzoso, debiendo liquidarse las obligaciones vigentes al tipo que corresponde a la moneda de oro. El papel nacerá depreciado y, por tanto, los Bancos verán crecer sus deudas en la proporción correspondiente al descrédito del papel moneda y, en compensación, tendrán la ventaja ilusoria de ver aumentar sus créditos en la misma proporción. Decimos que esta ventaja será ilusoria porque no habrá deudores que puedan pagar efectivamente con recargo de 50, 80 o más por ciento sus actuales deudas. De este modo y por un camino indirecto, se llegará a la liquidación violenta de todos los Bancos sin que el país salga de la dificultad en que se encuentra.

Jamás se ha visto la República en momentos más solemnes. De las resoluciones que ahora se adopten en el orden económico dependen la honra, la paz y la vida misma de la Nación. Que Dios ilumine a nuestros gobernantes y

nuestros legisladores, que les liberte de las pasiones mezquinas que durante tantos años han corrompido nuestra política y que les aconseje proceder con arreglo a los mandatos de la razón y la justicia!

La situación

10 *de julio*, 1898.

La consulta de financistas y directores de los Bancos no tuvo ayer otro resultado que un cambio estéril de opiniones al rededor de un hecho consumado, imposible de atenuación o de disfraz. El público que aguardaba de aquel acuerdo una fórmula salvadora, ha quedado en la misma dolorosa incertidumbre. Los especialistas en negocios y en finanzas afirman que la situación es excelente y que sólo se requiere firmeza de parte del Gobierno para mantener a toda costa el régimen metálico. Una declaración oficial en ese sentido y la crisis estará conjurada!

Parece imposible que se pueda discurrir con semejante criterio. La manía optimista viene dañando en tal forma el interés nacional que son anatematizados aquellos que señalan con sinceridad los peligros y que reclaman la consagración gubernativa para conjurarlos. Ahora se llama alarmistas y agoreros de la

mala nueva a los que reconocen con franqueza la gravedad de la situación.

¿Qué añadir a la crónica muda de la paralización comercial que ha estancado durante tres días todas las energías y toda la actividad del país? No sólo falta vida a los negocios sino que las más pequeñas transacciones se hacen imposibles. La clausura súbita de los Bancos ha dejado a todo el país privado de numerario aun para las más premiosas necesidades de la vida ordinaria. Nadie acierta a adivinar a dónde conducirá este estado cosas, prolongándolo durante tres días más. El recurso del aplazamiento y de la evasiva suele ser eficaz por pocos momentos, pero no es un remedio, ni mucho menos una solución.

La Cámara de Diputados, en cuyo seno se virtieron ayer comentarios propios de la gravedad de la situación, se ha limitado a guardar la misma expectativa que el Senado, a esperar que surja la solución por obra del acaso o del designio providencial. El país, entretanto, soporta una crisis de caracteres mucho más graves que todas cuantas le han precedido. Siéntese sobrecogido el espíritu cuando se piensa que el agente salvador, de quien se espera los remedios supremos, sea tan sólo el azar de los acontecimientos.

¿Durará la expectativa hasta la mañana del martes y el prurito de los aplazamientos sorprenderá al país con una prolongación de la clausura de los Bancos? La espera es angustiosa. Domina en todos los espíritus el

presentimiento sombrío del desastre. Las palabras tranquilizadoras no alcanzarán a calmar ni aquietar a la opinión. La hora ha pasado de cubrir con buenas palabras el abismo de nuestros quebrantos económicos. Sería temerario intentar nuevos paliativos que prolonguen la dolencia y agoten el debilitado organismo nacional.

La Ley de Moratoria

11 *de julio*, 1898.

Hoy ha sido sancionada por el Consejo de Estado la siguiente ley:

«Artículo único.—Por el término de treinta «días no podrán iniciarse ni proseguirse accio- «nes ejecutivas, civiles o comerciales, com- «prendiendo las quiebras, procedentes de «obligaciones contraídas antes de la promul- «gación de la presente ley.

«Se exceptúan las obligaciones procedentes de las contribuciones fiscales o municipales.

«Respecto de las obligaciones que se «venzan dentro del término de la moratoria «se contará el plazo desde la fecha de su «vencimiento.

«Esta ley regirá desde su publicación en «el DIARIO OFICIAL.»

El honorable señor Mac-Iver ha expuesto en la Cámara de Diputados que esta ley excepcional obedece exclusivamente al propósito de dar tiempo a los poderes públicos para estudiar a fondo el conflicto monetario y adoptar con acierto las medidas financieras que deben ponerle fin. «Yo no miro este proyecto, ha dicho el señor Mac-Iver, como un medio salvador de la situación. Para mí no tiene otro alcance, ni otra significación que el de un recurso que permite evitar una liquidación estrepitosa en momentos muy difíciles y el de dar tiempo al Poder Legislativo y al Gobierno para estudiar y adoptar medidas que en alguna manera modifiquen favorablemente nuestro estado económico y financiero y aminoren las perniciosas consecuencias de la intensa crisis que pesa sobre el país.

«Dictada esta moratoria, tranquilidad y tiempo habrá para que los poderes públicos a quienes corresponda, resuelvan lo conveniente en orden a los graves problemas que se presenten. Mientras tanto hemos de prevenir la catástrofe que queremos evitar.»

Mucho podría decirse contra esta ley en nombre del derecho civil y de los principios económicos. Nada sería tan fácil como demostrar que ella es un atentado contra la justicia y que está en pugna con la libertad comercial. Pero el hecho se ha consumado y en descargo del Congreso y del Ejecutivo ha de reconocerse que el país se encuentra en una situación anormal que no permite el correcto funciona-

miento de las leyes comunes y que tampoco puede corregirse por la inercia.

La ley de moratoria tiene un doble alcance: por una parte evita que mañana, al abrirse nuevamente los Bancos, el público se precipite sobre ellos y les obligue a ponerse en estado de quiebra; por otra parte, aleja el riesgo de que los legisladores, apremiados por la gravedad de las circunstancias, perturbados por el pánico que se apodera del público en las grandes crisis, dicten con lijereza leyes inconsultas cuyos efectos sean más dañinos que el mal que se quiere remediar. Los parlamentos, en general, son formados, no por hombres instruídos y capaces de estudiar, sino por ambiciosos y agitadores políticos, que todo lo subordinan al interés de partido; en ellos hay más pasión que prudencia, más ignorancia que sabiduría; por eso siempre debe temerse que un Congreso, en momentos difíciles, obre irreflexivamente como las multitudes y acuerde, en sesiones borrascosas, las más torpes leyes.

Pero, si hay riesgo de que a impulsos del pánico se dicten leyes inconvenientes, también lo hay y no menos grave, de que se atribuya a la moratoria sancionada una eficacia mayor que la que realmente tiene. Pensar que esta moratoria tendrá la virtud de adormecer por un mes las alarmas de los acreedores de los Bancos, creer que ella puede suprimir por el mismo tiempo las necesidades imprescindibles que el circulante debe satisfacer, imaginarse que gracias a ella quedarán tranquilos los

industriales obligados a suspender sus operaciones y los obreros privados de trabajo, sería tan absurdo como poner confianza en una ley que ordenara no sentir hambre a quien carece de alimentos o no quejarse a quien se muere de sed.

La gravedad de la crisis en que nos encontramos consiste en que ha desaparecido de la circulación el oro amonedado. Para salvar la dificultad y restablecer la vida económica del país sólo una cosa puede hacerse: reemplazar el oro oculto y el exportado con otra abundante provisión de oro; poner a los Bancos en estado de abrir sus puertas presentando tal abundancia de metálico a los que acudan a canjear billetes o a cobrar depósitos, que hasta los más tímidos y los más desconfiados vean con sus propios ojos que sobran recursos para pagarles. Cuando esto se consiga, nadie creerá que peligran sus valores en poder de los Bancos, nadie temerá que la emisión de billetes de curso forzoso venga a despojarle de una parte de sus bienes, y el pánico quedará disipado en un solo día y todas las cosas volverán a su estado normal.

El Presidente de la República, comprendiendo esto, no vaciló en decretar la clausura de los Bancos durante cuatro días. Se creyó que este tiempo era suficiente para estudiar el mal en toda su extensión y para aplicarle el remedio correspondiente. Por desgracia, los cuatro días han pasado sin traer alivio a la situación y sin ofrecer esperanza alguna de

traerlo en un término más o menos inmediato. Por el contrario, de todas las conferencias celebradas por gobernantes, legisladores y banqueros solo una cosa se ha sacado en limpio: que el Fisco carece en absoluto de recursos para hacer frente a esta crisis monetaria, que no hay en Europa quien acepte nuevos empréstitos porque nuestro desgobierno y nuestros aprestos bélicos han destruído el crédito de la República y, finalmente, que en las opiniones de todas las personas consultadas para resolver el problema hay una confusión tan grande como la de las lenguas en la torre de Babel.

En vista de tanta confusión y de tan absoluta escasez de recursos, el Congreso, imitando al Presidente de la República, ha prolongado la clausura de los Bancos por treinta días, decretando al efecto que, durante ese término, no cobren sus créditos ni paguen sus deudas. Esta larga suspensión, por mandato legislativo, de todas las operaciones bancarias importa en cierto modo la suspensión en el país de toda actividad. Las familias van a encontrarse sin moneda sencilla para la compra diaria de alimentos. Las fábricas, los talleres, los industriales de toda clase van a verse en la dura necesidad de despedir a sus obreros por falta de monedas para el pago de jornales. El hambre y la miseria será la suerte común de casi la totalidad de los pobladores de la República.

«Dictada esta moratoria, ha dicho el señor Mac-Iver, tranquilidad y tiempo habrá para que los poderes públicos a quienes corresponda resuelvan lo conveniente en orden a los graves problemas que se presenten». El claro talento del señor Mac-Iver parece haber sufrido, en este caso, un pasajero eclipse. El espera tranquilidad de una situación que, por el hecho sólo de prolongarse, es la más dura amenaza contra el orden público. El espera bienes de una medida que lleva la miseria a los hogares, que deja en la vagancia a millares de obreros, que viene a dar el último golpe al prestigio y al crédito de la República en los mercados extranjeros. La circulación monetaria es para la sociedad como la circulación de la sangre para el hombre. Si ésta se interrumpe, cesa la vida. Si aquella se perturba, nace el desorden. En vano aguarda, pues, el señor Mac-Iver, que la ley de moratoria o sea la clausura de los Bancos por un mes, traiga tranquilidad a los ánimos y luz a los espíritus para buscar con reposo y con acierto la solución del conflicto.

Es evidente que sólo una afortunada operación de crédito en Europa podría procurarnos recursos abundantes para ofrecer letras de cambio a la par del oro y conseguir que el metálico, oculto porque vale más como mercadería que como moneda, salga nuevamente a la circulación. Pues bien, la ley de moratoria hace imposible toda apelación al crédito en el exterior, porque presenta al país en estado de falencia. Hace apenas tres días se

declaró oficialmente en el Senado que había necesidad de contratar dos empréstitos, uno de veinte millones de pesos y otro de diez millones de libras esterlinas, para la defensa nacional. Ahora se proclama ante el mundo entero, por medio de una ley, que nadie en Chile, ni Fisco, ni Bancos, ni particulares, puede cumplir sus obligaciones. Por consiguiente, se ha cerrado, y por nuestra culpa, la única puerta por donde era posible recibir el oro que necesitamos. El honorable señor Mac-Iver habrá de sentir muy pronto que en estas circunstancias ha flaqueado su sagacidad y le han engañado sus buenas intenciones.

Delirios del egoísmo

12 *de julio*, 1898.

Mientras más se examina la situación económica y más se medita sobre las causas que la han producido, con más evidencia aparece que estamos sufriendo los efectos ineludibles de culpas y errores que con mediana discreción pudieron ser evitados.

No queremos traer a la memoria los detalles de la polémica tan larga y tan ardiente a que dió lugar el procedimiento adoptado para liquidar el curso forzoso. No buscamos la satisfacción ingrata de comparar los hechos

previstos desde hace mas de tres años con los hechos que desgraciadamente se han consumado. En el presente conflicto se hallan comprometidos intereses muy elevados, que imponen silencio a todo sentimiento personal. Cuando hay necesidad de unir las voluntades en un trabajo común a servicio del país, cada cual debe acallar sus pasiones, dominar su egoísmo, vencer su amor propio y llevar, aunque sea un grano de arena, a la obra de la salvación nacional. Por esto, dejando a un lado cuanto pudiéramos decir sobre la época que precedió al restablecimiento de la circulación metálica, vamos a limitarnos a considerar los sucesos ocurridos después de ese acontecimiento.

La verdadera moneda tiene el doble carácter de mercadería y de unidad para medir los valores. Desde el instante en que Chile canjeó sus billetes fiscales por la moneda de oro acuñada con arreglo a la ley de 1895, debió preverse que quedábamos expuestos a las contingencias que para un país pobre resultan de tener un circulante exportable. Esta previsión elemental aconsejaba subordinar por completo la política de la República al propósito de reducir las obligaciones por pagar en el exterior, de castigar severamente el presupuesto de gastos públicos, de fortalecer los vínculos de amistad con las naciones vecinas, y de aplicar enérgico correctivo a la anarquía de los partidos que hace imposible la estabilidad ministerial. Todo esto

era indispensable para asegurar la permanencia del régimen metálico, porque sólo de ese modo podía obtenerse una disminución en la demanda de letras de cambio y una mejoría sólida del crédito nacional, después del grave quebranto que le hizo sufrir la revolución de 1891.

Pero nuestros gobernantes tenían una venda sobre los ojos y no vieron el camino que el deber les señalaba. Apenas iniciado el canje de los billetes por oro adoptaron la resolución de implantar el régimen de la paz armada porque había el peligro inminente de una guerra. El Gabinete Recabarren pidió al Congreso, en 1895, autorización para contratar un empréstito de 4.000,000 de libras esterlinas con el pretesto declarado de construír obras públicas. El dinero se obtuvo en Londres y se invirtió totalmente en armas y en barcos de guerra, burlando así al banquero, echando sombras sobre la probidad de Chile y colocando la cuestión con la Argentina en un terreno que fatalmente había de exigir el gasto de otros muchos millones. Esto bastó para recargar el presupuesto de la Nación, para complicar los problemas internacionales y para debilitar aún más nuestro crédito en Londres.

Por lo que toca a la política interna nuestros gobernantes fueron todavía más desgraciados. Desde aquella fecha no ha existido en el Congreso ninguna mayoría duradera y en la Moneda no ha habido ningún Ministerio que tenga autoridad moral para inspirar respeto

y fijar planes de gobierno. Puede decirse con toda verdad que la permanencia media de cada Ministerio en la Moneda no ha pasado de sesenta días. De ello ha resultado el relajamiento y la corrupción de todo el organismo administrativo.

A este propósito es oportuno recordar una observación referente al Perú hecha por el señor Barros Arana en su Historia de la Guerra del Pacífico. Dice ese libro que en un batallón de la Reserva de Lima había 32 ex-Ministros de Estado y agrega que tal vez no hay otro país de la tierra en que se cuenten 32 individuos que hayan sido Ministros y que estén en edad de cargar las armas, pues eso es síntoma claro de desgobierno. La observación era muy justa y bien podía formularla un historiador chileno, porque entonces no había aquí más de doce ex-Ministros. Los tiempos han cambiado después de aquella fecha y, para vergüenza nuestra, debemos decir que en Chile hay al presente más ex-Ministros que en el mundo entero. Hemos tenido la proligidad de contarlos y su número llega a 83 correspondiendo 52 a los siete años posteriores a la revolución de 1891. Este continuo mudar de Ministros ha entronizado en la Moneda el desgobierno como consecuencia lógica de la anarquía parlamentaria.

La conservación del régimen metálico, que era difícil por el estado de pobreza en que se encontraba el país, que parecía imposible por los medios artificiales empleados para importar

el oro, quedó desahuciada por los mismos gobernantes desde el día en que se mostraron impotentes para hacer una política seria y en que anunciaron que la República estaba amenazada por el peligro de la guerra. El desgobierno interior y el peligro exterior se tradujeron en ingentes gastos, en retiro de capitales, en restricción del crédito europeo y, por último, en demanda creciente de letras de cambio.

Paso a paso hemos resbalado por esta pendiente que nos ha traído al conflicto lamentable y sin remedio de la pérdida del circulante metálico. Cada pieza acuñada de cinco, de diez o de veinte pesos vale, como mercadería para la exportación, a lo menos 17 5/8 peniques por peso, y en el interior, por la escasez de letras de cambio, no alcanza a valer 17 peniques. Por lo tanto el oro ha perdido su carácter de moneda y en este momento sólo es una mercadería de valor fijo, la más preciosa de las mercaderías, y todos la ocultan en sus cajas para realizarla después como todas las cosas comerciales. Los gobernantes que quisieron hacer al mismo tiempo la conversión y la guerra, que liquidaron el curso forzoso y no fueron capaces de administrar la hacienda pública con prudencia ni de aplicar correctivos a la corrupción política ni de cuidar el crédito de la República ante sus acreedores europeos, esos son los que tienen la responsabilidad de esta crisis monetaria.

Nada es más injusto que acusar a los Bancos porque ellos, en su calidad de intermediarios en la circulación de los capitales, son los primeros en sufrir los efectos de la falta de circulante. Supóngase que los Bancos no existieran y que los negocios se hubieran hecho simplemente entre las casas de comercio y los productores y consumidores nacionales. ¿Dejaría de hacerse sentir, por tal causa, la honda perturbación que en todos los hogares, en todas las industrias produce hoy la falta de circulante? Es muy peligroso extraviar el juicio público, en días tan amargos como los que atravesamos, diciendo a sabiendas lo que no es verdad y tratando de aumentar las desconfianzas, de incitar las pasiones, de exagerar el pánico contra las instituciones bancarias.

Alguien se complace en gritar por plazas y calles, en predicar desde las columnas de un diario, que la salvación está en liquidar el Banco de Chile. Con igual criterio ese liquidador podría decir que en un país que padece hambre por falta de pan, lo mejor que puede hacerse es poner fuego a los graneros que han quedado vacíos por el consumo y la exportación del trigo. Se hace muy difícil creer que esta indicación de liquidar el Banco de Chile sea formulada por un hombre sensato y de rectas intenciones. La liquidación del Banco, lejos de traer oro a Chile, obligaría a exportar el oro que hoy se halla oculto, porque ese hecho sería como una lápida puesta sobre el crédito nacional. Junto con ese resultado

tendríamos la ruina de millares de familias, la depreciación absoluta de la propiedad raíz, la liquidación desastrosa de la Caja de Crédito Hipotecario y el cortejo correspondiente de lágrimas y amarguras. ¿Podría sentirse feliz, en medio de tamañas desgracias, el capitalista afortunado, que ha remitido a Londres o que tiene en sus cofres el oro que retiró de la circulación tres años ha previendo este inevitable desastre? Para que gozase con la miseria y con los dolores de todo un pueblo, sería menester que ese capitalista no tuviese entrañas humanas.

Ayer no más anunciaban los telegramas que en el naufragio del transatlántico *Bourgogne* hubo hombres que puñal en mano se abrieron paso entre los náufragos sacrificando a las señoras y a los niños. Ese acto propio de fieras lo ejecutan algunos hombres cada vez que el peligro de la vida apaga en sus almas la luz de la razón y ahoga sus sentimientos humanos. Lo que nunca se ha visto, lo que sería una monstruosidad moral, lo que acusaría sin duda más locura que maldad, es la osadía de pedir la miseria, el hambre para todo un pueblo, simplemente porque se dispone de una gran fortuna para estar al abrigo de la ruína general. Hacer por egoísmo metálico lo que otros hacen por salvar la vida, es un acto de delirio.

———

Nuestra perdición

15 de julio, 1898.

No hay que hacerse ilusiones. El papel moneda tiene que ser en Chile lo que ha sido siempre y en todas partes: un signo de cambio sin valor fijo, un circulante que no puede exportarse, una obligación fiscal sin plazo y sin condiciones seguras de pago. Por más que los gobernantes se empeñen en adornar la nueva cuna del papel con encajes y oropeles, el papel nacerá con el pecado original de la pobreza, de la anarquía, de la corrupción política y administrativa que nos roen las entrañas.

La medida transitoria, como dice el mensaje del Ejecutivo, de dar a la circulación cincuenta millones de pesos en billetes fiscales de curso forzoso, ha de convertirse, por la fuerza de los acontecimientos, en medida perdurable, en régimen definitivo, porque corresponde, como el gusano a un cuerpo en descomposición, al estado lamentable de abandono y desorden en que vivimos desde hace muchos años. No hemos podido conservar un circulante de 18 peniques, no obstante de haber sacrificado a su servicio más de sesenta millones de pesos obtenidos por precio de salitreras fiscales vendidas y por empréstitos en el exterior. ¿Cómo imaginarse, entonces, que una nueva emisión fiscal de cincuenta millones de pesos

podrá ser transitoria y dará por resultado afianzar de un modo definitivo, en el plazo de cuatro años, el mantenimiento de la moneda metálica? ¿Se cree acaso que este nuevo papel, por obra de un milagro, tendrá más valor que el antiguo y ha de llevar en su seno un gérmen de resurrección metálica que haga innecesarios en lo futuro los sacrificios que impuso la conversión ya finada?

Habría, por cierto, un camino casi seguro para poner límites a la depreciación del papel y preparar con eficacia el restablecimiento de los pagos en metálico. Ese camino lo están señalando nuestras desgracias de los últimos dieciocho años. Ese camino es aquel que está libre de los escollos que han hecho naufragar la seriedad de nuestros gobiernos, la pureza de nuestra administración, la firmeza de nuestro crédito en los mercados europeos y hasta nuestra dignidad como Nación soberana!

Un diario de Buenos Aires, hablando de Chile y del antiguo prestigio de este país entre las repúblicas hispano-americanas, acaba de decir: «Chile—no faltará quien lo recuerde—era hasta 1879 el hermano juicioso, honesto, discreto, económico y ceñido a una pauta honorable. Sus deudas eran las que podía tener cualquier burgués decente y arreglado. Deudas ínfimas!

«Qué distinto de hoy! La guerra destruyó la antigua norma de la vida nacional. El estanque

de la riqueza pública se desbordó con los caudales introducidos de golpe en un envase que ni estaba preparado para recibirlos, ni tenía capacidad para contenerlos, y ese desbordamiento inundó al país y destruyó sus hábitos de trabajo y economía.

«Comenzó entonces un fenómeno sociológico que merece tomarse en cuenta. Los billetes extraídos del bolsillo del vencido llevaron al vencedor el contagio de las enfermedades que carcomían al despojado. Ese contagio de enfermedades morales, inoculado en el organismo chileno, ofreció sus primeros síntomas a raíz de la guerra y ha ido presentando de año en año faces mas graves y más dolorosas. Hoy el mal está en plena crisis y Chile, devorado por la fiebre bélica, con los intestinos corroídos por el derroche y el desfalco, ofrece pésimas perspectivas».

Esta descripción de nuestras desgracias es cruel, es amarga como el acíbar; pero es exacta y nos exhibe ante la América como en realidad somos: como un pueblo que se enriqueció por la suerte de las armas y que no supo hacer digno uso de la riqueza improvisada. Ahí está el origen de nuestros males. El desarrollo de ellos ha sido estimulado por la desorganización de los partidos políticos, por la codicia que mueve a estos a pelear sin tregua para adueñarse del poder, por el funesto parlamentarismo que ha hecho imposible la constitución de un Ejecutivo con prestigio, con autoridad moral, con facultades reales para ejercer

el gobierno y atender con prudencia a la administración de los intereses nacionales.

La anarquía parlamentaria se ha entronizado como el mejor sistema de gobierno. Ante ella el Presidente de la República es un funcionario casi ridículo, porque nada puede hacer sin la venia de los caudillos de cada pequeño grupo con representación en las Cámaras. Los Ministros, más desprestigiados aún que el Presidente, hacen el triste oficio de lacayos de los amigos políticos que les permiten sentarse por pocos días en sus sillones. El mismo diario de Buenos Aires dice a este respecto: «Si el señor Errázuriz no gobernara como gobierna con el concurso de todas la agrupaciones políticas, ya hubiera agotado el *stock* de hombres aptos o indicados para ocupar una cartera, pues el gabinete chileno tiene todo el aspecto de un *cinematógrafo político en que desfilan los personajes con un apresuramiento de viajeros nerviosos.*»

Los viajeros nerviosos que hoy están en la Moneda, como los que les han precedido y como los que van a seguirles, no tienen asegurado el día de mañana; por consiguiente, ellos no pueden dar al país sino buenas palabras, abundantes promesas y todo un mundo de seguridades y garantías para la segunda conversión metálica de la segunda emisión de curso forzoso. ¿Y quién cumplirá esas promesas? quién hará efectivas estas garantías? qué hombres y qué partidos habrán pasado por la Moneda desde la fecha hasta el año de

1902, que se señala como término para la circulación del nuevo papel moneda?

Ya estamos hartos de engaños y conocemos bien la vaciedad que encierran las buenas palabras de los gobernantes. Nadie podrá tener ahora la inocencia de dar fe a esa fraseología que usan todos los ministros; nadie podrá imaginarse que van a recibir cumplimiento las promesas y garantías hechas por hombres y por leyes que no tienen más estabilidad que la del viento. Si hubiera el propósito honrado de cumplir en 1902 lo que se promete en 1898, los partidos políticos podrían ponerse de acuerdo para garantir la permanencia en la Moneda, durante los cuatro años, de un gobierno formado por hombres rectos, patriotas, capaces de administrar la Hacienda pública con economía y de consolidar la paz con las repúblicas vecinas. Esta garantía de estabilidad en el gobierno, esta tregua de la lucha parlamentaria valdría, para los efectos del papel moneda, mil veces más que los oropeles y las frases del proyecto de emisión fiscal. (1).

Supóngase que un grupo de hombres proyecta embarcarse para dar la vuelta al mundo en cuatro años, en viaje de recreación y estudio. Lo primero que se exige para realizar la idea, para que cada cual entregue su vida a los embates de las olas, es la elección de un barco bien construído y de un capitán bien experto.

---

(1) Véase más adelante cómo repetidas veces se ha aplazado la Conversión y cómo se ha triplicado la emisión de papel moneda.

¿Alguien sería tan insensato para embarcarse, si le dijeran que cada viajero ha de ser capitán por turno mensual y que, sepa o no sepa navegación, se le ha de poner al frente del barco? Esta es la situación en que Chile se encuentra hoy día: se le ofrece la seguridad de hacer la vuelta al régimen metálico al cabo de cuatro años y, al propio tiempo, se le hace saber que la Moneda seguirá siendo un *cinematógrafo* para la exhibición por turno de todos los personajes políticos, grandes o chicos, negros o rojos, que abundan en Santiago como las malezas en los campos. ¿Quién pondrá confianza en el éxito de este nuevo viaje del papel moneda a la conversión metálica? ¿Quién dará crédito a promesas y garantías que corresponderá cumplir a Ministros designados por la casualidad?

Así, el funesto régimen parlamentario, por el cual se vertieron mares de sangre chilena, ha llegado a ser la gangrena que invade nuestro organismo político, que corrompe todas las instituciones y que nos condena a ser un pueblo desgraciado.

El Banco de Chile

16 *de julio*, 1898.

En la antigüedad se acostumbraba sacrificar víctimas escogidas para aplacar las iras de los dioses cada vez que una gran desgracia hacía pensar que éstos estaban enfurecidos por los pecados de los hombres. Los dioses paganos dejaron hace siglos de existir; pero las supersticiones humanas se han trasmitido de siglo en siglo, de generación en generación, y hoy mismo, en el reinado de las ciencias positivas, proceden las multitudes a impulso de pasiones y sentimientos iguales a los que movían a los hombres antiguos. En los días de sufrimiento, en las épocas de hambre, de epidemias y de crisis, siempre se busca una víctima a quien atribuír la culpa de la desgracia general y basta que alguien señale al más inocente para que todas se vuelvan contra éste, le maltraten y le ultimen.

Este fenómeno se observa ahora entre nosotros con motivo del trastorno social y económico que está produciéndose por causa de la desaparición del circulante metálico. El país entero sufre los efectos inevitables de esta situación anormal: los capitalistas, los industriales, los comerciantes sufren porque se ven en la imposibilidad de atender a sus diarias ocupaciones y están condenados a perder sumas de mayor o menor importancia

por la depreciación del circulante de papel que va a reemplazar al oro; los obreros y sus familias, que forman más de las tres cuartas partes de la población, sufren todavía más porque carecen de trabajo, porque no reciben el pago de los jormales que se les deben y porque esto es para ellos una amenaza de hambre.

Se comprende, sin esfuerzo, que el malestar común a todos los habitantes ha de hacer que cada uno indague las causas de la crisis y que procure descubrir a los culpables para sacrificarlos como víctimas expiatorias en castigo de sus faltas. Pero el pueblo es incapaz de darse cuenta exacta de lo que es el capital, el crédito, el circulante, y no puede concebir sino una cosa: que no hay trabajo para sus brazos, ni dinero para sus bolsillos, y este hecho, que para él es la miseria, le dispone a la violencia contra toda clase de personas y de instituciones.

Hay también otro gremio de personas que en estos días de pánico pierden la facultad de pensar y son capaces de los actos más absurdos. Nos referimos a los que tienen fondos depositados en los Bancos y no pueden retirarlos en oro antes que se restablezca el régimen del curso forzoso. Los depositantes olvidan todas las circunstancias que hacían precaria la vida del régimen metálico, no consideran los artificios y los expedientes de que se valió la administración pasada para implantarlo por la fuerza, no toman en cuenta la anarquía

política y el derroche fiscal que han conspirado de consuno contra la conservación de la moneda de oro; por consiguiente, no comprenden que la nueva inconvertibilidad es consecuencia fatal de causas anteriores y se irritan contra los Bancos, a quienes acusan, con manifiesta injusticia, de un desastre que estos establecimientos trataron a toda costa de evitar, porque ellos iban a ser los más perjudicados.

La irritación de los depositantes ha sido diestramente explotada por ciertos intereses que procuran, como negocio o como satisfacción de amor propio, llevar la crisis al extremo de que haya una liquidación absoluta en todo el país. Así se ha iniciado en Valparaíso, desde las columnas de El Mercurio, y se ha continuado en las capitales de provinica, una propaganda muy activa para despertar recelos contra el Banco de Chile, para engañar al público con noticias falsas sobre los negocios de esa institución y, sobre todo, para hacer creer que a ella se debe el derrumbe de la conversión metálica.

Era esto lo que faltaba para completar la iniquidad de que son autores responsables los que inventaron la desastrosa conversión a fuerza de empréstitos y de venta de salitreras. Después del inmenso daño qeu han hecho al país se atreven todavía a levantar la voz para dirigir injustos reproches al Banco de Chile que, si alguna culpa tiene, es la de haber creído que la conversión estaba bien realizada y de haber hecho cuanto esfuerzo era

humanamente posible para afianzarla y mantenerla como régimen permanente.

En efecto, el Banco de Chile ha subordinado, desde el año 1894, todas sus operaciones al próposito de allanar las dificultades que se oponían a la conversión. Es notorio que todos los Ministros de Hacienda encontraron en ese establecimiento un apoyo incondicional para el desarrollo de la política financiera fundada en las leyes de 26 de noviembre de 1892 y 11 de febrero de 1895; es sabido también que ese establecimiento estuvo siempre en contacto diario con los *banqueros privados* de la conversión y que los consejos de estos muchas veces fueron seguidos con amistosa docilidad. Como si todo esto no fuera bastante para acreditar la fe conversionista del Banco de Chile, existe también el ejemplo de la negociación que este establecimiento hizo en Londres para adquirir oro en barras por valor de cerca de cinco millones de pesos a fin de entregarlo al Fisco, como en efecto lo hizo, en canje de sus billetes retirados de la circulación por las oficinas del Estado.

Para colmo de injusticia, para enseñanza de los que creen en la gratitud humana, los autores y beneficiarios de la ley de conversión se levantan ahora contra el Banco de Chile, lo eligen como víctima expiatoria de la calamidad que aflige al país y piden que se le ponga en liquidación porque sus directores y sus gerentes no han sabido manejar el estableci-

miento en el régimen del oro. Esta campaña contra una institución de crédito que encarna la fortuna del país y que tiene vínculos estrechos con grandes Bancos europeos, es la última tentativa que se hace para dar al conflicto monetario los caracteres de una crisis absoluta y conseguir así que la propiedad raíz se deprecie hasta lo increíble y que sus actuales poseedores sean despojados por un plato de lentejas. Y todo esto ¿en beneficio de quién? Más vale no decirlo, porque da vergüenza ver tanta mezquindad en almas humanas!

Afortunadamente el Banco de Chile descansa sobre cimientos sólidos que le permiten resistir contra las asechanzas de sus encubiertos enemigos. La prudencia de sus administradores, durante la época tan difícil del régimen metálico, se pone de manifiesto con tres hechos que constan de sus balances mensuales: ha restringido la circulación de sus billetes al portador a una cifra que no pasa de 7.700,000 pesos, ha manejado sus cuentas con los Bancos que le sirven de agentes en Londres de modo que nada les adeuda y que no hay en plaza letras de cambio que puedan ser protestadas; por último, ha cuidado su cartera con severidad y la tiene al abrigo de todo riesgo con las mejores garantías que puede ofrecer la riqueza nacional.

No hay cuidado, por tanto, de que los acreedores y los accionistas del Banco de Chile pueden perder ni la más pequeña parte de sus capitales. Sucederá ahora con esta institución lo

mismo que ha pasado, en los años anteriores, con el Banco Comercial de Chile y con el Banco de Santiago. Estos dos establecimientos se vieron forzados, por causa de la restricción del circulante, a suspender sus operaciones. Hubo agitadores que movieron al público contra ellos y que trataron de producir el pánico entre sus depositantes. Sin embargo, esos dos Bancos, liquidándose en circunstancias tan adversas, han hecho cumplido honor a sus compromisos, han pagado totalmente sus deudas, y no hay depositante alguno burlado. Con mucha más razón pueden descansar tranquilos los depositantes del Banco de Chile, porque este establecimiento tiene valores de sobra para atender a toda demanda de fondos y para seguir sirviendo a su clientela tan pronto como los poderes públicos cumplan con el deber de dar solución a la crisis producida por la ocultación del circulante metálico.

Se dirá que el Banco de Chile va a pagar los depósitos, no en oro, sino en billetes de curso forzoso. Ello es cierto. También lo es que el Banco recibirá los mismos billetes en pago de sus créditos y que, lejos de obtener beneficios con la nueva inconversión, recibirá el daño de que su capital pagado y sus reservas, por valor de veintidos y medio millones de pesos, se transformen también en papel moneda. Otra sería la condición del Banco, otra su responsabilidad si, aprovechando el régimen del oro, hubiera hecho operaciones destinadas a poner fondos en Londres y a ocultar monedas

de oro en provecho de sus accionistas. Pero esto era imposible, tanto por la reconocida probidad de la administración del Banco, como por las exigencias diarias de las oficinas que tiene abiertas al público. Nada habría podido distraer de la circulación sin debilitar su caja o sin ponerse en descubierto ante sus depositantes.

Por lo demás las cifras totales del balance son bien conocidas. El Banco tiene depósitos por valor de 48.500,000 pesos, capital y reservas por 22.500,000, billetes en circulación por 7.700,000. Contra el total de 78.700,000 pesos adeudados al público y sus accionistas, tiene avances por 58.000,000, bienes raíces por 2.400,000, bonos cotizados en más de 10 millones y caja por 8.000,000 de pesos. Así se equilibran las deudas y los créditos dejando a salvo el capital del Banco, mostrando su solvencia respecto de accionistas y acreedores y haciendo ver la discreta conducta observada por sus administradores.

La opinión pública, que ha opuesto tranquila resistencia a la propaganda dañina de los que piden la liquidación del Banco de Chile, verá en las cifras que dejamos consignadas un motivo poderoso para mantener su confianza en el establecimiento y esperar, sin cuidado alguno, que ella siga siendo el resorte más eficaz de nuestro desenvolvimiento económico.

La quincena financiera

CORREO DEL VAPOR «LIGURIA.»

18 *de julio*, 1898.

Los lectores de este diario en el extranjero han podido seguir paso a paso el trabajoso desarrollo de la operación financiera llamada la conversión metálica desde su fecha inicial, en noviembre de 1892, hasta su completo fracaso en el presente mes.

Chile vivió en el régimen de curso forzoso desde el 23 de julio de 1878. En aquella época el país se encontró privado de circulante metálico porque su escasa producción agrícola y minera fué insuficiente para saldar sus cuentas con los mercados europeos y el comercio hubo de exportar monedas de oro y plata a falta de otras mercaderías nacionales. En tal conflicto el Gobierno chileno se vió forzado a declarar la inconvertibilidad de los billetes bancarios hasta la suma de diez millones de pesos.

A principios del año siguiente estalló la guerra del Pacífico y entonces se estableció a

firme el papel moneda emitiendo billetes del Estado, de circulación obligatoria, hasta la suma total de 40.000,000 de pesos. Según la ley monetaria vigente, los billetes del Estado eran una obligación, pagadera en pesos de plata de 25 gramos y nueve décimos de fino.

En honor de Chile debe recordarse que sus Gobiernos no abusaron del papel moneda. En otros pueblos, así en Europa como en América, las emisiones de billetes han sido casi ilimitadas. Por tal causa el curso forzoso ha llegado a ser una completa ruína para los capitales acumulados en el pueblo respectivo y para su crédito nacional. Por fortuna aquí nos vimos libres de ese peligro: en vez de aumentar las emisiones, los Gobiernos las disminuyeron gradualmente, de modo que en 31 de diciembre de 1890, víspera de la guerra civil, no había en circulación sino 20.000,000 de pesos.

Esta discreta moderación en el uso del papel moneda dió por resultado evitar en parte las bruscas oscilaciones del cambio internacional. Salvo raras excepciones, que pueden explicarse por causas extraordinarias, el billete mantuvo con bastante fijeza un valor correspondiente, en cada año, a nuestra producción y al precio de la plata. Por ejemplo, el año 1879 abrió con cambio de 38¾ peniques y cerró con cambio de 36½, habiendo bajado el tipo hasta 24½ en el mes de septiembre, pocos días antes de la captura del monitor peruano *Huáscar* por la escuadra chilena. En 1880

el tipo más favorable de cambio fué 36¾ peniques y el más adverso 34¼. En 1885 fluctuó entre 26 y 24 peniques. En 1887 el cambio máximo fué 26 y el mínimo 23 peniques. En 1889, por el alza del cobre y la plata, el tipo del cambio llegó hasta 29¾; descendió en seguida, por la baja de los mismos productos, a 26 peniques y continuó descendiendo, por nuestros desórdenes políticos hasta 22 peniques en enero de 1891, al verificarse el levantamiento de la escuadra contra el Presidente Balmaceda.

En trece años de régimen de curso forzoso—desde 1878 hasta 1891—el país desarrolló tranquilamente sus fuentes de producción. El crédito interno era alimentado por un circulante que correspondía a las necesidades del comercio y de la industria. El crédito exterior descansaba sobre la plena seguridad de que este país era gobernado por hombres prudentes y no estaba expuesto a revoluciones. Regía entonces como interés corriente el 6 % y los bonos hipotecarios de este tipo se colocaban en plaza muy cerca de la par. Los bonos de la deuda externa del 4½ % se cotizaban en Londres a 99½, siendo con mucho los papeles sud-americanos más acreditados.

Con la guerra civil de 1891 principia la segunda época del curzo forzoso en Chile. Urgido por los gastos militares, Balmaceda hizo una nueva emisión de 20.000,000 de pesos,

doblando así el circulante de papel moneda. Con esto y bajo la influencia revolucionaria, el billete se depreció mucho más que en los años anteriores. El tipo mínimo del cambio en aquel año fué 15½ peniques; el máximo, 22 peniques.

El triunfo de la revolución no correspondió a las promesas de sus autores, ni a las esperanzas del país. Los partidos coaligados durante la lucha se dividieron después para disputarse el ejercicio del poder con tanto encarnizamiento como se disputan el botín de la victoria los soldados que toman una ciudad por asalto. Desde aquel día ya no hubo gobierno duradero. Los grupos parlamentarios, incapaces de constituír una mayoría sólida, se ocuparon sólo en derribar Ministerios y de este modo entronizaron la anarquía a título de régimen constitucional. El Presidente de la República, lejos de poner diques a esa corriente desquiciadora del orden y opuesta a todo progreso, se dejó llevar por ella y abandonó el porvenir del país al acaso. En justicia debe recordarse que el Presidente, siendo un hombre de bien, era inhábil, por su falta de preparación, para orientarse en ese laberinto político, al cual le llevaron los partidos en la esperanza cada uno de ponerle a servicio de sus intereses.

En tales circunstancias surgió el proyecto de liquidar el curso forzoso y restablecer los pagos en metálico. El momento no podía ser más desgraciado. Los efectos de la revolución se hacían sentir con mucha intensidad, no

sólo en el órden político, sino también en el económico. El pago en Londres de grandes gastos hechos por Balmaceda y por la Junta de Gobierno produjo escasez de letras de cambio. Esta escasez se acentuó todavía más por el retiro de fuertes capitales europeos que estaban invertidos en bonos hipotecarios de Chile y que se alejaban temerosos de nuestro porvenir. El cambio descendió en 1893 al tipo nunca visto de 10 peniques por peso. Esto demostraba hasta la evidencia que el país se había empobrecido, que el saldo de sus obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros le era muy adverso y que racionalmente no podía pensarse en restablecer un circulante metálico de imposible conservación.

Sin embargo, el Presidente de la República, extraviado por sus buenas intenciones, dominado por un círculo de políticos y negociantes, puso todas las influencias del poder público a servicio de un proyecto que consistía en adquirir oro, por medio de empréstitos externos y de venta de salitreras fiscales, para acuñar monedas de buena ley y canjear los billetes de curso forzoso pagando 24 peniques por cada peso papel que en la plaza se cotizaba más o menos a 12 peniques. Lo absurdo del proyecto saltaba a la vista. Hubo hombres que levantaron su voz para combatirlo en nombre de la justicia y del buen sentido. Pero todo fué inútil: el proyecto se llevó adelante y se puso en práctica en junio de 1895, con la única modificación de reducir a 18 peniques

el tipo de la unidad monetaria destinada al canje de los billetes fiscales.

El Gobierno adeudaba 40.000,000 de pesos en billetes de curso forzoso y tomó también a su cargo los billetes emitidos por los Bancos. Para canjear todos esos billetes por oro hizo los siguientes sacrificios: consumió la plata que tenía acumulada por valor de 3.205,827 pesos fuertes de 25 gramos, vendió salitreras de propiedad fiscal por valor de 1.845,000 libras esterlinas, contrató empréstitos externos por valor de 2.149,000 libras, e invirtió el 25 por ciento de los derechos de internación y almacenaje recaudados en 1893 y 1894 o sean 9.876,775 pesos. Reduciendo todos estos valores a 18 peniques, resulta un gravamen efectivo para el Estado de 67.036,111 pesos o £ 5.000,000.

Consumada la conversión en 1895, se hizo sentir inmediatamente el efecto de la disminución del circulante. Una buena parte de los fondos acumulados por el Gobierno fué entregada al mercado en forma de letras de cambio, que sirvieron para transladar a Londres algunos capitales extranjeros que aún quedaban en Chile. El resto fué dado a la circulación en monedas de oro y de plata. Pero, como el país estaba empobrecido y desacreditado por tantas causas anteriores, la demanda de letras para pagar obligaciones en el exterior siguió siendo mayor que los recursos ordinarios de

la producción nacional y siempre hubo un tipo de cambio inferior a 18 peniques. Así, desde el primer día se vió que el oro acuñado valía más como mercadería de exportación que como moneda; a consecuencia de ello el público principió a guardarle como tesoro y algunos comerciantes le remesaron a Londres en vez de letras de cambio.

El régimen metálico, que fué impuesto artificialmente por mandato de la autoridad, quedó condenado, por la fuerza irresistible de factores económicos bien conocidos, a tener una existencia raquítica y efímera. Puede decirse que, habiendo nacido antes de tiempo, vivió agonizando como los niños que vienen prematuramente a la vida. Debe agregarse que los mismos autores de esta conversión forzada y prematura, atentaron contra ella al propio tiempo que la realizaban, declarando que el país estaba en peligro de guerra e implantando el sistema de la paz armada. A este efecto se contrató un nuevo empréstito externo de 4.000,000 de libras esterlinas, cuyo producto fué invertido totalmente en comprar armas y barcos de guerra. Adviértase que el empréstito se pidió para construír ferrocarriles y otras obras públicas, circunstancia que ha dado a Rothschild & Son motivo justo para quejarse de engaño.

Durante la vigencia del régimen metálico el interés corriente ha sido 12 %, el tipo del cambio ha fluctuado entre 17¼ y 17 5/8 peniques, la cotización de los bonos hipotecarios

del 6 % ha descendido a 75 % y la de los bonos de la deuda externa en Londres a 76 %. ¡Qué diferencias con las condiciones del mercado interno y con el crédito externo de la República, durante el régimen del curso forzoso antes de la desgraciada revolución de 1891! En aquel tiempo, de feliz memoria, el interés corriente, como ya se ha dicho, era 6% y los bonos chilenos en Londres se cotizaban a la par o a 99 %!

En fin, lo que estaba previsto ha sucedido. El régimen metálico se ha venido al suelo como un edificio levantado sin cimientos. La aventura cuesta a Chile daños inmensos. Innumerables familias han perdido sus haberes y se ven en la miseria por el alza del interés y la consiguiente depreciación de la propiedad raíz. El Estado ha consumido esterilmente 67.000,000 de pesos que pudieron emplearse con provecho en el fomento de la producción nacional o que debieron ser ahorrados para consolidar el crédito de la República. Y después de tantos sacrificios nos vemos en la necesidad absoluta de emitir 50.000,000 de pesos en billetes de curso forzoso, diez millones más que los que circulaban antes de la conversión. No hay ejemplo en la historia de una operación financiera ejecutada con tanta imprudencia y con resultados tan desastrosos. En lo sucesivo tendrá Chile la notoriedad no envidiable de ser presentado como el único pueblo que consume todos sus recursos y agota su crédito para liquidar y restablecer el curso

forzoso en el breve plazo de treinta y seis meses! El país tiene bien merecido tan duro castigo por su indolencia para dejarse dirigir por hombres sin capacidad para el gobierno y por círculos que todo lo sacrifican a sus intereses y sus pasiones.

El Congreso se ocupa actualmente en discutir la nueva ley de papel moneda. El Poder Ejecutivo ha propuesto una emisión de 50.000,000 de pesos; la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados propone que la emisión no pase de 40.000,000. Se tiene el pensamiento de fijar una fecha próxima para otra conversión metálica y de asegurar su cumplimiento con buenas garantías. La experiencia de los tres últimos años no permite poner mucha confianza en la sabiduría de nuestros legisladores, ni en el éxito de una segunda Conversión, impuesta también por mandato de la autoridad sin tomar en cuenta la pobreza del país. Este es el caso de decir como los jurisconsultos: *nos bis in idem.*

Oro y papel moneda

22 de julio, 1898.

Hay vivo deseo de impedir que se exporten las monedas de oro retiradas de la circulación. Para conseguirlo se ha resuelto exigir el pago en metálico de los derechos de interna-

ción y de la parte de los derechos de exportación que no se cobra en letras sobre Londres. Se dice que con esto el curso forzoso quedará establecido en condiciones muy favorables para evitar el alza del cambio y asegurar el restablecimiento del régimen metálico en un plazo no remoto.

Los que piensan de este modo no toman en consideración que el papel moneda, cualquiera que sea su cantidad, cualquiera que sea la solvencia del Estado emisor, carece en absoluto de valor real para el arreglo de cuentas con los mercados extranjeros. El billete de curso forzoso, aun cuando esté garantido con oro acuñado, no sirve para hacer pagos fuera del país. Estos pagos tienen que efectuarse exportando directamente productos nacionales o bien, lo que es más frecuente, remesando letras de cambio compradas a los exportadores que giran sobre dichos productos. De ello resulta que el valor relativo del papel moneda depende de la oferta y la demanda de letras, quedando entregado, sin defensa alguna, a las diarias alteraciones de estos dos factores.

Un ejemplo, que nadie habrá olvidado en Valparaíso, hace plena luz sobre este punto. En los años 1893 y 1894 había en Chile poco menos de 40.000,000 de circulante de curso forzoso. El papel moneda estaba garantido por las remesas en oro acumuladas a virtud de la ley de conversión. El canje del papel por metálico debía hacerse en fecha fija. Por consiguiente, los billetes eran documentos del

Estado pagaderos en oro el 1.º de julio de 1896 y nadie podía abrigar la más remota duda sobre la seguridad de estas obligaciones. A pesar de ello, en Valparaíso las letras de cambio a 90 días vista se vendían a 15, a 14 o a 12 peniques por peso. Esto, que a primera vista parece un contrasentido, se explica con mucha facilidad examinando el fenómeno con atención.

Los importadores, que tienen plazos determinados para pagar sus mercaderías en Europa, y el mismo Gobierno chileno, que debe pagar sin retardo el servicio semestral de sus deudas y los materiales que compra para obras públicas o para guerra, no pudiendo postergar sus remesas, pedían en plaza las letras que necesitaban para cada mala del Estrecho. Esta demanda era ciertamente mayor que la oferta; a no ser así, los giradores no habrían podido venderlas a precios cada día más altos. El cambio llegó a cotizarse el 18 de mayo de 1894 a 11¼ peniques, pagadero en billetes de valor garantido de 24 peniques. En 1893 llegó hasta 10 peniques. ¿Esta depreciación del papel moneda era resultado de un exceso de circulante, de insolvencia del Gobierno o de falta de confianza en los propósitos de éste? Nó; era simplemente la consecuencia de una demanda de letras para hacer pagos que no podía aplazarse. Si los billetes hubieran sido pagaderos a la vista por las Tesorerías fiscales o por la Legación de Chile en Londres o si los compradores de

letras hubieran tenido la libertad de aplazar sus pagos, el cambio se habría mantenido a la par de la unidad monetaria señalada para la conversión.

El ejemplo de lo ocurrido en los años a que hacemos referencia envuelve una enseñanza oportuna para los legisladores. El nuevo papel moneda correrá la misma suerte que el antiguo, si la demanda de letras vuelve a ser mayor que la oferta. Aun cuando se fije una fecha próxima para repetir la conversión, aun cuando se acumule en arcas fiscales oro bastante para el canje de los nuevos billetes, éstos habrán de quedar expuestos a una fuerte depreciación, mientras haya personas que no puedan aplazar sus pagos en Londres. Para esperar que suceda otra cosa, para creer que el papel inconvertible se cotizará a la par con el oro a virtud de tales o cuales garantías, es necesario haber borrado de la memoria hechos que todos presenciamos hace muy poco tiempo y que con justicia alarmaban al país.

Algunos piensan que la existencia simultánea de circulante de papel y circulante de oro ha de ser un dique opuesto a la depreciación de los billetes. Parece que esta idea se funda en un examen incompleto de los factores que concurren a producir los fenómenos de la circulación y del cambio. En primer lugar, debe observarse que el oro y el papel quedarán separados en dos campos que tienen deslindes bien definidos. Los billetes harán el uso de moneda corriente en las transacciones diarias

y en la generalidad de los negocios; con ellos se comprarán y se venderán todos los productos; con ellos se pagarán sueldos, jornales y alquileres; con ellos se hará el servicio de las deudas hipotecarias, se practicarán las operaciones de bolsa sobre bonos y acciones y se llevarán las cuentas en los Bancos. El oro será, al lado del papel, una mercadería de lujo cuyo uso estará restringido al pago de los derechos de Aduana y a la solución de determinadas obligaciones en que las partes hayan convenido servirse del metálico. Estas monedas de oro no harán propiamente el servicio de circulante, porque su valor real, estimado en moneda corriente, cambiará con mucha frecuencia, lo mismo que el precio del azúcar, del arroz, de los tejidos, del salitre, del trigo y de todos los productos nacionales o extranjeros que tienen mercado en el exterior.

De esta diferencia entre el papel moneda y el oro acuñado ha de resultar que el último será comprado y vendido diariamente como cualquiera otra mercadería y que, en consecuencia, tendremos en Chile, como existen en la República Argentina, las grandes operaciones de agio sobre el oro. Si antes, en la primera época del papel moneda, se lamentaba como un mal grave el agio sobre las letras de cambio, en lo sucesivo habrá de lamentarse, como un doble mal, el agio sobre el cambio y el agio sobre el oro. El comercio va a necesitar, a lo menos en cada mes, un millón de pesos

en oro para el pago de los derechos de internación y un millón y medio para lo que en esta moneda se cobrará por derechos de exportación de salitre y yodo. Con la base de una demanda cierta de dos millones y medio por mes, la expeculación tiene ancho campo para ejercitar su actividad y dar vuelo a esta inclinación tan general en los hombres a buscar fortuna por el azar.

En la República Argentina, donde hay una fuerte existencia de oro acuñado, el papel moneda, circulante legal, está sujeto a las inevitables fluctuaciones de los negocios con el extranjero. Según las costumbres de la plaza de Buenos Aires las operaciones de cambio se liquidan en oro de 48 peniques; por consiguiente, toda operación de compra y de venta de letras da lugar necesariamente a otra operación inversa de venta o de compra de oro en la Bolsa. Sucede, por esto, que el cambio sobre Londres, a 90 días vista, se cotiza entre $47\frac{3}{4}$ y $48\frac{1}{4}$, límites que no pueden ensancharse sin dar origen a la exportación o la importación de metálico. Pero, al propio tiempo, el valor del papel moneda, con el cual se compra y se vende el oro, sube o baja todos los días en la Bolsa, por la acción inevitable de la competencia que se hacen los que necesitan adquirir metálico para comprar letras o los que necesitan venderlo para convertir el producto de letras ya vendidas en la moneda corriente con que se compran los productos de exportación. De esta suerte se ve que el

cambio sobre Londres permanece inalterable, pero que la depreciación del papel moneda aumenta o disminuye según el estado de los negocios con el exterior (1). El cuadro que sigue indica el término medio del cambio sobre Londres y del premio del oro, respecto del papel, en la Bolsa de Buenos Aires, en cada uno de los seis años comprendidos entre 1891 y 1896:

	Cambio sobre Londres.	Premio del oro o depreciación del papel.
1891	48	287 %
1892	48	232 %
1893	48	224 %
1894	48	257 %
1895	48	244 %
1896	48	196 %

Debe advertirse que la emisión de curso forzoso, que era de 261.408,000 pesos en 1891, subió a 306.743,000 pesos en 1893 y bajó a 295.165,000 en 1896. En este último año, con 34 millones más de emisión que en 1891, el papel ha tenido más valor que en aquel año, porque ya se ha desarrollado en grande escala la producción agrícola que da tantos valores de exportación al país vecino. Con estos datos se ve que la coexistencia del papel moneda, como

(1) En la primera parte de este libro se ha dado cuenta de que en la República Argentina el peso de papel moneda tiene hoy un valor fijo de 44 centavos oro de 48 peniques sostenido desde hace 14 años por la Caja de Conversión.

circulante legal, y del oro, como moneda especial para ciertos negocios, no es en modo alguno una traba para la depreciación de los billetes de curso forzoso.

Ya que a la República Argentina nos referimos, aprovecharemos la ocasión para rectificar un error, dominante entre nosotros, sobre la moneda con que se pagan los derechos de Aduana en aquel país. La tarifa de avalúos está formada en pesos de 48 peniques y el arancel establece los derechos con relación a esos valores. Sin embargo, el pago del impuesto no se hace forzosamente en oro, pues las Aduanas admiten metálico o su equivalente en papel. No conocemos el texto de la ley que autoriza este procedimiento; pero el señor Latzina, Director General de la Estadística Argentina, lo afirma así en el último Anuario correspondiente al año 1896. En la página 49, del segundo tomo, se lee lo que sigue: «Desde el mes de mayo de 1890 hasta enero de 1891 se cobraban los derechos aduaneros mitad a papel y mitad a oro. De 1891 en adelante, todos los derechos aduaneros se cobran a oro pudiendo pagarse por su equivalente en papel, *lo cual se verifica en la enorme mayoría de las importaciones*. Es claro que, por razones de homogeneidad, he reducido todas las cifras que se relacionan con el papel o sus equivalencias en oro.»

Nueva conversión a fecha fija

28 *de julio*, 1898.

Con la idea de impedir la depreciación del papel moneda se han adoptado en el proyecto de ley de curso forzoso dos medidas que están en pugna con la ciencia económica y con los resultados de la costosa prueba hecha en Chile durante los últimos seis años. La primera medida consiste en establecer fecha fija para la nueva conversión de los billetes fiscales; la segunda, en exigir el pago en monedas de oro de los derechos de internación y almacenaje y de la parte de derechos de exportación que no se cobra en letras sobre Londres.

Establecer fecha fija para la nueva conversión es una reincidencia en el error fundamental del sistema adoptado y puesto en práctica por las leyes de 26 de noviembre de 1892 y 11 de febrero de 1895. Nadie pone en duda que es posible canjear los billetes por oro tan pronto como el Estado tiene disponible un fondo metálico igual a la suma de la emisión. Pero nadie tampoco ha de negar, después de la dolorosa experiencia que acaba de realizarse, que es imposible asegurar la permanencia del oro como moneda mientras la pobreza y el descrédito del país le mantienen en la condición

de deudor respecto de los mercados extranjeros.

Convertir el billete en oro es un acto muy sencillo, cuya ejecución sólo depende de la voluntad y los recursos del Estado. Mantener el régimen metálico es un problema muy complejo que no se resuelve por obra de Ministros y de Congresos, sino por la libre acción de los factores, siempre variables, que a un país le dan recursos o le imponen pagos en el exterior.

Siendo los recursos mayores que los pagos, queda un saldo a favor del país en los mercados extranjeros y dicho saldo puede exigirse en metálico. Siendo los pagos mayores que los recursos, el país se encuentra con saldo adverso y para cancelarlo tiene que exportar monedas como mercadería. En el régimen metálico el cobro de los saldos al Haber y el pago de los saldos al Debe dan lugar en cada país a la importación y exportación de numerario. En el régimen del curso forzoso, el cobro o el pago de esos saldos hacen subir o bajar el valor relativo del papel moneda mediante la oferta y la demanda de letras de cambio.

Sucede, por esto, que un país pobre y endeudado pierde fatalmente su circulante metálico y que el papel moneda, por limitada que sea su cantidad, por eficaces que sean sus garantías, sufre una depreciación más o menos intensa a medida que la demanda de letras es mayor que la oferta. Por la misma

razón se observa también que, si el país robustece sus fuerzas productoras, disminuye sus consumos o mejora su crédito, el papel moneda gana gradualmente de valor hasta ponerse a la par de la unidad monetaria y permitir la importación de metálico, aun cuando el Gobierno no haya dictado leyes de conversión, ni acumulado reservas para el canje de los billetes.

En la época comprendida entre 1887 y 1889 aun no se había inventado en Chile el procedimiento conversionista. Entonces regía una ley que ordenaba acumular pesos fuertes o pastas de plata y amortizar papel moneda incinerando mensualmente cien mil pesos en billetes hasta reducir a 18.000,000 la emisión, que apenas llegaba a 22.000,000 de pesos.

En aquel tiempo el precio del cobre subió de 43 libras la tonelada hasta 102 libras. La plata y el salitre también estuvieron de alza. Al propio tiempo se realizaron en Londres muy valiosas negociaciones salitreras, que dieron al mercado de Valparaíso letras de cambio por valor aproximado de un millón de libras esterlinas. Este conjunto de circunstancias favorables alteró los factores del cambio internacional e hizo que la oferta de letras fuese mayor que la demanda.

De ello dan testimonio las siguientes cotizaciones del cambio y del cobre:

			Cambio	Cobre
1887	Oct.	28	$25\frac{1}{8}$	£ 43
	Nov.	25	$25\frac{1}{8}$	49.5
	Dic.	23	$26\frac{5}{8}$	83.5
1888	Enero	20	$25\frac{7}{8}$	85
	Feb.	17	$25\frac{7}{8}$	75.5
	Marzo	16	$26\frac{1}{4}$	81
	Abril	13	$26\frac{3}{16}$	80
	Mayo	11	$25\frac{15}{16}$	82.5
	Junio	8	26	81
	Julio	6	$26\frac{1}{8}$	81.5
	Ag.	3	$26\frac{15}{16}$	81
	Sept.	14	$26\frac{7}{8}$	102
	Oct.	12	27	82.10
	Nov.	9	$28\frac{3}{4}$	78.5
	Dic.	7	$28\frac{7}{8}$	77.10
1889	Enero	4	$29\frac{1}{8}$	77.5
	Feb.	1	$29\frac{3}{4}$	77.10
	Marzo	1	$29\frac{9}{16}$	77.15
	Abril	12	$26\frac{1}{2}$	39
	Mayo	10	$26\frac{1}{8}$	39.7
	Junio	7	$25\frac{7}{8}$	39.18
	Julio	5	$25\frac{1}{8}$	41
	Ag.	2	$24\frac{7}{8}$	40
	Ag.	30	$25\frac{5}{8}$	41.15
	Set.	13	$25\frac{7}{16}$	41.10
	Oct.	11	$25\frac{5}{8}$	42.10
	Nov.	8	$25\frac{3}{8}$	44.15
	Dic.	6	$25\frac{1}{2}$	48

El cambio, que era de 25⅛ por peso en octubre de 1887 mejoró hasta llegar a 29¾ en febrero de 1889, sin intervención alguna del Gobierno o del Congreso, por el sólo hecho de haber aumentado el valor de nuestros productos de exportación y de haberse trasladado a Chile el precio de venta de algunos terrenos salitreros. En otros términos la oferta de letras aumentó sin que aumentara la demanda y esto hizo subir el cambio. Este mismo fenómeno se está produciendo ahora por causas análogas en la República Argentina. El valor relativo del billete, que había bajado de diez peniques, ha subido poco a poco hasta 18 peniques, aun cuando el Gobierno ha declarado que no decretará la conversión metálica. Esto sucede simplemente porque los productos de la ganadería y la agricultura argentina van en progresivo aumento y ofrecen cada año más valores a la exportación. Por la inversa, en Chile pudo observarse, después de la guerra civil, que, a pesar de las leyes de conversión, de las acumulaciones de oro y de la fecha fija para el canje de los billetes, el valor de éstos bajaba sin cesar por la influencia irresistible de una demanda de letras superior en ese momento a los recursos de la exportación y del crédito. El cambio tuvo las siguientes cotizaciones después de dictada la ley de conversión que prometía pagar 24 peniques por peso el día 1.º de julio de 1896 y que arbitraba recursos completamente seguros para efectuar dicho pago:

1892			1894		
Dic.	16	18½	Enero	26	13½
	1893		Feb.	23	12¾
Enero	27	17⅜	Marzo	21	13
Feb.	24	16¼	Abril	20	12⅜
Marzo	24	16⅝	Mayo	18	11¼
Abril	21	15⅜	Junio	28	11¾
Mayo	19	13⅞	Julio	17	12
Junio	30	15½	Ag.	24	11⅞
Julio	28	15¾	Sept.	21	11½
Agos.	25	15¼	Oct.	25	13
Sept.	22	15¼	Nov.	16	14
Oct.	29	14	Dic.	31	13¾
Nov.	17	13⅞			
Dic.	15	12¼			

Cuando el billete se cotizaba en la plaza a 13¾ peniques se dictó la ley de febrero de 1895 que ordenó canjearlo por oro a 18 peniques. La fuerte depreciación del papel estaba indicando a las claras que el país no podría conservar el circulante metálico, puesto que sus propios productos eran insuficientes para pagar sus obligaciones en el exterior. Sin embargo, el Gobierno y el Congreso creyeron, con la fe del carbonero, que había de operarse el milagro de enriquecer a Chile por un mandato legislativo y consumaron, en hora desgraciada, la operación financiera más absurda de que hay ejemplo en la historia.

El Ministro de Hacienda, don Manuel Salustio Fernández, tenía tal confianza en el buen éxito de aquella increíble aventura que no vaciló en escribir en la Memoria de 1895 estas candorosas palabras: « *Creemos que pocas nacio-* « *nes habrán logrado abolir el curso forzoso y* « *retirar el papel moneda con menores sacrificios* « *que Chile, sin gravar nuestro crédito ni com-* « *prometer el porvenir.*»

Hoy, en medio de la catástrofe, cuando nos vemos en la miseria, cuando lamentamos la pérdida de setenta millones malbaratados en la conversión, cuando la crisis por falta de circulante tiene en liquidacion ruinosa todos los valores, cuando ha sido forzoso restablecer el papel moneda, estas palabras del Ministro que promulgó y puso en práctica la ley de 11 de febrero de 1895, tienen el amargo sabor de un sarcasmo. Parece que con ellas se hubiera querido hacer más dura la desgracia de este país agregando la burla al sufrimiento!

Pero en justicia debe reconocerse que hay otros gobernantes y legisladores más candorosos aún que el Ministro de Hacienda de 1895. Aquel funcionario pudo engañarse por falta de estudio, pudo ser extraviado por una falsa apreciación de nuestro estado económico, pudo ser víctima del amor propio que le aconsejaba unir su nombre a una obra que le parecía gloriosa. Ninguna de estas escusas pueden alegar los que, despreciando la experiencia desastrosa de la pasada conversión, se empeñan al presente en repetir la misma

aventura y tienen el capricho de decretar otra vez una fecha fija para hacer el canje de los billetes por oro.

Bien está que se formen reservas metálicas; justo es que se tomen precauciones razonables para limitar las emisiones de papel moneda. Lo primero servirá para obligar a los poderes públicos a proceder como todo hombre de mediana prudencia que se impone privaciones y capitaliza por el ahorro para tener recursos en los días de mala fortuna. Lo segundo hará ver que el curso forzoso no se restablece como régimen permanente, sino como arbitrio transitorio mientras el país restaura sus fuerzas quebrantadas.

Lo que no se comprende es la porfiada obstinación en decretar fecha fija para el canje de los billetes por oro, a sabiendas de que con ello se ofrecerá estímulo a las más odiosas expeculaciones y se producirá una segunda crisis como la actual. El oro ha desaparecido de la circulación porque vale más como mercadería que como moneda. El billete fiscal, que viene a reemplazarlo, nacerá por consiguiente depreciado y seguirá depreciándose mientras no se modifique, en favor nuestro, el saldo de nuestras cuentas con el exterior. Decretada la fecha fija para la nueva conversión, volveremos a encontrarnos en el conflicto en que hoy estamos: el Estado habrá pagado 18 peniques por cada peso cotizado en la plaza a 12 peniques o menos; la expeculación habrá hecho muy lucrativos negocios; el país habrá

perdido el oro gastado en el canje y, por tercera vez, se habrá decretado el curso forzoso.

Ante tales espectativas, un honorable senador ha podido decir: «Hoy volvemos al «régimen fiduciario en condiciones mil veces «inferiores a aquellas en que se operara su «reemplazo por la moneda metálica; volvemos «con un Fisco pobre y mendicante en vez «de un Estado floreciente y rico, y con un «país deliberadamente arruinado, en vez de «un país en pleno vigor y prosperidad. «¡Quiera Dios, que preside los destinos de «la patria, que, al dictar la nueva ley, nos «aprovechen las lecciones de la experiencia «y del sufrimiento!»

Nueva ley de curso forzoso y de conversión

A pesar de las lecciones de una experiencia tan costosa para el erario nacional, que perdió varios millones de libras esterlinas, y tan dura para el país, que vivió tres años en régimen de liquidación violenta de todos los valores, los poderes públicos, al restablecer el curso forzoso, en agosto de 1898, persistieron en el error de decretar fecha fija para una segunda conversión a 18 peniques y declararon que ésta se realizaría el 1.º de enero de 1902.

Eso no era propio de la seriedad que un Gobierno debe poner en todos sus actos, pues empeñaba la fe de la nación a sabiendas de que no podria cumplirse lo prometido. Hemos llegado, en efecto, a 1913 y la promesa de nueva conversión metálica no vale hoy más que en 1898. Los mismos poderes públicos, en vez de preparar el restablecimiento de los pagos en metálico, lo han alejado de un modo indefinido haciendo nuevas emisiones de papel moneda por valor de cien millones de pesos y considerando, en la formación de los presupuestos, el premio del oro como renta normal del erario para atender a los gastos generales de la administración nacional.

Insertamos a continuación la parte pertinente de las leyes sobre curso forzoso dictadas desde 1898 hasta el presente.

EMISIÓN DE 50.000,000 DE PESOS EN BILLETES.

Santiago, 31 de julio de 1898.

Art. 1.º Se autoriza al Presidente de la República, por el término de un año, para emitir hasta cincuenta millones de pesos en billetes fiscales de curso forzoso, pagaderos en pesos de 18 peniques, comprendiéndose en esta suma las emisiones bancarias.

Estos billetes servirán para solucionar todas las obligaciones con las solas excepciones siguientes:

1.º Las obligaciones contraídas o que se contraigan expresamente en moneda de oro o plata nacional o extranjera en conformidad a la ley de 10 de septiembre de 1892, sean exigibles en la moneda convenida.

2.º Los derechos de internación y almacenaje se pagarán en moneda de oro de 18 peniques por peso o en libras esterlinas por su valor legal.

3.º Los derechos de exportación se pagarán en moneda de oro y en letras sobre Londres, con arreglo al Art. 11 de la ley Núm. 980, de 23 de diciembre de 1897.

Art. 2.º Autorízase, por el termino de un año, al Presidente de la República depositar al 2 % anual y con garantías suficientes, hasta la totalidad de la emisión en los Bancos de depósitos o descuentos que se sujeten a la ley de 23 de julio de 1860.

Los depósitos se harán en proporción al capital pagado de los Bancos y a los plazos que fije el Presidente de la República.

Art. 3.º La emisión bancaria que existe en la actualidad se declara fiscal. Los Bancos emisores pagarán al Fisco esta emisión, por terceras partes, en el término de tres años y, a medida que hagan el pago, se les devolverán las garantías que tienen constituídas y que continuarán afectas al crédito fiscal.

Los Bancos no podrán emitir billetes mientras subsista el curso forzoso de los billetes fiscales.

Art. 4.º De las rentas de Aduana se tomará anualmente, desde el 1.º de junio de 1899, para formar el fondo de conversión, diez millones de pesos oro, sin perjuicio de la suma que en cada año destine a este objeto la ley de Presupuestos de gastos públicos, que serán invertidos exclusivamente en bonos o valores extranjeros de primera clase que determinará el Presidente de la República.

Desde el 1.º de enero de 1902 el Estado pagará el papel moneda con igual cantidad nominal de pesos de oro de 18 peniques.—FEDERICO ERRÁZURIZ.—*Rafael Sotomayor.*

PRIMER APLAZAMIENTO

Santiago, 31 *de diciembre de* 1901.

Art. 1.º Se aplaza hasta el 1.º de enero de 1905 la fecha señalada por la ley Núm. 1,054, de 31 de julio de 1898, para iniciar la conversión metálica.

El fondo de conversión en oro continuará depositado en la Casa de Moneda, afecto exclusivamente al pago de los billetes fiscales.

Se acrecentará anualmente este fondo con la suma de cinco millones de pesos en oro de 18 peniques, tomados en letras sobre Londres del producto de los derechos de exportación del salitre y yodo.

.....

GERMÁN RIESCO.—*Enrique Villegas.*

SEGUNDO APLAZAMIENTO

NUEVA EMISIÓN DE 30.000,000 DE PESOS EN BILLETES DE CURSO FORZOSO.

Santiago, 29 de diciembre de 1904.

Art. 1.º Se posterga el plazo fijado por las leyes de 31 de julio de 1898 y de 31 de diciembre de 1901, para la conversión del papel fiscal, hasta el 1.º de enero de 1910; pero si antes de esta fecha el término medio del cambio internacional hubiese sido durante seis meses de $17\frac{9}{16}$ peniques, el Presidente de la República dispondrá que la conversión se lleve a efecto dentro de los seis meses siguientes, siempre que hubiese los fondos necesarios para ello.

Art. 2.º Auméntase en 30.000,000 de pesos la emisión de billetes de curso forzoso autorizada por la ley Núm. 1,054, de 31 de julio de 1898.—GERMÁN RIESCO.—*Ernesto A. Hübner.*

NUEVA EMISION DE 40.000,000 DE PESOS EN BILLETES DE CURSO FORZOSO.

Santiago, 23 de mayo de 1906.

Art. 1.º Dentro de los 30 días siguientes a la promulgación de la presente ley el Presidente

de la República emitirá 40.000,000 de pesos en billetes fiscales de curso legal.—GERMÁN RIESCO.—*Joaquín Prieto.*

NUEVA EMISIÓN DE 30.000,000 DE PESOS EN BILLETES DE CURSO FORZOSO.

CAJA DE EMISIÓN A 18 PENIQUES

EMPRÉSTITO PARA LA CONVERSIÓN

Santiago. 27 de agosto de 1907.

Art. 2.º La Oficina de Emisión entregará billetes fiscales de curso legal, en la proporción de un peso por cada 18 peniques, por los depósitos que se le hagan en oro sellado, en conformidad a los Arts. 10 y 20 de la ley Núm. 277 de 11 de febrero de 1895, o de certificados que acrediten que ese oro se ha depositado en Londres a la orden y a satisfacción del Gobierno de Chile.

Art. 14. El Presidente de la República emitirá, en el término de treinta días, 30 millones de pesos en billetes de curso legal.

. . . . . .

Art. 15.º Autorízase al Presidente de la República, hasta el 1.º de enero de 1910, para contratar un empréstito exterior, cuyo pro-

ducido sea de 1.500,000 libras esterlinas y gane un interés máximo de 5 % al año y una amortización acumulativa, también anual, hasta de 1 %.

El producido de este empréstito se destinará exclusivamente a garantir el papel moneda emitido por el Estado.—PEDRO MONTT.—*Guillermo Subercaseaux.*

TERCER APLAZAMIENTO

Santiago, 30 *de agosto de* 1809.

Art. 1.º Se posterga el plazo fijado por la ley de 29 de diciembre de 1904 para la conversión del papel moneda de curso forzoso hasta el 1.º de enero de 1915.

. . . . . .

PEDRO MONTT.—*Agustín Edwards.*

CAJA DE EMISIÓN A 12 PENIQUES

Santiago, 11 *de mayo de* 1912.

Art. 1.º Desde la promulgación de la presente ley, la Oficina de Emisión entregará a los Bancos nacionales o extranjeros, establecidos en el país, billetes de curso legal, en la proporción fija de un peso por cada 12

peniques, en cambio de los depósitos en oro que hagan en la Tesorería Fiscal de Santiago o en la Tesorería de Chile en Londres.

. . . . . .

. . . . . .

Al hacer los depósitos los Bancos recibirán un certificado nominativo que deberán devolver al exigir el canje de los billetes por el oro correspondiente, el cual les será restituído en la Tesorería en que se hubiere efectuado el depósito.

. . . . . .

—Ramón Barros Luco.—*Pedro N. Montenegro.*

Porvenir del Salitre

Porvenir del Salitre

I

Los hombres de estado deben tener sus miradas fijas en el porvenir. A ellos corresponde considerar que la vida de los pueblos es de duración indefinida y que hay gran diferencia entre los intereses individuales, de carácter transitorio, y los intereses sociales, de carácter permanente.

Los habitantes de cada país cuidan sus propios intereses y sólo extienden su previsión al breve término de su existencia y de la de sus hijos. Los hombres que gobiernan al país están obligados a mirar más alto y más lejos: deben amoldar todos sus actos a la doble necesidad de organizar bien la administración pública en el presente y de asegurar la prosperidad nacional en lo futuro.

Faltan a la fe jurada, traicionan la confianza de su país los gobernantes que viven como cualquier vecino con el pensamiento pequeñito de la tarea diaria, que no miden a toda hora en el fondo de la conciencia sus

responsibilidades ante la historia, que por egoísmo, por pereza o por falta de aptitudes dejan pasar el tiempo olvidando que de su inercia o de su acción, de sus errores o de sus aciertos han de nacer resultados adversos o favorables para la patria hasta una época muy remota. En verdad carece de Gobierno el país que no tiene a su cabeza hombres capaces de mirar un siglo hacia adelante!

La exportación total de Chile en el año 1911 fué avaluada por las Aduanas en 330.621,159 pesos oro de 18 peniques, según el siguiente detalle tomado de la Estadística Oficial.

	Oro de 18 d.	
Productos animales ..	$ 21.010,053	
Productos vegetales ..	14.470,375	
Salitre y yodo	267.789,960	
Otros minerales	26.684,719	
Productos varios	666,052	
	$ 330.621,159	£ 24.800,000

Por consiguiente, en el total de la exportación correspondió 81% al salitre y a su producto accesorio, el yodo, con valor este último de 5.140,484 pesos.

La renta total del Gobierno de Chile, en el mismo año 1911, ascendió a 101.631,976 pesos moneda corriente de curso forzoso y a

81.611,323 pesos oro de 18 peniques. (1). Reduciendo estas cifras a libras esterlinas, al cambio de 10 peniques para la moneda corriente, resulta un total de £ 10.657,000 según el siguiente detalle:

		m/c.	
Internación	$	87.276,890	
Timbre y papel sellado		4.413,144	
Alcoholes		3.182,758	
Tabacos		4.273,412	
Compañías de Seguros		506,789	
Varios		1.978,789	
	$	101.631,976	£ 4.236,000
		Oro de 18 d.	
Exportación	$	83.519,105	
Consulados.....		1.442,173	
Varios.....		650,045	
	$	85.611,323	£ 6.421,000
Total general			£ 10.657,000

(1) Anuario Estadístico de la República de Chile. Hacienda, 1913.

El salitre y yodo contribuyeron a la renta por derechos de exportación con 83.519,105 pesos oro de 18 peniques o sea con £ 6.264,000. Por consiguiente, en el total de las rentas fiscales de Chile correspondió al salitre 58%. Obsérvese que el salitre, alimentador del presupuesto del Estado, da origen en gran parte a los consumos de mercaderías importadas y que, por tanto, del salitre depende también el 60 % aproximadamente del impuesto de internación. Obsérvese además que la región salitrera consume los productos de la región agrícola y que todo aumento en la exportación de salitre significa un aumento proporcional en la demanda de forraje para los animales y de harina, frejoles, papas, frutas, vinos y toda clase de artículos de consumo personal para los obreros. La producción agrícola chilena tiene su gran mercado en las provincias del norte y allá se transforma en salitre para la exportación al amparo de los derechos de aduana.

Las cifras anteriores manifiestan que el salitre es la base fundamental de las obligaciones recíprocas de Chile con los mercados del mundo y también la de su agricultura, la de su administración interna, de su seguridad externa y de su progreso en lo futuro. Esto quiere decir, y lo comprende a primera vista toda persona de mediano juicio, que los gobernantes de Chile están obligados por estricto deber a no ejecutar acto alguno que

imponga nuevos gastos y que comprometa al país para más tarde sin tener ante sus ojos informaciones exactas o, al menos, muy prolijas sobre la duración probable de los yacimientos salitreros.

Si estos fuesen inagotables Chile habría encontrado lo que no existe sino en los cuentos de hadas, tendría más tesoros que los encerrados en la famosa cueva de Alí Babá de la leyenda árabe y sus gobernantes podrían entregarse sin remordimientos, no sólo a la inercia estéril de los que no piensan, sino también a la fantástica prodigalidad de los que padecen el delirio de las grandezas.

El impuesto sobre la exportación de salitre tiene por base el hecho casual de poseer Chile el monopolio de producción de este abono tan necesario a la agricultura del mundo. Bastaría que se le encontrase en otro país o que otros abonos naturales o artificiales con base de ázoe pudieran ofrecerse en más abundancia y a más bajo precio que el salitre, para que el Gobierno de Chile se viera forzado a disminuír el impuesto, hasta suprimirle talvez, para no hacer imposible esta industria que ocupa varios miles de operarios, que consume en gran cantidad los productos de nuestra agricultura y que da el retorno principal para nuestros cambios con los mercados extranjeros. Además, como el salitre no se reproduce, con la explotación de sus depósitos va dismi-

nuyendo sin cesar la existencia y ha de llegar un día, por remoto que sea, en que ésta quede agotada de un modo absoluto.

II

El ingeniero don Alejandro Bertrand, en su informe oficial sobre la *Condición de la propiedad salitrera de Chile*, presentado al Gobierno en septiembre de 1892, dijo:

«Siguiendo este natural desarrollo de la explotación, ocurre lógicamente averiguar con qué existencia de caliches se podría contar para el porvenir. Se han hecho acerca de este punto muchas y muy variadas apreciaciones y cálculos, como hemos tenido ocasión de citarlo; esas apreciaciones han sido tomadas en cuenta por el ingeniero belga Mr. Legrand, en un estudio sobre este asunto publicado en el MONITEUR DES INTERETS MATERIELS, cuyas conclusiones concuerdan, en cuanto es posible esperar en materia tan hipotética, con nuestros propios informes. Unos y otros pueden resumirse así:

«Los terrenos salitreros explotados hasta la fecha ocupan una superficie aproximada de 2,000 estacas peruanas (de 200 varas por costado), de las cuales se han extraído unos *doscientos millones de quintales de salitre.*

«Los terrenos no explotados, tanto de particulares como del Estado o baldíos, no ocupan, según las apreciaciones más modestas, menos de 30,000 estacas útiles, lo cual equivaldría a una existencia en calicheras de *tres mil millones de quintales españoles* de salitre, los que, según la ley probable del consumo, podrían ser exportados dentro de los próximos *treinta o cuarenta años.*»

En 1894 interrogamos al señor Bertrand sobre este asunto para saber si sus apreciaciones podían ser estimadas como definitivas o si debían ser rectificadas. En respuesta nos escribió confirmando la exactitud de su cálculo y nos dijo: «La cifra de *treinta a cuarenta años* puede considerarse como término medio y puedo agregar que personas experimentadas han corroborado esta apreciación.» Nosotros dimos publicidad a esas informaciones, que parecían dignas de crédito por la firma que las autorizaba, y desde entonces ha dominado fuera de Chile un criterio pesimista sobre la duración del salitre. Esto ha influído no poco en la organización de empresas industriales para producir ázoe. La información oficial chilena de que los depósitos de salitre quedarían agotados en 40 años, a contar desde 1892, era el anuncio de un grave peligro para la agricultura europea y natural fué que se buscase el modo de conjurarlo. Así lo reconoce ahora el señor Bertrand sin recordar que la autoridad de su firma hizo valedera aquella información.

Más tarde se ha visto que el cálculo del señor Bertrand era errado, pues, al hacerlo, no pudo tomar en cuenta toda la superficie ocupada por los depósitos de salitre. Ese cálculo, hecho sobre los terrenos salitreros que entonces eran conocidos, quedó anulado, sin valor alguno, luego que se comprobó que había otros terrenos explotables con superficie mayor que la mensurada hasta 1892.

El mismo señor Bertrand, agente oficial hoy para la inspección de los servicios de propaganda salitrera en Europa, formula en publicacion reciente (1) esta pregunta: ¿«Se ha hecho alguna avaluación pericial y completa, en cantidad y calidad, del salitre explotable que existe en la zona salitrera de Chile?» y dice en seguida: «Excusado parece advertir que, sin un avalúo de este carácter, no se podría asentar sobre bases estables, ni una reorganización de la industria, ni una reforma del impuesto, desde que ambas cosas deberían ser proporcionadas a la duración y a espectativas del negocio.»

La *Memoria del Delegado Fiscal de Salitreras* correspondiente a 1908 afirma que «los terrenos mensurados hasta la fecha deben producir, con los sistemas actualmente en uso, la cantidad mínima e indiscutible de 222.000,000 de toneladas o 4,843.000,000 de quintales españoles de salitre y que los terrenos sali-

(1) A. Bertrand.—La crisis Salitrera, (1910) París. Louis Michaud, editor.

trales desconocidos son mucho más que los entregados a la industria.» Comentando la información que precede, el señor Bertrand dice: «Esta cifra, según las espectativas del consumo en el porvenir, nos llevaría hasta los alrededores del año 2,000.... Si realmente resultara que tenemos en existencia la materia prima capaz de asegurar la vida a la industria salitrera y a nuestra principal renta fiscal por más de un siglo; si resultara que por falta de haberle sabido dar una organización correspondiente a su importancia y duración, esa industria había pasado de crisis en crisis y que el provecho mismo que el Estado sacaba de ella había sido el instrumento de su ruina; si eso resultara, decimos, ¿qué juicio merecerían de la posteridad las clases directoras de la actual generación, al convencerse de que habíamos mantenido ignorada o por lo menos sin valorizarla en una forma que fuera conducente a su explotación racional esa enorme fuente de riqueza?»

III

Se ve, pues, que hay todavía mucha ambigüedad sobre la existencia y duración del salitre explotable; pero las noticias ciertas de hoy corrigen el pesimismo exagerado de 1892 y autorizan para alimentar la esperanza

de que esa riqueza no se agote antes que llegue a su término el siglo actual. Las investigaciones y estudios en el terreno deben llevarse adelante con actividad para aclarar todo lo que al presente sea dudoso u obscuro a ese respecto. El peligro que siempre queda en pie, más grave acaso ahora que en aquel tiempo, es el de la competencia de otros abonos naturales o artificiales.

Se indica como recursos para resistir y vencer a los competidores del salitre la reorganización de la industria en sus relaciones con los mercados consumidores y la rebaja del impuesto de exportación. Lo primero es recomendable en todo sentido, especialmente en cuanto se trate de concentrar las ventas de salitre y de poner en contacto más directo a los productores y los consumidores apartando expeculaciones que dañan a unos y a otros, eliminando intermediarios que cobran gruesas comisiones y evitando fletes que recargan con exceso el costo del producto en algunos mercados de consumo. Lo segundo, la rebaja del impuesto, habría que aceptarlo en caso de ser inevitable; pero no puede pensarse en ello con corazón ligero porque traería consecuencias de suma gravedad para nuestro régimen fiscal y para todos los servicios administrativos y de defensa nacional.

Hay otros recursos que poner en juego para resguardo de la riqueza del salitre en el futuro, recursos que producirían tres efectos al propio tiempo: hacer más barata la elabora-

ción; estimular el consumo por la baja del precio de venta; aumentar la existencia de salitre en todos los terrenos, aun en los ya agotados, por el beneficio de caliches de baja ley y de ripios que hoy carecen de valor,—y todo esto sin rebajar el impuesto de exportación.

La primera necesidad de la industria salitrera, la que ha debido ser estudiada de preferencia por los gobernantes y por los funcionarios técnicos, es el perfeccionamiento de los métodos de beneficios a fin de producir salitre con menos costo y de aprovechar en gran parte lo que hoy queda perdido en los residuos de cada máquina de elaboración. El Estado es socio industrial de todos los salitreros, es socio permanente, y en tal carácter tiene un interés inmediato muy superior al de todos ellos juntos en despejar de sombras y de peligros el porvenir de la industria. Corresponde así al Estado hacer cuanto gasto y cuanto trabajo sean eficaces para inducir a los salitreros a buscar el aprovechamiento de los ripios y para instalar una oficina experimental, a cargo de hombres de gran ciencia que se ocupen sin reposo en el estudio práctico de procedimientos de beneficio superiores a los actuales.

En los ripios queda perdido al presente el 30 % a lo menos de la ley de salitre de los caliches elaborados. Ofrézcase una prima halagadora o una rebaja excepcional del impuesto para el salitre que se extraiga de

antiguos ripios, estableciendo escala según las leyes que se aprovechen, y no tardará en surgir, por iniciativa de los actuales productores, algo que sea un progreso positivo para la industria. Juntamente con eso procédase a establecer una oficina que sea laboratorio científico para estudios permanentes y no será difícil dotarla de un personal superior escogido entre lo mejor del mundo e interesado por honra y por negocio en resolver el problema de un beneficio más perfecto del salitre en condiciones económicas.

Hubo época en que Chile era productor de las dos terceras partes del cobre que se consumía en el mundo. Se explotaban entonces ricos minerales de muy altas leyes. Agotados éstos, la producción disminuyó en Chile y fué perdido para nuestro país el aumento asombroso del consumo de cobre en el mundo. Ahora principian entre nosotros explotaciones de cobre instaladas por empresas norteamericanas para beneficiar minerales de 1½% y tratar hasta diez mil toneladas diarias, cosas que habrían parecido inverosímiles a nuestros antiguos mineros.

¿Quién dirá que no ha de suceder lo mismo con el salitre? Día ha de llegar en que se beneficie el caliche de baja ley que hoy no tiene valor industrial y a este fin debe dirigir sus constantes esfuerzos el Gobierno para conservar su renta y aumentarla y para dar amparo a todos los intereses nacionales vinculados a la industria salitrera. Conseguir que

sean aprovechables los ripios y los caliches pobres, perdidos al presente, significaría tanto como recuperar en gran parte el salitre consumido en los treinta años anteriores. Eso importaría también corregir, hasta cierto punto, la imprevisión con que se ha gastado la renta, porque daría a ésta más solidez y más duración.

Observaremos además que la mejor obra de propaganda para aumentar el consumo de salitre consistirá en bajar el precio de venta en todos los mercados y, que esto no podrá hacerse sin sacrificio del productor y sin rebaja general del impuesto, sino después que la elaboración sea más barata y que se pierda menos ley en los ripios. No hay industria alguna practicada en grande escala que no tenga, junto con sus talleres de producción, su departamento o su laboratorio de experiencias científicas. Así están en continuo perfeccionamiento los métodos de trabajo y los procesos industriales en el mundo entero. No se comprende cómo la industria salitrera forma una excepción a la regla, ni cómo el gran industrial, que es el Estado, nada hace en ese sentido.

Seguramente algunos de los salitreros no son del todo inertes en esta materia; pero se trata de obra larga, de mucho costo, para resultado futuro, y es natural que nadie eche sobre sí en el presente la carga que debe pesar sobre todos y que va a favorecer de modo especial al Fisco. El interés permanente de

la industria salitrera lo representa el Estado y, por tanto, a éste incumbe la obligación de atender al gasto de establecer y dirigir la oficina científica experimental.

IV

El consumo de ázoe en el mundo crece de un modo constante. A medida que la población aumenta, hay mayor número de bocas que alimentar. A medida que la civilización avanza, cada persona goza de más bienestar y da satisfacción más amplia a sus necesidades. Sin el uso del ázoe para mantener indefinidamente la fertilidad de las tierras de cultivo, ya habría escasez de pan, de azúcar y de otras substancias alimenticias; la humanidad sufriría de hambre y así estarían cumpliéndose los sombríos vaticinios que Malthus pudo hacer a fines del siglo XVIII al observar que en esa época la población crecía con más rapidez que las subsistencias.

La demanda siempre mayor de ázoe permite pensar que hay mercado amplio para la venta de los tres productos inorgánicos que hoy lo proporcionan a la agricultura: el salitre de Chile, el sulfato de amonio y el salitre sintético. En 1908 el consumo de ázoe contenido en salitre de Chile y en sulfato de amonio fué de 440,000 toneladas. El promedio de aumento

anual en los siete años anteriores fué de 18,500 toneladas. «No es aventurado predecir que dentro de un cuarto de siglo el consumo anual de ázoe inorgánico en el mundo alcanzará por lo menos a un millón de toneladas (1).» Y dentro de medio siglo, dirá todo observador discreto, el consumo habrá pasado de dos millones!

De estos antecedentes y del estudio de costos de producción y de precios de venta, saca el señor Bertrand la consecuencia de que «no hay temor alguno de que la demanda de ázoe fertilizante en forma de salitre pueda sufrir diminución antes de que se agoten nuestros depósitos; por el contrario, lo más probable es que siga en aumento hasta pasar de un millón de toneladas o sea de seis a siete millones de toneladas de salitre al año.»

Es posible que así sea. Seguramente será así no alterándose los factores científicos e industriales que determinan la capacidad y el costo de producción de cada una de las industrias que dan ázoe inorgánico al mercado. Pero si tales factores cambian para hacer más barata y más abundante la producción de sulfato de amonio y de salitre sintético y no se tiene otra ventaja análoga en la producción de salitre de Chile, naturalmente quedará éste en condición inferior y podrá fallar el pronóstico tan optimista a que acabamos de

---

(1) Dr. Luis Raineri, citado por Bertrand.

referirnos. En tal caso habrá que lamentar las consecuencias de un exceso de confianza, así como ahora se lamenta el exagerado pesimismo que estimaba en 1892 que no había salitre sino para treinta o cuarenta años.

El señor Bertrand se anticipa a la objeción y dice que el salitre chileno resistirá a la baja de precio de los productos similares mediante la rebaja que corresponda en el impuesto de exportación. Pero esto no puede ser mirado en nuestro país con tanta indiferencia ni por el Gobierno ni por los ciudadanos. Decirlo y escribirlo es muy fácil; conformarse con ello, sin tratar de evitarlo, no es propio de hombres que estudian, que tienen responsabilidad, que sienten el calor del patriotismo.

La renta del salitre, con su aumento gradual de año en año, es una necesidad de la administración nacional. En vez de aguardar en la inercia, con los brazos cruzados, que llegue el caso de rebajar el impuesto, nuestros gobernantes deben emplear una energía infatigable y cuanto dinero sea preciso en busca de progresos científicos e industriales que abaraten la producción del salitre y que hagan provechoso el beneficio de caliches inferiores en ley a los más bajos que hoy son explotados. Que mucho que esto haga el Gobierno de Chile en defensa de su tesoro y del bienestar y el progreso del país, cuando eso es lo que hacen los capitalistas que han habilitado a las empresas productoras de salitre sintético!

De ello da testimonio la comunicación del Ministro de Chile en Londres, recién publicada, que informa al Gobierno sobre la organización de una gran sociedad con capital de £ 2.000,000 para impulsar y perfeccionar la fabricación de salitre sintético.

En 1880, cuando Chile tomó posesión de Tarapacá y adquirió de hecho el monopolio mundial de producción de salitre, este producto no tenía un pasado según el cual pudiera preverse su porvenir. La exportación total de toda la costa en aquel año fué de 4.915,000 quintales españoles. En los años posteriores la exportación ha aumentado gradualmente hasta llegar en 1912 a 54.316,000 de quintales. El rendimiento del impuesto ha crecido poco a poco, llenando siempre las arcas fiscales a medida que nuestro Gobierno las ha vaciado, y esto que favorece al país como lo favorecen las lluvias, sin que en ello tengan arte ni parte el estudio y el trabajo de los gobernantes, ha disimulado hasta hoy la ciega imprevisión con que es administrada la Hacienda Pública, ha cubierto todos los déficits, ha hecho mirar con indiferencia todos los despilfarros.

¿Vamos a vivir siempre así? El acaso será la regla de nuestra existencia nacional? De pensarlo sólo se siente honda inquietud por el porvenir de la patria! Es preciso sacar a nuestros gobernantes de la rutina, despertarles a la realidad de sus deberes, exigirles que tengan energía inteligente, que estudien, que abran los ojos y contemplen la visión de lo que

ha de ser nuestra nacionalidad en el siglo venidero.

No se les pide cosa extraordinaria ni esfuerzo que requiera talento de excepción ni sacrificios penosos. Se les pide únicamente que sean sensatos, que miren hacia adelante! El salitre les ofrece cuanto es necesario para que sirvan bien a la patria y para que se honren a sí mismos ganando con facilidad la reputación de estadistas previsores. Levántense sobre las miserias de la política menuda que tanto les empequeñece y muéstrense ante el país como jefes responsables que saben a donde van y que toman su camino sin vacilaciones, seguros de hacer obra grande y buena para la patria futura. Esto es lo único que se reclama de ellos.

V

El salitre tiene hoy treinta y dos años de pasado. ¿Qué más se necesita para prever su porvenir cuando ya se sabe cómo crece el consumo de ázoe? ¿Es creíble que los Ministros de Hacienda, los Delegados Fiscales de salitreras, los consultores e inspectores con responsabilidad ante el país, no acumulen experiencia ni tengan calculado lo que han de ser la esportación y la renta en los años futuros?

En treinta años contados desde 1880 la exportación ha sido de 708.442,000 quinta-

les españoles y ha dado al Fisco una renta que, reducida a moneda inglesa, suma 82.617,000 libras esterlinas, sin contar el rendimiento del impuesto sobre exportación de yodo que en 1911 produjo 555,707 pesos de 18 peniques. Esta enorme renta se ha gastado totalmente y en el mismo período de treinta años la deuda externa ha subido de 6.974,000 libras esterlinas a 35.000,000, porque a los empréstitos se ha acudido para pagar armamentos militares y navales, para construír obras públicas, para hacer la efímera convensión metálica, hasta para saldar déficits del presupuesto ordinario de la República.

Se gasta y se contrae deudas sin detenerse a pensar que lo uno y lo otro, en todo pueblo bien constituído, requiere de parte de los gobernantes, junto con el conocimiento de las necesidades nacionales, el estudio reposado, metódico, nunca interrumpido, de las fuentes de recursos presentes y futuros y también un plan fijo para que cada cosa sea hecha a su tiempo y con el objeto de satisfacer verdaderas necesidades nacionales.

Más de una vez hemos buscado informaciones en fuente oficial sobre la renta que el salitre ha producido el erario desde que se estableció el impuesto de exportación y sobre lo que se haya previsto respecto de la renta con que podrá contarse en los años próximos. Nada de eso se encuentra donde debiera encontrarse. Para suplir la falta hemos hecho un

resumen de las cifras de las Aduanas, agrupándolas por quinquenios, y esto nos ha demostrado, como se verá más adelante, que el término medio de aumento de la exportación y la renta en cada período de cinco años ha sido 33.4 %. Suponemos que este término medio por quinquenio baje a 15 % y así llegamos a calcular que, en los treinta años que ya han principiado a correr desde 1910, la exportación será al menos de 2,151.524,000 quintales y la renta puede ser, si el Gobierno sabe defenderla, de 250.910,000 libras esterlinas.

La magnitud de estas cifras indica mejor que el argumento más elocuente la necesidad de que los gobernantes de Chile asciendan a mayor altura de pensamientos y de propósitos. No es un juego inocente, no es cosa trivial y sin trascendencia el tomar parte activa en la política y en el gobierno de una nación que dispone de tales recursos y que, por ello, está llamada a destinos superiores. Si se prolongara mucho tiempo el abandono de tan grandes intereses nacionales, si no se corrigieran los vicios políticos que nos impiden tener un Poder Ejecutivo con verdadera capacidad para preparar el porvenir, podríamos perder la renta del salitre o caer en otro mal mayor, en el de abusar de esa renta hasta corromper todo nuestro organismo. Para evitar estos dos estremos los partidos deben dejar de mano sus miserias, los gobernantes deben

despertar de su letargo, todos deben unirse para defender la renta y para establecer a firme, con previsión del futuro, el empleo fecundo que a ella ha de darse.

En cierto modo puede explicarse la imprevisión pasada, porque poco se sabía del salitre cuando fué establecido el derecho de exportación. Los mismos industriales salitreros carecían entonces de experiencia para prever cómo había de aumentar el consumo de año en año. Pero la imprevisión futura sería imperdonable, puesto que ahora nadie ignora la verdadera condición del mercado de ázoe en el mundo y sólo se requiere prudencia y concepto claro de las responsabilidades del Gobierno para que la renta producida por el salitre tenga larga duración y sea bien empleada.

VI

Estas ideas, que inspiran a los que están libres de compromisos de partidos, se encuentran condensadas en la siguiente carta escrita al actual Presidente de la República en 1910, cuando acababa de ser honrado con el voto unánime de los electores:

Valparaíso, 25 de noviembre, 1910.

Señor don Ramón Barros Luco.

Santiago.

Mi estimado señor y amigo:

Las circunstancias excepcionales en que Vd. asciende a la Presidencia de la República, elegido por todos los partidos, cargado de experiencia, libre por completo de pasiones, intereses y compromisos, permiten a Vd. consagrarse al estudio y solución de los problemas que tienen carácter nacional y le autorizan para exigir que los partidos mantengan, durante la administración de Vd. la tregua que tácitamente han pactado para los efectos de su elección.

El primero de estos problemas de carácter nacional, que afecta por parejo a todos los habitantes de la Republica, es el de las finanzas. Hasta hoy hemos vivido al día, gastando totalmente las entradas en los servicios ordinarios de la administración nacional y apelando al crédito en el exterior para la ejecución de obras públicas, compra de naves y armamentos y otros gastos extraordinarios. No se ha pensado siquiera en la necesidad de adoptar con prudencia y con espíritu previsor un plan financiero que corresponda a la índole especialísima de la renta del salitre y que nos ponga a salvo de sorpresas y peligros en el porvenir.

En 1880, cuando la ocupación de Tarapacá nos dió el monopolio del salitre, nadie pudo predecir el crecimiento que tendría el consumo de este producto en Europa y Estados Unidos, ni las cifras a que llegaría la renta fiscal por el impuesto de exportación. En ese año se exportó la cantidad de 4.915,000 quintales españoles, lo que significa, en la moneda actual de 18d., una renta de $ 7.641,000 oro.

Al cabo de 30 años, en 1909, la exportación fué de 45.871,000 quintales españoles y la renta de 71.325,000 pesos oro. En ese espacio de tiempo la exportación total de salitre ha sido de 708.632,000 quintales españoles y la renta de 1,101.561,000 pesos oro o sea £ 82.617,000.

La exportación y la renta han variado mucho de un año a otro y más de una vez han disminuído en cifras de bastante importancia para desequilibrar los presupuestos de la República. Pero estas diminuciones han sido compensadas con exceso por los fuertes aumentos de otros años, de tal modo que, agrupando las cifras por quinquenios, se ve que el aumento es constante y que en seis quinquenios, desde 1.º de enero de 1880 hasta 31 de diciembre de 1909, la exportación ha aumentado respectivamente en 48.5 %, 43.7 %, 27.9 %, 15.8 % y 31.3 %, lo que da 33.4 % como término medio por quinquenio.

Los cuadros que siguen dan a conocer este movimiento ascendente de la exportación y la renta del salitre:

TREINTA AÑOS DE EXPORTACION DE SALITRE

EXPORTACIÓN POR AÑO Y POR QUINQUENIO.

	Quintales españoles.		
1880	4.915,000		*Aumento.*
1881	7.785,000		
1882	10.638,000		
1883	12.713,000		
1884	12.166,000	*48.217,000*	
1885	9.340,000		
1886	9.843,000		
1887	15.495,000		
1888	17.048,000		
1889	20.030,000	*71.756,000*	48.5 %
1890	22.310,000		
1891	19.385,000		
1892	17.344,000		
1893	20.587,000		
1894	23.507,000	*103.133,000*	43.7 %
1895	26.531,000		
1896	24.277,000		
1897	22.992,000		
1898	28.135,000		
1899	30.015,000	*131.950,000*	27.92 %
1900	31.863,000		
1901	28.086,000		
1902	28.926,000		
1903	31.571,000		
1904	32.308,000	*152.754,000*	15.8 %
1905	36.282,000		
1906	38.409,000		
1907	35.861,000		
1908	44.209,000		
1909	45.871,000	*200.632,000*	31.3 %
Total General		*708.442,000* T M.	33.4 %

TREINTA AÑOS DE RENTA DEL SALITRE

RENTA POR AÑO Y POR QUINQUENIO A 18*d.*

			T. M. anual.
1880	$ 7.641,000		
1881	12.105,000		
1882	16.541,000		
1883	19.767,000		
1884	18.917,000	$ *74.971,000*	$ 14.974,000
1885	14.523,000		
1886	15.305,000		
1887	24.093,000		
1888	26.508,000		
1889	31.144,000	*111.573,000*	22.314,600
1890	34.690,000		
1891	30.142,000		
1892	26.969,000		
1893	32.011,000		
1894	36.550,000	*160.362,000*	32.072,400
1895	41.253,000		
1896	37.748,000		
1897	35.750,000		
1898	43.747,000		
1899	46.670,000	*205.168,000*	41.033,600
1900	49.551,000		
1901	43.671,000		
1902	44.977,000		
1903	49.090,000		
1904	50.236,000	*237.525,000*	47.505,000
1905	56.415,000		
1906	59.722,000		
1907	55.760,000		
1908	68.740,000		
1909	71.325,000	*311.962,000*	62.392,400
		$ *1,101.561,000*	
Total General...		£ *82.617,000*	

El primero de los cuadros que preceden anota cifras oficiales de exportación de salitre por años contados de enero a diciembre. El segundo cuadro anota la renta en pesos de 18 peniques reduciendo a esta unidad el impuesto que se ha cobrado en otras monedas o en letras sobre Londres. El impuesto actual es de $ 3.38 de 18 peniques o sea 60.84 peniques por quintal métrico, equivalente a lo que antes se cobraba en pesos fuertes de 25 gramos o en papel moneda con recargo por el cambio.

La experiencia de los treinta años a que estos cuadros se refieren ofrece base segura para calcular lo que serán la exportación y la renta del salitre en otros treinta años o sea desde 1.º de enero de 1910 hasta 31 de diciembre de 1939.

El consumo del salitre aumenta porque, a medida que crece la población del mundo, hay mayor demanda de trigo, de azúcar y de otros artículos alimenticios, absolutamente necesarios a la vida humana. Este fenómeno seguirá acentuándose con más intensidad en los años posteriores y, por consiguiente, el consumo de abonos azoados tiene que llegar en un porvenir no lejano a cantidades que hoy nos parecerían fabulosas. Para no pecar por exageración calculemos el promedio del aumento del consumo de salitre en 30 años, a contar desde 1.º de enero de 1910, a razón de 15 % por quinquenio, menos de la mitad

del aumento medio por quinquenio en los 30 años ya pasados.

Las cifras que siguen indican los resultados de este aumento en la exportación y la renta:

EXPORTACIÓN PROBABLE POR QUINQUENIO.

	Aumento	Qtls. esp.	T. M. anual.
1910/1914	25%	250.790,000	50.158,000 (1)
1915/1919	20%	300.948,000	60.189,600
1920/1924	15%	346.090,000	69.218,000
1925/1929	12%	387.620,000	77.524,000
1930/1934	10%	416.383,000	83.276,600
1935/1939	8%	449.693,000	89.938,600
Total		2,151.524,000	

RENTA PROBABLE POR QUINQUENIO A 18 *d.*

		T. M. anual
1910/1914	$ 389.953,300	$ 77.990,660
1915/1919	467.944,000	93.588,800
1920/1924	538.135,200	107.627,040
1925/1929	602.710,300	120.542,060
1930/1934	647.433,900	129.486,780
1935/1939	699.227,600	139.845,520
Total	$ 3,345.404,300	
	£ 250.910,000!	

(1) En 1910, 1911 y 1912, tres años de este quinquenio, la exportación ha sido de 158.908,000 quintales, y la renta de $ 247.073,000. Término medio anual 52.969,000 quintales y $ 82.358,000. Esto excede nuestro cálculo.

Estos datos manifiestan que se ofrece a la experiencia y al prestigio de Vd. la oportunidad de fijar rumbos a nuestras finanzas con el doble propósito de evitar que se consuma estérilmente, como antes ha sucedido, toda la renta del salitre y de crear nuevas fuentes de riqueza pública para el futuro.

El país puede abaratar su producción, aumentarla, y, por tanto, enriquecerse si el Gobierno le da medios rápidos y económicos de transporte y de embarque. Todo lo que se gaste en obras destinadas a este fin será fecundo y contribuirá eficazmente a afianzar nuestro progreso indefinido. El país es como un gran establecimiento industrial que necesita edificios, instalaciones, maquinarias y herramientas completas para llegar al máximum de producción con el mínimum de costo. La construcción de todos los puertos, el mejoramiento de todos los ferrocarriles y la construcción de los que aún faltan, la apertura y conservación de caminos, las obras de regadío y otras, multiplicarían nuestra producción y, al mismo tiempo, reducirían los gastos que hoy ocasiona el llevarla a los centros de consumo o a las naves que la transportan a otros mercados.

Pero es preciso que esto se haga con estudio, con método, empleando en ello el tiempo que sea necesario, no por la vanagloria de que todo se concluya en los cinco años de un período presidencial, sino por el sincero y firme propósito de servir al país, de dilatar sus

horizontes, de robustecerle para que se desarrolle y crezca como las más prósperas de las naciones.

Es posible que haya necesidad de elevar hasta 50.000,000 de libras esterlinas la deuda externa de la República para la completa ejecución de un plan como el que se diseña. No hay que asustarse por ello. Esa deuda, bien invertida en obras fecundas, lejos de ser un gravamen oneroso, a pura pérdida, será una siembra afortunada que anualmente producirá abundante cosecha. Por otra parte, el crecimiento de la renta del salitre, que nada puede detener, dará recursos amplios para amortizar esa deuda sin sacrificio alguno, dejando siempre, en cada año, un margen considerable para atender a las nuevas necesidades de la administración pública.

En efecto, podría dictarse una ley de carácter permanente que destinase el 50 % de la renta del salitre al servicio de la deuda externa, debiendo aplicarse a amortización extraordinaria lo que en cada semestre excediese del pago de intereses y amortización ordinaria. Después de dictada esa ley se podría preparar la conversión de la deuda externa elevándola hasta la cifra necesaria y procurando abrir para ella el mercado de París, el más abundante en capitales que buscan inversión de todo reposo.

Si se examina el cuadro de exportación y renta del salitre entre 1910 y 1939 se observará que, con este sistema, la amortización de la

deuda se haría rápidamente, aplicando a ese fin sólo una pequeña parte del aumento gradual que de año en año tendría la renta. Considere Vd. que en 30 años el impuesto del salitre habrá producido a lo menos *tres mil trescientos cuarenta y cinco millones* de pesos oro o sea más de *doscientos cincuenta millones de libras esterlinas!* Inmensa sería la responsabilidad de los gobernantes que no hubiesen adoptado medidas previsoras para salvar algo de este gran tesoro invirtiéndolo en obras de permanente bienestar para la República.

Estos mismos datos sobre el salitre hacen ver que ya han perdido casi toda su importancia los trabajos de propaganda para el aumento del consumo, pues este crece necesariamente por el aumento de la población del mundo. Lo que ahora puede suceder es que nosotros, con los actuales métodos de elaboración, no podamos producir todo el salitre que necesitan los países consumidores. Ha llegado el caso de gastar, y esto debe hacerlo el Gobierno en grande escala, para encontrar procedimientos de elaboración más rápidos, más económicos y que aprovechen mejor el contenido de los terrenos salitreros.

El día que se consiga extraer toda la ley de los caliches, dejando los ripios totalmente estériles, se habrá duplicado casi la existencia actual del salitre aprovechable y se habrá enriquecido con ello juntamente a los industriales, al Fisco y a todo el país. Este es un problema científico en cuya solución podría

interesarse a los mejores químicos mediante la oferta de premios cuantiosos proporcionados a la magnitud del descubrimiento. Lo que actualmente gasta el Fisco en ayuda de los trabajos de propaganda bastaría para ofrecer premios que estimulasen a muchos hombres de ciencia a estudiar el beneficio del salitre.

Presentando a Vd. mis excusas por haberle distraído un momento de las atenciones que pesan sobre Vd., soy su muy affmo. amigo y S.S.—FRANCISCO VALDÉS VERGARA.

En el tiempo corrido después de escrita la carta anterior nada ha hecho cambiar la situación presente del salitre en el mercado ni las espectativas de su situación futura. Aumenta la producción de sulfato de amonio y de salitre sintético; crecen los capitales y las instalaciones de esas industrias; pero crece también en el mundo la necesidad de ázoe. Por consiguiente, para que el salitre de Chile no pierda terreno y para que participe del aumento creciente del consumo de ázoe, se necesita sólo producirlo en más abundancia y a más bajo precio. Nuestro Gobierno no merecerá bien de la patria, si no consagra una actividad inteligente y de toda hora a la solución de este problema científico, industrial y económico. Hasta hoy se ha condenado al país a vivir como un rico heredero que gasta sin medida porque no lleva cuenta de sus recursos. Esto ha de remediarse alguna vez.

El país tiene derecho a exigir que se le gobierne con cordura, con previsión, con plan bien estudiado para darle prosperidad indefinida.

VII

Sería injusticia notoria no hacer recuerdo en estas páginas de que el Presidente Balmaceda tuvo, en lo que al salitre se refiere, vista más larga y pensamientos más previsores que todos aquellos a quienes ha correspondido, después de la guerra civil, la obligación de velar por el porvenir de la República.

El 28 de marzo de 1882 el Presidente Santa María resolvió, por medio de un decreto del Ministerio de Hacienda, que el Jefe Político de Tarapacá procediese, en la forma que estimase más adecuada, a otorgar títulos definitivos de propiedad a las personas que hubieren entregado o que dentro del término de 90 días entregaren los certificados o bonos del 8 % emitidos por el Perú en pago de los establecimientos salitreros cuyo dominio solicitaren. El mismo decreto dispuso que, vencido el plazo de los 90 días, los establecimientos salitreros no enajenados de aquel modo fuesen vendidos al mejor postor en pública subasta.

Los capitalistas e industriales chilenos, sin sospechar cuán grande era la fuente de

riqueza que se les ofrecía, se abstuvieron de tomar parte en aquella operación y dejaron pasar la oportunidad, que no había de presentarse otra vez, de hacerse dueños de las salitreras de Tarapacá a precios ínfimos y de nacionalizar, con muy leve sacrificio, una industria que habría capitalizado en el país muchos millones de libras esterlinas por el aumento de valor que los depósitos de salitre tuvieron una vez que la producción fué normalizada y que los mercados de consumo se dilataron.

Un solo chileno tuvo iniciativa inteligente para estudiar el negocio y energía práctica para tratar de realizarlo. Fué éste D. Eduardo Délano, que compró los certificados emitidos por el Perú en pago del estacamento de Lagunas, vendido por D. Ascensio Almonte, y los entregó al Gobierno de Chile, recibiendo en cambio el título definitivo de propiedad otorgado en 1882 por el que esto escribe en ejercicio de las funciones de Jefe Político de Tarapacá. El señor Délano no encontró socios en Chile para la instalación de la oficina productora que proyectaba, por lo cual hubo de vender su propiedad en 1888 a Mr. North, en £ 110,000, según se ha referido en la página 109 de este libro.

El capital chileno, llevado a Tarapacá por el extinguido Banco de Valparaíso desde el principio de la ocupación militar, fué el habilitador eficaz de la industria salitrera en sus primeros pasos; pero el espíritu de empresa, la perspicacia para comprender que el consu-

mo de salitre había de aumentar de año en año, la firmeza de carácter para luchar con las dificultades propias de una industria nueva, el valor para hacer frente a todos los riesgos, no fueron aportados por chilenos, sino por extranjeros, británicos en su mayor parte, que vivían en Iquique y supieron hacer buen uso de créditos concedidos por aquel Banco.

En marzo de 1889 hizo el Presidente Balmaceda un viaje de estudio a la provincia de Tarapacá, centro casi exclusivo entonces de la producción salitrera. Allí pronunció un discurso que dió tema a los más apasionados comentarios en todo el país, agitado ya por las cuestiones políticas tan ardientes que dos años más tarde hicieron estallar la guerra civil. Los partidos de oposición tuvieron palabras severas para censurar al Presidente por el plan de obras públicas que diseñaba como programa fundamental de su administración. El respetado jefe radical D. Manuel A. Matta dijo que aquello era «gobernar a revienta bombo y desparrama millones!»

Esta frase fué de grande efecto en esos días, porque aún estaba fresco el recuerdo de la estrechez de nuestra vida nacional en setenta años de pobreza humilde y laboriosa. En los años siguientes a la guerra civil, los mismos que aplaudieron esa frase, más pintoresca que justiciera, han desparramado los millones con tan escasa cordura, que hoy es ejemplo de prudencia y de economía el gobierno

tan censurado de aquel tiempo. En los cinco años del Presidente Balmaceda el salitre produjo una renta media anual de 27.000,000 de pesos de 18 d. y siempre hubo sobrantes en arcas fiscales antes del conflicto revolucionario. Las administraciones posteriores han recibido por el salitre una renta siempre mayor, que hoy excede en cada año de 82.000,000 de pesos de 18 peniques, y el déficit fiscal se ha hecho crónico. ¿Qué partido, qué hombre político con acción efectiva en el Congreso y en el Gobierno puede repetir hoy las censuras de 1889?

En el discurso que recordamos, el Presidente Balmaceda dijo:

«Ha llegado el momento de hacer una declaración a la faz de la República entera. El monopolio industrial del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es sólo garantir la propiedad y la libertad. Tampoco debe ser obra de particulares, ya sean éstos nacionales o extranjeros, porque no aceptaremos jamás la tiranía económica de muchos, ni de pocos. El Estado habrá de conservar siempre la propiedad salitrera suficiente para resguardar con su influencia la producción y su renta y frustrar en toda eventualidad la dictadura industrial de Tarapacá.»

«Es oportuno marcar el rumbo, y por lo mismo señalo *en los perfeccionamientos de la*

elaboración, en el abaratamiento de los acarreos, en los embarques fáciles y expeditos, en la disminución de los fletes y seguros de mar, y, principalmente, en el ensanchamiento de los mercados y de los consumos, los provechos que la codicia o el egoísmo pretendiesen obtener del monopolio. Es este un sistema condenado por la moral y la experiencia, pues en el régimen económico de las naciones modernas está probado y demostrado que sólo la libertad del trabajo alumbra y vivifica a la industria.»

.....

«Aspiro a que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio. Los ferrocarriles de particulares consultan necesariamente el interés particular, así como los ferrocarriles del Estado consultan, antes que todo, los intereses de la comunidad, tarifas bajas y alentadoras de la industria, fomentadoras de la propiedad misma. Por último, *debemos invertir el excedente de la renta sobre los gastos en obras reproductivas, para que en el momento en que el salitre se agote o se menoscabe su importancia por descubrimientos naturales o por los progresos de la ciencia*, hayamos formado la industria nacional y creado con ella y con los ferrocarriles del Estado la base de nuevas rentas y de una positiva grandeza.»

«Atesoremos en ferrocarriles y construcciones públicas los veinte millones en que la renta ordinaria excede anualmente a los gastos

ordinarios, y en diez años habremos realizado, con recursos propios, obras útiles por valor de doscientos millones de pesos.»

No puede negarse que el gobernante que así miraba hacia adelante, que así trazaba las líneas del engrandecimiento nacional y se preocupaba de dar inversión fecunda a la renta casual e incierta del salitre, tenía amplitud de inteligencia, patriotismo de buena ley y concepto claro de su responsabilidad ante la historia. ¡Lástima que la pasión política—la suya propia, la de sus adversarios y la de sus amigos—le comprometiera en el conflicto constitucional que enjendró la dictadura y la guerra civil!

Las declaraciones del Presidente Balmaceda contra el monopolio industrial del salitre expresaban en aquella época el sentimiento uniforme del país en esta materia. Nadie pensó en mantener el estanco formado por el Gobierno del Perú y en extenderlo a las salitreras ubicadas en territorio chileno y en territorio boliviano sometido por la guerra al dominio de Chile. Desde 1880 todos los actos del Gobierno chileno, inspirados por la doctrina del libre cambio y de la incapacidad industrial del Estado, se encaminaron en el sentido de destruír el estanco.

Hoy se ve con claridad que eso fué un error, pues el régimen fiscal peruano era bien concebido, armonizaba los intereses nacionales con la libertad de trabajo y no anulaba la

iniciativa individual en esa industria. En efecto, el estanco peruano tuvo por fin hacer al Estado dueño exclusivo de las salitreras y del salitre elaborado y colocarle en situación de organizar la industria productora y el comercio de transporte y de venta en la forma que mejor consultase los intereses del país. Pero la explotación de las salitreras quedó entregada a industriales libres que suscribían con el Estado contratos de elaboración por cantidades y en condiciones fijas, de suerte que éste era dueño de las salitreras, sin ser industrial ni mezclarse en los negocios y trabajos de los que elaboraban el salitre.

Lo que faltó al Perú, en su régimen de estanco para que éste resultase fecundo, fué el tener derecho de soberanía sobre todo el territorio donde había salitre y eso lo tuvo Chile desde el día en que la victoria de sus fuerzas navales y militares, en la guerra a que fué provocado, le dió dominio completo y definitivo sobre el litoral de sus enemigos donde estaban los terrenos salitreros. En Chile no se tomó en consideración nada de lo que dejamos indicado. Por espíritu doctrinario se tuvo sólo el pensamiento de destruír el estanco peruano, porque era opuesto a los principios absolutos de la economía política y a las funciones normales del Estado según los preceptos y la práctica de nuestro derecho público.

Pero justamente la situación creada a Chile por el dominio total de la zona salitrera, que antes compartía con Bolivia y el Perú, no era

una situación normal sujeta a los procedimientos corrientes y a los preceptos de uso universal. Se trataba de algo especialísimo, único en el mundo, de un monopolio de hecho establecido por circunstancias ajenas a la voluntad y a las previsiones humanas y, por tanto, ese era el caso de aplicar, no las reglas generales que condenan los monopolios y que aconsejan a los Estados el evitarlos, sino una regla de excepción que correspondiese a lo excepcional del hecho sobre el cual debía legislarse.

Destruído el estanco peruano por el Gobierno de Chile, apartados de Tarapacá los capitalistas chilenos que vieron los riesgos de la industria y no sus espectativas de gran prosperidad, el salitre de esa provincia quedó en manos de extranjeros que muy pronto fueron favorecidos por el impulso que dió a la producción el aumento del consumo en Europa y, mucho más, por la favorable acogida que en el mercado de Londres tuvieron las acciones de sociedades anónimas organizadas para comprar propiedades salitreras pagando por ellas precios que en algunos casos convirtieron los pesos chilenos en libras esterlinas.

Tal era la condición del salitre en Tarapacá cuando el Presidente Balmaceda pronunció ese discurso en el que declara también la intención de oponer resistencia a toda tentativa de concentrar las industrias en una sola empresa o en un monopolio privado. Estas

palabras del Jefe del Estado, severas en el fondo y en la forma, dieron respuesta oficial a insinuaciones hechas por un afortunado organizador de sociedades salitreras en Londres que, desvanecido por el brillo de repentina riqueza, ambicionaba hacerse árbitro de la producción salitrera para dictar la ley tanto al mercado de acciones como al mercado de consumo. El intento era audaz, sobre todo por la influencia sin contrapeso que semejante combinación había de tener en las operaciones de cambio en Chile y en la renta fiscal, y el Presidente estuvo a la altura de sus deberes condenándolo con energía.

Los otros párrafos que hemos reproducido de aquel discurso presidencial dan testimonio de que el Presidente Barmaceda abarcaba en conjunto, con todas sus proyecciones futuras, el problema del salitre y de que tenía juicio certero para comprender que los progresos de la industria dependían del perfeccionamiento de los métodos de elaboración y del menor costo de embarques y transportes hasta los mercados consumidores. Esto, que parece elemental, cayó en olvido después de la guerra civil, de tal modo que hoy causa sorpresa saber que hace un cuarto de siglo hubo un Presidente que preveía el porvenir del salitre, que tenía ideas concretas sobre lo que debía hacerse para vencer la competencia de otros abonos azoados, que presentía la fabricación no soñada entonces de salitre sintético, que hacía economías de 20.000,000 de pesos por

año y proyectaba la inversión durante diez años de doscientos millones en obras públicas, que pensaba también con lucidez de espíritu en la compra por el Estado de los ferrocarriles de Tarapacá y de Antofagasta!

El país debe ser justo. La memoria de ese mandatario, sobre quien pesa en mucha parte la responsabilidad de la guerra civil, tiene este valioso descargo de su previsión, de su firmeza y claridad de miras en el problema salitrero, de su esfuerzo para invertir la renta del salitre en obras reproductivas y merece por ello un homenaje de los chilenos. Por nuestra parte se lo tributamos con serena imparcialidad porque la experiencia de la vida nos ha enseñado a mirar sin pasión los hombres y los sucesos de aquellos días penosos de nuestra historia.

CORRECCIONES

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
238	18	1.º de Junio	1.º de Julio
241	14	Julio 16-16 7/	Julio 16-16 7/8
245	21	17 3/4	17 3/8

ÍNDICE

Págs.

El Circulante y el Cambio

I.—Reminiscencias de la Conversión Metálica.—Fué realizada cuando era imposible conservar en circulación las monedas de oro.—Sus fatales consecuencias. 5

II.—No hay regla que fije la cantidad necesaria de circulante.—Cada pueblo tiene distintas necesidades..... 13

III.—Los Bancos y el circulante.—Uso limitado del circulante.—La mayoría de los negocios se realiza por medio de cheques y otros papeles bancarios. 22

IV.—Análisis del circulante actual de Chile.—Su cantidad no disminuye por la exportación.—Las Cajas de los Bancos 31

V.—Experiencias anteriores.—Lo que era Chile en otro tiempo.—El crecimiento de los negocios no exige aumento proporcional de circulante.—Se necesita armonía entre los Bancos..... 41

VI.—Disminución aparente de los depósitos bancarios.—Balance del Banco de Chile.—Cajas de Ahorro..... 51

VII.—Movimientos del cambio.—Sus límites en el régimen metálico..... 61

Págs.

VIII.—El cambio en el régimen de curso forzoso incondicional.—Peligros del papel moneda abandonado a sí mismo. 68

IX.—Importaciones y exportaciones.—Oferta y demanda de letras.—La escasez de letras hizo fracasar la Conversión Metálica en 1898..... 75

X.—Los movimientos del cambio explicados por lo que pasa en cada familia. La nación es una gran familia.—.... 83

XI.—Las Aduanas manifiestan que nuestros consumos de mercaderías extranjeras aumentan más que nuestras exportaciones 89

XII.—Obligaciones recíprocas con los mercados extranjeros.—Reino Unido de Gran Bretaña.—Chile.—Gastos de residencias en el extranjero.—Exceso de gastos suntuarios..... 96

XIII.—Lo que el país necesita para fortalecer su situación económica.—Hombres de gobierno que sean inteligentes, que estudien, prevean y administren con método 109

XIV.—Ejemplos de la República Argentina, del Brasil y de la India Británica. 115

XV.—Administrar bien la hacienda pública es la primera condición para resolver estos problemas 121

XVI.—En nuestra situación no cabe reforma monetaria.—Debe mantenerse el papel moneda procurando dar fijeza al valor del billete. Aplicación del sistema de la India Británica.—No sería práctico ni justo subir los derechos de importación 125

Cantidad y uso del Circulante.—Carta del senador por Valparaíso, D. Angel Guarello 133

Págs.

AMORTIZACIÓN DE PAPEL MONEDA EN 1892

Discurso del Ministro de Hacienda.—Ley de 2 de febrero 139

ANTES DE LA CONVERSIÓN METÁLICA

La exportación del oro 159
Fluctuaciones del cambio..... 206
Responsabilidad del Presidente de la República 225

FRACASO DE LA CONVERSIÓN METÁLICA

Conversión efímera 235
Clausura de los Bancos..... 243
Gravísimo conflicto 245
Actualidad económica 248
En pleno desconcierto..... 254
Ultimas noticias 258
La situación 261
La ley de moratoria..... 263
Delirios del egoísmo..... 269
Nuestra perdición 276
El Banco de Chile..... 282
La quincena financiera..... 289
Oro y papel moneda..... 297
Nueva Conversión a fecha fija..... 305
Nueva ley de curso forzoso y de conversión. 313
Aplazamiento de la Conversión y aumento de las emisiones..... 316

PORVENIR DEL SALITRE

I.—Deberes y responsabilidades del Gobierno.—El salitre es la base fundamental de nuestra situación económica y financiera 323
II.—Informe dado en 1892 por el ingeniero Bertrand sobre la duración del salitre. —La estimaba en treinta o cuarenta años.—Error de esa estimación.—Hoy se habla de cien años a lo menos.. 328

Págs.

III.—Necesidad de mejorar los procedimientos de elaboración de salitre para producirlo con menos costo..... 331
IV. — Consumo de ázoe.—Su aumento constante.—Los competidores del salitre.—Para defender la renta fiscal debe procurarse que la producción sea más abundante y más barata..... 336
V.—El pasado del salitre permite prever su porvenir.—Falta de estudios y de datos en las oficinas del Estado.—La imprevisión futura sería culpable. 340
VI.—Carta al Presidente de la República. —Treinta años de exportación y renta del salitre.—Cálculo de producción y renta en otros treinta años de 1910 a 1939.—Perfiles de un plan financiero. 343
VII.—Liquidación del estanco peruano en 1882.—Ideas del Presidente Balmaceda sobre el salitre.—Su programa declarado en Iquique el año 1889.—Justicia a su memoria..... 354

